

## **Machiko Fukae (Amsterdam - Anchorage - Tokyo): diciembre 1985**

En Israel había comenzado yo el año de 1985, consumiendo allí su primer día y medio. Luego, ya en verano, dedicaría mi quinto y por ahora último viaje a Finlandia, que supuso la crisis definitiva con Tuula: nuestro reencuentro; nuestra consumación, y, por lo que a mí respecta, mi regreso a ese estado de independencia, previo a todo, que supone el limbo del extrañamiento. Por otra parte, el trimestre académico inicial del curso universitario 1985-1986 en Granada, tan inoportuna como inocentemente mi alma había orquestado una red – más lúdica que otra cosa – de incumbencia emocional con una amiguilla. Dado que el tema, objetivamente considerado, no merecía mayor concernimiento, pensé que, independientemente de los fines que me propusiera con este viaje, también y de paso lo aplicaría al desenganche de la dicha adherencia sentimental que, por infundada, devenía intempestiva.

Lo interesante, lo sugestivo de ciertos países es que, si una vez allí, en el camino de vuelta a casa se pueden articular magníficas excusas para detenerse en un buen número de puntos que justifiquen ese gran desplazamiento inicial. Lo mejor en estos casos es servirse de una bola del mundo, subrayo, bola del mundo, más que mapa del mundo. La distancia entre puntos de una esfera no es trasladable más que muy aproximadamente, y efectuados los pertinentes ajustes, a la superficie, satinada o no, de una página de mapa o carta geográfica. El ejemplo clásico y plástico que se nos ponía en el colegio para calibrar la imposibilidad de una proyección perfecta de la tierra sobre un plano, era el de pelar una naranja e intentar hacer posible que la cáscara quedase acoplada lisa y llanamente, nunca mejor dicho, sobre una superficie horizontal, sin arrugas ni ondulaciones; sin gibas. Pues así de pedagógico entiendo yo que es lo de calcular distancias y viales sobre un globo terráqueo.

Yo sentía que Japón me interesaba sólo de una manera muy refleja; muy de coartada. En realidad, Japón nunca me había

interesado. Lo percibía como algo, o bien para aceptarlo en grandes dosis, digamos, la de tener que vivir allí por cuestiones primordialísimas de trabajo, y de esa forma encontrar natural zambullirse en su civilización, en sus costumbres, en su lengua, etc.; o bien, y por el contrario, para seguir contando con él, en el sentido de toparnos con miles y miles de japoneses dondequiera que alguno de nosotros occidentales normalitos podamos hallarnos. Somos muchos los que hemos concebido siempre al Japón en razón y en virtud de los innumerables japoneses que colman los enclaves turísticos; de las miríadas y miríadas de chismes mecánicos, desde coches hasta mecheros y chips que inundan los mercados ecuménicamente globalizados luciendo el "made in Japan"; de las incesantes referencias al así llamado "índice Nikkei", termómetro de una de las Bolsas más entitativas en el mundo de las finanzas. Pero, ¿ir a Japón obedeciendo a un esquema turístico convencional? Nunca estuve seguro ni deseoso de ello. Por lo cual encontré una salida bastante airosa a mi estado de ánimo, mediante la cual, al menos en teoría, me daba la oportunidad de pisar tierra nipona, al tiempo que hacía arrancar desde allí todo mi regreso a casa. La primera ronda de incertidumbres e irresoluciones la constituyó el mismo hecho de volar a Tokyo desde España. Por supuesto que con la guía mundial ABC en la mano, las posibilidades se podían considerar incontables. Pero estamos en 1985, año en que todavía España no es miembro de pleno derecho de la Comunidad o Unión Europea, llámese como a cada cual le parezca mejor. La mayoría de los destinos del Extremo Oriente comenzaban en una ciudad distinta de Madrid o Barcelona, lo cual ya significaba un vuelo adicional al extranjero. No tengo aquí delante datos fehacientes, pero quiero creer que por aquel entonces, tal vez no mucho antes, acaso algo después, Iberia había volado a Tokyo vía Bombay (India). Pero aun asumiendo que los precios de Iberia resultaran sensiblemente más caros que los de otras compañías de "internacionalidad" más antigua, y por lo tanto más competitiva, tampoco me encartaba, ya que, de haber existido dicho vuelo en las fechas a las que aludo, estoy seguro de que me habría servido de él; y al no haber sido así, quiere decirse

que Iberia había abandonado (o no había comenzado) dicho servicio.

Existía una variante atractiva, que además encerraba el tufillo de lo ventajoso, de ocasión... de haber ello sido posible. Me refiero a los vuelos que la Aeroflot soviética mantenía normalmente con Tokyo. La ruta desde España no podía ser más directa. Descontando un ligero ascenso en grados de latitud en el tramo de Madrid a Moscú, y otro descenso, igual de ligero, desde Moscú a Tokyo, el trayecto incorporaba la mayor proporción de recorrido curvo-recto para un vuelo de tales características. Era prácticamente volar dentro de una banda relativamente estrecha de paralelos geográficos. Yo para entonces había dedicado ya cuatro visitas a Moscú, y sabía que estos vuelos largos la Aeroflot los servía con buenos jets, tipo Ylusin. Y en la cabeza de los occidentales siempre bullía el mismo esquema: poder enlazar Aeroflot desde España, pagando en rublos previamente cambiados por dólares americanos en el mercado libre. Total, un chollo. Parece que no fui yo el primero, ni mucho menos, que se hubiera personado en las oficinas grandazas que Aeroflot mantenía abiertas en la c/ Princesa de Madrid. ¿Qué se oponía a que un ciudadano español volase desde Madrid a Moscú, y desde allí a Tokyo, con Aeroflot? En realidad, la pregunta así formulada no revestía la menor de las contrariedades desde la perspectiva del viajero. Pero a los ostentadores del poder, de que en cada caso se trate, y de la toma de decisiones, no les hace mucha gracia que exista una solución fácil a una pregunta clara. En primer lugar, estaba el problema de la emisión de un billete por una compañía extranjera como Aeroflot, y tan sólo de ida a un destino, expedido desde España, con un tipo de convenios de navegación aérea de muy distinto tenor a los mantenidos por otras compañías. Luego, en el mejor de los casos, la escala en Moscú técnicamente requería un visado ante las autoridades soviéticas, etc., etc. Mi primer viaje a la URSS, en 1976, quedó enriquecido al regreso por mi coincidencia en el avión con excursionistas que venían de Extremo Oriente. El alojamiento asignado a los pasajeros en tránsito que tuvieran que pasar la noche en Moscú, según parece adquiría la calificación de sórdido. En una

palabra, no. Bajo parámetros de actuación normal, no se podía volar desde Madrid a Tokyo con Aeroflot, vía Moscú, y menos aprovechándose uno de tarifas "oficialmente" subvencionadas. Los gobiernos respectivos no permitían tales bicocas, y simplemente se negaban a dichos apañes. Antes de 1989, en que ocurriera la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento de muchos parámetros convivenciales en vigor hasta entonces entre la mayoría de los países de detrás del así llamado Telón de Acero, la URSS era territorio especial a pesar de los muchos años de aperturismo turístico que se habían venido sucediendo. Así, el empleado de Aeroflot de la calle de la Princesa en Madrid, me fue especificando la negativa para todas y cada una de las sugerencias que a mí se me ocurrían aplicables a mi proyecto de viaje.

Descartado volar con Aeroflot. Descartado, por inexistente o inoperativo, volar con Ibería, vía Bombay (India). Había que acoplarse con alguna otra compañía, entre las varias y prestigiosas europeas, que volaban a Tokyo, cada cual desde su respectiva capital o ciudad destacada. Alguna de ellas, creo que Air France, estaba autorizada a efectuar la ruta por encima del espacio aéreo soviético, es decir, a lo largo de toda la Siberia asiática. Lo consulté con Viajes Meliá, que seguían funcionando, en lo que a Granada se refiere, claro, en el cuchitril de los bajos del dicho Hotel, en la calle Ganivet. Lo único que tengo bien claro y bien presente es que me expidieron el billete más caro de toda mi vida. Seguramente tuve que puntearles los países, las ciudades que constituirían el esquema de mi viaje, en principio. Lo primero de todo, como hemos apuntado, Tokyo; luego, ya desde allí, Taiwan, Hong Kong, Bangkok, y New Delhi (India). Después de algunas consideraciones, quedamos en que una manera bastante aceptable de volar a Japón lo proporcionaba KLM, partiendo desde Amsterdam, volando sobre el Polo Norte (modalidad ya en práctica desde hacia algunos años) y con una escala técnica en Anchorage, Estado USA, de Alaska. Así lo hicimos. El billete incorporaba todas las bondades y versatilidades en la virtualidad de sus posibles prestaciones; no estaba sujeto a ninguna restricción; admitía cambios

sobre la marcha; era todo holgura, flexibilidad y maleabilidad. Era, fue, el mejor billete para trayecto largo que yo jamás he adquirido en mi vida. Su precio: 400,000.- (CUATROCIENTAS MIL) pesetas de 1985, creo que son las mejores credenciales de bondad que uno se pueda echar al bolsillo, hablando de billetes de avión... y de Banco! Lo único que había que hacer ahora era sacar partido de tan exorbitante desembolso.

Hubo que trasladarse a Amsterdam para embarcarse allí en el Jumbo de la KLM. Lo mejor para visualizar el vuelo a Anchorage, y desde allí a Tokyo, es servirse – ya lo dijimos – de una bola del mundo. Esos dos tramos de trayecto correspondían a los lados o catetos de un triángulo ligeramente escaleno, que consecuentemente sumarían juntos algo más distancia que la representada por el lado mayor; o sea, la ruta en línea recta (entendámonos: recta... curvada) por encima de territorio soviético. Con todo, desde cualquier punto de la Europa occidental, alcanzar Tokyo mediante la "sobre-voladura" del Polo Norte, y con escala en Alaska (Anchorage) era la modalidad considerada como más conveniente por la inmensa mayoría de las compañías aéreas de solvencia reconocida. La mente, que no puede estar vacante por completo en momento alguno, se plantea como conjetura a repeler de inmediato, por lo desagradable de su condición... se plantea qué ocurriría sí la aeronave tuviese que aterrizar... por no decir estrellarse, en cualquier parte de los parajes helados de la región polar sobre la que se vuela. Bruscamente damos una sacudida de cabeza para espantarnos ocurrencia tan intempestiva.

La escala en Anchorage, contingencial y anecdótica de por sí, me deparó, no obstante, ciertos detalles de reflexión muy ilustrativos. Lo primero que se observa es que Anchorage ha construido un aeropuerto internacional muy coqueto, al socaire del tráfico aéreo entre Japón y Europa que no opere por encima de territorio soviético. La terminal es relativamente espaciosa, limpia, funcional, muy... americana. Al salir de Canadá en mayo 1971 yo había asegurado que muy, muy probablemente no tuviera necesidad ni sintiera interés de trasladarme nunca más a tierras de América del Norte, ni siquiera con

propósitos turísticos, cosa que hasta ahora mismo, hoy, un día de diciembre de 2002, constato que se ha cumplido. Si mi escala técnica de una hora en un aeropuerto de Alaska, territorio USA, invalida o no dicho pronóstico, se lo cedo a los hermeneutas con ganas de especulación. Claro que Alaska es... un Estado USA rebajado de quilates. El propio rito de las escalas y de los pasajeros en tránsito, y la vigilancia de las fuerzas de seguridad de turno con el fin de evitar que nadie se quede en el paraíso USA... aquí en Anchorage, quiero decir, en su aeropuerto, casi ni existe. También, y por vía de relleno de los cuévanos sin límites del pensamiento ocioso, se me ocurría que esta escala técnica podría servir perfectamente a algún desesperado, a inmigrar en USA o en Canadá, ya que no creo que revistiera mucha dificultad escaquearse por allí, por donde fuera o como fuese, y esperar la primera oportunidad para trasladarse hacia el Sur. De cualquier forma aquello imponía lo suyo. En la cuajada noche polar del invierno en el hemisferio norte, aquella fortaleza de urbanismo y técnica, aquel enclave de comodidad luminosa que constituía la terminal de pasajeros del aeropuerto de Anchorage... imponía. Detrás de las cristaleras, nieve y hielo; opacidad perturbada por los reflejos de los focos de las máquinas en operación de los servicios aeroportuarios. Se ven avionetas, muchas, como corresponde al medio de comunicación por excelencia en gigantescas superficies, en las que la locomoción convencional no tiene mucho sentido para distancias desmesuradas que tan sólo se justifican por núcleos de población muy recortados. También, estacionados allí, en pistas laterales pude ver aviones más grandes, de transporte comercial de pasajeros, de las compañías Sabena, Egypt Air, Alitalia, KLM, etc. Sí, encontrarse allí, un día de invierno de finales de año, en mitad de cientos de miles de kilómetros cuadrados de nieve, de hielo y de oscuridad... da que pensar. Aquel vestíbulo era como una caja fuerte de protección, un milagro de comodidad abstraído de entre unos contornos de aspereza y adustez. Con el sueño roto por completo, con un desajuste horario difícil de recomponer, sentirse allí en la sala de espera del aeropuerto de Anchorage, Alaska, Estado número 49 de los de América del

Norte, comportaba un nudo de reflexiones introspectivas.

En uno de los stands una señora amabilísima que estaba al cargo del mismo, me dice que es de Wisconsin, pero que lleva 20 años en Alaska; mujer, como digo, amable y no carente de una atractiva feminidad que en aquel refugio de luz y de confort moderno, rodeado de páramo gélido por todas partes, hacía resaltar naturalmente los encantos de las dichas particularidades que concurrían en su persona. En uno de los mostradores se exhibe un fabuloso álbum, que el público puede hojear a voluntad, allí encima, con los pintoresquismos que brinda la Naturaleza en Alaska: Osos, alces, fauna diversa, ballenas, glaciares; algo así como si estuviera al alcance de cualquier aficionado con nada más que salir de casa y echarse el rifle y/o la caña de pescar al hombro; o vestirse el equipo de escalada de nieve.

El vuelo desde Amsterdam a Anchorage había durado unas diez horas, más o menos. Ahora nos quedaban otras seis hasta Tokyo. Según mis notas, mi contacto con Alaska tuvo lugar el 20 de diciembre, y los primeros apuntes tomados por mí en Tokyo se acompañan de la precisión de "21 de diciembre, noche". Soy bastante torpe para todo lo relacionado con las mediciones geo-astronómicas, pero así, muy a bulto, me atrevo a inferir el siguiente esquema: Suponiendo que despegáramos de Amsterdam a eso del mediodía, considerando la latitud occidental de Anchorage, el factor de ganancia de tiempo nos colocaría allí a eso de las 23:00 hora local de ese mismo 20 de diciembre. Teniendo en cuenta la escala técnica de una hora, y el cambio de fecha que se produce al traspasar el meridiano que escinde algunas de las islas Aleutianas en el mar de Behring, siempre volando hacia el oeste; y considerando, por último, las seis horas de vuelo desde Anchorage a Tokyo, supongo que llegaría a la capital del Japón a eso de las 17:00 pm. del día 21, ya casi de noche, aunque con buena parte de la jornada todavía por discurrir.

El Jumbo de KLM no iba excesivamente atestado. Al despegar de Anchorage me encontré compartiendo una de las hileras centrales de cinco asientos del avión con una señora japonesa en la que no había

reparado hasta ese momento. Tras los primeros tanteos de cortesía de rigor, y aun sin que me viera en la necesidad de formularle verbalmente mi petición, la mujer me invitó a usar como tumbona tres de los cinco asientos de nuestra fila, si tal era mi deseo. La realidad admitía muy pocas componendas: con tres asientos uno podía acomodarse con el torso tendido y las piernas flexionadas, postura mínimamente suficiente para proporcionarse posibilidades de descansar. Levantando los dos reposa-brazos de separación reglamentarios se conseguía un remedo de lecho aceptable. Dí las gracias a la señora por la cesión que me hacía de su parte, y me acomodé no sin antes observar que ella se acurrucaba en el espacio sobrante, sin descomponerse ni evidenciar ningún signo anormal o exagerado de cansancio. He comprendido siempre que las mujeres disponen de mayor capacidad que el hombre para enfrentarse con el dolor o para asumir lo que pudiéramos entender como molestias físicas. Pero si además se trata de mujeres en las que parece residir un repertorio de recursos de resistencia, contención y sobriedad austera... entonces esa capacidad se multiplica. La impresión que me trasladó aquella japonesa fue la de una edad indefinida; quiero decir, que a partir de los 45 años cualquier cantidad de tiempo podría alojarse en ella dentro de la típica banda ancha que un occidental como yo percibe como constitutiva de las cotas de juventud y de vejez de estas gentes. Me tumbé como pude, descansé lo que pude, y una hora antes de aterrizar, ya recobrada la compostura personal, y devueltos a su posición los brazos de los asientos, nos pusimos a conversar mi compañera de fila y yo.

Se llamaba Machico Fukae (nos hicimos intercambio de tarjetas de visita); trabajaba como profesora de japonés en Leiden (Holanda), y hacía un viaje a Japón cada año más o menos por las mismas fechas. Volví a reiterarle mi agradecimiento por su generosidad al cederme medio espacio, y hacer posible que me hubiese yo tumbado boca arriba, haciendo descansar todo el torso, aun con las piernas flexionadas pero siempre susceptibles de que de vez en cuando las estirase hacia el techo o momentáneamente hacia el pasillo.

Me dijo que me había visto muy cansado y mucho más necesitado que ella de tenderme en los asientos, ya que ella venía tomando ese mismo vuelo desde hacía algunos años, y que de alguna manera estaba más acostumbrada a hacer frente al tedio de la larga duración del viaje. Como japonesa instruida, ocupada en faenas intelectuales, era proverbialmente amable de conversación, con cierta ceremoniosa untuosidad en sus ademanes.

Tokyo había estrenado recientemente el flamante aeropuerto de Narita, cuya pega más evidente era la de distar más de sesenta kilómetros y dos horas con tráfico normal del centro de la ciudad. Al llegar allí me cercioré de lo que realmente era una concentración ininterrumpida de japoneses, por cientos de miles, por doquier. Lo primero con lo que me pareció oportuno entrar en contacto fue con la realidad del dinero: cada peseta correspondía a 1'33 yenes. Me di maña en cerciorarme rápidamente de una particularidad importantísima, y ello fue la evidencia de que la gestión particular de reserva de hotel, etc. convenía mucho más que encargárselo a los servicios de cualquiera de las agencias que funcionaban desde el aeropuerto. En su momento comprobaría que de haber reservado alojamiento y transporte con arreglo a esta última modalidad me hubiera supuesto un desembolso de casi el doble. Indagué como mejor pude mediante una primera ronda de pesquisas para llegar a la antedicha conclusión: que era preferible reservar hotel desde allí, pero a través de uno mismo. Machiko vino oportunamente en mi ayuda, ofreciéndose a telefonar cuantas veces hiciese falta. Vi el cielo abierto. Sabía, suponía que podía contar con ella, pero no me había resuelto aún a pedírselo, con la remota esperanza de que hubiera yo podido llegar a algo concreto en algunos de los mostradores donde se ofrecían los servicios de agencia. Dos únicas llamadas hizo, empleando cada vez – bien lo recuerdo – una moneda de 10.- ¥, unas siete pesetas con cincuenta céntimos, que, por si fuera poco, la mujer me regaló. Este tipo de detalles en momentos tan precisamente críticos como encontrarse uno en medio de muchos miles de gentes, y tener que dilucidar entre un número de opciones posibles... este tipo de

servicios, digo, son los que hacen que un viaje pueda resultar catastrófico o simplemente, placenteramente esperanzador. Machiko me reservó alojamiento en el Sunshine City Prince Hotel, un cuatro estrellas, de la zona Seibu Ikebukuro, en el oeste del "down town". Me despedí de ella, y yo subí a uno de los muchos autobuses que, hacia el norte, llegaban a Tokyo. Me fijé en que los ómnibus y camiones o camionetas van provistos de un pito que avisa de que están maniobrando. No se olvide que estamos a final de 1985, y en dicho sentido llamaba la atención comprobar que los autobuses también iban equipados con una pantalla de TV para controlar toda la parte exterior del vehículo, sobre todo cuando se estaba dando marcha atrás.

Yo me sentía contento: había iniciado la andadura de los tres días previstos en Tokyo con normalidad, debido a la ayuda inestimable de Machiko. Hice una mención especial en mis apuntes sobre la gran inconveniencia que hubiera supuesto reservar hotel desde el aeropuerto por medio de las gestiones oficiales, porque ni aceptaban pago alguno con tarjeta de crédito (sino al contado puro y duro), ni tampoco aceptaban las reducciones, simbólicas pero preceptivas, de la asociación IAPA, a la que yo pertenecía y cuya tarjeta esgrimí desde un principio. Y por cierto que el Sunshine Prince Hotel hacía una reducción del 15% del precio base; como digo, poca cosa pero bastante más que nada. Hay un dato curioso que no quiero dejar de reseñar: como ya era costumbre en mi, yo sólo transportaba conmigo el equipaje del que "pudiera tirar"; y por lo tanto, para aquel viaje únicamente me había llevado un bulto de mano, todo lo holgado que yo considerase oportuno, pero únicamente un bulto. En los últimos treinta... o más años, la vez exclusiva que tuve que servirme de una maleta – que, además, compré para la ocasión, y que también, y necesariamente, tuve que facturar para el vuelo – fue con motivo de mi estancia de siete semanas a primeros de 1982, o sea, en pleno invierno, en Bristol, Inglaterra. En todos los demás casos, descontando los viajes realizados en mi coche, en que éste me servía de almacén y hasta de segundo alojamiento, en todos los demás casos, repito, jamás he confiado equipaje alguno a las bodegas de las aeronaves. El mejor

equipaje es, hay que insistir, aquél del que uno "puede tirar". Pues bien: recuerdo que para este viaje que, por lo menos en Japón, se desarrollaría bajo el signo de la estación invernal, me vi obligado a elegir un par de zapatos multi-usos, todo-terreno, polivalentes, operativos tanto con frío como con calor; tanto con agua como con superficies secas. Después de mucho darle vueltas, opté por un par de 'Gorila', domados hasta la exageración y garantizadamente cómodos. Como ropa de abrigo metí en el bolso un jersey gordo y un impermeable. Y acerté. Desde luego, en Tokyo a últimos de diciembre hacía frío, pero no hasta el punto de hacer necesario un equipo de ropa pesada. Desde donde me dejó el autobús del aeropuerto, bien se tratara de la terminal, o tal vez la parada que me indicaran como más cercana y conveniente, cogí un taxi para el Hotel. Lo mejor en estos casos es enseñar el *voucher* de reserva, si se tiene, o cualquier distintivo de identificación que le hayan dado a uno, y enseñárselo al conductor. En general, la gente oriental suele ser honesta con el turista. Ahora bien, no está de más salir al paso de una creencia tan extendida como inexacta; y es la sostenida por mucha gente en el sentido de suponer que la mayoría de japoneses hablan inglés, cuando la realidad es muy otra. Fuera de los centros dedicados al menester directo del turismo (hoteles, aeropuertos, agencias, etc.) el hombre de la calle japonés, ni siquiera los taxistas, suelen hablar inglés. El que me llevó al hotel no era excepción, dato que, como digo, queda cumplidamente compensado por una percepción general de profesionalidad honesta de toda esta gente.

Ya apunté que el Hotel Sunshine se encuentra emplazado en el barrio Ikebukuro, cerca del Parque Nishi Sugamo y de la Avenida Kasuga-Dori, contando en sus alrededores con un buen número tanto de servicios públicos (Oficina de Correos Toshima; estación de Bomberos; Sucursal Casa de la Moneda; Hospital, etc.) como de prestaciones de entretenimiento y cultura (Museo del Antiguo Oriente; Teatro Sunshine; Planetario; Palacio de Congresos, etc.) Echando un vistazo muy por encima a un detallado plano de la ciudad de Tokyo, y siempre con arreglo a los parámetros de organización japoneses, se

infiere fácilmente que una megápolis de tal envergadura dispone de un parecido elenco de servicios ciudadanos en cualquiera de los muchos barrios que separada e independientemente aglutinen a muchos miles de residentes. Atestiguo que el emplazamiento de mi hotel disfrutaba de toda aquella variedad de ofertas de asistencia y disfrute cívicos.

Me instalan en el piso 28. Hay un kimono-batín en la habitación para uso del cliente: lo encontré primorosamente doblado a mi entrada, y a estrenar; o al menos, así lo parecía. Hay también un calzador de medio metro de largo, para ayudarle a uno a meterse los zapatos sin tener que doblar la visagra ni encogerse o arrodillarse. Los empleados, camareros, recepcionistas, etc. se deshacen en curvaturas de espinazo, y en parabienes. Tan sólo iba a estar tres noches en Tokyo. Tras el agotador, aunque interesante, vuelo desde España, aquélla primera, la del 21 de diciembre de 1985, no recuerdo que me diese para más.

El día 22 constituiría uno de mis dos días completos en Tokyo. Decidí alquilarme un coche con conductor, un taxi, para que me diera una vuelta panorámica por donde alcanzara la hora de consumo a 10,000.- ¥, o sea, 7,500.- pts., que no estaba del todo mal. Lo peor de Tokyo son las distancias. El habitante de las grandes urbes se enfrenta a pasar buena parte de su vida "in itinere", ida al trabajo y vuelta del trabajo. No se ven mendigos, ni uno solo, y las calles están mucho más limpias que en España. Hay muchas bicicletas que ruedan por las aceras, no pude fijarme si sobre bandas de tartán o tarmac especialmente diseñado al efecto. Está muy generalizado el uso de dicho medio de transporte no contaminante. Muchos de esos ciclistas y otros viandantes llevan mascarillas, todas idénticas, o así me lo parecieron, de color blanco, enganchadas a las orejas. Puede ser que estén resfriados y no deban respirar el medio ambiental; o simplemente para evitar la contaminación. Las chicas jóvenes, muchas de ellas, quiero decir, visten medias, también blancas, como de ganchillo o encaje. Me hice una idea de cómo funciona todo en Tokyo. Esta gente ha aprendido la lección, supongo, en el sentido de saber con crudeza sus limitaciones y hacerse cargo de que el país es

cosa de todos. La disciplina en el trabajo es proverbial. Nos encontramos con pocos atascos, si acaso alguna mínima retención, resuelta pacíficamente mediante una dosis de paciencia ascética asumida por todos. El cansancio me duraba. Estos inmensos viajes, con trasiegos de horas y modificación brusca en los bio-ritmos, no saldan sus carencias en cuestión de un día, ni siquiera dos, sino que se toman su tiempo. Decidí regresar al hotel y pasar allí el resto de la jornada. Disponía de una buena atalaya para ordenar los primeros haces de ideas y escribir algunas notas; diseñar el subsiguiente curso de acción para las etapas de mi viaje, etc., y sobre todo para tratar de equilibrar los recursos de mis energías... Había cumplido 49 años y me encontraba prácticamente en plenitud de disponibilidades; pero el cuerpo casi nunca avisa por las buenas, sino que el mazazo de agotamiento o de disfunción le acaece a uno de golpe; y ponerse malo, aunque sólo sea de desgana, a 15,000.- kms. de casa me parece que es algo perfectamente serio.

Disfrutar de media jornada de hotel de cuatro estrellas no es ninguna tontería. Esta gente es un primor de ordenados: la camarera del cuarto me deja el kimono impecablemente plegado, no sé si el mismo del día anterior u otro, de tan a estrenar como parecen. También cada día me repone la maquinilla y un pequeño envase de crema de afeitar, junto con un juego de cepillo de dientes y un tubito de pasta. Lo único que no encontré a la altura... elevadísima de las circunstancias fue la dicha maquinilla desechable de afeitar, que no cortaba bien, y que cedió en conveniencia ante las que yo me había traído de casa. En el centro del lounge del Hotel Sunshine existe un cuadrado de color marrón oscuro, que no es sino una fuente. Ahora bien, la característica de las fuentes japonesas es la suelta, el fluir del agua a ras de superficie; o sea, nunca produciendo borbotón, como brote fuerte con caída, sino como película de líquido manando y discurriendo silenciosamente. Y lo mismo, me fijé, con el surtidor del parque contiguo al Hotel. En la habitación asimismo me habían puesto un tipo de babuchas o sandalias: un poco estrechas y demasiado largas, pero preciosas, de color marfil-hueso, y nuevas. Constante,

ininterrumpidamente la radio emitía el mayor repertorio de villancicos nunca oídos: todas las variaciones de los tradicionales en Occidente y de otros. Hay un té de jazmín que ofrece la casa de regalo de cortesía: el azúcar viene servida en un cilindro de papel, como un cigarrillo largo. Ya digo que ese día 22 paso la mitad de la jornada en el hotel. Bajo a comer a uno de los restaurantes, el que me pareció más normalito y menos ostentoso. Comería algo universalmente italiano de pasta; u otro producto oriental, como arroz. De postre, una naranjita de calibre ridículo me cuesta 300.- pts. En realidad también tenía para elegir una rajita de melón al módico precio de ¥ 1,100.- Y lo que más me contrarió es que la naranja era importada de California, según me dijo el 'chef'. Por la noche, por una minúscula ensalada de frutas (una mandarina; dos tiritas de papaya; una sección liliputiense de melón; y dos rodajas de kiwi) me cobran ¥ 1,800.- Hay un masoquismo interno que nos impulsa a buscar inéditos placeres en tan abultados disparates como lo son pagar tales precios por cosas que casi no cuestan nada en casa.

El Hotel Sunshine disponía de un apartado, junto a las cabinas telefónicas del vestíbulo, con unos escritorios reservados independientes, provistos de pantalla de luz, para uso de la clientela. Yo me instalé en uno de ellos por espacio de casi una hora, y así tomé varias de estas notas, y leí algo de la prensa en inglés. Constató que el eterno femenino que aquí se debe de entender como más cotizado es el más parecido a los esquemas y paradigmas de Occidente. En la TV del Hall pude comprobar que las modelos publicitarias se consideran tanto más atractivas cuanto mayor sea su acercamiento a los parámetros estéticos nuestros. Recuerdo que un spot presentaba a tres criaturas, limpiísimamente bellas las tres, y respecto de las cuales sólo un estironcito de la comisura lateral externa de los ojos nos hacía saber su solera; lo demás era un puro ejemplo de occidentalidad. Me informan de que por una excursión en el tren-bala a Kyoto cobran algo más de treinta mil pesetas. A pesar de lo abultado del precio, no me hubiese importado ir, de haber dispuesto de algunos días más [Doce años más tarde disfrutaría del tramo Madrid-Córdoba en el AVE, nuestra réplica

española al ferrocarril de alta velocidad, si bien creo que el tren japonés rueda aún más veloz] Un grupo de jovencitas hablando lanzaban una expresión, si de asentimiento, si de sorpresa o emoción, que a mí me sonaba a silbido o algo semejante a un "ío, iiii"... sostenido. La gente en general, sobre todo los hombres, cuando hablan por teléfono suelen proferir repetidamente un "hai[t]" de exclamación ilativa. Dí por terminado el día y me retiré. Observo que en estos países orientales, en las habitaciones de los hoteles, junto con los Evangelios dejan un ejemplar de *Las Enseñanzas de Buddha. Buddha's Teaching*.

El día 23 lo dediqué a patearme la mayor cantidad posible de extensión partiendo desde el Hotel. Al salir, reparé en que había dos limpiabotas (un hombre y una mujer) en la especie de ensanche-plaza cerca del Sunshine. A tenor de los precios que había pagado por las piezas insignificantes en las comidas del día anterior, colegí que sería difícilísimo, por no decir imposible, encontrar fruta fresca. Sin embargo, me produjo enorme satisfacción comprobar que estaba equivocado. Me topé con una sucesión de tiendas de verduras y frutas, casi todas en la misma calle. Por supuesto que los precios resultaban, como poco, un cien por cien más caros que en España; pero si imaginamos un producto abundante aquí entre nosotros, como, pongamos por caso, la naranja, a un precio normal de estación, decir que en Tokyo resultaba al doble justo no parecía ya tan desorbitado. Las postales, tanto en la boutique del Hotel como en un supermercado de la calle cuestan ¥ 60.- cada una; el franqueo de una carta ¥ 170.-, y ¥ 110.- el de una postal, más del doble de las tarifas que por aquel entonces regían en España. Supuse que la gente, para que la vida no les resultara insufriblemente cara, aquilatarían exhaustivamente el dinero y las oportunidades. Creo que así Japón en general, y Tokyo en concreto, podrían ser tolerables. A nivel español, lo más arreglado que vi en precio fueron unas zapatillas de estar en casa, por unas 350.- pts. Este país es un buen ejemplo de la austeridad y del no despilfarro, lo contrario que España. En Japón se paga por todo aquello que se consume, ni menos ni más; así nadie puede sentirse frustrado ni

favorecido. He ahí la mejor explicación para la cantidad de platitos, pedacitos, raciones y apartadillos que estos prójimos usan en la ingesta del alimento. Infinidad de tiendas exhiben vitrinas, por dentro y por fuera – es decir, en la misma calle – con platos, cubiertos o no con papel de tafetán, en los que están los productos y particularidades alimenticias de esta sociedad. Lo que más le sorprende a uno es la variedad de porciúnculas, montoncitos de cosas y comistrajós irreconocibles como... ¿gambas?, ¿pulpito a rodajas?... y pedazos diminutos nadando en salsas inexplicables. Se come a base de mucho picotear con los palillos de aquí y de allá; mojar una picadura o fragmento de algo en alguna salsa. Aquí un plato de fabada, unas habas con jamón, unos huevos fritos con patatas, unas lentejas, un buen trozo de carne asada, etc., sería el anticlímax.

Después de una buena caminata regresé al Hotel, pero antes pasé a comer a un restaurante chino cercano. Lo bueno de los japoneses es que tienen muchos restaurantes... chinos, donde yo consumo arroz. Los demás comensales pueden darle al arroz también, claro, pero lo más usual es que la emprendan, armados de palillos, con ese tipo de spaghetti con remojo dulce, según creo; pegando sorbetones sin reparo alguno. Cuando se trata de una pareja se entabla un pugilato entre ambos a ver quién de los dos da los sorbetones más rotundos. Además, ponen una cara como de niños enfurruñados, y miran hacia el lado contrario cuando reparan en que se les está observando. En este restaurante, como digo, no lejos del Sunshine, y adonde entré a comer, el 'chef', ceremonioso, me instó a que probara, gratis, se entiende – lo recalcó varias veces – una copita, un sorbito de sake. Sabe a alcohol con aroma de hierbas amargas: definitivamente no me gusta. Lo que sí me sigue embelesando es ver, cuandoquiera se junta un grupo de japoneses, cómo se sacuden reverencias entre ellos. Descansé un rato en el hotel y me lancé de nuevo a la calle. Me dejé caer, ya de anochecida, por algún shopping center, o lugar especialmente concurrido, aunque esto que digo haya que entenderlo en clave lúdica, ya que cualquier punto, cualquier distrito de la ciudad por el que hasta entonces hubiera yo transitado, hervía de humanidad.

Me venía a la mente aquel parte de guerra en el que se decía que un cuerpo de ejército de medio millón de soldados se hallaba atravesando el páramo... de tal o cual paraje en la más completa de las soledades!! Me hice el encontradizo con un grupo de mozalbetes que al reparar en mi aspecto de occidental extranjero, y mi disposición flotante, de indiferencia respecto a dónde dirigirme, como corresponde a una boya en libertad... pues digo que se quedaron mirándome, como invitándome a que les dijera algo; a que les preguntara algo; simplemente, supongo, por la novedad de poder saludar en inglés a un desconocido. Desde siempre yo era consciente de que las expansiones... espirituales en Japón se pagan a precio de oro; que estos pobres 'hirohitos' a lo más que pueden aspirar es a machacarse trabajando en su país con la esperanza de poder gastarse el producto de ese trabajo vacacionando durante un máximo de dos semanas al año en cualquier otro sitio [En su momento se nos haría evidente que las Filipinas es el depósito de sexo y... ¿por qué no decirlo? de aventuras de ilusionado emparejamiento que nutre a mucha gente de los USA; a todo el Japón, y también a Australia]. Un servicio de geisha (que en realidad no entendí nunca bien del todo en qué diablos consiste) como menú básico ascendía a mil dólares USA; y cositas por el estilo que le dejaban arrugadas las ganas a uno. Pero yo era turista, independiente, y no tenía que dar explicaciones a nadie excepto a mi... conciencia. Así que, aunque con visible vacilación, al chaval que parecía más despabilado y receptivo, le pregunté que si sabía dónde pudiera haber... por allí cerca, claro, nada de trasladarse de barrio, o tener que tomar un complicado transporte,... que si sabía dónde había algún sitio con, eso, chicas de compañía. No entendían. Estaban más atontados de lo que yo podía imaginarme. No tuve más remedio que pronunciar la palabra "prostitute", en inglés casi hermana gemela del castellano y universalmente reconocible. !Oh, – dijo uno de los otros que acabó comprendiendo – ... ¡oh! "damé, damé" [terrible, terrible], término que yo conocía desde muchos años atrás; desde mi época en Queen's University, de Kingston, Ontario, Canada, en que solía coincidir en el comedor con una estudiante japonesa de... algo que no

tenía nada que ver con lo hispánico. "Damé", la palabrita me había hecho gracia, fuera de todo contexto, y ahora estos mozalbetes me la espetaban asustados por el hecho de que yo les preguntara si conocían alguna casa de alterne por allí cerca. ¡Venga, hombre; id a jugar con vuestras maquinitas; id a jugar al golf en los mini-campos de goma sintética; y a acostaros en las celdillas de dos por dos por dos metros de cubicación!

Hay un pasaje que aparece como nebulosa en la memoria mía, por lo menos en cuanto al detalle original, a la instancia concreta que lo motivó, aunque sin interferir en el proceso de su realización, que es de lo que aquí se trata. Resulta que yo portaba conmigo la dirección, sólo la dirección, sin teléfono alguno, en Tokio... ¿de quién? Es curioso que no puedo apresararlo, por haber naufragado en el maelstrom de las informaciones, de los aconteceres variados. Probablemente se tratara de alguien a quien conociera en mis años de Norteamérica, y con quien – hombre, varón, vaya por adelantado – hubiera tal vez intercambiado alguna comunicación epistolar en el vano de todo aquel tiempo. Es frustrante, sí, Pero la identidad de tal persona se me ha diluido por completo. Ahora bien, a la vista de la realidad, tengo que constatar que dicho extremo debió de dejar de interesarme enteramente en algún tramo de mi tiempo vital, y que lo reseñable ahora, desde la incumbencia literaria, es el pasaje a que dio lugar mi relación con aquella persona absolutamente volatilizada en olvido. Como digo, provisto de una dirección, perteneciente a un distrito de Tokyo no exageradamente distante de mi hotel, me personé allí...

La vida social de un español, en general, poco tiene que ver con la de un norteamericano o con la de un japonés. Si el español sale a la calle y allí es donde celebra sus citas espontáneas, sin anuncio ni fijación anticipados, otras culturas, la norteamericana y la del ciudadano japonés de Tokyo – al menos, y por lo que yo pude constatar – hacen de sus hogares el único espacio habitable propiamente dicho. La calle, y si se me apura, el vehículo del que cada cual se sirve – desde la bicicleta al coche, pasando por el autobús, el tranvía, el tren, etc. –, la calle le sirve para ir desde su casa al lugar de

trabajo, gestionar los asuntos públicos de que se trate, hacer el shopping, y regresar a su hogar. La calle no es lugar de reunión sino el ámbito por medio del cual el ciudadano se transporta a atender los cualesquiera asuntos que le permitan, a su vez, contar con un alojamiento en el que, insistimos, vive de manera absoluta. De ahí que, acceder a ese último reducto de la "privacidad" de uno de estos ciudadanos, como lo es el apartamento o piso en que se alojen, es todo un ejercicio de iniciación a lo críptico y, sobre todo, a lo improbable e incierto. Como detalle previo, existen una serie de obstáculos, o mejor dicho controles de salvaguarda entre la calle y la vivienda propiamente dicha del ciudadano concernido en su caso. Yo quería comprobar en mi propia carne, en mi alma somatizada, la profunda dosis de extrañamiento e incomunicación que preside las existencias de tantísimos millones de moradores de urbes. Aquel edificio estaba provisto de todos esos controles y telefonillos de acceso a los pisos. Recuerdo que se trataba de un inmueble algo deslustrado, aunque siempre algo menos mazacote que el que correspondería a una edificación occidental equiparable. Supongo que esperaba a que entrara o saliera alguien para introducirme yo. Usar el telefonillo, y en caso de que lo atendiera alguien, posiblemente hubiera echado a pique la carga de confianza, virtual al menos, que toda presencia física puede comportar.

Se trataba de un día sin lluvia, pero plomizo, invernal, de finales de 1985. Acaso, y por eso de la convocatoria que suelen implicar todas estas fechas de fin de año tan particularmente señaladas..., acaso, pensaba yo, la persona en cuestión, el sujeto, quiero ahora creer que japonés al que había conocido a principios de 1980 en la Clínica Buchinger de Marbella, y por cuyo paradero me interesaba..., acaso estuviera bajo los efectos de ese repliegue casero, de regreso al hogar, y se encontrase en su piso, allí mismo, ya muy cerca. Llamar así por las buenas a la puerta de la vivienda de gente desconocida, sin previo aviso, directamente, en ciertas culturas puede constituir uno de los mayores y más significativos desacatos al concepto de civilidad y convivencia sustentado por esta misma gente.

Yo tuve suerte. Me arriesgué pero tuve suerte. Llamé, y en los segundos que calculé que transcurrirían desde la producción de mi sonido al hecho de trasladarse quien fuera hasta la puerta, puse, adopté, intenté poner mi gesto de más sumiso desentendimiento; una actitud inofensiva de "non-chalant"; de quien, sea lo que pueda ser lo que habite en su mente, no tiene ni disposición ni cabida para nada torcido; para nada que no sea amistoso. Me sentí observado a través de la mirilla. Arrecié en mis ademanes simplones de turista deportivo, al que se le acaba de ocurrir algo, acaso inoportuno y dudosamente cívico, pero nunca doloso, y, ¿por qué no? tal vez positivo. A fin de cuentas, estábamos en periodo navideño, propenso a estos artificios de milagrería crédula...

Alguien entornó la puerta y me permitió ver la cabeza y una sección del cuerpo de una mujer. Un poco más animado, comencé a expresarme en inglés: que era español; que estaba de paso en Tokyo, y que guardaba la dirección de aquel ciudadano, etc., etc. La mujer, ya más tranquila, aunque sin extraer nunca la cadena del pasador de seguridad, me dijo que ella, norteamericana, llevaba viviendo allí desde hacía más de tres años, y que si bien le sonaba que alguien de las características que yo le estaba apuntando... se había alojado en el mismo apartamento... que ella no tenía más idea. Creo que hasta me dio tiempo a hacer algún pinito explanatorio a la buena mujer sobre mi filiación y mis años en los USA, etc., de forma que su tono y su gesto fueron adquiriendo el nivel de confianza y de tranquilidad que la hubiesen acompañado en cualquier situación normal de su vida. Me conformé con aquello. De nuevo, había salido victorioso de la batalla entre los extrañamientos y las empatías solidarias. Fui nada menos que capaz de conquistar la desconfianza de aquella señora joven, y propiciar que su discurso adquiriese los registros de la simpatía y de la comunicación. Ella no podía hacer nada más. Lo comprendí. La dí las gracias más deportivamente efusivas y me marché.

El día 24 de diciembre, mientras estoy desayunando en uno de los comedores del Hotel, pienso que de buena gana hubiera comprado el kimono, de rayas blancas y negras, que tenía a mi disposición en el

cuarto. Pero no era posible añadir algo tan específicamente voluminoso a mi exiguo equipaje, sobre todo al comienzo de mi excursión de más de dos tercios de vuelta al mundo. Veo también a dos señoras intercambiarse cinco profundas reverencias. No tenía nada mejor que contarlas, sobre todo porque las cuantificaciones no presentan ni color religioso ni filiación política. Parecía como si le hubieran tomado gusto a la cosa y rivalizaran en lo acentuado de los dobleces y quiebros de visagra. Antes de salir del Hotel, tomar el autobús y dirigirme al aeropuerto, me acerqué naturalmente a Caja a liquidar mi cuenta. Entonces aprendí algo enormemente pintoresco de estos prójimos; y es que gravan con un porcentaje mayor cuanto mayor sea la cantidad consumida. Ejemplo: una comida de 2,000.- pts. implicaría un IVA, digamos, del 16%; mientras que otra comida de 4,000.- pts. lo implicaría del 20%, siempre en términos plásticamente inteligibles. Lo cual acentúa el principio de que el consumo en Japón es algo que constituye el índice más fiable de la capacidad económica del administrado; y de tal forma, se infiere que a mayor consumo, mayor poder adquisitivo; y en consecuencia, mayor impuesto. ¡Valiente partida de cachondos están hechos estos nipones!

Lo peor de Tokyo, constato de nuevo, es la distancia al entonces recién estrenado aeropuerto de Narita, al sur: 63 kilómetros, que cuestan dos horas para salvar. El autobús va recogiendo viajeros en distintos hoteles, camino del aeropuerto, y ya a la entrada de Narita se detiene para sufrir una inspección por parte de la policía; rápida, eso sí, pero desesperante en vista de lo ajustado de la hora. La gente viaja con enormes cantidades de paquetes. Como me decía el de las líneas Cathai: "No son viajeros, sino que parecen comerciantes". Por suerte, los japoneses tenían muy bien calculados los tiempos de duración de todas y de cada una de las operaciones de control de documentos y embarque. Conservo muy vívidamente grabados el desencaje e intranquilidad desazonada que experimenté porque – siempre según mis cálculos – al paso que íbamos, lentísimo el autobús, con un tráfico infernal, con todas las paradas, con todos los acomodos de los que iban subiendo de los hoteles en ruta... con todo

eso temía que perdiésemos el avión. Por fortuna, las cosas funcionaban bien en lo tocante a exactitud y puntualidad aeroportuaria. Y así, aunque ajustadísimos, sin respetar ni mucho menos lo de la hora y media de anticipación, llegamos. Un último detalle que tengo recogido en mis notas a pie de... ocurrencia: Al bajar del autobús me encontraba yo con el ánimo encrespado por lo anteriormente dicho, y para más contrariedad varias puertas de acceso al Hall principal se hallaban cerradas por limpieza a manos de los operarios. Un poco agitadamente, airado, pregunté a varios que por dónde se entraba. Estos japoneses han aprendido bien la lección: se saben los magníficos entre los orientales; pero a la vez no olvidan que los USA les lanzaron la bomba atómica... porque eran eso, orientales; de forma que su actitud ante alguien como yo, tal vez prepotente y no me chocaría que irascible, es el silencio y volver dócilmente la cabeza hacia otro lado. Ya en el avión de las líneas Cathai Pacific calculé que los tres días en Tokyo, en total y sin gastos extraordinarios, me habían salido por unos 95.- \$ USA cada uno de ellos. Un regalo en comparación con el placer de poderlo contar como lo estoy haciendo ahora.

Machiko y yo nos volvimos a encontrar, pero ya en Granada. Nos habíamos cruzado un par de cartas, más o menos protocolarias, en fechas proverbialmente reseñables como de fin y principio de año; ella religiosamente me hacia llegar su dirección y particulares en una nueva tarjeta, idéntica en contenido pero con diferencias en el formato. Guardo con especial delectación una de color canela, con los bordes desflecados, hecha como en pergamino; una preciosidad; o para ser más preciso, una japonería. Sí, eso es, tarjeta de color miel y como de una lámina de papiro con los bordes hechos jironcitos. En Granada la invité por todo lo alto, no sólo porque la subí a Sierra Nevada, con el panorama helado, sino porque la llevé a sitios tan representativos como el Parador San Francisco y el Hotel Alhambra Palace. Como creo haber dicho, aquella mujer podía tener entre 40 y 65 años, sin que los dispositivos normales de percepción de alguien como yo, dedicado a otros menesteres, pudiese certificar en contrario

ni lo uno ni lo otro. No encarnaba patrón alguno que la hiciese apta para las singladuras carnales de mi espíritu. Y ahí quedó todo.

## **Sin nombre conocido por mí : Camarera del Hotel San Polo : Taipei (Taiwan) : diciembre 1985**

Con la vista puesta en un globo terráqueo, y uno precioso, por cierto, el de la National Geographic Society, había diseñado yo mi viaje que comenzara en Japón cuatro días atrás, haciéndolo proseguir hacia Taiwan. ¿Por qué Taiwan, "Formosa", como a mí en mi interior me complacía llamarla siempre? Muy simple: porque de un lado, dar un picotazo en la inmensa superficie de la China continental, con la visita escueta de una o, todo lo más, dos ciudades, hubiera descompensado la secuencia y la dinámica de mi recorrido, sin contar con el ya de por sí engorroso obstáculo de que China continental exigía un visado que tardaba algunos, pocos, días en gestionarse, pero siempre demasiados en función del juego "concepción/realización" que yo imprimía a mis decisiones. Como digo, eso de un lado. De otro, la creencia de que la isla de Taiwan, con sus más de 24 millones de chinos preservaba con la misma devota fidelidad que la China grande, o acaso más, las esencias y los fundamentos antropológicos de esta cultura milenaria. Lo que sí que recuerdo bien es que la así llamada China nacionalista o República de China, Taiwan, mantenía abierto en Madrid un Centro Sun Yat-Sen, siguiendo el nombre de uno de los padres fundadores o al menos responsables de la conciencia de identidad de este pueblo oriental en el juego de la Historia. Había que obtener un visado o "visto bueno" de esta sede que funcionaba como Embajada, como Cámara de Comercio, como Ministerio de Cultura... todo junto, aunque sin ninguno de los nombres específicos que corresponderían a cualquiera de esos menesteres oficialmente reconocidos a nivel de relaciones internacionales. El dicho Centro Sun Yat-Sen, sito en el Paseo de la Habana 12, 4º, de Madrid, actuaba de instancia previa al visado que – ya me enteraría yo en su momento – el viajero debía obtener al llegar al aeropuerto de Taipei.

Era el caso que este viaje de referencia lo había yo perfilado en Alcalá de Henares, en los días que mediaron entre mi regreso de Granada y mi... ponerme en marcha. Hubo algunos problemas de

fechas en que los chinos, al parecer, no abrían; y menos mal que los buenos oficios de Miguel Ballesteros, a la sazón segundo responsable de la Agencia Meliá allí en mi pueblo, subsanaron la carencia de tiempo para andarse de gestiones dilatadas, mediante una llamada acuciante a dicho Centro, una explicación de lo que ocurría, y un desplazamiento a Madrid en persona, provisto de una caja de almendras garrapiñadas para traerse el dichoso previsado estampado en mi pasaporte. En efecto, de los cinco puntos que constituían el trazado de mi recorrido, tres de ellos (Japón, Hong Kong, y Bangkok) no requerían visado; los otros dos, Taiwan e India, sí. El de Taiwan lo resolví de la manera que acabo de detallar. El de la India lo obtendría en Bangkok.

En algo de eso supongo que iría yo pensando durante algún rato de mi vuelo de Tokyo a Taipei, con las líneas Cathai, que, dicho sea de paso, me resultaron de lo más serviciales y recomendables que yo hasta entonces hubiera experimentado. La tripulación y el personal de a bordo se desviven con el pasaje. Las prestaciones que los viajeros de clase turista recibíamos podían equipararse a las de una clase superior en cualquiera de las otras muchas compañías. ¡Una pasada de líneas! Efectivamente, la inocente sorpresa que me depara la llegada al aeropuerto internacional de Taipei es que alguien uniformado me pida rutinariamente el pasaporte, en la ventanilla o control reglamentario, y me digan que tengo que obtener un visado. Sí, un visado. ¿Cómo? Entonces, ¿lo que tengo no vale? – pregunto. Sí que vale; vale como salvoconducto hasta aquí, y con el fin de que aquí, en el propio aeropuerto saque Vd. el visado propiamente dicho y le saquen a Vd. – valga el retruécano – unos cuantos \$ USA, creo que ocho, por el trámite. ¡Joder con los chinos! Por supuesto la gestión no implicó más contrariedad que la de rellenar un impreso, entregar una fotillo y pagar. Ahora sí podía presumir de visado en regla.

¿Reservé allí mismo Hotel o lo traía ya ultimado de España? Nada dicen mis notas de situación; así que más bien creo que lo debí de arreglar allí mismo, a mi llegada a Taipei, probablemente sirviéndome del listado de establecimientos mencionados en la guía

IAPA. Por razones que ahora me son desconocidas, a fuer de irrelevantes, el caso es que elegí el San Polo, un tres estrellas de la calle Chungh Siao este, en pleno centro de la capital. Ya hemos dicho en otras ocasiones que los países huelen; que las culturas transpiran su sistema especial y privativo de particularidades idiosincráticas. Es como si se tratara de un baremo de realidades, tanto mensurables como inefables, que parecen levitar en el ámbito; en todo aquello a lo que un viajero, un turista, o simplemente un curioso tiene acceso por medio del despliegue normal de las antenas de los sentidos. Se perciben olores, colores, gestos; los unos, accediendo por vías sensoriales de somatismo pleno; los otros, por avenidas que la conciencia de cada cual habilita para su oportunidad concreta: tal persona que se cruza con nosotros por la calle; tal vestimenta; tal paisaje urbano. Siempre habíamos oído que la isla de Formosa, ahora Taiwan, conservaba lo que podríamos considerar como más insobornablemente "chino" de la China; reducto donde, igual que en una redoma de reducido tamaño, se hubiesen preservado concentradamente las esencias otrora desparramadas; o si se quiere, dispersamente embotelladas en innumerables vasijas de la China continental, la inmensa, la de los más de mil millones de habitantes. Los aproximadamente 25 millones de taiwaneses pasaban, de este modo, por ser los custodios de lo más representativo del alma china. Si ello fuera así o no, poco me importaba a mí. Sí era cuestión conocida, aun desde la época en que cursábamos la Segunda Enseñanza, que Taiwan albergaba a lo que pudiéramos entender como disidencia del gran sistema de apisonadora igualitaria del régimen así llamado "comunista" de Mao para todo el territorio continental. Efectivamente, al menos en teoría, y al menos también en la facticidad de los que habitaban Taiwan, esta república representaba a los chinos descontentos del socialismo "revolucionario" de Mao. En dicha función de tradicionalistas no comunistas, al estilo de Chang-Kai-Sek, y por lo tanto con todo el arraigo posible que el concepto de democracia pudiera darse en mentes de tan específica cultura..., así, digo, es como únicamente podría uno entender que Taiwan fuese la

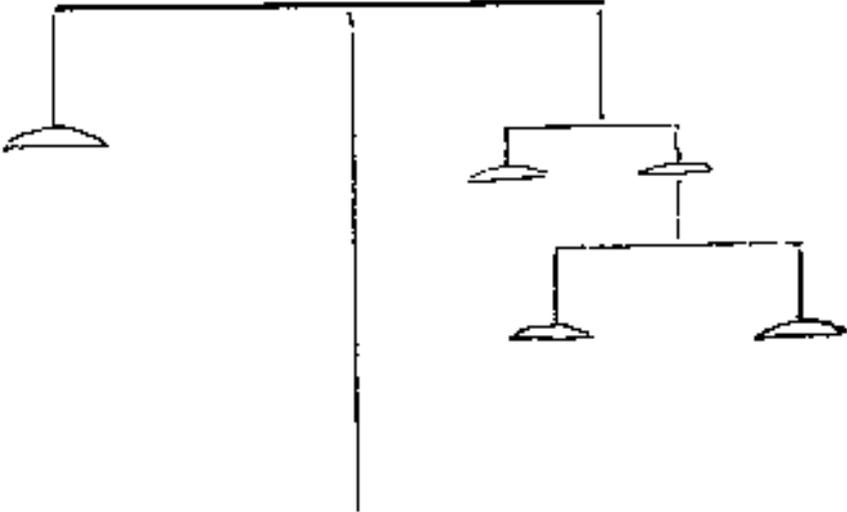
avanzadilla de "lo occidental" ante, y en frente de, los varios miles de kilómetros de costa de su colosal hermana mayor. Desde el mismo comienzo de la separación de las "dos" Chinas, las fanfarrias de la propaganda, los bocinazos del mito no habían dejado de sucederse. Si la China continental no se anexionaba Taiwan, era porque no podía luchar contra los USA; y si Taiwan "amenazaba" con invadir el continente, para sentar en todo el territorio la impronta del nacionalismo auténtico..., pues se supone que lo hacían para seguir autoenardeciéndose, autoalimentando el afrodisíaco de su voluntad, el mito inalcanzable al que antes me refería. Sabido es que cuando en una misma unidad geográfica precisada, la comunidad de sus habitantes se escinde debido a los cualesquiera avatares de la geopolítica, cada una de esas mitades incorpora al credo de su ideario la esperanza reivindicativa de aglutinar de nuevo, algún día..., cuando fuere, y bajo la égida de su sistema, el todo del territorio dividido. Tal es el caso de Haití, con la República Dominicana; tal es el caso de la más moderna Timor en Indonesia; tal es el caso de Taiwan, aunque aquí no se trate de escisión sino de desplazamiento a un enclave insular que otrora formara parte del continente.

Pero bueno, ¿a mí qué me importaba todo eso? Yo había llegado a Taiwan porque sí, porque tenía interés en conocer algo de "lo chino", tradicionalista o renovador, continental o insular; socialista a lo Mao o democrático-nacionalista-universalista a lo USA. Siempre he pensado que los chinos, al ser tantos, pueden sin forcejeo alguno de su condición humana, experimentar cualquier fórmula de convivencia. Si hay países como Islandia de apenas 300,000.- habitantes, con un modelo de Estado y unas líneas definidas de pautas sociales, pues imagínense Vds. lo que no podrían hacer un colectivo de más de mil millones [en el momento en que esto escribo, pasan de los mil trescientos], aun suponiéndolo troceado en porciones de unos cuantos millones por experimento. Pero insisto: yo estaba allí por curiosidad de viajero, de turista de aventura que va a los sitios, que hace cosas y que piensa cosas por crearse la necesidad inevitable de contarlas; de expresarlas en palabras, y de esa manera alzarlas a categoría

computable en el mundo sublime de los valores. Y además Taiwan se hallaba en la ruta que yo me había diseñado. El salto desde Japón y la siguiente escala en Hong-Kong que me proponía, encajaban plenamente en el espíritu de este viaje. Así que, a funcionar y a dejarme de consideraciones estériles!

Lo primero, conocer el coste del dinero, su valor inmediato de transacción. El así llamado "nuevo dólar" de Taiwan, NT \$ se cotiza a algo más de cuatro pesetas. En el hotel San Polo me dan una ensalada exótica de frutas por el módico precio de 500.- pts., algo que me hubiera costado cinco veces más en Tokyo. Sin embargo, un vaso de leche me salió por 280.- pts. Parece que las vacas no son el fuerte de esta economía ni de sus previsiones agropecuarias. En el restaurante las camareras parecen cortadas por idéntico patrón: cortitas pero dotadas de increíble armonía de movimientos. Le propician a uno a sentarse, acercándole la silla. Las chicas bonitas, cuando lo son, ciertamente lo son en cantidad. Sin ir más lejos, la supervisora del comedor tiene una abundosa melena negra que ella, muy a sabiendas – sobre todo, a raíz de su percepción de mis miradas – sacude, enarca y esparce. Por lo que voy observando, suelen tener las piernas finas y ligeramente arqueadas, lo que presta a su andar un parámetro de curvatura bímembre, de arco oval en armónica discordia. Lo que queda de día 24 quiero dedicarlo intensamente a ver cosas, y me aplico a ello. Salgo a la calle portando como mejor referencia identificativa la etiqueta del Hotel. Hay bicicletas que van arrastrando prácticamente una tienda, en la que una batería acciona un mecanismo con el que parecen calentar utensilios. Los bordillos de algunas avenidas y rotondas son altísimos, acaso para impedir que un chaparrón, por intenso que sea, pueda inundar las aceras. Las intersecciones de tráfico no están del todo bien señalizadas: la gente cruza y circula por instinto. Hay muchísimas motocicletas. Los taxis, con el fin de hacer duradera la tapicería, supongo, llevan los asientos recubiertos de ese plástico gordo, reluciente y tirante. Se ven algunos viejos con esos típicos sombreros cónicos o piramidales en círculo, tipo embudo invertido, justo como en las películas. He llegado a la

conclusión de que un buen acceso de conocimiento para calibrar el nivel de vida de los orientales es el grado de penetración que tiene el olor de ese aceite o grasa con el que condimentan el alimento callejero: intenso en Bang-Kok; soportable en Taiwan; imperceptible en Tokyo. Observo más de cerca a las bicicletas-carromatos: son eso, una bicicleta con una cadena conectada como transmisión al carromato o remolque de atrás. Normalmente la gente que conduce tales artilugios va lenta, porque se ve que a las piernas les cuesta lo suyo. Por cierto que a un chico jovencito que conducía una moto le vi dar un viraje brusco hacia donde yo estaba: me pegó un susto morrocotudo... y era sólo para soltar en un cangilón de basuras de la calle algo que llevaba en la mano. ¡Igual que en España, pensé! Tendríamos que aprender detalles así de estas culturas antiquísimas. El juguete-adorno de las sombrillitas colgando la una de la otra es fascinante. Como su explicación resultaría acaso insuficiente, por inexacta, propongo al responsable de las artes gráficas que eventualmente se haga cargo de la confección de este libro, el siguiente dibujo:



Tal sería el resultado semiótico de la realidad que quiero expresar al lector, bien entendido que las ramificaciones de dicho modelo simple de arbolito se pueden multiplicar hasta donde el sentido de la proporción lo tolere. Di por terminada esta primera fase de aclimatación, y ya, más descansado, más en posesión de los signos, de las medidas valorativas que conformaban mi más inmediata proximidad, decidí hacer una prospección en busca de un lugar de encuentros donde echar una firma. No recuerdo exactamente qué procedimiento instrumenté. Lo único de lo que sí estoy seguro es de que Taiwan, Taipei en este caso, en lo que se refiere al empleo, por ejemplo, del idioma inglés, como vehículo expresivo, está mucho menos abierto al turismo internacional que... Bangkok, también por ejemplo. Fuera de la información de todo tipo proporcionada en los hoteles, había que contar con que los caracteres chinos constituían el medio predominante, por no decir exclusivo, para lo que se pudiera encontrar uno por la calle. Tampoco recuerdo si me serví de algún periódico publicado en inglés; pero creo que no. Creo que, una vez más, los servicios de los taxistas resultaron impagables. Uno de ellos me llevaría – cuán trabajosamente lo voy recordando ahora, con ayuda de un plano – a lo largo de la carretera Chunghsiao este, que, como sabemos, es donde se hallaba el Hotel San Polo; luego, pasado el Memorial Hall de Sun Yat-Sen, giraba a la izquierda; y antes de llegar a la estación de ferrocarril Sungshan se detenía en una especie como de cruce de calles, señalándome una hilera de establecimientos, como tiendas o almacenes, a la derecha, donde una puerta supuestamente conducía a un "parlour". Como digo, todo muy desdibujado. Pero bueno, a fin de cuentas, aquella primera vez, llevado por el taxista, no revistió mayor complicación. Accedí a una especie como de camaranchón que en su tiempo podía haber servido de salón de juego, o de peluquería, o de oficina para cualquier tipo de negociado; hasta que la distribución de los espacios de la vivienda se me hizo más inequívocamente habitada y desemboqué en una estancia, en la que algo parecido a un mostrador circular ocupaba la parte izquierda de la

superficie, creando algo equivalente también a una barra de cafetería. Pero puntualizo, todo en plan más bien tirando a rústico. Había dos chicas, las dos bonitas. En mi inglés que necesariamente tenía que plegarse a las escasas entendederas de mis interlocutoras, saludé de la manera más amistosa que pude, y me sentí mucho más aliviado al ver que también me saludaban ellas, acompañando a sus palabras de gestos sonrientes de bienvenida. Es curioso que de esta primera experiencia no guardo nota alguna recogida en mis apuntes de viaje; sólo que una de las dos chicas con las que me encontré en el aposento, Cheng-Cho-Ye, fue la que me atendió. Ignoro el sistema de provisiones que mi conciencia desplegara después de tal trance. Sí puedo asegurar que quedé complacido; aunque, a tenor de lo que dos días más tarde me ocurriría, está claro que descuidé por completo el memorizarme la localización del sitio. Acaso se tratara de un exceso de confianza respecto de las capacidades de mi retentiva; o lo que es menos probable, que dejase abierta la posibilidad de... no sé, marcharme de Taipei al día siguiente, dado que mi billete me permitía cualquier tipo de variación sobre la marcha. Nada de esto tiene mucho sentido, y por fortuna las cosas se resolvieron con arreglo a un diseño mucho más lógico. Todo esto debió de ocurrir el día 24.

La camarera que me atendía en el comedor era recortadita pero una monada. En realidad cualquier comida que hiciese allí se convertía en una fiesta, en una celebración protocolaria. Hasta la propia supervisora me acercaba la silla al disponerme yo a sentarme a la mesa. Sin embargo, mis ojos no dejaban de posarse en la dicha camarera que me servía diligentemente. Siempre que yo iba, solía colocarme en el mismo sitio, para aspirar a que la organización del trabajo me asignara la misma chica, como así ocurría. Mi amiga era algo chatunguita y vestía un uniforme rosa. Después de coincidir un par de veces y de evidenciarle que me había caído en gracia, y que mis antenas afectivas estaban listas a captar cualquier síntoma que de ella pudiera venir, me atreví a charlar con ella en un pequeño receso del servicio, cuando habiendo yo terminado de comer paseaba ella por el comedor mientras recogía de las mesas algún adminículo ya usado. Le

dí una tarjeta de visita y la dije que si alguna vez no tenía nada mejor que hacer, que me escribiera. Pareció entender que no la comprometera nada, sino todo lo contrario. Recalco: Si alguna vez no siente ganas de hacer nada específico, puede escribirme unas líneas. Y si se decide a visitarme – con todos los gastos por mi cuenta, etc., etc. – pues me imagino que sería como tener a una muñeca en casa durante unos días. Su inglés, aunque elemental, parecía suficiente para la ocasión: "¿Que le escriba a Vd. si no tengo nada mejor que hacer?" – me contesta. Ella a su vez, en la mitad superior de una hojilla de factura timbrada del Hotel, me escribió su nombre, y acaso también su dirección... en chino! Es un pasmoso y rico galimatías de dos líneas de caracteres ideográficos; en el medio de todo una cifra parece indicar necesariamente el número de teléfono. Una preciosidad de reto; una iniciación a la criptografía, a la sinología. Tal vez me pronunciara su nombre, pero ni lo consigné entonces en transcripción fonética aproximada ni mucho menos lo recuerdo ahora. Sólo sé que, aunque de naricilla ligerísimamente aplastada y de no muy alta estatura, era un encanto, una monada, una chinería.

Creo que fue el día 25 cuando visité el mercado principal de Taipei. Recordaba a la perfección que en 1979, cuando estuve en Chile, y con mi amiga Lucía hicimos noche en el Hotel Antumalal, abajo, por la región de los lagos, el gerente de dicho establecimiento, haciendo sobrevelada con nosotros, nos habló de lo exótico que le había resultado Taiwan, y de lo mucho que le había llamado la atención el mercado de Taipei, donde, entre otras cosas, había visto servir platos de carne de serpiente sacrificadas allí mismo "on the spot", como uno de los manjares más apreciados. ¿Se trataría del mismo mercado? – pensé yo. Nunca lo sabré.

Como reto personal he descartado servirme de cualquier dato que no sean las notas que conservo por escrito junto con el receptáculo espontáneo de mi propia retentiva, y por supuesto, las cosas de conocimiento general que han obrado en mi conciencia desde siempre. En estos viajes, si no el volumen entero de *Pan Am's World Guide*, sí he solido llevar fotocopias de las páginas correspondientes a los países

y/o, en su caso, lugares objeto de mi visita y exploración. Taiwan no podía exceptuarse, y estoy seguro de que la información de la guía de Pan Am incorpora la mención de dicho mercado; pero en el momento en que estoy escribiendo esto, un día 14 de enero de 2003 en Granada, ni tengo conmigo la citada obra de referencia, ni considero prioritario, sino más bien desestimable, incorporar a los escritos de signo vivencial el consabido relleno "de agencia", material informativo de tipo general y acomodaticio que obra en todos los repertorios de consulta de los ficheros de los periodistas, y que tan visiblemente inoportuno resulta en muchos de los libros de viajes redactados por corresponsales que, obviamente, no pueden escribir más que de aquello para lo que la empresa de los medios de comunicación que fueren les ha contratado. No recuerdo el nombre del mercado. Aunque sin gran convencimiento, me decidiría por considerarlo al oeste del emplazamiento del Hotel San Polo. Tal vez me dirigiera por la Jenai Rd., en dirección al río Tanshui; y pasada la línea del ferrocarril, y en las inmediaciones del Lungshan Temple quedará situado el mercado en cuestión. Recuerdo distintamente que se trataba de una avenida alongada, flanqueada a ambos lados por tiendas, puestos como de feria, y otras construcciones de quita y pon. No me impresionó tanto como me lo había anticipado. Vi, efectivamente, algún puesto que exhibía serpientes, no sé si como reclamo de mera curiosidad para el turismo, o como artículo en todo caso negociable, bien para su venta en vivo, o como producto a condimentar para el consumo alimenticio. Como digo, no fue nada extraordinario, que no hubiera visto [y que volvería a ver muchas veces más] en las calles de Bangkok convertidas en bazares inmensos en el mismo centro de la ciudad.

El 26 de diciembre, que sería el último de estancia entera en Taipei, decido ir a la casa de sauna-masaje de dos días antes; y si es posible, en busca de Cheng-Chon-Ye. Me pongo en camino, andando. Evidentemente, había calculado mal, porque hasta vacilé respecto de la altura de la Avenida Chungshiao donde había girado a la izquierda. Las referencias se me hacían irreconocibles. Merodeé un buen rato, no tenía nada más acuciante que hacer y, además, aquello comenzó a

convertirse en un tema central de auto-estima. ¿Cómo era posible – me preguntaba agónicamente – que aquella dirección se me hubiera diluido, como irreconocible, en el curso de tan sólo un par de fechas? Volví a desandar todo el camino y a comenzar de nuevo. A cada paso escrutaba las casas, los volúmenes de los árboles, y hasta lo que se me antojaba como la medida del aire, para procurarme un apoyo a la memoria, una premisa fiable desde la que proseguir a la siguiente instancia... Sí, me repetía, recuerdo que pasaba el Centro de Sun-Yat-Sen... aquí está,... el taxista torció a la izquierda... y nunca más de unos trescientos o cuatrocientos metros, aquí, me parece que aquí, en estos rimeros de tiendas... Y vuelta a empezar. Me atosigaba, me increpaba yo mismo, avergonzándome y exacerbando mi... autodesprecio por haber perdido las señales de referencia de una dirección; por no ser capaz de dictaminar con plena certeza el punto, el trozo de pared, de acera... que me pusiera definitiva e inconfundiblemente en la pista del lugar exacto, si es que dicha señal no fuera ella misma el lugar exacto. Intenté serenarme. Una vez más, una vez más, me dije. Tiene que ser aquí, en esta hilera de casas. Si no sabía, si no me daba maña a reconocer el sitio, sí, por lo menos, pude descartar todo lo que se extendía a su alrededor; si tengo que saber qué cosa, entre otras diez, es la verdadera, una de dos: o sé cuál es la verdadera directamente, o llego a la certificación plena de que nueve de esas cosas son falsas... y entonces, independientemente de que me acuerde o no, de que la reconozca o no, la que resta, la que únicamente queda es, tiene que ser la que busco; tiene que ser la verdadera en cuestión. Centrado en aquel grupo de puertas y establecimientos que se disponían en la acera de la derecha por espacio de unos cien metros, y habiendo descartado definitivamente cualquier otra manzana de edificios, llevé a cabo una vez más, otra vez más, otra agónica y extenuante vez más mi inspección. Sí... aquí no... por aquí pasé cuando el taxista... y... aquí tampoco porque me acuerdo de que... ni aquí... aunque pueda dar la impresión... no, aquí tampoco..., aquí..., aquí..., aquí... a ver aquí... aquí... me parece que... aquí; sí, aquí, aquí... aquíiiiiii... hija de puta una y cien mil veces esta puerta,

absolutamente camuflada, como si por estar ahora entreabierta y antesdeayer cerrada me hubiera impedido posarme sobre el detalle o detalles que la distinguían suficientemente y la hacían resaltar de todo lo demás a efectos de identificación del hueco, de la entrada. Era allí; sí, era allí, ya sin ninguna duda. Reconocida esta primera clave, lo demás ya fue coser y cantar. Burro, bestia de mí, gemía yo en mi interior al tiempo que celebraba la rectificación final de tantos yerros! Había pasado por delante de aquel... tipo de pequeña cancela, semi vidriera, de madera y de cristales, y no había sido capaz de adherir al control de la memoria aquella primera guía a la que todo lo demás hubiera seguido como sigue la sombra al cuerpo...

Antes de continuar me enseñoreé, con complacencia provocada e intensa, de la posesión de aquella realidad, de la realidad de haber superado todos los vericuetos de la memoria; de haber vencido todas las trampas de ocultación que una voluntad menos decidida que la mía no hubiera podido franquear. Ahora sí; ahora estaba preparado para que el siguiente tramo de mi menester se produjera con arreglo a sus leyes privativas, sin que nada de la pasada desazón desempeñara cometido alguno. En principio, y en vista de la exitosa experiencia de hace dos días, voy en busca de Cheng-Chon-Ya. Pero no está. Tal vez sea una maniobra del destino no escrito. Acepto los servicios de Chang-Dchua. Recién pasado el momento de su presentación a mí, y cuantas veces con posterioridad deseara llamarla por dicho nombre, me lo hacía yo recordable aproximándolo lo más posible a la dicción de "San Juan", achinando los sonidos a mi antojo. Déjeseme decir, y valga esta explicación también para mi primera y única vez anterior, que la sala de masaje aquélla o casa de saunas – y a mí me constaba que era una de las mejores; de las de más alto standing – es una versión en modesto de lo de Bangkok. En este sitio de Taipei las niñas le meten a uno en un cuarto no muy grande aunque suficiente, que dispone de una tumbona de plástico a prueba de agua; o mejor dicho, para estar en contacto con el agua todo el tiempo, y sin detrimento de sus propiedades. Cuando está uno boca arriba, las chicas restriegan toda su pelambreira venusina por encima de uno, además de conectar

los pezones por todas las partes erógenas del cuerpo. Esta Chang-Dchuə está resultando una maravilla. Si estoy de espaldas, boca abajo, y porque ella me lo indique, claro, me recorre con los dos pezones toda la superficie y la hendidura del plexo. Luego, sentada de espaldas, pero siempre encima de mí, me flexiona las rodillas hacia arriba para que mis dos plantas de los pies friccionen con las tetas y sientan el botón de los pezones recorriéndolos. Como digo, el aposento es una sala toda de material a prueba de agua, encharcada de continuo. Unas mangas de ducha-teléfono, grifos, palanganas y barreños de plástico completan el mobiliario, además de los consiguientes tarros de champú y jabones líquidos que las masajistas (en mi caso, había conocido a una, y ahora estoy conociendo a la segunda) aplican un poco en plan aficionado. Lo normal hasta el momento ha sido así: desnudarse, enjabonarse, friccionarse cuerpo a cuerpo de las tres maneras que he indicado: por delante; por detrás; y con los pies contra las tetas; aclararse; y pasar a la cama convencional, si bien muy dura y rígida, para el masaje. Yo, que me conocía con cierta desazón, opté por echarla un polvo a Chang-Dchuə de entrada, que me dejó perfectamente sedado. Al final de todas las operaciones, y sintiendo que la bestiecilla de Eros volvía a encrespar mi miembro, la dije que me felacionara, a lo cual se aplicó con enardecimiento y diligencia. Igual que lo hiciera dos días antes Cheng-Chong-Ye, Chang-Dchuə se servía a la boca chupitos de agua caliente, con el fin de activar el estímulo de mi glande. Cuando me encontraba en la cresta del encrespamiento, la pedí que se tumbara, pues quería echarla el segundo polvo, esta vez todavía más convencional, ya que la anterior se había colocado ella encima. Criatura portentosa esta Chang-Dchuə. Gozaba de una adecuación penetradora que dejaba mi miembro y su aparato trabados, encofrados con suavidad pero con firmeza. Sabía que acaso lo alcanzaría; que de seguir así las cosas, lo alcanzaría; que lo alcanzaría... que lo estaba alcanzando. Y lo alcancé! Aunque pequeña, claro, una felicidad el haber conseguido dos orgasmos con la misma chica... y mercenaria. La fiesta entera me salió por 1,900.- NT \$; o sea, algo menos de ocho mil pesetas.

El día 27 de diciembre fue el de mi partida hacia Hong-Kong. En el rato que pasé en el comedor después de desayunar y mientras hacía algo de tiempo antes de encargar a Recepción que me llamase a un transporte, me eché al bolsillo un par de palillos de dientes que me habían llamado la atención por la extremada dureza de la madera de que estaban hechos, y la afiladísima doble punta que mostraban, tanto como para servir de aguja de coser sólo con que se les practicara una hendidura de parte a parte para deslizar el hilo. Si algún lector se sonriera al leer este pasaje en el que un simple modelo de palillo de dientes movió mi curiosidad y mi aprobación entusiastas, baste recordarle que estamos en 1985, y que en España la mayoría de los establecimientos hoteleros comparables en rango y en empaque al Hotel San Polo, sólo disponían de las socorridas estaquitas con ápices cuadrículados; y aun cuando se trataran del modelo puntiagudo y circular, la calidad de la madera y sus extremos no podían equipararse a la finura y esmero de las muestras chinas que tanto me habían agradado. Primorosamente envuelto en una funda de papel impreso, le llevé uno de estos palillos mondadientes a mi amigo Ceferino, responsable del restaurante-cafetería Oliver's, de enfrente de mi casa en Alcalá de Henares.

Pero el detalle más desinhibido y sazonado de humor que me proporcionó mi estancia en Taipei acaso se produjo justo un poco antes de salir del Hotel para el aeropuerto. Me hallaba yo en el comedor, con el equipaje ya preparado, y esperando a que la Recepción me proporcionara el medio de trasladarme que ellos tuvieran por costumbre como más idóneo, bien se tratara de un taxi de la calle, bien de alguna limousine destinada a tales servicios por la empresa hotelera. Por detrás del gran ventanal que daba al exterior se había detenido un vendedor ambulante, uno de entre los muchísimos que abundan en estos pueblos asiáticos. Lo único reseñable del caso es que el citado hombre portaba un conjunto de sombreros-sombrillas, de colorines diversos, que se ajustaban a la cabeza por medio de un pequeño bastidor de goma elástica que a su vez se adhería a una cazoleta central de donde partían las tirantas radiales que sostenían el

paraguas propiamente dicho, extendido y tensado. No se olvide, una vez más, que estamos a finales de 1985, y que muchos juguetes, pasatiempos y artilugios que hoy nos parecen normales en manos de los niños españoles, tuvieron un primer momento de invención a expensas de otros pueblos. El sombrero o sombrilla de sol a que me refiero, recuerdo, aunque no con plena confianza, que lo había visto yo alguna vez durante la retransmisión de alguna competición deportiva en los USA, y que la TV nos había procurado. Alguien, entre las masas de los graderíos, portaba semejante cono, de proporciones sensiblemente mayores que las de un sombrero o gorro convencional, de forma que no sólo protegiera la cabeza sino asimismo la totalidad del cuello y parte de los hombros. Como digo, por aquellas fechas de 1985 aquel original y hasta cierto punto estafalario adminículo no era de uso generalizado en España. El chino vendedor observó que yo le miraba y que encontraba gracioso el "complemento" de su cabeza, y el hombre comenzó a hacerme gestos de oferta, guiños de invitación a que le comprara siquiera una muestra de la mercancía que tanta gracia me había hecho. Era perfecto: para tomar el sol en la playa, o en la piscina; para presenciar un espectáculo en verano y tener la cabeza cubierta, al tiempo de disponer de total libertad con las manos. El hombre seguía haciendo mimos y carantoñas con el fin de animarme. Lo que él no sabía es que yo estaba completamente animado, y que si algo me retenía, ello era la sopesación del espacio y del peso que el artículo supondría para mi equipaje... El taxi o transporte que fuese no podía tardar..., era necesario decidirse... Y me decidí. Salí a la puerta y le compré un precioso paraguas-sombrilla de color blanco, azul y encarnado que, al plegarse, ocupaba un espacio mínimo; y que en cuanto a peso, no pasaba de los 200 gramos. Precio, absolutamente asumible. En Alcalá de Henares, cuandoquiera persiga provocar la risa de mis sobrinos y amistades de la familia, me lo pongo. Es como si uno llevara una pagoda cimbreante y de colorines sobre la cabeza. Una pasada.

## **Miss. Swift: Hotel Holiday Inn. Hong-Kong, 27-29 diciembre, 1985**

La primera vez que recuerdo distintamente haber oído hablar de Hong-kong, en valoración personal viajera y de turismo pudiente, claro, fue en la Universidad del Estado de Michigan, donde yo profesé por dos años a principios de los sesenta, y por boca de una colega del Departamento de Estudios Hispánicos, la doctora Dotty. Recuerdo también con toda precisión el aspecto físico de aquella buena señora con la que yo, por otra parte, mantenía cordialísimas relaciones: voluminosa, de unos 55 años – dato éste de importancia decisiva, sobre todo porque yo andaba entre mis 25-26 – pelo blanco, y que al andar, acaso debido a alguna lesión de articulaciones, daba a todo su cuerpo un vencimiento como de pesantez descompensada hacia un lado. La profesora Dotty y yo nos llevábamos bien: yo era, con mucho, el más joven de los doctores universitarios, y por esas cosas de la solidaridad ni escrita ni declarada, todo el resto del profesorado, bastante mayor que yo, me dispensaba una actitud de simpatía y de manga ancha. La Dra. Dotty ostentaba el rango académico funcional de Assistant Professor – igual que yo en mi segundo curso – y supongo que nunca escalaría un nivel superior. Hablaba el castellano con cierta dificultad, y en más de una ocasión, tras la vacilación correspondiente en medio de alguna instancia conversacional, confundía los valores idiomáticos y expresivos de los verbos ser y estar, junto con los aspectos puntuales y durativos de los tiempos pretérito absoluto e imperfecto, respectivamente.

Pero bueno, esto no le hace mucho al caso, excepto por lo que nos permite conocer de la persona a quien yo por primera vez que recuerde, directa y explícitamente, oí hablar de Hong-Kong. La Prof. Dotty en su año sabático se había embarcado en uno de esos calmosos cruceros alrededor... de donde fuera y hasta... donde también fuera, y la mujer, a su regreso a la Michigan State University – y perteneciendo ella, no se olvide, al pueblo más poderoso de la tierra – hablaba con admiración y respeto de "lo que los británicos habían

hecho en Hong-Kong". Ni que decir tiene que las características librescas, o sea, impersonales y objetivas, me eran conocidas desde mi más tierna infancia. Mi propia curiosidad sobre las realidades geográficas y geopolíticas me habían familiarizado con las particularidades de esta colonia inglesa. Ahora, y puesto que se hallaba naturalmente, más o menos, en mi ruta viajera, había decidido echarlo un vistazo, "to see for myself".

Como todo el mundo sabe, el enclave se compone de dos mitades esenciales: la parte del norte, o Península de Kowloon; y debajo, la isla de Hong-Kong a escasamente un kilómetro y medio de separación marítima. En estos dos trocitos de tierra se acomodan, por decirlo de alguna manera, más de seis millones de habitantes. No hay que olvidar que la totalidad de la superficie de la colonia propiamente dicha comprende asimismo un conjunto de islas, y la parte de tierra al norte de la zona poblada de Kowloon, que recibe el nombre de Nuevos Territorios. Digo esto, de poca relevancia aparente, porque encuentro revelador caer en la cuenta de que el apelmazamiento de la población en estas dos porciones menguadas de superficie tendrá que deberse a mimetismo convivencial, a convencionalismos de intereses, a pactos entre el Reino Unido y China, o a lo que sea, absolutamente desconocido para mí; pero no a la falta de espacio. Se calcula fácilmente que todos los rascacielos podrían ser decapitados, cortados a mitad de su altura, y transplantadas dichas mitades a las tierras de la parte norte de la Península de Kowloon. Pero, en fin, he aquí otro tema que a mí ni me va ni me viene.

Me agradó mucho constatar que la sede central de las líneas Cathai Pacific radicaba en Hong-Kong, y que el aeropuerto internacional de la colonia está situado en Kowloon, sobre una lengüeta de tierra, al este, que se adentra en las aguas del estrecho. Nada más familiarizarme con las primeras realidades, también descubrí que esta parte de la colonia ubicada en Kowloon es la que contiene la mayor y mejor cantidad de prestaciones para el turista. De momento me hice instalar en el Holiday Inn, formando esquina con las carreteras Mody y Nathan, en el distrito de Tsim-Sha-Tsui, dentro de

la así llamada, y con razón, Golden Mile de Hong-Kong. Como ya tenía la experiencia de Singapur, nada de lo que ví o pulsé en Hong-Kong me pilló de sorpresa. Porque no es para que nadie se sorprenda del hecho de que las convenciones geopolíticas, en razón del equilibrio de conveniencias, y de intereses, y de fuerzas facticias, erijan ciertos baluartes en los puntos neurálgicos del planeta, a través de los cuales cada potencia juegue el papel que mejor encarte a ese protocolo consentido entre ellas. En el momento en que esto escribo va ya para tres años que la otrora colonia inglesa ha regresado bajo la férula de la China continental, si bien conservando, supongo, todo lo que de beneficioso hubiera tenido en el pasado para la República Democrática de Mao y de sus seguidores.

Cuando yo lo conocí, Hong-Kong seguía siendo el bazar consentido y alentado por aquellos que tenían algo que ganar con dicho estado de cosas... que eran... prácticamente todos. Si Singapur me había parecido una concentración considerable de oferta de saldos para el turista, para el especulador, para el comerciante, etc., su calidad de "Ciudad-Estado" le confería, con todo, un empaque de "oficialidad" internacional institucionalizada. Hong-Kong, no. Hong-Kong se constituía en una portentosa realización, pero descansando en unos cimientos de artificio geopolítico. Lo que vaya ocurriendo a partir del año 2000, fecha de la "devolución" de la colonia por parte de los británicos a los chinos, la perspectiva histórica de cuando sea se encargara de darnos cuenta de ello. Hong-Kong es un bazar de prestaciones, de servicios; es... como si dijéramos, una central virtual desde donde se protagoniza cualquier toma de decisión que en su momento se materialice y se haga palpable y operativa en cualquier otro punto del globo. En Hong-Kong no sé si las joyas, la bisutería, la cacharrería y todas esas quincallas que tanto enloquecen a las mujeres están baratas o no; que no creo. Por ejemplo, así como muy de pedagogía inmediata, los 100 mililitros de perfume Annaïs que en España costaban 3,300.- pts y en el avión de KLM de mi vuelo a Japón los ví anunciados a 2,800.-, aquí salen por 4,000.- Lo que sí es cierto es que un kilo de melocotones marcaba el equivalente a *mil*

pesetas. Así que, a comer bisutería y cámaras fotográficas.

Encontré a Hong-Kong caro, carísimo. Lo que pasa es que hay también algunos artículos baratos; y además, al ser todo una tienda abierta al público, al menos en teoría se pueden encontrar mercancías para todos los gustos. En mi caso, el listón había adquirido una altura de colocación muy específica; y es que después de haber visto Bangkok en 1983 [y las innumerables veces más que la visitaría en años sucesivos], el sureste asiático no me podía ilustrar ya gran cosa. Había, eso sí, aquí y allá, algún típico toque de costumbres, de menesteres apegados a lo más insobornable de ciertos aspectos de la cultura china. También, por ejemplo, recuerdo que en Taipei vi asar las castañas de la misma forma: revolviéndolas en un barreño o perolo grande mezcladas con picaduras de carbón a gran temperatura. Lo que se conoce como barrio flotante de Aberdeen es eso, un barrio flotante, varios miles de ciudadanos hospedados en la materialidad de sus botes-juncos que les sirven de vivienda y de instrumento de trabajo, mayormente para el menester de la pesca. Tampoco hará falta decir que las dos secciones del territorio están conectadas por un túnel por debajo de las aguas del puerto, y por infinidad de ferries de superficie. Ya dije que yo me sentí afortunado al comprobar que tanto el Holiday Inn – y la mayoría de los hoteles, dicho sea de paso – como los servicios de excursión y transporte de los que me aprovecharía, como veremos, se hallaban en la misma porción de tierra que el aeropuerto, es decir, en Kowloon.

En cuanto me di unos paseos por aquellas calles céntricas, me fijé en los precios, y escruté aunque sin gran entusiasmo en algunos rostros y ademanes de los viandantes, me percaté, como me había figurado, de que Hong-Kong no disponía de resorte alguno para convencerme. Por un lado, el toque profundo de occidentalismo le quita la prestancia de lo que, de otra forma, pudiéramos entender como genuino. Las mujeres resultan más feitas, menos atractivas que en otros lugares de oriente, supongo que por igual razón: porque ni son chinas-chinas, ni son europeas – a menos que lo sean enteramente en calidad de transplantadas o nacidas de europeos al cien por cien –

ni nada de nada: son una mezcla de malayo, chino, polinesio y filipino, aunque sin llegar al grado de fealdad de los filipinos feos. Tomé la medida de la situación lo más en compendio que pude y me resigné, complacido, a aprovecharme de las oportunidades que el estar allí me brindaba. Enseguida, por medio de la profusión de anuncios en el Hotel, me enteré de que se podía ir a Cantón, a unos 200.- kms. dentro del territorio continental, en excursiones. Desde el Holiday Inn le agenciaban a uno el visado con toda normalidad. Sin embargo, tanto por las 24 horas que se tardaba en la obtención de dicho visado; por la particularidad de que en ningún caso me hubiera convenido una excursión de más de un día de duración; y en fin, por el hecho de que tales excursiones de un día que, por supuesto, sí que se organizaban, pero que no hubieran incorporado a mi acervo de viajero de aventura ninguna experiencia de valor, pues digo que por eso y porque otra posibilidad de excursión me parecía más interesante y más a la medida de mi estado de ánimo, descarté definitivamente la idea de visitar Cantón. Y lo que sí que hice fue enrolarme en una visita a Macao para el día siguiente 28 de diciembre.

Ahora que escribo sin documentación de referencia, no puedo precisar si las posesiones portuguesas de ultramar se reducían a finales de 1985 únicamente a ésta de Macao, o si todavía – que creo que aún s í – la parte oriental de Timor, en Indonesia, seguía sujeta a la Administración lusa. En cualquier caso nuestro vecino ibérico, y por razones de muy diversa naturaleza, había despertado siempre mi interés, cuando no mi admiración, por constituir un meritorio ejemplo de tenacidad. Tras el despojo violento en los años sesenta de los enclaves Goa, Damao, etc. en territorio hindú, Macao, para un español celtíbero que se encontrase en semejantes parajes constituía una instancia de orgullo; y su visita, por el mero hecho de dar testimonio, un acto de patriotismo.

Macau se encuentra al oeste de Hong-Kong, a unos 50 kms., que un potente "hovercraft" o hidrofoil salva en alrededor de una hora de travesía prácticamente de cabotaje. Si el primitivo status geopolítico de Hong-Kong ha durado tanto cuanto han considerado

conveniente los chinos continentales, el caso de Macau es todavía más explícito de lo que en política significan las conveniencias. Macau, en aquella época en que yo lo visité, albergaba unas 500,000.- almas, y en escala reducida si comparado a su pariente colonial Hong-Kong, vendía lo mismo que éste: franquicias, vías de penetración y de salida de capitales financieros, un atractivo Casino de juego, entre otras cosas. Ahora al comienzo del siglo XXI se aventuran pronósticos sobre la fecha – más cercana que lejana – en que el gobierno portugués tendrá que despedirse de su pequeño quiste exótico en la gran barriga de la China continental. Desde luego que es altamente sugestivo oír hablar en portugués. Según nos contaba nuestra guía, de los aproximadamente 500,000.- residentes citados, tan sólo un tres % son portugueses; o sea, unos 15,000. Lo que aquí cuenta es augurar la suerte de estos prójimos cuando su gran vecino se los ingurgite. Probablemente para un turista no hispánico las irrenunciables particularidades de Macau se justificarán en torno a lo, sin duda, curioso y pintoresco: iglesias católicas junto a pagadas; mercados donde se expenden crucifijos y estatuillas de Buddhas y de Confucios, todos conviviendo amigablemente, etc. Nuestra guía, una habladora chavala de prosapia china e hindú, cumplió con su cometido convencional de llevarnos aquí y allí..., bueno, a ver las cuatro cosas típicas y tópicas de una excursión multirracial con las que suelen justificar su acopio informativo los folletos turísticos.

Yo respiraba otros aires más íntimos; me imaginaba la extensión, la proyección desplegada de la voluntad de testimonio del pequeño Portugal, que le permitía a una distancia tal seguir manteniendo sus señas de identidad, que otras empresas de menos bravura, de no tan empeñados designios hubieran visto diluidas y volatilizadas en sus expectativas. Mi emoción alcanzó su cima a la entrada del Casino de juego, visita obligada en el menú de la excursión. Allí – no estoy ya seguro de si en los bajos del Hotel Lisboa o en un edificio cercano – había un personaje, al cuidado de los lavabos y aseos, vestido a la usanza portuguesa: sombrero negro, polainas o medias altas y chaquetilla asimismo negra. Un trocito de la

inconmensurable alma lusa allí; un canal de comunicación directa, cercanísima y sin fronteras con la multitud de mis viajes y de mis encuentros en Lisboa, en Monte Estoril... con María Manuela de Sousa, prístina e imperecedera valedora de mi trasunto espiritual con "el tema portugués" en los años sesenta. Venía a mi mente el verso de Camôes

Hûa gente fortíssima de Espanha

*Os Lusíadas*, I, 32-2

en el que, por encima de diferendos coyunturales, rielaba la fecunda, la profundísima unción al yugo de un destino que había multiplicado su perentoria impronta de inmortalidad en las nunca acabadas páginas del libro de la historia del tiempo. Y yo allí, en Macau, sintiéndome, no portugués, sino castellano, no podía dejar de sentirme "hispanico", ibérico, y hacía propiamente mía el aura de resonancias cosmovivenciales que el discurso portugués, las palabras en portugués, la visión de aquel conserje a la entrada del Casino me propiciaban. Lo demás de Macau, como digo, puede encontrarse en cualquier guía de turismo al uso.

Durante la travesía de regreso a Hong-Kong fui madurando mi plan. Mi alma había alcanzado la summit en este tramo de mi viaje global, y ya no tenía más que hacer en Hong-Kong. Descarté la posibilidad de otras excursiones, por ejemplo, al monasterio budhista de Po Lin, en la isla Lantau, al suroeste de la isla principal de Hong-Kong. La experiencia de mi encontrarme con mi prosapia hispánica en Macau incorporaba, rebasaba cualquier otra virtualidad de perspectiva por muy sugerente que pudiera parecer: para mística, la comunión con la lengua prima-hermana portuguesa; para proceso introspectivo, el que me brindara la asunción de Portugal como potencia ensanchadora de mundos, dobladora de cabos tormentosos, domesticadora de gigantes Adamástores, etc. Eso y más cosas fui barruntando en la travesía de regreso de Macau. Curioso: había previsto la estancia de tres noches en esta etapa, y dos me parecían ya más que suficientes. Quería volar a Bangkok al día siguiente. ¿Lo podría conseguir? Mi

billete me permitía todos los cambios asumibles dentro de las prestaciones de la más cara de las tarifas. Lo único que se requería es que hubiera vuelos...

Y vuelos había. Nada más llegar al Holiday Inn me puse a ello. Sí, quería adelantar un día mi fecha de salida. La empleada del Hotel, responsable de los servicios de atención al cliente, era rubia y alta. En su porte conjuntaba la decisión y competencia europeas – pues era europea; o al menos totalmente occidental – con la dulzura de las criaturas de oriente. Recuerdo que ocupaba una mesa en el Hall, no lejos del mostrador principal. Rápida y fehacientemente, comprobó mi billete, cogió el teléfono, habló en perfecto inglés, y a los dos minutos tenía la fecha de mi partida de Hong-Kong para Bangkok adelantada para el día siguiente. No recuerdo su nombre que, casi con toda seguridad, luciría en el típico marquito etiquetado de encima de su escritorio. No, no recuerdo su nombre. ¿Por qué no Miss. Swift? El capricho de mi fabulación gratuita no creo, sin embargo, que se halle desprovisto de autenticidad. Desde esta condición de ciudadano universal, cuyo registro sólo obra en los negociados personalísimos del corazón de cada uno, dedico el emblema del protagonismo de esta viñeta a la eficientísima y femenina empleada, rubia y alta, del Holiday Inn de Hong-Kong, que en unos minutos de gestión me adecuó el billete aéreo a las necesidades de mi alma.

En el aeropuerto de Hong-Kong reparé en que los autobuses que por allí funcionaban eran bicéfalos: tenían motor y cabina de conductor en ambos extremos, supongo que con el fin de ahorrar maniobras.

**Nang; Ampai; recepcionistas sin nombre,  
Hotel Manhattan: Bangkok; Korat (Thailandia),  
diciembre 1985-enero 1986**

Los aldabonazos de la llamada de Bangkok habían sonado fuerte dentro de mi espiritual desasosiego, y un día antes de lo previsto me había puesto en ruta desde Hong-Kong. Estamos a 29 de diciembre de 1985, domingo, y se trata de mi segunda visita. Quiero creer que tuve intención de alojarme en el Hotel Windsor, como ya lo hiciera dos años antes. En todo caso se trataba de un buen hotel, bien situado; y tal vez – no puedo asegurarlo, pero sí sospecharlo – en mi natural deseo de repetir un sitio conocido primase el factor de que con ocasión de estar allí había conocido a Bencha, la joven gobernanta del servicio doméstico de dicho hotel, por lo menos para la planta en que se encontraba nuestra habitación; y a Ying, la camarerita del restaurante vecino. Pero por la razón que fuere, y que no obra con mis notas, me instalé en el Hotel Manhattan, unos trescientos metros más arriba, también en Sukhumvit Road, y en la mano contraria, a la altura del Soi 15. Lo de menos es que los responsables de turno apodaran a dicho Hotel Manhattan "The Cosmopolitan of Bangkok. The Little Giant", y primores por el estilo, muy en la línea de candidez hiperbólica de estos orientales. Ya para entonces esta ciudad disponía de una relación impresionante tanto de establecimientos lujosos como de otros de menor empaque, pero todos a un envidiable nivel de exigencia turística y de reconocimiento profesional. El Manhattan era uno más de los muchísimos buenos hoteles, bastantes de los cuales, dicho sea de paso, se emplazaban a lo largo de la Sukhumvit Road.

Ya acomodado, me sorprende con una pronunciada disposición a volver a encapsular el recuerdo. Visito los lugares donde creo que pueden estar las ya citadas Bencha y Ying, cada una de las cuales adherida a su específico menester. Ninguna de las dos se halla donde dos años atrás estaba. Por las explicaciones que recibo en los puntos donde las encontré en mi primera visita, las dos han emigrado a más

prósperas ocupaciones, desconocidas para mí. Voy a buscar a Oi, a los Baños Turcos "Darling", en la Soi 12 de Sukhumvit, prácticamente enfrente del Manhattan. Digo que voy a buscar a Oi, y en su defecto a Noi, mis dos masajistas samaritanas de hace dos años, cuando – ¿qué importa repetirlo? – visité Bangkok por primera vez acompañado de mi maestro y amigo Julio Ganzo, a quien, por cierto, quiero dedicar póstumamente estos zarpazos líricos, esta crónica de máxima urgencia desde la cámara acorazada y superviviente del corazón mío en sus defenestrados vagabundeos... Me dicen que Noi no estaba ya. Se había ido del local, parece que definitivamente. Oi sí que estaba, aunque con número cambiado: ahora 51, según me informan; hace dos años era el 36, fácil de recordar por ser el de mi nacimiento – así como fácil de retener era el de Noi, 47, por ser esa mi edad en 1983 –. Oi se encuentra ocupada y yo, en vista de la hora próxima al cierre decido aceptar los servicios de otra chica, que me parece atractiva a través de la cristalera del mirador para los clientes. Es bonita y esbelta, con morritos salientes y dientes un poquito asomantes, lo cual producía la inocente semiosis de... ¿cómo decirlo?... acercar el beso. No se desnuda para lavarme, pero accede por un módico regalo, 600.- Bahts [entre 2,500.- y 3,000.- pts] a copular conmigo cuando yo se lo requiera. Y se lo requiero precisamente al final del lavado y antes de comenzar el masaje. Es una chica fina y educada. Recuerdo distintamente que al entrar en la estancia, y por lo tanto al principio absoluto de la sesión propiamente dicha, mientras que soltaba el agua del baño y vertía la espuma de hacer jabón, yo, con su consentimiento me había desnudado; y al sentarme, esperando recibir sus instrucciones, algo enardecido ya de pene, ella muy naturalmente me echó una toalla por encima del vientre y de las pudenda. Desde luego no es Oi, pero Oi puede asimismo no ser la que era y la que conmigo fue. Constato un lapso en este pasaje mío, y es el de no haber registrado el nombre de mi nueva amiga. El que sí que seguía estando, incólume e invariable, con su carita de mono y su chasis más bien menudo era el empleado de la entrada, el mayordomo que llamaba por el altavoz a las chicas seleccionadas y requeridas por los clientes.

El 30 de diciembre, lunes, acometo la búsqueda de Bencha, en razón del endeblísimo pedúnculo que constituyó el remite que me consignara en su aerograma a mí. Cuando la gran generalidad de un ambiente es neutral, cualquier cosita que sobresalga, siquiera una micra por encima de esta indiferencia inocua, pues... capta nuestra incumbencia, engancha nuestro compromiso. Voy a llevar a cabo la búsqueda de Bencha por un prurito de caballerosidad; para que esta chica vea que la palabra de un español es algo a tener en cuenta. Entro en contacto con el taxista Prasert Sawatduang, de la flotilla de vehículos con parada principal en el Manhattan, y me indica que para los turistas y para el entendimiento de todos los que no sean thai, su nombre maniobrero es Billy. En su Toyota Crown y en su terrible inglés, aunque suficiente para exacerbar mis dotes adivinatorias, y al menos eso... inglés, me da vueltas y más vueltas con inmejorable voluntad alrededor de la manzana de casas y de huertecitos donde necesariamente tiene que hallarse el domicilio de Bencha; y por fin, guiado de mis simplísimas sugerencias, el hombre atina con la dirección. Bencha, como me imaginaba, no está. Nos recibe una hermana menor suya y nos informa del nuevo trabajo de Bencha. La dejo una tarjeta mía con todos los particulares exhaustivos, pero no la llamo al número de oficina que me da su hermana. Si tiene interés y carencia de obstáculos, que sea su libre y femenina voluntad la que encauce el asunto.

Pero la tarde de ese mismo día 30 estaba destinada, y muy especialmente además, a la obtención de mi visado para India. En este momento en que escribo, más de 17 años después de los hechos que estoy historiando, tampoco puedo disponer de detalles meticulosos sobre cuestiones de procedimiento previas. Me constaba con total fehcencia que los visados, por lo menos a los extranjeros europeos como yo, la Embajada de India los expedía sin problema alguno, con sólo rellenar las carátulas preceptivas de rigor, y entregar una fotografía de carnet. Dicha información es probable que la hubiese obtenido, por teléfono, en Madrid; o tal vez, que tampoco lo descarto, en el gran negociado de asuntos globales y multinacionales que era

Hong-Kong. Fuere como fuere, la realidad coincidió en este caso con las previsiones al respecto. Ahora bien, lo que sí que recuerdo y tengo bien anotado, es la tremenda aglomeración de "público" asiático que se agolpaba ante las ventanillas de expedición y retirada de pasaportes; y del revoloteo de los cualesquiera formularios previos a rellenar por los solicitantes. Como suele ocurrir en tales supuestos, los europeos – y más que nada en función de los oficios de los empleados de estos lugares – nos hacemos sitio separado: es evidente que no somos conflictivos y que el visado que pedimos es para fines únicamente turísticos y cívicos, y nunca – tal fue mi impresión – entramos en colisión con temas laborales, ni con nada donde se impliquen concernimientos que no sean pura liberalidad viajera.

Con mi visado para la India inscrito en mi pasaporte me sentí seguro respecto de mi última etapa de la excursión. Había reservado billete para el día 2 de enero y estábamos a 30 de diciembre. Así que, a funcionar estos casi tres días más en... Thailandia. De regreso al hotel, me dejo caer en la tienda del indio, John's Fashions, que dice que me recuerda. Le encargo tres camisas con las advertencias debidas sobre la disposición de los botones, la longitud de los picos del cuello y de la camisa entera propiamente dicha, o sea, la parte de abajo que se remete en el pantalón, advertencias que – al día siguiente comprobaría – observaría el señor sastre sólo a medias. He optado por repetir la hechura a medida, primero porque aquí son millones de personas las que se dedican a la confección y a la costura, y ello permite que de un día para otro, y aun en cuestión de horas, si la cosa revistiese prisa, le tengan a uno listos los trapos. Parece que cualquiera de estos "tenderos" mercaderes, con negocio abierto al público en vías céntricas de Bangkok, como Sukhumvit y otras muchas, disponen de camaranchones o naves de trabajo en lugares menos céntricos de la capital donde literalmente cientos y cientos, miles y miles de sastres, costureros, pantaloneras, cortadores o todo ello concurriendo en la misma persona, se afanan sobre todo para satisfacer la demanda de los turistas de ocasión que ante ofertas tentadoras [a veces imposibles de realizar] encargan cantidades significativas de ropa hecha a medida

prácticamente sobre la marcha. Por otra parte, el tipo de camisa "Arrow", auténticas o de imitación, que se ven por aquí tienen todas el cuello pequeñito y no me sirven. Los pocos mendigos que hay alargan el brazo y mueven de arriba a abajo y de abajo a arriba unas como tacitas para recoger las limosnas. Pero no molestan, ni porfían, ni insisten. Son dignos, resignados. Es gente thai.

Llevaba conmigo la única dirección que me había dado Ying. Al no encontrarla en el lugar de trabajo de hacía dos años, me apresté a hacer lo mismo que había hecho con Bencha; es decir, me hice a la idea de buscarla en la dicha dirección. Le pregunté a mi ya amigo desde hacía unas cuantas horas, Billy, el taxista del Toyota Crown, que... si sabía dónde estaba aquella dirección..., porque, en efecto, después del sonoro y opulento nombre de Sompong Lerskornburi, abreviado en el más piadoso y operativo de Ying, aparecía 82 Chan Road Muang, Nakornratchasima. Sí, que si sabía dónde estaba aquello dentro de Bangkok. Parece que le estoy viendo mover la cara de un lado a otro, sonriente como una mona, afirmando, negando, asintiendo, ora mirando el papelito con la dirección, ora mirándome a... mí... Por fin se arrancó en su muy pintoresco inglés, al tiempo que repetía una palabra, una palabra que parecía significar otra denominación para la localidad que se hallaba escrita en el papel: Korat. Le pedí que me lo escribiera. Korat era lo mismo que Nakorn... Lo que ocurre es que siendo la misma cosa que Korat, se trataba de una ciudad, la tercera ciudad de Tailandia, a unos 260.- kms. al NE de Bangkok. Buscamos un mapa allí mismo, en el lobby del hotel. ¡Atiza, pues es verdad! Así que, Ying, al no estar en Bangkok está, o estará; haya estado y probablemente esté en su casa de Korat... y..., ¿por qué no ir hasta allí? ¿No me encontraba yo en Tailandia para hacer turismo? ¿No disponía yo aún de... por lo menos un día entero libre y hábil para dedicarlo a la aventura fuera de Bangkok? A ver, Billy, ¿cuánto me llevaría Vd. por hacer el viaje y estar conmigo prácticamente los dos tercios del día entero? Quiero recordar que, en bahts, quedamos en la cifra de cuatro mil, porque en mis notas aparece le cantidad de 19,000.- pts. Muy bien, pues que sean 4,000.- bahts, y

que sea mañana, a las 09:30 am. cuando arranquemos para Nakorn..., es decir Korat.

Entre mis notas tengo una mención de ligero desagrado, una de las poquisimas reseñas de protesta – aunque liviana y hasta casi me atrevería a asegurar que mezclada con lo lúdico – que protagonizó el restaurante del Hotel Manhattan a mis expensas. Resulta que para postre de la comida pido una leyenda o artículo de la carta en la que el término coconut se predicaba dentro de la composición de dicha modalidad de postre; y me traen una simple copa de fruta picada y/o troceada; algo así como la décima parte de lo mismo que uno puede tomarse con el desayuno de buffet normal y libre. Pero como en realidad yo no soy comilón, no creí proporcionado ni siquiera decir nada. Y me callé sin más. Esa misma noche, después de concertar con Billy el viaje a Korat del día siguiente, pido un postre de fruta con helado, que aparece en la carta o menú bajo otra leyenda, y me traen la mismísima copa pequeña de fruta picada y/o troceada. Ya un poco en plan de broma confidencial, y sin grandes expectativas de que me entendieran, le digo a la supervisora que con este segundo servicio de producto idéntico al de por la mañana se han cargado el principio lógico-matemático de la identidad: han conseguido que dos cosas desiguales respecto de una tercera sean consideradas por el comedor del Hotel Manhattan como iguales entre sí. La mujer acaba por reírse. Parece que me ha entendido. Parece que ha entendido también que en este caso, y excepcionalmente, la chapuza ha estado de su parte; y la paciencia pundonorosa y permisiva ha estado del lado de un occidental como yo.

El Hotel Manhattan está lleno de coreanos (del sur, por supuesto) que son, con mucho, y sólo detrás de los japoneses, los más prepotentes del Pacífico: se les ve con un aire de bien ganada autonomía y solidez financiera.

31 de diciembre de 1985. Como habíamos concertado el día anterior, a las 09:30 am. está Billy, el taxista, con su Toyota, dispuesto para llevarme al pueblo de Ying, de nombre largo y difícil de recordar, pero que a partir de ahora lo mencionaremos por su versión abreviada

de Korat, a unos 260 kms. al NE de Bangkok. Billy, zalamero y persuasivo, comienza vendiéndome su trabajo nada mas arrancar. Me dice que ha revisado su coche pero que necesita llenar a tope de combustible el depósito, y que si le puedo adelantar algo del pago total. Nada podía complacerme más, y en prueba de confianza le suelto 1,000.- bahts; le digo también que cuando lleguemos a Korat le daré otros mil, y ya cuando nos encontremos de vuelta en Bangkok le completaré la suma total con los 2,000.- restantes. El hombre asiente vivamente, con movimientos de cabeza rápidos y cortos, halagado con mi sugerencia que supuse acertada por el juego de estímulos inmediatos que comportaba respecto del proceso dinámico de los sucesivos tramos de trabajo que Billy fuera cumpliendo.

Me fijo en que muchas mujeres llevan esas ballestas de madera dura y flexible en los hombros, de cuyos extremos penden en perfecto equilibrio calderos, capachos, cubos, fardos, etc. Los primeros cien kilómetros de ruta son autovía de doble carril bastante aceptable. A partir de ahí hay una importante bifurcación cuyo ramal de la izquierda probablemente se trate del que conduce a Nakhon Sawan y demás capitales del norte, mientras que nosotros tomamos la carretera del este que ya es de una sola vía en cada dirección, pero relativamente buena. Me dice Billy que la hicieron los americanos cuando la guerra de Viet-Nam; y que la hicieron especialmente firme para que, en casos de emergencia, sirviera de pista de aterrizaje para aviones averiados o con problemas. Korat, la ciudad de Ying, es la tercera del país [Chiang Mai, al norte, la segunda], y cuenta con más de un millón de habitantes. Me voy también dando cuenta de que aquí en Tailandia, y de momento por boca de Billy – y sospecho que por influjo norteamericano a medio asimilar – lo mismo dicen million que billion. Y sabido es que el billion americano son mil millones y no el millón de millones nuestro. En cualquier caso, y si se habla de dinero, grandes cantidades de pasta. Pero, ¿de qué quejarse, cuando una de las proezas de esta gente es, de momento, traducir la grafía thai a un código occidental latino, aproximadamente y fonéticamente equiparable, y leerlo?

Por fin, y después de algunos merodeos, acertamos con la casa de Ying. Cometo la torpeza de ofrecer 10.- bahts (que rotunda y sonriente declinan) a unos vecinos a quienes preguntamos y que nos ayudan, bueno, que le ayudan a Billy, que es el que traslada mis orientaciones y se entiende con ellos. Llega una chica en moto... ¿Ying? No, no es Ying; es Nang, una hermana suya. Habla un poquito de inglés. Nos intercambiamos información de urgencia. Tiene 22 años, dos más que Ying, pero... sí, ahora la que llega es Ying... sólo que, al tenerlas a las dos allí, enfrente de mí, me doy cuenta de que Nang tiene mejor, mucho más saludable aspecto que su hermana. Nang ha llegado en motillo, deportiva, vestida preciosamente: blusa "casual" tipo T, de manga corta, remetida en una falda larga, con botones por detrás, y asimismo de color blanco hueso; a sus magníficos cimbrees se deja ver el borde de una prenda de vestir interior que denota feminidad y limpieza. Tiene la nariz levemente aplastadita y los labios gordezuelos; pero en conjunto es muy armónica, de proporciones que resisten la más exigente de las revistas. Sin embargo Ying está desmejoradísima. Me pregunta por Julio y la digo que ha muerto. Nang habla un poquito, sólo un poquito de inglés, pero dispone de una acusada intuición. Lo está estudiando – nos dice – y ella fue quien escribió a su hermana Ying la felicitación que ésta me mandó la Navidad pasada.

Nang ya es plenamente consciente de que me intereso por ella, aunque de vez en cuando, y por mor de una cortesía compensatoria, vuelque yo el contenido de mi música externa hacia Ying, que no parece comprender bien – y no la culpo de lerda! – que alguien como yo se haya embarcado en un recorrido en taxi de tal envergadura, costándome 4,000.- B el capricho... y lo que se avecine. Porque lo que se avecina es que les invito a los tres a comer en el restaurante donde Ying trabajaba. Me siento pleno; director y factor de la circunstancia; componedor del esquema que ya comienza a dibujarse; creador y distribuidor de beneficencias rumbosas a expensas de mi reserva espiritual, de mi tropía aventurera, de mi apuesta por una vocación romántica. Sí, digo que los invito a los tres a comer; que me lleven al

sitio que tengan por oportuno y que consideren más adecuado a la ocasión. Y me llevan al restaurante donde ahora se halla trabajando Ying. Nang está a mi izquierda; Billy a mi derecha; y Ying enfrente, con el fin de poder así dedicarla la fijación de mi mirada sobre sus ojos mansos de uva septembrina. Parece que ha tenido problemas endocrinológicos de tipo severo. No quiero entrar en detalles, ni permito que me los den, pero es el caso que ha perdido la friolera de 10 kilos, y ya delgadita de por sí se ha quedado reducida a la cuasi pavesa de 38 kilos! Poco a poco, aunque de tarde en tarde, se le van arrancando sonrisas cada vez más prolongadas. Por otra parte, Nang me informa de que está trabajando de telefonista en el mismo hotel. Ambas hermanas disfrutan casualmente de unos días de vacación.

Pero hay que regresar a Bangkok. Al despedirnos, acerco mis labios a la mejilla de Ying, y hace un gesto de dejación, de placidez, y también como de cósmica extrañeza, aderezado con un guiñito y un conato de encogedura de hombros... de eso, de pura extrañeza. Me acerco a Nang, que cree advertir algo anómalo en mi actitud y, sonriente, gira la cabeza; pero yo le hago entender que me refiero a la mejilla, y ella entonces me la ofrece: besar su mejilla fue besar la carnosidad tibia de una fruta en sazón. Nos van siguiendo las dos en la moto, y en un momento las perdemos para volver a aparecer la moto minutos después, esta vez sólo con Nang encima. Reparo en que llevo conmigo el "fraseario" de urgencia de mi amigo thai, el cachondo del viaje de regreso de Moscú en 1976, y le digo a Nang que *I'm very happy / Pom mii cuamshu máa*, cosa que celebra automáticamente y muy complacida.

Durante el regreso a Bangkok, Billy no encuentra mejor tema de socarronería adulona para mis oídos y de aliciente espiritual para mi alma que el de augurarme un affaire duradero con Nang. El maniobrero de Billy nos ha resultado un casamentero de tomo y de lomo. Ya en Bangkok nos pasamos por la tienda del indio John a recoger mis camisas. Vestía idénticamente igual que dos años atrás: una tira estrecha como de pañuelo negro le cubría la parte baja de la barbilla, sin llegar a la garganta, y se anudaba encima de la cabeza.

Cualquiera sabe a qué facción o secta hindú correspondía el tal atuendo. Ahora bien, el hombre, como buen mercader es cumplidor y puntual en sus servicios. Esta vez, y conforme a mis instrucciones, ha optado por los picos del cuello más largos y menos abiertos, aunque la longitud de la caída resulta algo escasa. Tres camisas de ese tipo de... entre seda y batista thai por 500.- bahts no está mal del todo.

Me adhiero a la celebración de la Noche Vieja que se organiza en uno de los salones del Hotel Manhattan: sin pena ni gloria. Los músicos, demasiado ruidosos, y con casi todo el repertorio en clave norteamericana, no lo hacen mal. Se invita al público a bailar cosas thai; se reparten golosinas y juguetes explosivos y de broma, como asusta-suegras, gorros de papel picudos, etc. Por 200.- B. se tiene derecho a un servicio de bebida específica por separado y a elegir; a un aperitivo de patatas fritas y a un poquito de champagne rosado. A eso de las 00:30 y pasado el listón que separa año Viejo y Nuevo, me voy a la cama. Sin embargo, antes de conciliar el poco sueño que suelo conciliar me pongo a especular con la virtualidad de regresar en fecha cercana a Bangkok de nuevo, y combinar la visita a Viet-Nam y Kampuchea con el posterior encuentro con Nang, aquí o en su ciudad Korat, y acaso irme con ella a España. Un modelo sencillo e inteligible de carta podría ser:

Dear Nang:

It was a very pleasant surprise to meet you. I trust you'll continue studying English so that by the time we'll meet again (and I'm sure this is going to happen) we may understand each other better. Would you like to visit my home country, Spain? If so, we could also arrange something. I would like to return to Thailand and from here to take a trip to neighbouring Viet-Nam. In such a case I would have to spend a few days in Bangkok, which should give us a further opportunity to encounter and talk about the matter. It might be a good idea that you'll get yourself a passport. Of course, I'd pay for your return ticket Bangkok-Madrid-Bangkok. We'll keep in touch by letter and, if necessary, by telephone. Please convey my regards to Ying.

Love

Una cosa así podría servir de patrón expresivo y de contenido de la carta.

Hoy, día 1 de enero de 1986, acabo de ver el escorzo esencial de una joven thai, de espaldas: se trata de una de las recepcionistas del Hotel. No muy voluminosa, color café mate y fresco; melena hasta los hombros recogida en onda lineal y completa; zapatos casi planos; blusa encarnada con motivos de diminutas flores; falda azul claro, con un pequeño corte de unos 20 centímetros perpendicular en la mitad justa del borde por el reverso. Esa síntesis de silueta es la que debe perdurar en el hondón de la memoria mía. Porque tal ha sido y sigue siendo el tema que prende en el corazón de todas mis desazones: la captación, la encapsulación, por efimera que tenga que ser, de lo que en cada momento justifica y prohija el ser de estas criaturas. Ayer, Nang desprendía unas copiosas cortinas de aroma que entrando en mí buscaban acomodo y amorosa homologación. Lo atomizado y cambiante del mundo intenta agónicamente la encarnadura y el aserto que cada uno pueda y acierte a darle. La dignidad que a mí me complace otorgar a esta gente exige solidaria entereza; un fortalecimiento de la ilusión y una vigilancia de la mejor capacidad de querer y de amar. El viaje a estas interioridades espectaculares e iluminativas del ser compensan con abundancia las desgarraduras del camino. Esa misma tarde llevo a cabo un merodeo lírico en busca de fortuna emocional en uno de los pubs del Hotel. No tengo ganas de cruzar al "Darling". Prefiero no tentar la suerte respecto de Oi: conservo la fragancia de su femenina entereza, y no percibo compensación alguna ni valor de redención para buscarla ahora en el ritual del baño y del masaje. Hay una chica a quien saludé la noche anterior, la de fin de año, y hago que me la presenten. Se llama Ampai y trabaja en aquella cafetería/pub del Hotel como... camarera, chica de reclamo, animadora, un poco de todo y todo junto. La noche anterior, mientras ella bailaba con unos y otros, más que nada, ya digo, como empleada de la casa que se preocupa de que el ambiente no decaiga..., mientras que se movía de un lado para otro, con toda

evidencia nos intercambiamos gestos, miradas y hasta alguna expresión mía en inglés..., o hasta en thailandés, que Ampai recibía con indisimulada gratitud. Nos habíamos caído bien con toda seguridad, y ahora que volvía a encontrarla me pareció de todo punto razonable echarla una firma de homenaje sobre la superficie de su alma, y tan adentro del cuévano de sus sentimientos como me diera maña...

Concertamos todo el asunto. Debo pagar (y pago) 300.-B. por sacarla del local; otros 325.-B. por suplemento de alquiler de habitación; o sea, por otorgarle la calidad de ocupación "doble" siquiera sea para un rato; más otros cuatrocientos y pico más de bahts por las bebidas a las que yo invito; más mil que Ampai me pide para ella y que yo no regateo. En total, por encima de los dos mil bahts, un 25% más de lo que me hubiera costado una sesión en "Darling". No sólo no me arrepentí de la experiencia, sino que la encuentro instructiva, como para no volver a repetirla en los numerosos viajes que dedicaría a Bangkok en años posteriores. De momento, me ilustró algo enormemente sugestivo y esclarecedor: y es que en Thailandia, si algún menester, prestación o servicio puede considerarse como el más alejado de la catalogación de prostitución o mercenarismo – y mucho menos aún, si tal fuera el caso, de puterío – ése es precisamente el de los baños y/o centros de masaje como "Darling", por ejemplo. Cualquier otro diseño de alterne que incluya sexo en intimidad, como por ejemplo el que yo propicié con Ampai, ése, sin embargo está menos alejado de lo que antes hemos llamado prostitución o mercenarismo. No podría decir cuánto de menos, pero ciertamente menos. Los baños y sitios de masaje como "Darling" son empresas alentadas por el Gobierno; asumidas por la sociedad como uno de los capítulos más significativos de obtención de divisas de cara a los turistas sobre todo, sin descartar el mercado interno. La cosa puede parecer chocante pero no admite tergiversación. Se puede institucionalizar con fines turísticos la contemplación de las cataratas de Niágara desde debajo de su ruidoso desplome; o el cambio de la guardia en el Palacio de Buckingham inglés, o en la Plaza Roja ante el

mausoleo de Lenin; se puede institucionalizar (y de hecho se institucionaliza) el así llamado Camino de Santiago en España; y la visita del castillo del supuesto conde Drácula en la Transilvania rumana; se puede institucionalizar, y se institucionaliza, la visita de la Torre Eiffel en París, y los parques Disney en los USA, o donde quiera que se hallen instalados mediante franquicia; el balcón de Romeo y Julieta en la italiana Verona; y la noria gigante de Viena; los fumaderos de opio de Turquía, y las prácticas de vudú más o menos autentico, más o menos rebajado, de las sociedades originadas en Dahomey y esparcidas ahora por el Caribe; los baños de agua salada del Mar Muerto, en Israel; y los regímenes de adelgazamiento y relajación de la Clínica Buchinger, de Marbella, en la Costa del Sol andaluza de España; la sauna finlandesa, y la meditación en los monasterios budhistas de medio continente asiático, etc., etc., etc... Tailandia ha institucionalizado, entre otras cosas, el servicio del baño y del masaje en centros tan inequívocamente "oficiales" como "Darling" y supongo que muchísimos mas. El establecimiento expende la mercancía del baño y del masaje; lo que cada cliente y cada chica hagan a partir de ahí no es asunto más que de ellos; únicamente de ellos. Sin embargo, sacar a una joven del local o dependencia en el que está trabajando, para llevársela a la habitación del mismo hotel, pregona un claro marchamo de compraventa de servicios sexuales.

Ampai y yo, por otra parte, lo pasamos muy bien. Veníamos ya con la disposición propiciada y conectamos a la perfección. Ahora, con la perspectiva acumulada, percibo que esta chica había previsto una velada mucho más extensa de compañía, y en la que mis prestaciones hacia ella hubiesen alcanzado calificación de sobresaliente, cuando no, de matrícula de honor. Copulamos una vez, con capucha, y luego, más tarde, ante el vehemente, no, vehementísimo ruego de Ampai de que no... de que no sé qué, ah, ya entiendo, que está limpia, que no tiene ningún germen contagioso, que puedo perder cuidado... que no me vaya, que no me separe... Llubelitón, Llubelitón... Llubelitón... ah, sí, claro, ahora lo entiendo:

me dice que soy, que estoy muy fuerte... "You're very strong" en preciosa simplificación, en maravillosa reducción y adaptación de sonidos... Pues eso, que como soy belitón, "very strong", muy fuerte, que la folle, que la siga follando sin goma. Se me está volviendo loca de gusto esta encantadora criatura. No me choca que desde las previsiones personales de Ampai en cuanto a tiempo de estar juntos, y por lo que parece, en cuanto a ilimitada disposición viril por mi parte, el precio que tuve que pagar por esa variedad de conceptos no vulneraría el régimen de proporción y de competitividad. Empero, no pude con el segundo asalto a Ampai; no pude; no terminé de salirme. Probablemente no dejamos tiempo entre celebración y celebración, y acaso llevase yo acumulado, inconscientemente, demasiado stress emocional por el viaje del día anterior, y el palio ubicuo de la persona de Nang que parecía ondear por encima de todas y de cada una de mis realizaciones. Me digo que los encuentros amorosos se han terminado, por el momento. No creo que se modifique este protocolo hasta llegar a España, porque de la India más bien espero poco en este aspecto. No me quejo. Hasta ahora van cinco luchas cuerpo a cuerpo: las tres de Taiwan (con dos chavalas); y las dos de Bangkok, una con cada una de dos primores.

Esa misma noche hago mi numerito de cante en la boîte del Hotel. Me salen bastante bien las dos primeras intervenciones, pero en la tercera me trabuco con la música y me retiro prudentemente.

2 de enero 1986. En los postreros momentos de mi estancia en el Hotel, sentado en el vestíbulo, advierto la pasada de otra recepcionista – cadencioso zapatillazo palmípedo, demorándose en su mecánica ejecución –, de una criatura en pleamar de plurales epifanías de signo Thai. El ojo que se solaza con la contemplación de los pliegues y atiesamientos de la falda-túnica por imperio del columpio muscular, recatado bajo la seda o batista, cede el protagonismo del efímero trance al oído que recibe la acariciante bofetada del chancleteo dígito-palmípedo, ya lo dije, bajo los esbeltísimos tobillos en forma de medios rombos o de ampolletas de arena... ¡qué digo arena!... tiempo, alma eterna y fugitiva.

Camino del aeropuerto constato siempre de nuevo que con sistemática acusada, las erres se convierten en eles. La gente arrastra en los carrromatos-bicicletas verdaderas pequeñas tiendas rodantes. Y lo mismo ocurría con algunas barquitas por los canales, que van vendiendo y cocinando, cocinando y vendiendo alimentación a los palafitos y a los pobladores de las orillas. Dignidad es el gran término que conviene a las mayores y mejores manifestaciones de esta gente thai. Las fórmulas, las actitudes de prepotencia occidental, si en almas preparadas, sensibles y vigilantes, pueden ser instrumentos válidos para propiciar que el dignísimo substrato de la mujer thai se impulse con más brío y calor hacia la superficie.

**Recepcionista sin nombre conocido por mí:  
Hotel Hans Plaza, New Delhi (India),  
enero 1986**

¿India o La India? ¿Indio o hindú? Cada uno pertenecemos a una época histórica con su nivel característico y con su altura identificativa. Y la historia mía era aquélla en que a India se la denominaba La India. Obviamos ahora las teorías en favor o en contra de uno u otro sentido y consignemos el dato. Y lo mismo con el nombre de sus nacionales o habitantes. Indio entiendo que conviene más propiamente al habitante original del continente americano; y en todo caso, y por inducción, a los pobladores posteriores de los territorios tanto insulares de entre las dos Américas (o sea, el Caribe) como a los derivados de las comunidades primigenias que constituyeron el substrato étnico de lugares como Paraguay (guaraní), Chile (mapuche), Venezuela y Colombia (guajiros), sólo como ejemplo, y más que nada las variadísimas – aunque escuetas en número – colectividades de habitantes de los boscajes amazónicos y fluviales, en general, de vastas zonas de Brasil, etc., etc. A todos estos, séanles dado el nombre de indio. Yo desde aquí, ya sin más, me comprometo a llamar hindú al indio de la India.

El vuelo desde Bangkok importaba unas cuantas horas. Había que cruzar todo el golfo (o bahía) de Bengala, y luego, ya sobre territorio hindú, la mayor parte de su porción ancha, hasta llegar a New Delhi. Dos semanas antes había comenzado mi excursión en Tokyo, y volando siempre hacia el oeste la India se me ofrecía como una escala natural en mi definitivo regreso a Madrid. ¿Por qué no dedicarle siquiera dos o tres días a la posibilidad de ver el Taj Mahjal? Y de paso, todo lo que de hindú me prestara el resto del tiempo en la capital New Delhi. Porque, no se olvide, la India constituye uno de esos gigantescos países en que se albergan numerosos otros "países" conforme a su localización en el mapa general de la nación, y conforme asimismo a la creencia religiosa que predomine en cada caso. Por fortuna, las dos grandes comunidades islámicas de Pakistán

y Bangladesh forman Estados separados al oeste y al este de la India respectivamente; y así, sin perjuicio de que en la nación hindú actual propiamente dicha coexista el islamismo, no es menos cierto que dicho credo está en minoría en relación, por ejemplo, al budhismo, etc., etc. Ahora bien, aun ateniéndonos a esta relativa uniformidad preponderante de que hablamos en cuanto a lo religioso, en la India se incluyen muchas "Indias": la India fronteriza con Nepal, China y Bhutan; la India de Calcutta y de las bocas del Ganges; la India "santa" de Benarés (Varanasi); la India del estado socialista de Kerala, al oeste del ápice sur; la India superpuesta a los antiguos territorios portugueses Goa, Damau y Diu, y a los enclaves franceses de Pondichery, como testimonios de la colonización europea en puntos o plazas fuertes de la costa, etc. No, no me era posible más que asomarme a un solo punto de una de todas esas posibles Indias, y desde allí cohesionar lo mejor posible, por vía de integración, lo que tuviesen de común y válidamente inteligible el resto de las idiosincrasias. New Delhi, como capital, algo o mucho tendría que ofrecerme – pensé. Si no en un papel tan de crisol compendioso de rompeolas, como el que protagoniza Madrid respecto de la totalidad de las posibles diferencias regionales de la nación española, New Delhi, digo, algo privativo e iluminador, algo representativo y común respecto de toda la India tendría que tener. De momento, se me ofrecía como escala natural y lógica en los vuelos de regreso a casa; y además, me permitía acercarme a Agra, a visitar el monumento del Taj Mahjal.

Aun con la ganancia al menos de una hora que probablemente se produciría en relación a la de Bangkok, tengo reseñado en mis notas que eran las 22:30 del jueves 2 de enero de 1986 cuando arribé al aeropuerto de New Delhi. Mi impresión, la que me quedó recogida en mis apuntes, es que en aquel aeropuerto no había más que banquetas y mostradores rústicos que sirven de cabinas de paso para la verificación de los papeles. El atuendo de los empleados parece de tipo militar, y tal vez lo sea: color amarillento caqui, pelado y mondado. No me exigieron certificado alguno de vacunas; ni siquiera

mencionarlo, y al alargarles yo el cuadernillo internacional de la OMS con el distintivo de la Jefatura Nacional de Sanidad española, junto con el pasaporte, el oficial hizo un gesto entre comprensivo y reprensivo... por mi ingenuidad occidental de suponer que todavía en la India se cogen a puñados los piojos y las podredumbres. Tengo reseñado un detalle que califico de altamente significativo. Delante de mí, inmediatamente, en la fila de comprobación de documentos, le había tocado el turno a una chica británica que un poco a la ligera, y mientras duraba el menester de escrutación de los particulares del pasaporte (foto, nombre, etc.) por parte del empleado hindú, se había descolocado de la posición correcta en frente del pupitre ocupado por el oficial, por lo que éste la reconvino con gesto rayano en la acritud para que se estuviera de pie en el lugar correcto y no se permitiera licencias gratuitas como la de ponerse a un lado. ¡Curioso! – pensé: Es como si los antiguos colonizados se permitiesen ahora la mísera represalia de echar un rapapolvos a una persona del también antiguo colectivo de colonizadores. Supongo que sería allí mismo, en el aeropuerto, y en vista de las condiciones de localización, precio, etc. donde decidí alojarme en el Hans Plaza Hotel, en el número 15 de la Barakhamba Road. Fijé muy claro en mi conciencia que en aquel momento un dólar USA correspondía a 11'80 Rupias; y que por lo tanto, y más o menos, una rupia equivalía a 13 pesetas. La jornada ya no dio más que para llegar al Hotel y recogerme, e intentar descansar.

3 de enero 1986. En el ferry que desde Hong-Kong cogimos para visitar Macau, había coincidido con una pareja de hindúes: ella, acicalada, joven y razonablemente bonita. Aun sin ir nunca más allá del convencionalismo que presidía toda la circunstancia, y al comentarles yo mi nacionalidad española, ella puso en sus palabras hacia mí una cuota añadida de simpatía y de apego; él, tocado de turbante y barba, se adhirió por cortesía mecánica a la disposición comunicativa de su mujer. Les comenté que... eso; que después de mi proyecto de estar en Bangkok unos cuantos días, pensaba detenerme en New Delhi..., etc. ¿En New Delhi? Ella era de allí, y por las fechas que yo les adelantaba... sí, efectivamente, llegaron a la conclusión,

después de que ella intercambiara una mirada de aquiescencia, de autorización... con su marido, de que ellos estarían allí, y estarían muy halagados de saludarme si yo les contactaba. Aquí iba su nombre y su teléfono...

El comedor del Hotel es algo tétrico: se accede a él por un corredor que se hallaba en obras, para añadir un factor más de desarreglo; con un olor especial que no logré referenciar a ningún producto inequívoco, por lo menos entonces. Probablemente se tratase de restricciones eléctricas, pero el caso es que la iluminación es pobrísima, al tiempo que una música hindú de fondo le hace a uno pensar en el preludio de cualquier ritual extraño en casi tinieblas. Acabado el desayuno de mi primer día, bajo a Recepción y le pido a una empleada que tenga la bondad de marcar el número anotado en el trozo de papel que le alargó, y que correspondía al de mis conocidos de Hong-Kong/Macau, "just some acquaintances", como diríamos en inglés. La joven recepcionista es bella, con una naricilla aguileña ligerísimamente heterodoxa, con esa tremenda carga de parsimonia que a los ojos occidentales ilustra una de las más acusadas características de esta gente. Viste como casi todas las mujeres que hasta el momento se me han hecho aparentes: falda o túnica larga de muselina, gasa o tejido con el que siempre nos hemos imaginado que están confeccionadas las vestimentas de estas criaturas. Probablemente a estas alturas, ella, por trabajar en la Recepción, sepa que yo soy de España, nacionalidad no muy frecuente, por lo que parece, en los parroquianos que se alojan en aquel hotel. La joven hace uso de un teléfono de modelo antiguo, de planta cuadrada, color negro, con la esfera en el lado anterior de la base de pirámide a la que recuerda la figura del aparato, y con el receptor descansando en lo alto entre las dos horquillas de sujeción, y sobre la lengüeta o plataforma retráctil de contacto; uno de esos armatostes pesados pero sólidos, fiables. Hace un intento y me sonrío al decirme que la línea señala... que no es posible la comunicación en razón de lo que podría interpretarse como "ocupada" o fuera de servicio. La digo que voy a esperar por allí unos minutos, y que, por favor, que lo siga intentando.

La hindú, sentada ya a la mesa donde se halla el teléfono, me dedica unas miradas de femenino acato, como si en su voluntad expresiva desempeñase idéntico cometido su deseo de agradar a un cliente del establecimiento para el que ella trabaja, y su conciencia de que está gestionando algo a un occidental, con toda la carga irrenunciable de prepotencia, arrogancia y superioridad que se encarna en nosotros respecto de estas comunidades en las que lo apabullante de su demografía hace que cada uno de nosotros, occidentales, nos sintamos investidos del privilegio de la distinción, de la preeminencia, cuando no imposición de nuestras voluntades. Aquella era una preciosa mujer que me dedicó lo estéril de su gestión – pues el número no parecía funcionar o existir, así de directo y simple – con una encomiable carga de personal incumbencia, como haciendo del intento de comunicar con la pareja en cuestión, conocida circunstancialmente por mí, una expresión programática de unción y respeto, de admiración cortés. Preciosa y – excepto por sus atentísimos oficios – inescrutable recepcionista hindú de aquel anodino hotel, a la que sin embargo dedico esta viñeta de mi viaje, escrita para más pormenor en un haz de hojas de papel gordo, color marrón ceniza, reciclado y con membrete timbrado que ella misma me proporcionó.

Descartada definitivamente la tenue virtualidad que me habían ofrecido de entrar en contacto con alguien del país, me quedo solo, a mi aire, que es, dicho al paso, como únicamente se puede funcionar a plena máquina. Tengo un día por delante y me lanzo a la calle. Constato que el Hotel no se halla lejos del Connaught Place, una especie como de inmensa glorieta circular, con arcos, como si se tratara de una galería de soportales en redondo, y a la que van a converger nada menos que nueve arterias de New Delhi. La ciudad tiene un trazado colonial con espaciosos bulevares, y con las aceras – o lo que pudiéramos entender como espacios sobre los que no circula el tráfico rodado – cortadas como por macizos alzados, con enormes bordillos. También hay árboles por todas partes. Desde mi habitación del piso 20, a donde subí un momento después de desayunar, se divisa bien parte de la configuración de New Delhi:

conserva el carácter de sus antiguos gobernantes británicos; y aun en los distritos menos pulimentados por la demografía pudiente y por las construcciones sofisticadas, se ve el protagonismo de la vegetación. Considero a New Delhi como una foresta con casas dentro. Los ingleses programaron a lo grande, y al disponer de todo el espacio del mundo, de la mano de obra, y de la posibilidad de realizar sus propósitos hasta donde su propia inspiración y deseo les permitieran, ciertamente que no remendaron de viejo. Los ámbitos urbanos de New Delhi son amplísimos, y el volumen que ocupan los árboles dentro de la ciudad es asimismo enorme. Los coches son en su mayoría modelos británicos, Morris, Austin, y combinados a base de estas marcas de estas pasadas décadas, junto con los ubicuos japoneses. Los hindúes lucen delantales y faldas de media altura, rajadas a los lados, por encima de pantalones ajustados como si se tratara de polainas; echándose a la cabeza cualquier trapajo, cualquier cosa: gorros de lana; bufandas de tela como de saco; un pañuelo dispuesto al revés, o sea, el pico en la frente y el triángulo o lado ancho en el cogote; jerseys color caqui, como los soldados de los años cuarenta en España. En los edificios públicos se ven guardias a la puerta, con ese tipo de sweaters ramplones mencionados. La tez de estos hombres, agitanada y sarmentosa, no deja de tener atractivo en los casos de ponderar comparaciones y paradigmas. Todos estos alifafes estrafalarios que tanto parecen gustar a esta gente se me antojan guaridas propiciatorias de gérmenes y de porquería. El tráfico es un semillero disparado de cosas rodantes en movimiento. Hay puestecitos de venta de unas hojas verde pálido, untadas de algo como manteca y espolvoreadas con unos cuantos granos o semillas de substancia que desconozco: el vendedor las dobla y el consumidor se las lleva a la boca. También hay puestos de arreglar y limpiar calzado. Un "limpia" insistente quería operar a toda costa sobre mis zapatos todoterreno "Gorila": fue rebajando el precio hasta una rupia, o sea, trece pesetas. El abordaje a los autobuses es de película: me recordaba el célebre servicio desde la Moncloa hasta la Ciudad Universitaria, a principios y mediados de los cincuenta, en mis primeros cursos de estudiante matriculado; sólo que

aquí en New Delhi los que se encaraman tienen peor pinta que la que nosotros teníamos. Los hombres mean contra las tapias de los bulevares en pleno centro de la ciudad. Las motos, y sobre todo las bicicletas, son un peligro potencial e inminente aquí en New Delhi, si bien, y al rato de observarlo todo, parece que se ejerce cierto control por parte de los conductores. No quiero pensar cómo pueden ser las cosas en Calcutta, en Bombay, etc. Vienen estos desgraciados parias pedaleando a contrapelo, i.e. en dirección claramente contraindicada, prohibida por las señales de tráfico. Como digo, lo hacen con cuidado, con... conocimiento de causa, pero el susto no se puede evitar. El tipo de atuendo más socorrido para esta clase de menesteres como el pedaleo es el de los faldones alzados y remetidos por la ingle, dejando ver las dos canillas huesudas de turno. Los calzados tienen el aspecto de ser prendas compuestas y recompuestas hasta que los pedazos no pueden ya ensamblarse más. En otros casos, para poder usar las sandalias con abrazadera para sólo el dedo gordo del pie, las medias de estos fulanos – es más visible en las mujeres – tienen ya confeccionado el saquito o hueco donde se aloja separadamente dicho dedo. Las bicis, por otra parte, son como las que usábamos en España hace 50 años, sólo que viejas; algunas llevan soporte atrás y estribo para dejarlas varadas y de pie. Definitivamente la vestimenta de las mujeres, en un altísimo porcentaje de ellas me deserotiza. También en un altísimo porcentaje suelen tener la nariz ganchuda, más que aguileña; y debe de ser un número verlas desvestir. Algunas dejan al aire el ombligo o parte del vientre entre el corpiño de arriba y la parte bajera de la vestidura. Sigo fijándome incansablemente en que el calzado que usa aquí la gente de a pie es un artefacto de roturas, grietas y trozos colgantes. Lo menos penoso son las ya referidas sandalias: la blancura grisácea de la planta de los pies contrasta con el color cetrino sui-géneris de las espinillas y de las pantorrillas. Algo que encuentro pintoresco, rozando el ridículo, es la vestimenta de mitades: chaqueta occidental por arriba y modelito hindú por debajo. Otra cosa es el atavío a lo cura, con esos botones de sotana y cuello cerrado. Otros varones llevan la cazadora esa con rajitas a ambos

lados y estrangulada en el centro por un cingulo o fajín de banda ancha y de diversos colores: el del camarero de la coffee shop del Hotel, donde ahora estoy comiendo, es verde. Se escucha a Julio Iglesias cantando por la cinta-radio ambiental: "Moon Light Lady", "When I'll Fall in Love", "Me va, me va, me va..." La cuenta del restaurante la entregan dentro de una carpeta negra, que el cliente debe abrir a su estilo y en su momento. Los varones de clase acomodada (diríamos, los que se ven en los aeropuertos; en los hoteles, etc.) emplean tanto el inglés como la otra lengua que sea entre las muchas de las que disponen como instrumentos comunicativos nacionales. Con la cantidad de millones de personas sin empleo estable que deben de existir aquí, uno de los ejercicios que con más frecuencia se contempla es el de alguien recogiendo migas, basuritas, etc. con un cogedor y una escobilla, todo ello en plan muy artesanal y sin prisa; aunque, bien mirado, hay quienes no escatiman energía en algunos de estos desempeños, sabedores de que en la cola hay mil dispuestos a hacerlo. La actitud de los empleados en estas funciones no especializadas (como los del Hotel en que me hospedo) es de respeto y sumisión, al menos en la forma: todavía les queda un buen remanente de pleitesía hacia los colonizadores. Se llega a la conclusión de que en la India, sobre todo desde que los británicos se marcharon, no se ha hecho más que promocionar el profesionalismo de la transcendencia, de la pedigüeñería, del desentendimiento de las cosas mundanas, pero sólo con el fin de conseguirlas sin molestarse en instrumentar los medios.

Me parece que follar aquí va a ser cosa punto menos que imposible. Los lisiados harapientos hindúes estos son de lo más representativo del gremio universal de la pauperrimidad y del oficio de Monipodio alzado a supuesta categoría transcendental. He llegado a la cándida conclusión de que todas estas comunidades presuntamente espiritualistas viviendo en el presente, tienen poco que ofrecer al extranjero. Éste, para ver cumplidos sus finalismos, no puede renunciar a ciertos de sus atributos, bien sea el sexo, bien sea lo que sea, sin perjuicio de que todo ello se armonice con la cosmovisión

particularísima del país del que en cada caso se trate. Espiritualismo y transcendencia generalmente se equiparan a abandono y cochambre en proporciones cósmicas; y desinterés por salir de la dicha situación. Thailandia, sin ir más lejos, es otra cosa: vive y deja vivir a la manera de cada cual; mientras que la India malvive, y al mismo tiempo no concede al extranjero pábulo para ciertos aspectos de su bienestar y de su personal disfrute. La música de estos hindúes es parecida a la de los moros, sólo que en fino: gemidos alargados, arriba y abajo de las tonalidades, acompañados de los gorgoritos melódicos de las dulzainas o zampoñas, formando una trenza de voz y melopea, repitiéndose, recomenzándose con el palilleo de los tamborcitos y el lamento estirado del "cantaor"; ir así hora tras hora, siempre igual y siempre variado, supongo. Confirmo ahora el hecho de que viajar con pasaporte español y con la dosis de seguridad y salvaguarda que nos dispensa nuestro país es, en términos de garantía, equiparable a la de cualquier otra nacionalidad entre las más acreditadas. Por supuesto que aquí a la India no llegan muchos españoles.

El día 4 de enero de 1986, sábado, viajo a Agra. Me voy muy de mañana a uno de los sectores del Connaught Place – probablemente al tramo de glorieta comprendido entre la Jan Path y la Kasturb Gandhi Marg, ambas consecutivamente a la izquierda de la Barakhamba Marg – donde, y con el previo asesoramiento de la información de mi Hotel, sabía que se concentraban todos los tipos de transportistas a efectos turísticos. Los dos modelos más comunes de automóviles fabricados en la India con patente extranjera son: el Fiat (Premier) y el Morris Austin (Ambassador). Doy con un hindú sij, joven, fornido y parlanchín, con un aceptable nivel de inglés. Le digo lo que quiero hacer: llegar al Taj en Agra, pasar un máximo de dos horas allí, incluyendo la comida si ello fuera de aplicación – y a la que desde ese momento mi transportista quedaba invitado – y regresar a New Delhi. Después de una brevísima puja por el encaje del precio quedamos en que... \$ 50.- USA se harían cargo del servicio completo. Mi amigo disponía de uno de estos Morris-Austin, de tamaño medio, compacto, en regular estado de conservación. Calculamos que los

cerca de 200 kilómetros que había que negociar en cada sentido (algo menos de 400.- en total) los salvaríamos sin problemas, y que estaríamos de regreso en New Delhi al caer la tarde. La tarifa de la que estoy hablando resultaba de cuantía parecida – exactamente algo inferior – a la que en la Recepción del Hans Plaza me habían adelantado. Así que, por esa parte, podía ir tranquilo. Le pagué 25.-\$ USA en el momento de arrancar, y me caló la convicción de que a pesar del turbante de mi amigo..., a pesar de su mirada tipo cuchillo, y del reflejo chispeante con dejos de siniestralidad que emanaba de sus ojos... , a pesar de la considerable carga de aventura aleatoria que comportaba sentirme solo, junto a un sij, a merced de lo que a aquella sociedad se le ocurriera disponer respecto de mí..., a pesar de todo, creo que me di maña en proporcionarme un ambiente de confianza mutua. Mi cálculo era simple: tres horas en llegar y otras tres horas en volver, más las dos como máximo de estacionamiento y visita del monumento..., en total ocho horas, lo que me permitiría estar en el Hotel a buena hora, arreglarme y dar una vuelta por los alrededores de Connaught Place.

Ya en ruta hacia Agra mi cabeza, mis ojos, mi conciencia, se colmaron de imágenes y reflexiones. La historia "mágica" de España también podría escribirse en razón de la penuria de nuestras carreteras, y en general de nuestras vías de comunicación. Tanto ingleses, como franceses, holandeses, belgas, etc., aun en los territorios colonizados, dejaron mejores infraestructuras hace cien años que las que ahora "disfruta" España. Tenían sentido del concepto de lo rectilíneo y de la curvatura. El trozo éste de la India por el que discurrimos, y que yo estaba observando, supongo que no se distinguiría mucho del resto del país. No recuerdo haber apuntado el nombre de ninguna ciudad o pueblo intermedio entre New Delhi y Agra, de tan abigarrado de gente como andaba todo. Ninguno de estos nombres de ciudades, probablemente importantes, y con más de cincuenta o sesenta mil habitantes cada una... Ballabgarh, Mathura, etc., que se interponen entre las dos cotas de mi viaje, me dicen ahora nada. Todo está lleno de gente. La carretera de un solo carril en cada dirección es, sin

embargo, amplia. Se imagina uno que la potencia colonizadora inglesa no tenía que pedir explicaciones a los nativos sobre las propiedades por donde tuviera que pasar la ruta esta o aquella; y de ahí que en general el trazado es recto en su mayoría, con suaves sinuosidades, acaso con el fin de no colisionar con algún accidente geográfico o particularidad ambiental que los británicos considerasen significativa. Los buitres andan por todas partes: son pajarracos de mal agüero que bajan y se posan en la carretera a picotear en la carroña muerta. En un lago de aguas estancadas, y como con costra de mugre en la superficie, asomaba la cabeza de un ave zancuda o palmípeda, surta, clavada en medio de aquel panorama letal. Las gentes ponen a secar unas plastas de barro, de forma de torta o galletas gigantes, como material de edificación; también recogen los excrementos del dromedario, que sirve de bestia de carga, animal al que se ve de vez en cuando tirando de algún carromato. Las bicis-taxis abundan a millares, con una cadena larguísima de transmisión; a veces se ven hasta dos y tres personas, si son pequeñas, encaramadas en la tartanilla rodante que impulsa el pedaleo de un esforzado esclavo. Según me dice mi taxista, estos trabajadores suelen ganar el equivalente de una 25 rupias; o sea, unas 400.- pts. al día, cosa que, por muy lacerante que nos parezca, lo es en menor proporción que el hecho de constatar que con ese dinero vivan y se den maña de mantener a una familia en constante aumento.

Lo que más me impresionó hasta ahora, y probablemente en toda mi visita a la India, en lo ajeno a mi compromiso lírico sustentado por mi encuentro con las "mujeres" de mis Memorias..., lo que más me perforó la retina del alma, allí donde el revelado de mis impresiones hizo que afloraran mis recursos éticos y estéticos con más inequívoca vocación de permanencia... pues digo que ello fue [escribo esto a las 18:15 pm del siempre cuatro de enero, sábado, de 1986, en la cafetería de mi Hotel]... que ello fue la mirada de uno de estos esforzados ilotas del pedal, cuando mi chófer le pegó un bocinazo a él, que tiraba cuesta arriba de una de esas tartanas con dos pasajeros encima. Mirada de consternación, de patético desprecio, de asombro

dolorido; mirada que no se me despegará del álbum de la memoria en tanto viva. La mirada de aquel aherrojado paría en traducción lineal más o menos venía a decir: "Me estás viendo cómo voy de cargado e impedido, y todavía me hostigas y me agobias y me urges con bocinazos airados porque por un segundo, por dos o tres segundos todo lo más me interpongo en la marcha de tu coche; tú no debes de tener corazón".

El ladrillo macizo se emplea mucho en la construcción y en la edificación de las aceras, de los bordillos y arceles de las carreteras. También una piedra marrón, marmolína. Los trabajadores transportaban los guijarros para el recebado y el relleno del firme en unas banastillas puestas en la cabeza. Cualquier avería, por pequeña que sea, acarrea un corte o inutilización del trozo de calzada de que se trate, señalizado todo de forma rústica: pedruscos, algún que otro cono de plástico, troncos de árbol. Los controles son, asimismo, pintorescos: una barra a través de la carretera y accionada por una cuerda fija en uno de los extremos y colgando del lado opuesto a aquél en que se halle el contrapeso. El aspecto general de como están aquí las cosas me lleva a la España de 1946; o sea, justo hace 40 años, y un poco antes de los americanos con la Base de Torrejón. Lo mejor que tienen los hindúes de la India es su pasado colonialista, en lo que a obras públicas se refiere: la red de ferrocarriles, la tercera del mundo, con sus más de 45,000.- kms., es gigantesca. Y eso lo hicieron los ingleses. Se me dirá que lo hicieron con la mano de obra local [¿se imagina uno a los miembros de la Cámara de los Lores tirando de pico y pala?], y al precio que les diera la gana de poner. De acuerdo; pero ahí sigue. Otras potencias tuvieron parecidas oportunidades y no hicieron gran cosa: de ahí la diferencia.

El Taj es de mármol blanco con vetas de color grisáceo suave. Es una construcción cuadrada, flanqueada por una torre en cada vértice. La verdad, no me pareció para tanto. Lo más bonito es lo que lo rodea: jardines con estanques rectangulares y planos; dependencias, palacetes dispuestos todos en hileras y con escalinatas que descienden a los patios o parterres centrales. La parte de atrás del Taj da al río

Yamuna, el mismo que atraviesa New Delhi, que se encuentra con el Ganges, al que tributa, unos 300 kilómetros más abajo de Agra, en Allahabad, ya cerca de Benarés (Varanasi) , la así llamada "Ciudad Santa". La entrada al interior del monumento mogol no parece estar permitida. Por todos los alrededores por donde nos confundíamos los que habíamos llegado y ya nos íbamos, con los demás turistas, nacionales o no, y todos los vehículos encargados de la función del transporte, por allí, digo, menudeaban los chalanes y los vendedores ambulantes. Algunos de los artículos más prodigados eran los abanicos de marfil, no sé si puro y auténtico o de imitación, si es que el marfil consiente remedos.

Regresamos a New Delhi a la hora prevista. Ya no recuerdo si comí algo o esperé a estar en el Hotel, aunque me inclino por esto último. Mis notas recogen que a las 18:15 pm me encuentro redactando los apuntes que sustentan esto que escribo ahora. Quiero recordar que durante el rato que estuve, a mi aire, corriendo y viéndolo todo ávidamente, por el Taj no me pareció oportuno llevarme nada a la boca. Había quedado con mi taxi en un lugar concreto, y como terminé de visitar lo que me interesaba un poco antes de la hora anticipada, me pasé por el sitio convenido, y al hallar al sij haciendo tiempo decidimos volvernos a New Delhi. Mi amigo se las había apañado a su manera para la comida, y ahora era solamente yo el que tenía ganas de sentarme a la mesa y de escribir. Aquí aun los más míseros gustan de llevar las manos llenas de anillos, pacotilla, alambritos de bisutería y chatarra. Un signo de status social creo que bien podría ser el del turbante gordinflón y el de los zapatos tipo babucha puntiagudos y relucientes, bien de color blanco armiño, o en granate charro y resaltón. Las mujeres – excepto una, la única, bastante hermosa, que ví en el restaurante del Hotel, acompañada por un hombre vistosamente vestido – llevan el brillante/perlita en la parte izquierda de la nariz, además del triangulito o redondel encarnado, de adorno, en la frente.

Después de comer algo, en calidad ya casi también de cena, y de darme un atracón a recoger por escrito las vivencias incorporadas

hasta el momento, sobre todo las más inmediatas de mi excursión a Agra, me marché a la calle, a dar una vuelta por el Connaught Place. He llegado a la conclusión de que merodeando por su círculo de soportales y siquiera por las intersecciones de las nueve arterias que en él desembocan, se adquiere una contemplación desmenuzada, si bien en síntesis y global, de las más relevantes manifestaciones de la vida hindú. Necesitaba cambiar dinero, algo, no mucho, y probé fortuna con un conductor de motocarro que estaba parado en una pequeña estación de reclutamiento de servicio de dicho tipo de vehículos. Se expresaba razonablemente bien en inglés, y ya que comenzamos con el tema del dinero, me aventuré a explorar la posibilidad de que me recomendara algún... algún sitio, o modo, o instrumentación para agenciarme una chavala; en parte, de ello dependía la cantidad de rupias que necesitase. Recuerdo que el tema se enrareció. Me dio unas cuantas vueltas, explicando que para la cantidad de dólares que yo le ofrecía no tenía más remedio que acercarse a otra parada de carromatos, con el fin de hacerse con el dinero. Confieso que pasé miedo; aquellos rostros cetrinos que me parecían mirar desde el fondo de todas las carencias y de todos los infortunios, aunque no fuese ello así, me producían respeto; sentí miedo de hallarme a merced de esta gente; absolutamente pendiente de lo que quisieran hacerme. Por suerte para mí, el hindú de la moto-taxi se comportó correctamente; no me cobró la carrera que decía que había tenido que efectuar, primero, para ir en busca del dinero, y segundo, para alejarnos del lugar donde me recogió, más propenso a los encuentros con la policía o simplemente con gente a los que nada interesaba enterarse de lo que estábamos gestionando. Bien. Ya tenía dinero que en cualquier caso me serviría para pagar el hotel; si ahora me lo gastaba en "niñas", el alojamiento siempre lo podría pagar con un nuevo cambio en las dependencias del propio hotel.

¿Niñas? Ya dije anteriormente que pocos sitios me habían augurado mayores dificultades que New Delhi para lo concerniente a tener un encuentro íntimo. Mi ya amigo el motorista no quería defraudarme y siempre con la advertencia de que no me iba a cobrar

las carreras de gestión que me estaba pegando en su vehículo, me llevó hasta un par de hombres mayores, con pinta siniestra, aunque calmosos. Hablaron entre ellos, y por fin, el que parecía estar en posesión de mayor carga de decisión, se dirigió a mí en inglés, y acaso para elevar el precio de sus posibles servicios a unos niveles estratosféricos, o simplemente porque se trataba de la verdad, el caso es que me dijo que lo que yo pedía, es decir, estar con una chavala joven, bonita, y no digamos nada si se trataba de una virgen..., que lo que yo pedía era algo muy, muy difícil... y muy, muy caro. Lo de la carestía no encerraba más que problemas elementales de algoritmia, cosa que nunca me ha detenido cuando la mercancía lo ha justificado. Lo caro siempre es caro respecto de algo no tan caro o más barato. Elemental. Y además me apunto al aforismo de que "dinero perdido, nada perdido; tiempo perdido, algo perdido; corazón perdido, todo perdido". Pero, ¿a qué demonios podía y quería referirse lo de la dificultad? Muchas cosas me atravesaron la mente, con ese puntual encono y atropellamiento con que se producen las tales vivencias de este signo; tuve miedo, así como suena; les miraba las caras, me imaginaba sitios raros, distantes, alejados de todo lo que pudiera significar orden, garantía y salvaguarda de pretensiones cívicas y pacíficas, como creí y sigo creyendo siempre, que yo encarnaba. Al día siguiente, bueno... al comienzo de la madrugada del día seis volaba a España y... directa y simplemente tuve miedo. Decliné toda tentativa de una vez por todas, y le pedí al conductor de la moto-taxi que me dejara en el Connaught Place, ya que desde allí volver al Hotel no tenía pérdida.

Ya solo, me puse a pensar que en la realidad de la pequeña o amplia porción de la India que a mí me estaba correspondiendo conocer, la subsistencia había dejado a un lado al sexo, como si éste se tratara de un aspecto del recreo. Otra cosa era que el sexo fuese un intento de sucedáneo de la cultura, o de las cualesquiera carencias dentro de las familias. Ello explicaría la multiplicación absurda, meteórica y amencial de estos prójimos. Era ya de noche, mientras que de camino al Hotel [no se olvide, en la calle Barakhamba, una de

las nueve que convergen en el Connaught Place], y en un punto del citado anillo interior que en ese momento me resultaría, por irreconocible, indiferente, un mendigo me dio un susto tétrico cuando al pasar yo cerca de donde él se encontraba, salió de la sombra blandiendo los brazos con los puños comidos me imagino que por la lepra, en petición convencional de limosna; y ahora, con todo el remanso de objetividad que proporciona el tiempo, estoy seguro de que sin intención alguna de ofensa o de menoscabo ilícito hacia mi persona. Pero el caso es que me cogió desprevenido: sus puños emergiendo de la oscuridad, queriendo como asirme; aquella cara con muestras de zozobra, voluntaria o mecánica, en súbita alarma, descubriendo como final de su cuerpo dos trozos de carne por antenas. El aspecto de aquel rostro no podía medirse en grados más o menos conciliadores, separado de lo que de sobrecogedor y repelente me trasladara a la conciencia en un intensísimo instante. Reconozco que me asusté tanto por la particularidad de lo inesperado como por la lacerante realidad de los muñones remachados con mugre.

Mi partida estaba fijada para la noche del día 5 de enero, domingo; acaso muy al principio de la madrugada del lunes. Estaba previsto llegar ese mismo lunes a Madrid, con la ganancia consiguiente de las cinco horas planetarias; hacer noche en mi casa de Alcalá de Henares; coger el primer avión de la mañana para Granada y dar mis clases del turno de tarde ese mismo martes. De acuerdo. Pero de momento disponía en New Delhi de todo el día del domingo 5. Así que me voy a la calle, a darme la última gran zambullida en la atmósfera de la India. Aquí toda chica o mujer algo monilla se distingue de forma abultada, casi exagerada del resto de la morralla. Las cinco o seis hembras más llamativas que me han hecho volver la cabeza o seguir las con la vista también me hicieron reparar en que venían acompañadas por varones de mejor pelaje que los desheredados del montón; o que se bajaban de un automóvil más lustroso que los cascajos que circulan por doquier. Lo acabo de comprobar en el Hotel: cuando entra una mujer bonita y vestida con distinción se llena el aire de formulaciones inarticuladas, inéditas. Me

voy al Connaught Place, a su doble anillo de rotonda exterior para el tráfico rodado, y al interior y más íntimo de sobreportales, puestos, gentes y todo tipo de cosas. Un tío se hallaba afeitando a otro en plena calle, encima de un kiosquito o repisa. Otro arreglaba el piñón de una bicicleta, pero antes de comer se lavó las manos con envidiable parsimonia en una palangana de agua grisácea de la que, por cierto, bebió asimismo un cuervo. Un coche aparcado tenía una cadena, asegurada con grueso candado, enganchada por un extremo a la barra del soporte delantero del motor, y por el otro alrededor de una de las columnas del Connaught Place. Una buena forma de evitar que se le lleven a uno el vehículo. Ví una tienda, siempre a poca distancia del Connaught Place, de servicio de mecanografía al momento: varios supuestos especialistas copiaban lo que otros, allí de pie, les dictaban. Como digo, cada cual monta su tienda donde puede. En el barrio del mercado Karol Bah vi una tienda/taller de reparaciones de coche en la que había 12 personas trabajando como hormigas; no sé si haciendo o deshaciendo, pero allí estaban. Mucha gente de las calles está en cuclillas, como postura de descanso o tal vez en pose más protocolaria de loto; en cualquier caso parecían ratas sentadas. Dentro del dicho mercado Karol Bah me vendían un maravilloso látigo de cuero trenzado, gordo por la empuñadura, admirable, sólo por 40 rupias. Soy visceralmente reacio a comprar cosas y chismes, sobre todo cuando se viaja con equipaje de mano. Ahora bien, tengo que confesar contrita y doloridamente que me sigue pesando aún no haber adquirido aquella joya. Recuerdo que el hombre que me lo ofrecía lo llevaba medio arrollado al pecho, y al verme solo debió de pensar en términos zaratustrianos que me convenía aquel adminículo para mi trato con las mujeres. Algunos viejos vendían tramillas, cordones, hilos y cintas de esas tan necesarias para la cintura de los pijamas, de los pantalones de deporte, etc. Creo que tengo ya bastante de la India para los restos. Es un país que no creo que pueda interesar a nadie "turísticamente" sino antropológicamente, desde la perspectiva de la investigación. Tengo ya ganas de salir de la India. Este país me ha ilustrado pero no me ha gustado. Es un país para hablar de él fuera de él; para saberlo

conocido; para saber que uno ha estado en él. Lo mejor de aquí, lo único, es británico; sus mujeres, el porte de las hermosas y su refinamiento es producto aprendido en las urbes (y hasta en las ubres) británicas; y posiblemente tarden estos prójimos siglos en sacudirse su pasado británico y superarlo con sus propias realizaciones. Estoy acabando aturdido y fatigado de tantos olores callejeros de comistrajos. Menos mal que sólo voy a pasar aquí un poquito más de tres días, unas 75 horas justas.

Regreso al hotel: voy a comer algo, a descansar, a escribir y a esperar el momento de dirigirme al aeropuerto. En el comedor echo mano de un periódico y leo que uno de estos gurús-santones asegura que la orina propia, la generada por cada uno de nosotros es un fármaco natural inmejorable para curar un montón de cosas: desde dolores de oído hasta pico-mordeduras de serpiente venenosa. Lo creo. Desde muy pequeño en España siempre recuerdo haber escuchado a los mayores decir que, sobre todo en el campo, los rústicos se trataban los sabañones, por ejemplo, meándose en las manos. La urea, o el ácido úrico en su caso, proporciona esas lindezas. A ver, a ver... me digo... ¿cómo demonios se llama al *flan* en inglés? Claro, hombre: *Caramel custard*. Pues, venga, un *caramel custard* de postre. Los hindúes tienden a la subordinación desde su atávica conciencia de colonizados y culturizados, en su caso y en cierto aspecto, por el colectivo occidental de los ingleses. Al recepcionista del Hotel, al preguntarme por mi ocupación y yo decírsela, le faltó tiempo para hacerme saber que él tenía un título de Licenciado en Historia por la Universidad de Delhi. Le lucían los ojos como uvas transparentes: gitano, cingaro, y lo que muchas mujeres con plena propiedad hubieran entendido como guapo, guapo. En el momento de liquidar la cuenta, se materializaron mis sospechas sobre lo arriesgado de cambiar dinero en la India, en el mercado libre de la calle. Puesto que yo pagaba en cash (ya que de otra manera me hubiera traído a España el montón de rupias inservibles), con toda naturalidad esta buena gente me pidió justificación; o sea, recibo(s) de la entidad oficial donde yo hubiese efectuado la transacción. ¡Ahí va! ¡Recibos,

recibos...! Menos mal que disponía de la estupenda coartada... parcialmente, escrupulosamente y verídicamente irreprochable de mi viaje a Agra. ¿Recibos? Pues no, yo no tenía recibos, porque le había dado al taxista un billete de USA \$100.- y el resto me lo había devuelto en rupias. El Licenciado en Historia, que se acababa de sincerar eruditamente conmigo, hizo la vista gorda y obvió el trámite. Supongo que pensarían, además, que si ponen pegas darían un fuerte puñetazo al turismo. Simplemente tomar nota y tener cuidado, sin llegar a ningún extremo. El mejor detalle del Hotel fue cobrarme sólo tres jornadas; o sea, como si se tratara de horas, 75 en total; y no de las tres noches de las fechas dos, tres, y cuatro de enero (jueves, viernes y sábado), más todo el día del domingo por el que técnicamente, y en el mejor de los supuestos para mí, hubiesen tenido derecho a cargarme media tarifa completa. Mi charla con el recepcionista intelectual había hecho posible aquel juego de conveniencias. Se lo agradecí y se lo sigo agradeciendo.

El aeropuerto de New Delhi sólo dispone de una sala de espera para pasajeros de salida. Me fijé en que las tarjetas de plástico identificativas de los empleados de las dependencias aeroportuarias eran lo más valioso de toda su indumentaria: preceptivamente lucen expuestas y colgando de cualquier parte central delantera de la camisa o prenda que sea. Sí, los colores brillantes y saltones de los tales documentos de identidad relucían sobre una base de harapos; se disparaban desde los fondos andrajosos y oscuros tanto de las pieles como de las vestimentas de sus portadores.

**Lynda (Bangkok, Tailandia); Kiêu (Saigón, Viet-Nam); Chanta-Lu (Phnom-Pehn, Kampuchea); azafata viet-namita (Angkor Wat, Kampuchea); Nang (Korat, Tailandia); azafatas Lanka Air (Colombo, Sri Lanka); turista alemana (Maldivas); Salam (Amman, Jordania); Fahtma (Petra, Jordania):  
diciembre 1986-enero 1987**

Había asistido en Bangkok al nacimiento de este año de 1986 en mi anterior recorrido por Tokyo, Taipei y Hong-Kong, para terminar a continuación en New Delhi inmediatamente antes de tomar un vuelo para Madrid. Con respecto a Bangkok, aunque se había tratado tan sólo de mi segunda visita, ya se me evidenció de manera irrefutablemente duradera que esta ciudad del sureste asiático – y por lo menos para un español como yo – constituía la primera, y acaso la más significativa, escala en cualquier desplazamiento hacia cotas ulteriores del Lejano Oriente. Dicha percepción se confirmaría aún más con la inauguración, años más tarde, de los vuelos desde Madrid a Bangkok (vía Roma) a cargo de Thai Airlines. Hasta entonces el español, ciudadano "de segunda" dentro de la Unión Europea más pujante, tenía que servirse de la rampa de lanzamiento de otras ciudades extranjeras. Por conductos que no me son ahora asequibles, en lo que respecta a su identificación precisa, es el caso que me puse en contacto con una empresa turística radicada en Sydney (Australia), Orbit Tours, que se había destacado por su organización de excursiones por zonas de dicho sureste asiático no demasiado transitadas. El viaje de referencia al que me había sumado ahora comprendía Viet-Nam y Cambodia (Kampuchea), y tanto su origen como su conclusión tenía lugar en Bangkok. Pensé a lo ambicioso. Catapulté mis reservas de disponibilidad. Urdí conveniencias. Me inventé complicidades. Me provoqué a mí mismo engarces geográficos de difícil solución. Trabajé con el tiempo, con el dinero y con el mapa. Quería superar en complejidad y variedad de riquezas

vivenciales mi viaje inmediatamente anterior, el que, como acabo de decir, comenzara en Japón y terminara en la India, después de haberse enriquecido con el botín intermedio de Taipei, Hong-Kong, Macau, y Bangkok. Quería que esta nueva aventura, a mi regreso de Viet-Nam y Kampuchea, y siempre desde Bangkok, tocara en una nómina de lugares de acceso escurridizo, sobre todo si considerados desde España. Ya que estoy en Bangkok, y tengo que regresar a Madrid – me dije– pues... que mi conciencia se vea enriquecida con la mayor cantidad de limo que vaya arrancando de los fondos intermedios. Viet-Nam y Kampuchea, de momento; pues tal era el núcleo esencial de la excursión. Y de regreso desde Bangkok... Bien. De regreso desde Bangkok tocaría en Ceilán (Sri Lanka); tocaría en las islas Maldivas; y ya, para rizar el tirabuzón del más difícil... aprovecharía un vuelo de la Singapore Airlines desde Male – capital del citado archipiélago – a Bahrain, en el Golfo Pérsico, para desde allí volar a Ammán (Jordania), quedarme en dicho país el tiempo suficiente tan sólo para llegarme a Petra... y una vez conseguido todo ello, dar por terminado el recorrido y regresar a España. Con este itinerario pretendía, de un lado, escrutar zonas de absoluto desconocimiento hasta entonces para mí (Viet-Nam y Kampuchea); insistir sobre Bangkok; hacer unas calas (Ceilán y Maldivas) en lo que consideraba aspectos complementarios del continente indostánico de la India; y de otro lado, y por último – abordándolo desde oriente, desde una nueva perspectiva y ya sin problemas geopolíticos – conseguir la visita a Jordania que dos años antes me había devenido imposible por intentar acometerla desde Israel.

Con este ambicioso diseño pretendía, además, retirar de mi conciencia, aparcando definitivamente algunos focos de penitencial concernimiento que me habían estado golpeando fuerte durante buena parte de 1986. Uno de ellos, mi frustrado intento de marcharme de Granada. La así llamada Ley de Reforma Universitaria funcionaba como lo que era, y con arreglo al proyectado espíritu que sus compondores habían insuflado en ella: es decir, como una plasmación en el mundo universitario de la manera "socialista",

igualativa a la baja, provinciana, autonómica, fuertemente endogámica e irremediabilmente empobrecedora de la dinámica de docencia y de investigación dentro de la Universidad española. Claro que no es éste el lugar para hablar del tema. En un libro mío de 1999, *Un castellano en Granada*, ha quedado hablado y bien hablado. Ahí los augurios pesimistas de unos años atrás tomaron cuerpo, hasta hacer que la susodicha LRU resultara inoperante, exhausta, vacía de contenido, agotada de raíz. Ahora nuestros padres de la Patria, con otras siglas de liderazgo, han votado una reciente LOU (Ley de Ordenación Universitaria). Hablo de 2002, y los efectos aún no se han hecho notar. Bien. El caso es que en 1986 la LRU de 1984 prácticamente estrenaba andadura, y los principios que unos años más tarde cooperarían de forma decisiva en propiciar su derrocamiento (composición de las Comisiones para selección del profesorado, traslados, nombramientos, etc.) entonces en 1986 desplegaban toda su eficacia sectaria, toda su perversa poquedad de provincianismo y revanchismo contra los espíritus independientes. Pero, de una vez por todas: de todo ello hablo en mi citado libro y en el contexto adecuado.

Otro asunto, y ahora se trata de faldas, también había enrarecido estúpidamente el panorama ya de por sí frondoso de motivos del corazón mío. El enrarecimiento que conmigo se personara provenía de una chica almeriense, que estudiaba Medicina en Granada, y que, experimentadas las típicas rondas de vino y rosas, amenazó con instaurar en mi ánimo la turbia representación perpetua de culpabilidad, incumbencia y jodimiento. Hubo que amputar sin miramientos y sin anestesia aquella zona gangrenada del ánimo y... hasta hoy!

Hasta hoy, digo; pero entonces, en 1986, mi viaje se me presentó como un antídoto eficaz, como una oportuna maniobra de distracción. Y un detalle más a consignar, éste de tipo patológicamente intransferible, de relación con mi estado somático, físico. Y ello era la creciente importancia negativa de mis afecciones de garganta, que tan sólo un año después me acarrearían el comienzo de un tratamiento combinado que hoy, en 2003, casi 16 años después

de los hechos que aquí menciono, sigo manteniendo con plena observancia de todas sus particularidades. Para toda aquella excursión me había echado al equipaje la dosis de una semana de tratamiento del fuerte antibiótico Clavumox, en cápsulas ingeribles.

Conservo una notable cantidad y variedad de documentos y detalles relativos a mis viajes. Lo he dicho en más de una ocasión. La preparación y redacción de ciertos pasajes me han acarreado la consulta minuciosa de recibos de hotel, de cartas, de horarios de avión, de tarjetas de visita, no digamos de planos y mapas tanto de ciudad como de países, organizado todo según las pautas recogidas en mis notas personales a pie de ocurrencia. Por esas características tan propias de las tarifas aéreas, mi vuelo desde Frankfurt a Bangkok, TG 935, o sea, un servicio de Jumbo de la Thai International's Royal Orchid, del 16 de diciembre de 1986, lo efectué en clase preferente. No digo más. Para los viajeros baqueteados cada especificación sobre el tipo de pasaje debería identificarles el juego concreto de ventajas y también de posibles desventajas. La clase preferente, como su denominación indica, supone al menos en teoría un aumento de confort sobre la clase turística, acompañada la mayoría de las veces de una diferencia tan sensible en el precio que para la mayoría de los usuarios del avión basta para disuadirles del dicho servicio preferente. Mi caso no era excepción. La clase preferente – o business; o ambassador; o club, etc., conforme a una nomenclatura según las compañías, pero siempre en razón de la misma realidad –... la clase preferente, digo, comporta una repartición del mismo espacio entre menos pasajeros, de forma que se toca a más; más holgura y en consecuencia más confort. La disfunción del asunto radica en que por un disfrute de algo más de sitio para el cuerpo que en la clase turística, digamos, durante doce horas, un billete de..., por ejemplo, 500.- € pasa a costarnos 800.- €. Lo cual parece desproporcionado. Pero es que, y además, en términos puramente de posibilismo maximalista, no siempre una plaza de clase preferente es mejor, es preferible o más cómoda que una de clase turista. Puedo jactarme de proporcionar un ejemplo que a mí me acaeció, y por lo tanto la validez testimonial de

lo aquí declarado reviste todas las garantías: Volaba yo una noche desde Santo Domingo (República Dominicana) a Madrid, en clase turista, y he aquí que uno de los pilotos del avión de Iberia resultaba ser alguien de mi pueblo. Apercebido de mi presencia a bordo, le faltó tiempo para obtener la autorización del capitán (o de aquél a quien en su caso correspondiere el visto bueno) para que me trasladase unos metros hacia adelante, en el sector preferente. Un error. Un craso y curioso error. Mi nuevo asiento pertenecía a la última fila de la sección preferente señalada, es decir, a la que se apoyaba en el tabique de partición de las dos clases, y por lo tanto no consentía la inclinación hacia detrás del respaldo. Cierto que podía disfrutar de más amplitud para las piernas, y entre los dos reposabrazos para la posición normal de sentado. Pero por si fuera poco, ocurrió otra cosa; y es que, por un pequeño trasiego de pasajeros, las personas que iban a uno y a otro lado de mí en clase turista se trasladaron hacia detrás, probablemente a la sección de fumadores; circunstancia que me habría permitido tumbarme mediante el aprovechamiento de al menos tres plazas, cosa de todo punto imposible de realizar en clase preferente, ya que los asientos son de formato butaca y no permiten desglose alguno ni modificación en la posición de los reposa-brazos ni nada por el estilo. ¡Sorprendente e ilustrador para la historia de las relaciones humanas! Tuve que agradecer de corazón el detalle de mi amigo que sin embargo "desmejoraba" la situación original desde la que accedí a la clase preferente.

Bueno. Nada de esto era aplicable a mi vuelo del 16 de diciembre de 1986, porque el avión iba lleno y porque mi plaza preferente era, de todas todas, preferible a la turista. Tuvo que tratarse de una de las variadas, inesperadas y maniobreras promociones de un destino turístico a cargo de la Línea de turno, en este caso de la Thai Airways International. Recuerdo que los de Meliá de Granada me informaron de que para aquella ruta en aquellas fechas la dicha compañía aérea había instrumentado unas tarifas especiales de gran atractivo, consistentes en que por una cantidad poco significativa de más, el pasaje de clase turista se aupaba a "preferente"; lo que en

términos técnicos se entiende por "upgrade". "Yo quiero uno de esos" – les dije. Y así me vi volando ese 16 de diciembre de 1986, desde Frankfurt a Bangkok en un jumbo de la Thai. Exquisito servicio. Preciosas azafatas, sobre todo la que de manera más concreta se ocupó de la zona donde se hallaba mi asiento. Trenzó mi mente las primeras armonías desinenciales, a modo de tentativa, de un soneto. Todo se vería más tarde. No había prisa, aunque sí mucha mies por segar y mucho rastrojo por espigar. Siempre en vilo, con el corazón por bandolera, sufriendo el asedio de estas portentosas criaturas.

Tuve que llegar a Bangkok bastante ya entrada la madrugada del día 17, contando con las nueve horas de avance del reloj, y con las correspondientes de vuelo. Pero lo que no tengo registrado para ese día y medio de estancia, antes de salir para Saigón, es si me hospedé en el Ambassador Hotel (como con toda seguridad lo hice a mi regreso de la excursión a Viet Nam / Kampuchea) o en el Manhattan. Ambos están muy cerca el uno del otro, en la misma mano de la Sukhumvit Road; así que por ese aspecto no hay nada reseñable. En este momento, escribiendo como estoy en Granada, en la habitación 402 del Hotel Casablanca, en el que llevo hospedado los últimos e inmediatos 26 cursos académicos, asistido por un dossier de información de urgencia, simplemente deploro no poder precisar el rigor de este extremo. Lo que sí obra en mis apuntes es que en mi visita a "Darling", el establecimiento de Baños Turcos con el que ya me había familiarizado, entré en conocimiento de Lynda. Recuerdo que comenzó con sumisión y celo a deshacerme los cordones de los zapatos, y luego a desvestirme. Sólo por presenciar el saludo de manos juntas y el movimiento de aireo de pelo que me dedicó más tarde; sólo por eso hubiera merecido el empeño. Porque cuesta un aprendizaje de años, una herencia de ascesis acaso de siglos... compendiar en una manifestación signoespacial, visualmente armonizada, ese ritual consistente en un quiebro hacia atrás, soltando el curso de las relucientes y azabachinas hebras, y recogerlas de nuevo. Mis ansias de eternidad buscaron el cofre de dos sonetos donde preservar tan lírica epifanía:

## MUJER DE TIERRA

### I

Tu bulto, sombra, hechura, administraban  
los silogismos ya confabulados  
por la inercia del hombre o de los hados  
cuando al vacío el tiempo rellenaban.

Yo amé tu forma porque en ella estaban  
todos los contenidos alojados.  
Fue verte y asumir y cruzar vados  
donde en lo alto las simas navegaban.

Forma que se genera y se sustenta  
del azar en su intrépido conjunto  
por gracia de dinámica incruenta.

Definitivo afán hacia el que apunto,  
inmanente verdad la que se asienta  
en tu cuerpo y en lo hondo de mi asunto.

### II

Fabuloso perfil de tu reverso  
supliendo orquestaciones ambientales:  
Ebrios de luz, los signos verticales  
quebraban al chocar con tu universo.

Era todo tu bulto esqueje terso  
de ramificaciones cardinales,  
y en sombras de nostalgias otoñales  
tu forma daba pábulo a mi verso.

El aire crepitó cuando el bandazo  
de tu pelo azabache en abandono  
turbó al sumiso espejo con su abrazo.

Con tu cuerpo en mis manos sin encono  
y tu orquídea por místico regazo,  
vi que, excepto no amar, todo perdono.

Bangkok, 17-XII-1986

El día 18 nos reunimos en el aeropuerto de Don Muang de Bangkok, en la sala de espera de Air France, los componentes del grupo de Orbit Tours, la empresa organizadora de este viaje a "this last frontier of Asia" como rezaba el programa publicitario. Había cinco franceses (tres varones y dos mujeres); un matrimonio canadiense; dos japoneses; una holandesa; un austriaco; un suizo; y un español, yo, además del polaco naturalizado australiano, representante de Orbit Tours, y director de la excursión para todo lo concerniente, divino y humano, a ella. Aparte del polaco (director) y del austriaco, más o menos de mi edad, ya cumplidos los 50, el resto de los expedicionarios no rebasarían una media de 35 años. Perfecto. 12 viajeros y el responsable y jefe del grupo. Perfecto. Desde el primer momento reinó entre nosotros voluntad absoluta de armonía porosa; la heterogeneidad garantizaba nuestro funcionamiento en razón de unos mínimos de disciplina organizativa aplicable en el supuesto que fuere. El polaco, de nombre Janusz, era un dechado de buenos modales, campechanería y "savoir faire"; un verdadero profesional, cuajado de tacto y de medida. Ya dije que estaba naturalizado australiano y que residía en Sydney. Conecté inmediatamente con él. Éramos, por así decirlo, los más sueltos; los más independientes; los que más "por libre" íbamos. Los demás, aun dentro de lo menguado del grupo, o bien se adherían a sus mutuas afinidades de parentesco, lengua o facción (como con los franceses; y con los dos japoneses; y obviamente en el caso de la pareja de casados de Canadá), o bien se

mantenían como unidades-comodín, a su aire y acomodados en el aire de todos los demás, sin violencia alguna para sus principios convivenciales. Tal podría ser el caso de la holandesa, del austriaco, y del suizo. Janusz y yo coincidíamos en todas las ocasiones en que no se tratara de actuaciones personalísimas e intransferibles. Coincidimos durante el tiempo más o menos muerto, de espera, en el aeropuerto de Saigón, hasta que nos llegara el/la guía. Janusz, que nos había confesado conocer cerca de cien países en su calidad de... viajero profesional, directivo de una agencia turística..., me informó de que respecto de Viet-Nam y Kampuchea todos estábamos al mismo nivel de desconocimiento directo, porque él no había puesto jamás los pies en tales lugares. Allí en el aeropuerto se nos proporcionaron los correspondientes formularios para la tramitación del visado sin problema alguno. Simplemente, que había que justificar la espera, la aprobación de nuestra entrada en el país, etc., etc. Todo muy a la usanza del modelo soviético. Los uniformes de los funcionarios, chicos y chicas, de color caquí verdoso, elementales, sin casi adornos, excepto por unas gualdrapas u hombreras con ribetes encarnados; gorras de plato. Todo muy rústico como era de esperar. La calidad del papel, ínfima, parecido al de España después de la guerra, cuando en la composición de las hojas de los cuadernos se veían los trocitos y laminillas de paja dentro del conjunto oscuro de la textura. Los trámites requieren su tiempo pero en general son menos pesantosos y disparatadamente lentos que en la URSS.

A las pocas horas de estar allí en Saigón se nos evidenciaría lo que la ineluctabilidad consecuente de la condición humana nos había evidenciado, a saber: que si Viet-Nam había ganado la guerra a los USA, éstos les habían ganado la paz a los vietnamitas, por lo menos a los del sur; la actitud de las gentes, de los propios funcionarios del aeropuerto, mostraban a las claras que la manera imperante en las relaciones comerciales y para el desarrollo y prosperidad del pueblo era la economía de mercado, imposible todavía de declarar abiertamente, pero latente en todas las manifestaciones. Al vernos a nosotros, como grupo de turistas pudientes y desinhibidos, sabedores

de que nos esperaban nuestros respectivos países al regreso de la excursión, el rostro de algunas de las funcionarias que por allí merodeaban se colmaba como de incumbencia, como preguntándose: ¿Tendré yo acceso a este trozo de la tarta de la vida? Una de dichas funcionarias, vestida asimismo de la manera militarizada a la que me he referido más arriba, se quedó aguantando la mirada y los piropos que Janusz y yo la dedicamos, cada uno en su jerga personal, igualmente ininteligible para ella. Janusz se destapó con algo que yo valoré muy significativamente, y ello fue su abierto elogio sobre las posibilidades líricas y femeninas de alguien como aquella chavala, quien muy probablemente, y en el concierto igualitario de costumbres y de prestaciones emocionales de su sociedad, a buen seguro que, en razón de su carencia de sofisticaciones superfluas, desempeñaría un cometido más halagüeño respecto de hombres como nosotros, que la inmensa mayoría de mujeres. Como digo, el rostro y el ademán de aquella funcionaria fue toda una declaración de principios para mis entendederas; algo así como si me estuviera diciendo o leyendo una proclama: "Sí, hombre, sí; aquí nos tenéis; vosotros, oriundos de vuestros respectivos y pudientes países; aquí nos tenéis a los vietnamitas, que hemos dado que hablar durante décadas; aquí nos tenéis, después de haberos ganado la guerra; a ver si nos ayudáis a vivir mejor en la paz". Ya no recuerdo si hasta me atreví a aventurar el saludo que con toda mi voluntad perfeccionista hubiese yo intentado hacer coincidir con lo que aquella pareja de vietnamitas (él y ella) me enseñaron en 1972 en Passau, en el Goethe Institut: "Ko ko man choi ko ¿qué tal?". Con estos idiomas tonales se puede estar diciendo lo mismo y significando las cosas más disparatadamente contrarias con sólo cambiar una mínima vibración del tono en la emisión de lo pronunciado. Bueno. La sala de espera del aeropuerto se transformó a nuestra llegada en un negociado de documentos. Había que declarar el dinero que llevábamos. Pura rutina que los encargados de dicho trámite obviaban, mirando por encima y poniendo el sello. Todo el mundo escribiendo donde se podía: en un rincón del mostrador; haciendo escribanía con la carpeta de papeles, sobre el soporte de los

asientos, etc.

Se presenta la guía, nuestra guía para Viet-Nam de Saigontourist. Se trataba de Ngô Thanh Kiêu, nada menos, aunque desde el mismo instante de aparecerse a nosotros nos recomendó que la llamáramos una equivalencia fonética de "quiú" a lo castellano. Su nombre completo me lo plasmó ella misma, y yo guardo la hojilla con dicho autógrafo, escrito correcta y personalmente para mí de su puño y letra. Viste a la usanza: sandalias, blusa larga con cuello hasta arriba y pantalones tipo falda hasta abajo. Con el movimiento natural las aberturas laterales de la blusa dejan ver un mínimo de la superficie de su piel. Pesaba 44 kilos, nos dijo. Cuando se reía estiraba las facciones graciosamente de forma que los ojillos se achinaban, se alongaban en forma máxima de trapecio. Su perfil era modélico, indicativo de su extracción étnica: igual que la curva de una tinaja, abultada ligeramente por el pómulo y cerrándose al descender. Pelo negro; miembros finísimos, aunque bien diseñados, enteros, recios. Insisto: 44 kilos de humanidad. Constituía un perfecto equilibrio entre su discreción de ciudadana perteneciente a un régimen de corte soviético y su dedicación a acompañar a turistas pudientes. A las típicas preguntas de nuestro grupo, nos decía que ganaba muy poco como... lo que pudiéramos entender sueldo base: el equivalente a unos 8.-<sup>00</sup> \$ USA al mes; pero que las "allowances", ayudas, propinas y eso que, igualmente con toda la flexibilidad de las posibles versiones pudiera entenderse como "dietas"... pues que todo ello la permitía desenvolverse con cierta holgura. Yo también lo veía así. Cuando en un sistema determinado se tienen cubiertas todas las necesidades básicas, el resto, absolutamente el resto se puede dedicar a lo que cada cual estime más oportuno: ocio, ahorro, mejora de las dichas prestaciones básicas, etc. Desde luego, y en todo caso, Kiêu patentizaba un estilo razonable de vida, más bien del lado de los favorecidos que de otra cosa.

Estamos en Saigón, que aquí en el Viet-Nam del sur se resiste a dejar de llamarse Saigón, por el nombre más revolucionario de Ho Chi Minh, impuesto desde el norte, y mi cabeza se ve poblada de

ocurrencias y de evidencias mientras nos trasladamos desde el aeropuerto al Hotel. El sur, el Viet-Nam del sur quiero decir, aunque conquistado por el norte, quiero decir por el Viet-Nam del norte, parece preservar buena parte de los hábitos y del soporte administrativo, funcional de Occidente. Hasta 1954 con la caída de los franceses en Dien Bien Phu, con la figura estilizada y macerada del general De Castries al frente; y luego hasta 1975 con la unificación de todo el país, en contra de la distinción partidista e interesada de los USA a favor del sur. Todo invitaría a creer que después de 1975 una "fórmula Viet-Nam" coparía en régimen de monopolio las costumbres de estas gentes, pues para eso habían librado una costosa y ensañadísima guerra. Nada más lejos de la realidad. El sur seguía siendo el sur, y en este supuesto eran mucho más abultadas las diferencias de estilo de vida entre una y otra latitud, como correspondía al verdadero carácter – muchas veces obviado – de guerra civil entre ambas facciones del mismo país, que las diferencias que pudiera haber entre, digamos, las instrumentaciones por las que se organizaba la convivencia en una ciudad como Saigón, y las instrumentaciones regidoras de comunidades como la francesa o como la americana. Lo que estoy intentando decir es que el substrato de la manera de vivir de los habitantes de Saigón era perceptiblemente "occidental"; y si la realidad política predicaba y propugnaba unas "formas" coherentes con el régimen, todo el tejido individual del día a día, en lo económico, en lo vivencial, en lo humano, etc... todo eso miraba a Occidente, a las dos grandes potencias intromisoras Francia y USA como los *desiderata* más valorados. Ho Chi Minh, precursor de Mao; el primero, vencedor de De Castries en Dien Bien Phu y resistidor de la intervención americana; el segundo, lo mismo respecto de Chang Kai Shek. Resultado: que si Francia y los USA no pudieron predominar en lo militar, ahora predominan en todo lo demás, a través de las instituciones, del comercio, del tejido administrativo, del cine, de la capacidad innata del hombre – homo ludens – para el ocio. En realidad Viet-Nam vende ahora a los franceses y a los norteamericanos lo que éstos les enseñaron a los vietnamitas. Ambas

potencias mantienen su ascendiente.

Estamos a 18 de diciembre de 1986 y nos hallamos en el autobús de camino desde el aeropuerto al Hotel. Hay bicicletas... a miles, que controlan el espacio al centímetro para no ser atropelladas por los autobuses pequeños para turistas, como el nuestro, ya que coches..., coches en el sentido de transporte privado no hay prácticamente. Vi a un ciclista cuya camisa estaba zurcida por detrás, como si se hubiesen aprovechado y recompuesto dos mitades desgajadas. Ahora bien, este detalle de pintoresquismo concreto relativo a los usos con la vestimenta, en ningún modo debe invitar a pensar que la gente vaya andrajosa, o se cubra con harapos. Nada de eso. No se ven mendigos profesionales por las calles, característica que es muy de agradecer en todas las organizaciones socialistas, autoritariamente igualitarias hasta cierto punto. En ninguno de estos países se pasa hambre. Insistimos en el dato: Lo que hubo fue una guerra civil entre las dos partes, el norte y el sur; y es lógico que por ser este último sostenido y ayudado por los USA, se impregnara del producto de la "democracia" de sus protectores. El norte prevaleció y ahora, un poco a remolque de las consignas escrupulosamente espartanas y doctrinariamente ortodoxas del norte, el sur hace lo que puede. Creo, además, que la guerra para la gente humilde de aquí no ha significado mucho: ahora se encuentran con los programas ya hechos y empaquetados desde arriba y no tienen más que seguirlos. Antes, acaso hubiera habido más margen para la libre disposición, pero también para más agudos quebraderos de cabeza en lo relativo a la protección social.

Llegamos al Hotel Rex, en el 141 de la calle Nguyen Hue, en pleno centro de Saigon. Es una construcción francesa, como casi todo lo que conserva cierto empaque aquí. En la habitación hay un juego de vajilla para hacerse té. También un quinqué de cristal, bonito, en caso de apagones. Asimismo dejan algunas piezas de fruta en una canastilla, junto con cuchara, cuchillo y abre-botellas: si no se consume en el día, la camarera de turno la cambia por la unidad o unidades correspondientes de la misma fruta. Probablemente de esa

jornada no me quede reseñar más que el hecho de que las bicicletas – siempre las bicicletas – no llevan luces y por la noche es una aventura atravesar una calle en casi tinieblas. Lo menos malo es caminar despacio, con la seguridad de que los ciclistas le ven a uno; pero nunca intentar apresurarse, ni correr pretendiendo esquivar uno las ruedas.

La jornada de día del 19 la dedicamos a la visita del Museo de la Guerra y de lo más característico que la dicha guerra había generado en recuerdos, testimonios, formas de pensar y de vivir. Imperaba en todo un señalado toque de rusticidad. Las leyendas que ilustraban algunos de los artículos objeto de figurar en el museo llevaban consigo la consabida carga de retórica que esgrime el vencedor modesto ante el poderoso vencido. Un pequeño cañón de artillería que se muestra en el patio de entrada, colocado de manera visible sobre un macizo circular de tierra y de flores, reza: "Captured gun with which the imperialists shelled our innocent people" o algo muy parecido. Aunque en plan muy rústico distaba bastante, al alza, en sofisticación y medios, del divertido Museo albanés que nos enseñaron en Skodra en 1982. La visita a los túneles subterráneos sí mereció el viaje. Se nos dijo que cubrían cientos de kilómetros, cosa absolutamente creíble a tenor de lo que vimos y del grado de popularización que los propios norteamericanos implementaron en las numerosas películas sobre la guerra del Viet-Nam. Una de las acciones concretas, como plato fuerte turístico de innegable impacto, era la de entrar en uno de los túneles y caminar bajo tierra unos cincuenta metros hasta otras dependencias también emergentes a través de las oportunas aberturas camufladas. Janusz, el austriaco y yo decidimos no entrar. Janusz y yo porque ambos tendemos a padecer de claustrofobia; y el profesor austriaco Immerley Szathmary porque era demasiado corpulento y además carecía de flexibilidad para salvar la primera estrechez de la misma boca de entrada. Yo lo dejé bien claro. Después de que, sonriente y rotunda, a mi pregunta de si existían ratas o bichos por allí dentro, me contestara Kiêù con un "nnnoohhh..." les dije que no me encontraba cómodo en las interioridades de la

tierra. Luego, cuando a los pocos minutos nos volvimos a reunir con el grupo, me sentí mortificado por no haber estado a la altura de la razón vital, que no hubiera sido otra sino la de entrar en el agujero inmediatamente después de Kiêu y haberle seguido los cincuenta metros de recorrido, a ella, que llevaba una linterna y que era la mejor y la más exquisita de nuestra garantía y de mi inspiración. Los que sí que entraron nos aseguraron que los túneles se conservaban ahora limpios al máximo, supongo que de cara al turismo. En un voluminoso Libro de Actas nos invitaron a firmar y/o dejar nuestras impresiones por escrito sobre la visita a los túneles. Esta habitación de protocolo se hallaba adornada por murales, a modo de gráficos y diseños del sistema de pasadizos, con alguna alusión moderadamente mordaz y grotesca a la supuesta inoperancia de las fuerzas norteamericanas, dirigidas por el General Westmoreland, en este tipo de lucha de guerrillas en el campo casero de los vietnamitas.

De regreso al hotel vimos cómo la gente pone a secar el arroz en las carreteras. En la mesa de la habitación dejan como una figurita de forma parecida a un puente pequeño de barro brillantado para hacer descansar los cubiertos sobre sus extremos y no sobre el mantel. También puede ser como un triangulito de plástico. Después de asearnos, Janusz y yo decidimos bajar a la discoteca del Hotel Rex. El patrón de mujer vietnamita – me fijo – es más bien menuda, con huesos finitos como de paloma torcaz, y todas parecen llevar sujetador del seno, por breve que éste pueda ser. El turismo y sus prácticas corrosivas está latente, legado inequívoco de la sociedad de consumo USA. Me pareció de una puerilidad enternecedora el sistema de que en la discoteca se expidieran, previo pago, bonos con derecho a bailar y charlar con las chicas destinadas al efecto. El negocio es el negocio, y de ahí a los *extra sales services*, todavía no operativos oficialmente, no hay más que un paso. Me recordaba los tugurios de "Girls, girls, girls", letreros luminosos y parpadeantes de rojo estridente de la Time's Square de Nueva York, tal y como yo los vi en 1961, y que tengo relatado en el capítulo correspondiente de uno de mis volúmenes, el primero, de *Mujeres, lugares, fechas...* El cimiento

USA para todo este tinglado de usos y costumbres está patente, empapa, preside, dirige y hasta conmina el proceder de estas gentes. Una vez que el virus de la sociedad de consumo y la economía de mercado ha plantado sus reales en la conciencia de un pueblo, es prácticamente imposible desterrarlo. Saigón y Bangkok, durante la guerra de Viet-Nam, fueron dos formidables mecas de los lupanares que ejercieron de "descanso del soldado". Bangkok ha vuelto a la normalidad, es decir, a la oferta exquisita de sexo en mágica connivencia con la feminidad críptica de la mujer thai. Bien. Allá ellos. Están en su país. En Viet-Nam las cosas son más complicadas. Existe un régimen socialista que, de cara a la galería, condena aquello mismo que alienta para su consumo interno y para la buena marcha de la economía del país, desangrado y obliterado tras la contienda. Bueno. Digo que la práctica de los "extra sales services" irá dando la medida de aperturismo de estas gentes de Saigón. A finales de 1986, aunque ya cercano, no se adivinaba el colapso del Telón de Acero; ni el desmoronamiento del Muro de Berlín; ni los balbuceos de recién nacido a cargo de los países del este europeo, que comenzaban a probarse un vestuario de "democracia". A finales de 1986 la piña de países "socialistas", acaudillados por la madre URSS, ofrecían un modelo tosco y barato de intercambio de mercancía humana bajo la justificación turística, o de aprendizaje de lenguas; o simplemente de baño de inmersión ideológica. Nos encontramos con un grupo de... "Which part of the world do you come from?" – les preguntó Janusz a dos chavalas razonablemente atractivas, con las que habíamos coincidido minutos antes en el ascensor. "Bulgaria" – dijeron. ¡Ah, ya!

La música de nuestra discoteca y en general por las cintas de ambiente melódico que he oído, sigue siendo de tipo USA en una buena proporción. Qué duda cabe de que la música suelda, concierta y armoniza pareceres, por encima y por debajo de las posturas de criterio. Estábamos sentados Janusz y yo, sorbiendo algunos de esos refrescos ubicuamente reconocibles por la internacionalidad global de su marca, cuando de pronto, sin avisar, por supuesto (porque cosas así suceden sin avisar y de pronto) la orquesta se arrancó a interpretar la

españolísima canción "Rocío, ¡ay! mi Rocío / manojito de claveles", etc. en ritmo propio de pasodoble, y mientras que la conciencia mía improvisaba sobre la marcha el encuentro con la revestidura de las palabras cómplices que sostenían la rima de la cadencia... "me estás quitando er sentío... chara, chara, chara, chara... Rocío, ¡ay!, mi Rocíííííiooo". Descomunal impacto en la línea de flotación de la emocionalidad. ¿De dónde demonios les vino a los músicos semejante ocurrencia? Lo más cándido e inocente fuese pensar que tuvieron conocimiento de que un español formaba parte de la clientela del Hotel; y más peregrino aún, que estuviesen enterados de mi presencia allí, en aquel momento, en la discoteca. ¡Bah! Todo ello desprendía un tufo de improbabilidad estrambótica. Y bueno, aun asumiendo tan altísimo grado de aleatoria coincidencia... ¿el pasodoble "Rocío"? No, no creo. Creo más bien que de haber sabido de la presencia allí de alguien como yo, y de haber existido la voluntad gratuita y amable de halagarme con música de mi país... piezas como "Valencia"... la propia "Granada", y no digamos los universales boleros del mundo hispánico "Bésame mucho" y "Perfidia"... amén de las ya por entonces conocidísimas "Porrompompero"... o "Que viva España"... melodías así, insisto, hubiesen ocupado el primer lugar de selección dentro del repertorio. Pero no. Se trató del pasodoble sureño "Rocío", y mi alma, como castellano universal que soy, es decir, de un lugar donde rompen y se amalgaman todos los nacionalismos y provincianismos... mi alma, pletórica y omnímodamente se engolfó con la melodía, puso nombre de mujer a los signos del pentagrama, gimió y gozó con la pócima agridulce del recuerdo y de la voluntad proyectiva.

Al día siguiente tocó playa, una preciosa y desinhibida excursión a Vung Tau. En una de las calles de Saigón, y durante nuestro recorrido, vi a la típica vieja con la báscula de baño como tienda y como negocio, todo en uno. Vung Tau se halla a pocos kilómetros de Saigón, ligeramente al sureste. Su playa, o por lo menos el sitio a donde Kièu nos llevó, estaba muy aseada. Legiones de chicos y grandes venden cangrejos del tamaño de langostas pequeñas, y

cacahuetes. Hay servicios de limpieza diaria que se encargan de dejar todo en orden cuando se han retirado los bañistas. Los japoneses, también los vietnamitas y en general todos los orientales, cuando comen con los palillos se acercan mucho a la boca el cacharrito donde se ha servido el arroz o lo que sea. Cuando me eché a la boca una cápsula de Clavumox, creo que de las dos últimas, Janusz, enterado por mí de mi dolencia, me dijo acertadamente "¡You're still fighting it!" También le abrí la boca, para que me dedicara un vistazo, a la holandesa, que era médico de profesión, aunque no creo que ejerciera, ni mucho menos, en el campo rino-laríngeo. No obstante, accedió amablemente y me dijo, así a simple vista,... que lo tenía rojo..., algo más rojo de lo natural... pero sin vestigios de placas de pus u otros signos igualmente alarmantes. Esa misma noche la empleé en pasear por Saigón y en comprobar que la fe... no sé si moverá montañas, pero sí que mueve las voluntades de perpetuarse por medio de construcciones de representación simbólica. La iglesia católica de Notre Dame, con rango canónico de catedral, se destaca en su opulenta sumisión a todos los edificios de su entorno. Lo erigió Francia cuando aquella parte del sureste asiático se llamaba Cochinchina...

Los madrugones siguen siendo lo más desagradable de las excursiones a sitios relativamente poco accesibles. En culturas "socialistas" todo el mundo se emplea en trabajar para el Estado; todo el mundo es "Estado"; todo se queda en casa. Y los empleados de turismo no parecen disponer de un método más operativo que el de hacer las cosas, preparar las salidas, programar el elenco de actividades con toda la anticipación del mundo. El 22 de diciembre, amaneciendo, nos ponemos en camino. Primero, al aeropuerto de Saigón para embarcar para Phnom Penh. Lo bueno de ser turista en estas latitudes es la percepción de preeminencia y de intangibilidad que le acompaña a uno: Preferencia de paso para el autobús; preferencia de atención con los papeles... Kiêu es nuestro salvoconducto. Bien. Antes siquiera de encontrarnos a bordo del pequeño jet de unas 30 plazas que nos transporte de Saigón a Phnom

Penh, considero de todo punto inevitable destacar algunos detalles de orientación. Nuestro grupo se reputaba por la actividad turística como el segundo en todo el mundo, organizado para visitar los lugares del programa. Cambodia (moderno Kampuchea) protagonizaba el papel de víctima; el país con el que más se habían ensañado prácticamente todas las naciones durante los últimos casi veinte años. Su condición de vecina de Viet-Nam en época de guerra contra los USA había desencadenado las acciones de los terribles bombardeos de la gran potencia, so pretexto de que por territorio camboyano las fuerzas del Viet-Nam del norte (Viet Kong) hacían discurrir las rutas de rearme y de aprovisionamiento. Cosas de la guerra. Pero es que al final de la dicha confrontación el pueblo cambodiano había asistido al advenimiento de los Kmhers Rojos al poder político y material. Durante el cuatrienio 1975-1978 el país había ensayado un régimen paranoico de vida en común, que terminó en desastres y cataclismos sin precedentes. No voy ni siquiera a contribuir aquí y ahora con un puñado de arena informativa cuando todas las playas del universo se encargaron de airear en los medios de comunicación la realidad imperante. Déjese me decir, por todo, que la *National Geographic Magazine* dedicó un trabajo monográfico a Cambodia en su número de mayo de 1982; y también que el cine, siempre el cine, con las típicas luces y sombras de plasticidad y de histrionismo a cargo del protagonista de turno – y más si se trata de ciudadano USA – había popularizado el tema en la película "The Killing Fields", trasladado a las pantallas españolas como "Los gritos del silencio". Por esas cosas de la política, desde un poco antes del periodo de nuestra visita Viet-Nam había invadido Kampuchea y empujado, prácticamente expulsado, a los Kmhers Rojos de Pol Pot – el chalado ideólogo – hasta la frontera con Thailandia. De modo que ahora Viet-Nam era el garante de Kampuchea, y nosotros, invitados de Viet-Nam, viajábamos a Kampuchea con el beneplácito y la protección de los vietnamitas. Éste era, en síntesis muy de andar por casa, el estado de la cuestión cuando abordamos en el aeropuerto de Saigón el pequeño y elegante jet, con capacidad para unas 30 plazas, con destino a

Phnom Penh.

Entre Cambodia y Viet-Nam me pareció que ocurría algo equiparable a lo de Haití y la República Dominicana; y es que las situaciones, por malas que sean o que parezcan ser, siempre pueden empeorar; el tema eterno de "Cuentan de un sabio, que un día"... Los cambodios son un poco más oscuros. El atavío nacional de Camboya ni que decir tiene que es muy parecido al de sus vecinos protectores vietnamitas: falda y blusa. En ambos países la prenda femenina por excelencia, la que parece proporcionar a la mujer su condición de tal, la que genera automáticamente la distinción sexuada... es el sujetador, en muchos casos innecesario por la levedad y enjutez del seno de su portadora. Si en el plano externo las citadas falda y blusa constituyen el atuendo por excelencia, como prenda interior para la parte del torso, es el sujetador, apenas una franja, banda o tela de justillo brevísimo, lo que caracteriza el marchamo de feminidad de la mujer del sureste asiático.

Como el vuelo de Saigón a Phnom Penh duraba escasamente tres cuartos de hora, y nos habíamos levantado tempranísimo, resulta que hoy día 22 de diciembre contamos prácticamente con toda la jornada para cubrir el programa previsto. Lo primero, traslado al Hotel Monorom, un tres estrellas antiguo, de construcción francesa, y que ahora, como casi todo lo que funciona después del cataclismo del régimen de Pol Pot, se va abriendo paso al turismo y a la normalidad con penoso esfuerzo. Un guía local nos invita a cambiar dinero en el Banco Nacional recién estrenado. Nos pareció de cortesía dejar algunos dólares, cinco o diez todo lo más, y quedarnos con el equivalente en *riels*, muy poco, una cantidad simbólica, como digo, porque en realidad este tipo de excursión lleva todo incluido en origen, y los únicos gastos extraordinarios que uno podía prever se trataban de coger algún "ricksaw" y dar una vuelta por la ciudad; tomar algún refresco y cosas así. El papel moneda que nos expidieron en el Banco estaba nuevecito y según nos apuntó el guía lo habían confeccionado en Suiza. Todas estas pequeñas operaciones, rellenando formularios de anotación en papel marrón de deplorable calidad, se

realizaban con una parsimonia espectacular que en nuestro caso no adquiriría mayor relevancia, ya que el grupo estaba allí para observar todo lo que se presentara visible; y para escuchar todo lo que se nos dijera sobre la situación del país y sacar nuestras propias consecuencias. Phnom Penh es una ciudad mucho más espaciosa que Saigón, en el sentido de que Viet-Nam cuenta con doce veces más población que Cambodia, lo cual se refleja también en el apiñamiento de la gente en las respectivas capitales. Un chaval en una calle céntrica de Phnom Penh usaba una manguera para ducharse, tapándose cuidadosamente las pudenda. Todo lo que se desprende de nuestro guía oficial, quiero decir nativo [porque Kiêù nos había asimismo acompañado] refleja un fuerte criterio pro Viet-Nam, es decir, pro soviético y versus USA. Nada de eso importa. Se supone que nuestro grupo está compuesto de individuos definitivamente formados, poseedores de criterio propio, y que no estamos a merced de ninguna fuerza ideológica que nos lave el cerebro. Una vez más se pone de manifiesto que la ferocidad y los desencuentros que se producen en las guerras civiles son más irreconciliables que cuando los contendientes son comunidades extranjeras una respecto de la otra.

Esa misma mañana, después de la cortesía del cambio de dinero que le dedicamos liberalmente al gobierno cambodiano, dimos una vuelta en autobús por la ciudad. El guía era un buen muchacho, que se expresaba bastante bien en inglés, y que atendía nuestras preguntas sobre temas que seguramente habría ya contestado y que contestaría una infinidad de veces más. La historia de este país, de su país, había sido una cadena lamentable de estropicios en los últimos más de veinte años, justo desde el comienzo de la guerra de Viet-Nam. Los bombardeos ordenados por el entonces Presidente norteamericano Nixon entre 1969-1970 eran recordados aquí, por ignominiosos, con la mayor cantidad de acritud y de resentimiento. Sufren por haber sido supuestamente aliados, o al menos, favorecedores del Viet-Kong; luego los Jemerres Rojos castigan con inusitada dureza a todos los que presuntamente habían sido aliados o favorecedores de los norteamericanos durante ciertos gobiernos títeres, como el de Lon Nol

– con el así llamado Príncipe Sihanouk a la sombra y a cubierto de todo –. Y ahora, por fin, el régimen hermano de Viet-Nam los había invadido con el consentimiento de los propios camboyanos, para intentar normalizar las cosas. ¡Como para entenderlos! Pero una vez más: No nos tocaba a nosotros meternos a protagonistas en un asunto en el que los verdaderos y genuinos responsables no se ponían de acuerdo. Bueno. No se habían puesto de acuerdo hasta este momento. Nosotros, el segundo grupo privilegiado de Occidente en acceder en plan turístico a Camboya y visitar Angkor Wat, sí podíamos sentirnos satisfechos de asistir al verdadero renacimiento de este país, en amor y compañía de su oficioso protector Viet-Nam, todos bajo el amparo y los auspicios de la todavía bastante poderosa madre URSS. ¿Sólo la URSS? ¡Qué va! Increíble pero cierto. Esa misma mañana, la de nuestra llegada a Phnom Penh, al tomar posesión de mi cuarto en el Hotel Monorom... resulta que oigo hablar español en el pasillo... y me hago empáticamente el contradizo. "¿Cubanos, no?" – les pregunté. Perteneían a las "avanzadillas revolucionarias" que el "compañero" Fidel había destacado prácticamente en todos los puntos del planeta donde tuviera lugar una confrontación entre el socialismo de cuño soviético,... y cualquier otro caso! No estaban para conversación. Pero me di maña en hacerme el simpático y recitarles los "Versos humanos" de José Martí: "Cultivo una rosa blanca"... Fue mi mejor credencial para granjearme, si no su confianza, al menos un conato de concesión del beneficio de la duda por su parte. Seguro que ellos estaban allí como directores ideólogos y técnicos del régimen vietnamita. Se les notaba la cara de apóstoles encendidos en sectarismo. ¡Hay que ver – pensaba yo –: un paisillo como Cuba de sólo once millones de habitantes, y la guerra, nunca mejor dicho, que está dando el barbudo de los cojones! Sí, me aseguré al menos la no enemiga de los cubanos, que no verían con buenos ojos que existiesen turistas producto del capitalismo. Uno de ellos – ambos eran jóvenes, recios, con un 25% de negritud en la sangre – me dijo, un poco así en plan condescendiente, que esa poesía de Martí eran "prédicas", sin atreverse a desautorizar al héroe más nacional de la isla, por encima de

ideologías, aunque, creí advertir, que con el secreto deseo de haberme podido decir que toda la poesía del mundo se reducía a pura bagatela si comparada con la tarea sublime de transformar la sociedad del mundo que a ellos les había llevado allí, por ejemplo.

Pero bueno, nos habíamos quedado en que estábamos dando una vuelta por Phnom Penh, en el típico autobús algo destartado, chato y podenco, cumplidor, de marca rusa. El guía nos proporcionaba datos interesantes e hipótesis argumentativas de indudable sugestión. Nos citaba la duración exacta del régimen de Pol Pot: tres años... tantos meses, tantas semanas y tantos días, ni uno ni más, siempre entre 1975-1978. Por esa triste celebridad Camboya/Kampuchea había dejado de ser sólo un nombre, en vecindad con países más noticiables, para la opinión internacional. Siempre según el guía, Pol Pot, acólito de las enseñanzas chinas, y a cuyo gobierno se citaba en términos derogatorios como "The Pol Pot clique" [la, banda o camarilla]... Pol Pot pretendía hacer sitio en Kampuchea para unos cuantos millones de chinos. Me pareció una versión verosímil si bien cargada de ingredientes novelísticos. La chaladura de este sistema de pretender hacer que la sociedad – no ellos, los dirigentes – comenzasen desde cero, en un diseño medieval, rural y desurbanizado, acarrió que la mayoría de las cosas en función dentro de Phnom Penh quedasen inservibles, por abandonadas y faltas de atención. Ya en las fechas de nuestro viaje la normalidad se iba enseñoreando de todo el ambiente. Nos llevaron a un parque donde dos grandes elefantes se encargaban de dar una vuelta a los turistas. Me subí a uno de ellos con la vietnamita Kiêu y la canadiense Louise. Guardo una foto de la ocasión que amablemente nos sacó el marido de esta última. Por la tarde nos amenizan con una representación, mitad revista, mitad circo, mitad espectáculo musical a cargo del Ballet Nacional de Camboya, de altísima calidad. No cabe duda de que nuestro grupo está siendo objeto de la más señalada consideración que pueda entenderse para casos así. Resulta que nuestro guía es... más que guía, porque parece ocupar un puesto de responsabilidad en el gobierno de la nación, cualquiera que sea la entidad de sus competencias y de sus

posibilidades. Nos lo van haciendo ver cada vez más claro. Esta buena gente nos considera como los portavoces o nuncios más significativos de cada uno de los países cuya nacionalidad ostentamos, y se están comportando con nosotros como si portáramos rango de embajadores. No es para menos. La actuación del Ballet Nacional se ha montado sólo y exclusivamente para nuestro grupo. Un verdadero alarde de exhibición monográfica. Los bailes, danzas y malabarismos que nos dedican son de buen gusto y de dignísima calidad, junto con una impecable ejecución.

Con todo, lo más sobresaliente de la jornada es mi encuentro con una bella joven, por nombre Chanta-Lu, y que servía de guía acompañante a las autoridades que el Gobierno había destacado para nuestra asistencia al Ballet. Conecté con ella nada más vernos. No tiene nada de extraño. Yo era, por así decirlo, el más suelto de los hombres del grupo. Janusz, en su calidad de responsable ante su agencia australiana, no podía desentenderse de sus menesteres de enlace entre el grupo y las instancias pertinentes. Los franceses formaban una piña. Los dos japoneses hablaban muy poco inglés, y además estaban interesados, por lo que parecía, sólo en hacer fotos. El matrimonio de casados canadienses... pues eso, casados. Los otros dos varones, el austriaco y el suizo, parecían desdeñar [quien sabe si jugaban al "no están maduras"] tales encuentros con los nativos del lugar a pie de ocurrencia. Chanta-Lu era empleada del gobierno como guía de Phnompenh Tourism, con sede central en el Hotel Cambodiana, y era bonita, y sobre todo, de facciones amables, que despertaban la adhesión. De estatura media, vestía blusa blanca y falda azul, con un distintivo o emblema de su calidad de empleada del gobierno. Hablaba inglés con soltura. Charlamos un rato, en plan intensivo, en los pequeños vacíos de tiempo, indeterminados, que el grupo debía dejar transcurrir hasta subir al autobús; o desde que bajáramos del autobús hasta que nos veíamos encajados en la actividad concreta que fuere. Nos dijimos muchas cosas: ella tenía una noción bastante vaga, algo remota, de España, pero no era del todo ignorante del nombre de las cosas de Europa y del mundo en general.

Me dijo que había seguido clases de inglés en la escuela secundaria, con profesores australianos; que cuando llegaron los fanáticos de la era Pol Pot todo se vino abajo, y la mayoría de los libros se perdieron; que a ella, y a otras chicas como ella, la hicieron tomar compañero a la fuerza, y formar una pareja dentro del programa de colectivización igualitaria de tan singular y espeluznante sistema político que los pro-chinos habían ensayado; que de aquella unión celebrada formalmente al por mayor, al mismo tiempo que la de otras parejas, tenía dos hijos, y que ahora, a pesar de todo, se enfrentaba con confianza al futuro; que se encontraba feliz y honrada por haberme conocido y que... mañana, quiero decir por el día siguiente, podríamos seguir hablando cuando efectuásemos la visita a los mercados, siguiendo la programación. La pedí que me escribiera su dirección postal, a donde yo pudiera enviarle algo, un libro, una carta... Me la escribió de su puño y letra, y la conservo en una hojilla de esas de cuadritos, de cuaderno rústico, en el que fui tomando notas.

El día 23 también lo pasamos en Phnom Penh enteramente. Falla el agua y falla la electricidad en el Hotel Monorom. Menos mal que en estos lugares no parece hacer frío..., frío, nunca. El único problema, afeitarse, sea con cuchillas desechables como en mi caso, sea con máquina eléctrica. La gente empleada en la limpieza barren parsimoniosamente con unas escobas en forma de abanico de amplio radio, como el despliegue de la cola de un pavo real. No podía faltar la visita – potestativa – al centro de detención y tortura de Tuol Sleng, que había servido como Instituto de Enseñanza Media con anterioridad. Los procedimientos de la vesania de los Jemerres Rojos triunfantes en nada difieren de las salvajadas de otros regímenes y de cualquier época de la Historia. El que quiera detalles puede leer el citado artículo de la *National Geographic Magazine*. Por mi parte ni siquiera me gustaría tener que opinar nunca sobre aquella "chamber of horrors". Antes de comer nos dio tiempo a visitar una granja de cocodrilos. Había montones de ellos juntos, en unos pozos o estanques redondos. Jamás he visto animales con pinta tan aburrida e indiferente como estos. Algunos estaban con las fauces abiertas, según nuestro

guía para regular la temperatura del cuerpo.

Después de comer tuvo lugar una de las actividades más entrañables de toda la excursión: la visita a un orfanato, copado por niños y niñas que de cualquier manera imaginable quedaron maltrechos por la serie de inconveniencias de todo tipo que los trasiegos políticos habían acarreado. Se trataba en su mayoría de niños huérfanos, atendidos ahora por un conato de lo que pudiéramos entender como Asistencia Social del Estado. Las secuelas de tanta devastación se mostraban por todas partes. En honor a la verdad, el espíritu de nuestra visita no estaba dirigido a ponernos en contacto con lo más patético y lo más lastimoso del país encarnado en los niños. Más bien, los dirigentes habían tenido el acierto de propiciar más nuestro apoyo y nuestra apuesta por un futuro digno, que no exacerbar la conmiseración ante un espectáculo de criaturas lisiadas, desvalidas y desesperanzadas. Se nos había sugerido con mucho tacto y con prudencia, que podíamos llevarles juguetes que previamente hubiésemos adquirido en algún mercado de Phnom Penh; o que trajésemos ya desde Bangkok; o bien que nos desprendiésemos de la cantidad de dinero que considerásemos oportuna. Insisto: en ningún momento se nos provocó la encerrona de vernos coaccionados "ante la galería" a llevar a cabo nada que no calibráramos de justo. Tengo la impresión de que nuestro grupo hizo gala de una generosidad rayana en lo pródigo. Les dimos juguetes y dinero. Uno de los franceses, al parecer apercebido con anticipación, se erigió con nuestro beneplácito en portavoz del grupo, y pronunció unas palabras en francés y en inglés que consideré acertadas. Los niños y niñas, encantadores, haciendo un saludo de agradecimiento cada vez que se les decía algo. ¡Hay que ver lo que es capaz de compendiar esta maquineta tan débil y tan portentosa del corazón humano! Sin hipérbolos, sin apelar a sobrenaturalidades, uno se encontraba inundado de deseos solidarios y benefactores. Mirando la sonrisa de aquellos niños desvalidos, expósitos, producto y hasta moneda de cambio de todas las iniquidades de los mayores, me asaltaban mortificantes dudas sobre la transcendencia, sobre el sentido de la vida y de la no-vida. ¡Cómo se

sintió el corazón mío estrujado de comprensión, impelido a destilar eso que obra con cada uno de nosotros y entendemos, sin saber de qué forma o desde cuáles categorías... y entendemos como bondad, acogida, anuencia, asunción de una parte de la carga del otro sobre las espaldas nuestras! Preciosos chavales que, probablemente, habían ensayado más de una vez las muestras de agradecimiento. Nosotros éramos los Reyes Magos sin fecha. Fue notable, muy notable nuestra aportación. Nos permitimos la pequeña vanidad de actuar como pudientes; como personajes por encima del bien y del mal a los ojos de aquel orfanato. Entrañable. Inolvidable. Conmoveror.

Pero yo había quedado con Chanta-Lu, un poco así por libre, para ir al mercado, dentro del diseño de actividades del grupo. En su ánimo, y sobre todo en el mío primaba el quedarnos solos, y por mi parte tender algún puente de acceso hacia alguna parcela más recóndita de lo que la charla del día anterior me había permitido entrever. Se presentó en el Hotel Monorom "a bordo" de un rickshaw, para que también me subiera. Yo la hice ver que... qué barbaridad que un pobrecito tirase de nosotros dos, repantingados en el asiento. Pero ella, con esa mecanicidad negligente de quien está al tanto de todo sin entrar en disquisiciones, me dio a entender que... no; que el conductor estaba para eso, y que hubiera sido un insulto ofensivo declinar sus servicios pretextando su falta de capacidad para lo que era su trabajo habitual. Yo creo que en el fondo, si es que se puede hablar de fondo, fondo, lo que Chanta-Lu quería era mostrarme con serena y alegre deportividad que las cosas funcionaban en su país, y que cada cual se aplicaba a su menester sin falsas autocompasiones. Y que, además, el dinero que iba a recibir el muchacho por la carrera le vendría muy bien. El caso es que Chanta-Lu se dio muy buena maña a decirme lo que tenía que decirme, y allí, encima de aquel carricoche nos encaramamos los dos camino del mercado.

En estos sitios de los parajes no del todo desarrollados del sureste asiático se pueden encontrar todas esas cosas que los europeos – y más siendo españoles – hemos desechado hace 25 años o más: gomas para rueda de bicicleta, parches, rodamientos para hacer

patines, etc. En uno de los stands había una fila de libros en francés: se destacaba Aldous Huxley. ¡Siempre el brazo largo de la "finesse" francesa! Vuelvo a fijarme por enésima vez en que la mujer de estas latitudes tiene más bien pequeño el pecho.

Recuerdo que me quedé solo con Chanta-Lu, rodeado de puestos en el centro de aquel mercado. Estábamos apoyados en una cerca o empalizada de demarcación de los distintos tenderetes. Tuve una de las conversaciones más deliciosas y más iniciáticas de mi entera vida. Se explayó algo más respecto de los conocimientos de inglés que había recibido de aquel profesor australiano, por quien conservaba una gratitud rayana en la veneración. Chanta-Lu era... bonita; yo al menos quería creer que lo era; su cuerpo, su rostro, los volúmenes de sus modestas 'morbidezzas' femeninas se acoplaban a la idea que yo tenía de ella, porque no hacía otra cosa sino irradiar información empática y amable desde ella hacia mí. Cuando mencionaba los nombres de Shakespeare, Aldous Huxley, Graham Greene, W.H. Auden, y supongo que algunos más, yo me ponía en contacto, con toda la superficie de la piel de mi alma..., yo me ponía en contacto con ese amor intelectual del que la Historia nos ha contado cómo y con qué intensidad hizo presa de temperamentos egregios cuando éstos lo acompañaron con la dedicación a una mujer. Sí, era amor intelectual lo que Chanta-Lu me estaba propiciando; amor... sin más sobrenombres; porque una vez que la palabra amor se ha pronunciado, todas las demás precisiones pecan por inoportunas, por lesivas y redundantes. En aquel ahí y entonces, en el Phnom Penh de finales de 1986, en la Camboya del sureste asiático, durante aquella conversación sobre literatura inglesa y sobre... vivencialidades, yo me enamoré de la tremenda, de la mirífica carga de amor que encarnaba Chanta-Lu. Si alguien puede distinguir entre enamorarme... del amor de Chanta-Lu, y enamorarme de ella, que reclame su cuota de mérito por el descubrimiento; y por mi parte, ¡enhorabuena! Yo me enamoré de Chanta-Lu, de la enjutez de su torso, del color aceitunado de su cara, y de la resignada prominencia, suavemente moldeada, de sus pómulos. Nos teníamos que despedir. Al día siguiente, otra vez

tempranísimo para variar, el grupo partía para Siem Reap, y ella permanecía en Phnom Penh, en tanto que nosotros ya directamente volaríamos a Saigón de nuevo. Desde Alcalá de Henares la hice una suscripción anual de obsequio de la *National Geographic Magazine*. Esa misma noche, también antes de retirarnos a descansar, un ejecutivo del Ministerio de Turismo Camboyano me regaló una serie de folletos sobre geopolítica de Camboya, que después de haberlos leído en su momento, conservo devota y cuidadosamente. Lo que sí que me quedaba muy claro es que la URSS iba entrando o pretendía entrar en todos aquellos lugares de los que las potencias occidentales iban saliendo.

El 24 de diciembre es el gran día de la excursión a Angkor Wat. Para ello Camboya ha instrumentado un pequeño aeropuerto en la localidad vecina de Siem Reap, a aproximadamente la misma distancia de Phnom Penh que ésta de Saigón. Hay que levantarse a las 05:00 am. En el Hotel Monorom nos encontramos con que no hay agua: hay que avisar para que hagan funcionar las bombas. Pero a todo esto, ¿qué es eso del Angkor Wat? La palabra wat significa templo; o sea, el templo de Angkor, que según parece existió como ciudad y se la tragaron la selva y las vicisitudes. Voy a permitirme parafrasear varias líneas del folleto publicitario: "Excursión al Angkor Wat de Orbit Tours": "En lo profundo de las junglas del sureste asiático se encuentra una de las maravillas del mundo. Erigida como capital de un poderoso imperio en el siglo XII; abandonada a la jungla en el XV; redescubierta en el XIX y una vez más perdida para el mundo después de 1970, alberga el templo más grande, y posiblemente el mejor de la tierra, y se considera como una de las creaciones artísticas más sublimes de la humanidad. Se trata, por supuesto, de la ciudad perdida de Angkor". Hasta aquí lo predecible de un folleto turístico de anuncio publicitario de un viaje. Una vez más, el citado artículo de 1982 de la *National Geographic Magazine* con la plenitud excelente del soporte fotográfico y textos didácticos que la caracterizan, se encarga de explicitar el tema de manera exhaustiva. Nada de eso entretiene siquiera mi intención ahora.

Aunque sólo existiese yo en el mundo como único receptor de la impresión directa de haber estado allí, se justificaría el empeño de ponerlo por escrito. Más que de hacer llegar a millones de lectores anónimos el contenido de un reportaje, cosa que probablemente haya logrado la globalización de los medios informativos, y sobre todo el cine..., aquí se trata de despacharme yo mismo, desde mí hasta mí mismo, en un circuito cerrado de vivencias galvanizantes, la portentosa y brutal experiencia de encontrarme en semejante paraje. Lo primero y primordial, empaparme yo mismo; lo demás, lo que de maravilloso pueda rebosar hacia los otros..., por añadidura. Quiero fijarlo para mí, apresarlo en un encofrado móvil pero siempre válido de palabras, para poder echar mano en cualquier momento de dicho tablero de signos; y a su conjuro, ponerme de nuevo en contacto; más, engolfarme, anegarme zambullido en la realidad reflatada, convocada a la inmediatez instantánea de mi conciencia. Pero todo por partes.

Nuestro avión seguía siendo el mismo, un bonito jet de unas 30 plazas de Air Viet-Nam, fletado única y exclusivamente para el grupo y sus vuelos Saigón-Phnom Penh-Siem Reap-Saigón. Se trataba de una marca soviética, tal vez Antonov en versión jet, sin grandes lujos pero funcionando muy bien, sin estridencias. La visita a los templos del complejo Angkor Wat revistió toda la espectacularidad dramática que se alberga en lo intransferiblemente individual. Empapaba todo uno de los silencios más augustos y más expectantes que la imaginación pudiera anticipar, descompuesto tan sólo por los chillidos o graznidos de algún pájaro. La localización de Angkor Wat se asienta al norte de Phnom Penh, ligeramente hacia el oeste, y no lejos de la frontera con Tailandia, zona a lo largo de la cual presumiblemente los restos de disidentes jemerés y de las guerrillas se encontrarían en estado de resistencia activa o larvada en contra del actual "statu quo" político. Se nos había instruido con exquisito tacto aunque con duro laconismo, en el sentido de que no nos dispersáramos; que no nos saliéramos de las avenidas de los templos, tanto de la general de llegada y entrada al complejo, como dentro del área de los más visibles y primeros en alcanzar, siempre mirando desde la zona del

aeropuerto. No se habían dado casos de accidentes ni de sabotajes en los últimos tiempos, pero los Jemeres Rojos habían sembrado de minas buena parte de todo lo que no fuese la realidad material de los templos, acaso como uno de los méritos suyos más señalados para con la historia de su propio país. Janusz nos reunió a todos y nos repitió las instrucciones que a él le habían trasladado previamente las autoridades.

Los templos estaban contruidos de piedra negra, conformándose a la extraordinaria exuberancia de la multiparturienta visión que de la transcendencia tenían las culturas indostánicas, sobre todo la hindú, de la época de las grandes epopeyas *Mahabarahta* y *Ramayana*, algunas de cuyas estrofas, según parece, resaltan cinceladas en las estructuras de los edificios, junto con efigies de la figura de Budha. Todo sobrecogedoramente distinto, exótico y grandioso, espectacularmente distante de las líneas, digamos, de un Partenón, por ejemplo. Lo que más me interesaba era apresar la ocasión, con un sistema de revulsivos tan fuertes que con sólo destapar levemente su envase, por muchos años después que esto pudiera ocurrir, volviera a convocarse en mi espíritu la misma gloriosa agonía de impactos que en el momento original de su aparición. Estábamos nosotros prácticamente solos, los catorce del grupo, la tripulación del jet soviético, y un representante del Turismo camboyano que en su digno inglés se esmeraba por justificar la congruencia de su trabajo. Puedo decir que entonces, y valorado desde ahora, la visita a Angkor cubrió, mis afanes artísticos, tanto como si en un brazo de una balanza imaginaria se colocaran todas las Summa Artis del mundo, junto con todas las galerías y museos del mundo urbanizado y habitual, y en el otro brazo de la balanza la experiencia de estar allí, aislado, junto con una docena y media de congéneres, en lo profundo del silencio asiático, con posibles campos de minas a unos cuantos pasos, y con las jaurías de los jemeres allí detrás... a... quién sabe cuántos o ningún kilómetro de distancia. Como digo, de un lado... todas las visitas al Museo del Prado, todas las maravillas arquitectónicas de la tierra... cada cosa en su lugar, en su categoría de

valoración, sin mezclar ni confundir. Sí, yo había llorado de emoción ante la Acrópolis de Atenas porque allí me sentía reconocido; allí estaba la inepción del espíritu occidental, aquello que portamos los europeos y que nutre nuestras expectativas y nuestro saber a qué atenernos. Grecia, en Atenas y en el Partenón, por todos y suficientemente. Y Roma, lo mismo. Italia y Roma: El Vaticano; Italia y Venecia, y Florencia y tantos otros puntos. Somos griegos y romanos, descendientes de aquella levadura que dio forma, sentido y substancia a un magma anterior de pautas menos atractivas en el lance de abrirse paso dentro del juego de la eternidad del tiempo. Todo eso de un lado, sí. Emoción y reconocimiento respecto de lo que entendemos por cultura clásica. Pero ahora en Angkor, ¿qué es lo que ocurría? Una dimensión pasmosamente inédita, engarabitada, polidivinizante, monstruosamente atípica en el mundo de lo artístico se presentaba, estaba allí para nuestros sentidos, en una grandeza de mediciones descomunales... Y ello era lo que yo consideraba el otro brazo de la balanza; cada cosa en su lugar; nada de confusiones, y sí mucho de distinción que es donde siempre radica la verdadera ciencia.

Los dos pilotos del jet y la azafata, todos vietnamitas, nos acompañaron a la visita de los templos. La chica había estado cuatro años en Berlín oriental y se defendía en alemán. Los pilotos iban vestidos de paisano, como unos simples civiles; pero la azafata llevaba el atavío de su condición, todo en azul. Era una mujer atractiva en extremo, hermosa, en la que se enseñoreaban los atributos excepcionales de volúmenes sensiblemente más crecidos para sus morbidezas femeninas que en la mayoría de sus paisanas. No llegué a preguntarle el nombre, pero es el caso que durante buena parte de nuestro recorrido formamos equipo, entendiéndonos en alemán, única lengua común a nosotros dos. ¡Oh, sí, era una mujer bonita a cualquier nivel que, cual si se tratara de estar en el secreto, se había quedado en su atuendo de azafata, toda de azul, para trasladar al corazón mío motivos de quejumbrosa añoranza! En un momento dado, y mientras caminábamos por una avenida empedrada, la pregunté: "Sind Sie verheiratet? [¿Está Vd. casada?]". "Noch nicht – [todavía no]", me

dijo, con un mohín cómplice. Mi corazón me jugó la inevitable pasada de poner a bombear linfa alocadamente a todas las latitudes de mi alma.

El complejo de Angkor ocupa muchos kilómetros cuadrados de extensión, y está claro que a nosotros sólo nos convenía merodear por la parte menos alejada del... lugar donde habíamos estacionado el avión, nuestro salvoconducto de retorno a la civilización, si bien, ¿qué mejor ejemplo de civilización que aquella formidable presencia muda de edificios? Con todo, fueron tres horas de caminatas arriba y abajo, a izquierda y a derecha de las gigantescas avenidas empedradas. Todo era lo mismo y distinto. Janusz y yo nos reunimos un rato. El hombre, como responsable del grupo ante la Agencia para la que trabajaba, quería que yo le avalase en su decisión de desaconsejar el apartarse demasiado hacia otros edificios, siempre más distantes de una primera extensión de monumentos, ya de por sí significativa. El bloque de franceses quería adentrarse más... y más, cuando la realidad era que, en esencia, y salvadas las irrenunciabiles particularidades, ya todo se trataba de un "más de lo mismo".

La hora de la comida también pervivirá sempiternamente en mi memoria. Las autoridades camboyanas habían levantado un establecimiento "hostelero" rústico pero suficiente, con unas estructuras turísticas que iban cobrando visos de permanencia aun dentro de la provisionalidad. Recuerdo que habían preparado los tableros de la mesa debajo, y a la sombra, de uno de esos árboles frondosos y copudos. A nuestro alrededor, pero a prudente distancia, no se veían nunca más de media docena de jóvenes, vestidos semi-de paisano, semi-de militares, con blusones de color caqui o verdoso claro, como si nada. A mí el tema me interesaba sobremanera. Para empezar, yo no estaba seguro de si eran vietnamitas o camboyanos. Parece que en todo esto de la invasión de Camboya por Viet-Nam se han llevado las cosas con una impecable pulcritud. Viet-Nam es el que parte el bacalao, pero con envidiable discreción. El gobierno vietnamita tiene buen cuidado de gestionar en Saigón los visados de los turistas como nosotros para entrar en Camboya, cuando lo cierto es

que podían meter y sacar a quienes les diera la gana sin dar explicaciones. Nuestros pasaportes exhibían las flamantes carátulas y enseñas de Camboya, aunque todo lo relativo al tráfico de pasajeros, como vemos, era responsabilidad de Viet-Nam. Parece que eran jóvenes camboyanos a los que se había confiado la seguridad del grupo. ¿Y la seguridad de todo el complejo monumental? Siempre constituiría un misterio para mí. Janusz me dijo que él entendía por información "off the record" que dichos jóvenes, debajo de aquel uniforme suelto de color verdoso lagarto portaban una pistola. Parecían criaturas distendidas, y así se comportaban. De manera que aquello era el servicio de seguridad de Angkor Wat. Pasmoso. Nunca me he sentido tan seguro como allí. Era uno de los catorce magníficos que recibía pleitesía y reconocimiento de aquella honrada gente. La comida, más que por su materialidad, siempre digna, se caracterizó por el espectacular despliegue de servidumbre sólo para atendernos. En un momento conté 19 personas dedicadas a nuestra conveniencia. El detalle de facilitarnos una toallita húmeda para refrescarnos en seco, tanto al llegar como al salir, nos hacía recordar que estos pueblos deben tales finezas a su madrastra (o tal vez madre) francesa. Antes de subirnos al avión en el pequeño aeropuerto de Siem Reap y salir definitivamente de Angkor nos regalaron una rosa roja a cada uno. Pienso en la canción... "Lo importante es la rosa"... y me pongo a tararearla.

Ya de vuelta en Saigón, en el Hotel Rex tuvimos el gusto de reunirnos, siquiera simbólicamente, para la cena de Nochebuena, Kiêù, Francis Ackermann (el suizo), el Prof. Immerley Szathmary (el austriaco), el japonés Yoshira Yamashita, y yo: reunión cordial, distendida, repleta de solidaria esperanza. Kiêù me enseñó a decir: "Toi kui ko lam = I like you". Por cierto que el japonesito este, Yamashita, hasta que ocurriera lo que ocurrió, me parecía divertido, una especie como de muñeco de la excursión. Se adelantaba a sacar fotos de todo. No hablaba una palabra, ni una palabra de nada excepto japonés, pero se daba maña a entrometerse en vanguardia en cualquier cosa respecto de la que el grupo se dispusiera a definirse; parecía un

rijoso de cuidado porque su especialidad era aproximarse a toda mujer o colectivo de mujeres que se cruzase con nosotros, y hacerlas entender con ademanes que... si les importaba que les sacara una foto, petición que él consideraba concedida por la simple emisión de un conato de sonrisa por parte de las así requeridas. Como digo, parecía un muñeco inquieto. Luego resultó ser el hijo de la gran puta más consumado de la tierra. Concertamos en que me mandaría un ejemplar de tales y cuales fotos, personajes, lugares, gente del grupo, etc. Le entregué por adelantado (!), cash, los 20.- \$USA que estipuló como suficientes, y el muy cabrón nunca más dio señales de vida, después de despedirnos en Bangkok. Me había dejado una tarjeta con una dirección de trabajo [curioso: parece que se dedicaba a llevar turistas en Japón de un lado a otro] que resultó inservible. Mi amiga del vuelo a Tokyo del año anterior, la profesora de japonés en Holanda, con esa misma dirección que me había proporcionado el maricón de Yamashita hizo una gestión en Tokyo – y me consta que lo hizo a conciencia –y el muy rácano siguió sin dar señales de vida, confundido entre los 130 millones de compatriotas de su país. ¡Consumado hijo de la gran puta del Imperio del Sol Naciente! Lo único que quiero decir, ya en clave de ludismo distendido, es que en toda regla, por potísimamente auténtica que parezca, hay siempre poros para la excepción.

Esa misma noche del día 24, en la resaca de tantas vivencialidades asumidas, y ya muy cerca de la línea de salida para otra tanda igualmente promisoras de aventuras por venir... esa noche, al dirigirme a mi habitación del Hotel Rex se cruzó conmigo una de las camareras, no podría decir si de las que trabajaron allí nuestros primeros días o perteneciente a una nueva remesa. Era igual. Cruzó y nos cruzamos un río de insinuadas virtualidades. Algo me faltó, el funcionamiento de un muelle, el recorrido de un solo diente en el piñón de la voluntad y de la decisión. Estaba todo en penumbra, cargado de íntima complicidad. Esa misma situación – he pensado años más tarde, ahora mismo en que estoy escribiendo esto – hubiera devenido sin violencia alguna de principios en la celebración de un

misterio glorioso.

El día 25 es el de nuestro regreso a Bangkok en el vuelo AF 175 de Air France. Kièu está radiante. Se ha vestido algo más de gala, en el sentido de acicalarse el pelo y de lucir una presea en la mano. Acepta a regañadientes, pero enormemente complacida, una generosa colecta de dinero cash USA que hacemos para ella en el autobús. Cuando al despedirnos la rocé los pómulos con mis mejillas percibí la conformación de su atractivo chasis. Me dijo que siempre sabría yo dónde encontrarla.

25 de diciembre.- Bangkok de nuevo. Perpetuamente Bangkok. Más y más, y si es que la evidencia necesitara de algún otro testimonio, esta ciudad se había constituido en el incontestable punto de lanzamiento y de recogida para los cualesquiera destinos asiáticos ulteriores. Se trataba de mi tercera visita, desdoblada en el par de días anteriores a mi salida para Saigón y en los tres que ahora me proponía pasar antes de mi vuelo para Colombo, capital de Sri Lanka, que toda la vida había conocido como Ceilán, y yo así seguía conociéndola. Ahora sí tengo la completa seguridad de que me hospedé en el Hotel Ambassador, siempre en Sukhumvit Road, muy cerquita del Manhattan, y nunca lejos, en la otra acera, eso sí, de los baños turcos "Darling". Hasta tengo reflejado en mis notas el número de la habitación: 414. Una de las particularidades de este Hotel, que tanto frecuentaría a partir de 1990, es que se hallaba dividido en tres grandes secciones, con arreglo a la fecha de su ejecución y entrada en servicio. La parte más antigua era la más próxima a la Sukhumvit Road; luego estaba, más interiormente, una sección moderna, aunque de arquitectura convencional; y en el centro de todo el complejo se erigía "La Torre", la sección más refinada y también más cara de las tres. Si, como digo, los precios oscilaban sensiblemente según la parte del hotel que ocupase uno, sin embargo el trato y prestaciones del Ambassador eran comunes a cualquier tipo de alojamiento. Hasta creo que el desayuno de buffet libre también se atenía a dicha reglamentación. Yo recuerdo haberme servido tanto del ala antigua como de la más moderna interior (excepto de la Torre) y en ambos

casos concurrir en el salón general de los desayunos con el resto de los clientes. Lo mismo atañía a la piscina y las instalaciones deportivas anexas. Con el tiempo, el Ambassador Hotel sería ya mi lugar preferido de hospedaje; y si ahora, hoy, volviese a viajar a Bangkok, sin duda alguna que procuraría alojarme en dicho establecimiento. Sólo tres noches más consumiría en Bangkok antes de poner rumbo a Colombo, e iniciar, progresiva pero inexorablemente, mi regreso a España. Tres jornadas que sin embargo estarían mediatizadas por el juego y la cargazón de vivencias que acababa de dejar detrás de mí. Bangkok era, y seguiría siendo, una categoría de turismo, exotismo y sexo por sí misma, y en estos aspectos era honradamente imposible concebir carencia o añoranza alguna cuando se encontraba uno allí. Pero era también indudable que mi corazón había colmado buena parte de su capacidad de absorción de experiencias inéditas, revulsivamente innovadoras, generadoras de dimensiones insospechadas con las que calibrar el teorema de la vida. Con todo, estaba en Bangkok con cosas por hacer, con reclamos que atender de la historia de mi espíritu. Esas tres jornadas podían proporcionarme estabilidad emocional; tiempo suficiente para poner en claro algunas notas de viaje, y tal vez...

Cuando entré en mi habitación 414 del Ambassador Hotel, inmediatamente después de que la camarera me la hubiese arreglado, todo olía a un aroma de confabulado perfume, de estrenada fragancia. En el Hall del Hotel escucho hablar español, a mis espaldas. Se trataba de los típicos elementos consumistas esta vez encarnados en dos mujeres que en aquel momento se habían desglosado de sus respectivos maridos. Una de ellas a la otra: "Le dije a mi Pepe... no compres eso, que lo tienes más barato en otros sitios"; o sea, el consabido juicio hortera de la naciente clase española con cierto poder adquisitivo que se va dejando ver en estos escenarios turísticos. La tal que hablaba así, se hacía acompañar la sin par valoración de tan juiciosísimo razonamiento, con el consiguiente juego de quinesia de voz y de gesto. Bueno – me dije – ni aun aquí se ve uno libre del papanatismo consumista del españolito acomodado venido a pudiente.

También de vez en cuando la parejita ejemplar de europeos nórdicos: los dos bellísimos, rubios: él, con melenita y aire de saberse hermoso, efebo, aunque algo recortado; ella, siendo lo que es, una áurea septentrional en serie, con las instrumentaciones cromosomáticas al tope de asepsia. Cuando reflexiono sobre el por qué de no haber formado yo equipo con mujer alguna, la respuesta no puede ser más dirimentemente clara: porque no me he topado con ninguna que entendiera que los equipos y las sociedades se han ideado para beneficio de todos y de cada uno de los socios – dos en el caso de referencia de la pareja – y no para que un socio joda al otro; o inhabilite su labor; o lo hunda. Me gustaría creer que vengo a Bangkok en plan de ascesis ejemplificadora, casi contra-corriente: Vengo, quiero creer, a enaltecer y celebrar el juego de conjuntos armoniosos que protagoniza la mujer thai cuando anda, cuando sonrío, cuando inventa el ritmo de esencialidades que se afinca en el estrechamiento de tinaja de sus caderas.

No fijé por escrito muchos detalles sobre los tres días que pasé en Bangkok antes de volar a Ceilán; tal vez porque no existieran cosas que reseñar, excepto una; una cosa sí, y abultada, aunque acaso la llevara a cabo por llenar uno de aquellos tres días de estancia. Se trató de la segunda visita que hice a las hermanas Nang y Ying en Korat. Carezco de puntualizaciones específicas. Naturalmente yo tuve que saber que Nang, sobre todo – Ying había pasado a un plano casi inexistente – no estaba en Bangkok y sí en Korat. Para entonces es posible que yo dispusiese de algún teléfono fiable a través del cual poder comunicarme con fehacencia. En esta ocasión me serví del taxista Joe, de quien conservo una tarjeta profesional en regla. Trabajaba para el Ambassador y tenía el coche número 17. Es poquísimos lo que tengo de aquella visita. Nang y Ying me invitaron a sentarme en el suelo de una especie de rellano o vestíbulo exterior, a modo de terracita de su vivienda, elevada lo equivalente a lo que pudiéramos entender por un piso. Un matrimonio vecino que vivían contiguos estaban por allí con ademán indiferente. El hombre cogía y dejaba algo así como un almohadón sobre el que se ponía a descansar

tumbado en mitad de dicha terraza. Lo único reseñable de aquella visita a mis amigas Ying y Nang – la primera de ellas, como digo, prácticamente inoperativa, porque todo el protagonismo había basculado hacia Nang – fue que apareció en escena una tercera hermana cuyo nombre no se me llegó a distinguir, si es que me lo pronunciaran, cosa que tampoco recuerdo. Pero lo que sí resalta en mi memoria es que aquella tercera hermana era igualmente atractiva, dentro de un encofrado de chasis ligeramente distinto del de Nang, y no digamos del de Ying. Aquella nueva chica apareció en escena por... equivocación. Conservo su gesto, medio de indiferencia, medio de sorpresa cuando vio a sus hermanas en la terraza conmigo, un extranjero cien por cien, un "farang" como se dice en Thai... y reflejó en su rostro la impronta respecto de algo ajeno y distante de sus incumbencias. Insisto en que era bonita, atractiva, joven, con esa porción irrenunciable de juventud aderezada y organizada en atributos elocuentemente palmarios, si bien algo apagados por la morosidad de su porte y por la negligencia de su figura, porque la verdad es que parecía haberse levantado de dormir. Empero, yo pregunté a Nang... lo típico: que si vivía siempre allí con ellas, o que si también había estado con ellas en Bangkok, etc. Ahora viene lo único que considero interesante de todo esto. A mi pregunta, Nang vaciló sobre si decir algo o no decir nada; sobre si contestar congruamente o si evitar la cuestión. Se decidió por ser concisa y dejar que yo adivinara el argumento. Parece que la chica había actuado en una sauna – si de Bangkok o de otro lugar no se me explicitó – ¡Ya! No cabía duda. En su mirada se reflejaba una carga de abulia y de desinterés por... muchas cosas. Cuando reparó en mi presencia me dedicó – todo lo fugazmente que se quiera pero inequívocamente para mi captación – una mirada de curiosidad apagada..., un texto semiótico que yo traduje como: "Otro 'farang' más". La razón de Estado es eso: un juego de prioridades. La tercera de las Lerskornburi había contribuido a la economía de su país con las prestaciones de su propia persona; era la salida más fácil; también la más productiva. En el hermetismo del alma de estas criaturas quedará para siempre el misterio, cual si se

tratara de un cofre cerrado cuya llave se hubiese arrojado a la nada infinita. Al regreso a Bangkok desde Korat mi amigo Joe el taxista me dio a probar unas bolitas como de plata brillante, que no eran sino un tipo de pastillas balsámicas supuestamente buenas para la garganta y la respiración.

El día 27, el previo a mi marcha de Bangkok, recuerdo distintamente que estaba echado un rato y que me invadieron pacíficamente inquietudes de concebir versos, estrofas y hasta quizá poemas: Prolijos / Acertijos; emblema / poema. Pero advierto que la temperatura del vate, la fiebre de crear se logra pocas veces, ese estado de satánica gracia.

El 28 de diciembre es el día de mi partida definitiva hacia Colombo. En el aeropuerto Don Muang de Bangkok descubro que una fotografía de nuestro grupo de viaje a Viet-Nam y Camboya, con leyenda incluida, ha aparecido en *The Nation: [Thailand's English-Language Newspaper]* en su página 3. En efecto, sentados en un poyato alargado y enfrente de una sección de templos en Angkor, está el grupo. A falta de mejor protección contra el sol yo me había cubierto la cabeza con un pañito anudado en las cuatro puntas; algo que evocaba la post-guerra española, sobre todo para las gentes del campo. Estoy acomodado entre la médico holandesa, a mi derecha, y Janusz a mi izquierda, que sí que tuvo la previsión de echar en su equipaje la típica gorrita de visera. Al pie de la foto reza lo siguiente: "Western tourists pose in front of Angkor Wat during their sightseeing trip in Kampuchea. The group of 14 was the first that made an organized trip into Kampuchea since 1984 and spent a half-day at the fabled Angkor Wat temple without seeing any signs of combat. Picture taken Dec 24". En verdad estricta, la foto sólo recoge 13 de nosotros. El único que falta es uno de los chicos franceses que acaso fuera el que sacara esa foto concreta. Era buen chaval pero algo alocado. En el primer vuelo a Saigón se alarmó y nos alarmó a todo el grupo en la creencia de que había extraviado la cartera con no sé cuántas tarjetas de crédito y otros documentos de valor. La cosa era para alarmarse. Luego resultó que se lo había cambiado simplemente

de bolsillo. Ya digo: no sé por qué este joven francés es el único que no aparece en la foto, a menos que se tratara de eso, de que fuera él el ejecutor de la dicha instantánea, pensando tal vez que tendría otras oportunidades de hacerse retratar o retratarse a sí mismo de manera más vistosa, él solo con todo el paisaje para él en exclusiva. Pero lo que colma el cangilón de mi sorpresa es que una vez acomodado en el avión descubro que en otro de los periódicos que se ofrecen al pasaje – ahora le toca al *Bangkok Post* – aparece la misma fotografía, con el escueto pie: "Western tourists pose in front of Angkor Wat during a tour last week" y una cobertura de tres columnas bajo el epígrafe "Phnom Penh rolls out the red carpet". Aquí se dicen muchas más cosas, y como no encuentro proporcionado extenderme en la traducción del suelto, sí espero que la técnica de las artes gráficas lo incorporen al texto cuando éste aparezca en formato definitivo de libro.

Sunday, December 28, 1986

THE NATION/Thailand's English-language newspaper 3



REUTERS PHOTO

WESTERN tourists pose in front of Angkor Wat during their sightseeing trip in Kampuchea. The group of 14 was the first that made an organized trip into Kampuchea since 1984 and spent a half-day at the fabled Angkor Wat temple without seeing any signs of combat. Picture taken Dec 24.

เดลินิวส์

เดลินิวส์

วันที่ ๒๘ ธันวาคม พ.ศ. ๒๕๒๘



◁บรรดานักท่องเที่ยวชาวตะวันตกได้พากันถ่ายภาพร่วมกันบริเวณหน้านครวัด ซึ่งนักท่องเที่ยวกลุ่มนี้นับเป็นนักท่องเที่ยวกลุ่มแรกที่เข้าไปเที่ยวชมสุโขทัยนครวัดนับตั้งแต่ปี ค.ศ. ๑๙๘๔

REGIONAL NEWS



Western tourists pose in front of Angkor Wat during a tour last week.

## Phnom Penh rolls out the red carpet

PHNOM Penh's pro-Hanoi government rolled out the red carpet for a rare visit by foreign tourists in an effort to show that normality is returning to war-torn Kampuchea, one tourist said yesterday.

Foreign residents told a European woman with the group that Phnom Penh's Manouba Hotel had been freshly painted, had recovered its furniture and provided hot running water to its rooms for their three-day visit this week.

But the visitor, who asked not to be identified, told Reuters in Bangkok: "Phnom Penh has not yet got over its nightmare."

She said her conversations with some of the

100 or so foreign doctors, technicians and relief agency personnel indicated that life was only slowly returning to normal in the city, which had been cleared of inhabitants by the Khmer Rouge when they ruled Kampuchea from 1975 to 1979.

She said the eight-day tour was only the second organized excursion for Western tourists to Kampuchea since 1984 and it included visits to southern Vietnam and four hours at the ancient temples of Angkor Wat.

According to foreign residents food, water and electricity are still unreliable for Phnom Penh's 850,000 people and the city is still under

a 9.00 p.m. to 6.00 a.m. curfew.

The woman tourist said the excursion included a visit to the Khmer Rouge execution centre of Tuol Sleng, which had been designated a museum of genocide.

The tourists found central Phnom Penh dirty but its markets abuzz with humanity and the streets crowded with bicycles, pedal-cabs and occasional buses and army trucks.

In the outskirts of the capital, catch pigs and poultry have the run of deserted streets, the vacant plots of land and sidewalks that are being overgrown by vegetation.

A resident American nurse told the visitors that Phnom Penh's Buddhist faithful have resumed donating money to monks to pay for the reconstruction of temples destroyed during the Khmer Rouge regime.

Teb Pang, the senior monk of Phnom Penh's main Buddhist temple, Ounaleu, said that of some 1,000 monks who lived in the capital in 1975, only about 90 remain.

He said he had to wait until 1984 to get enough money to replace the doors of the river-front temple.

Así que, no uno, sino dos periódicos eran los que se habían

ocupado de nuestro viaje. Descubro que a nivel de relaciones entre Gobiernos nuestra excursión servía para demostrar que el proceso de normalización en Camboya era una realidad, y cada país supongo que haría la lectura interesada que más le conviniera. La excursión había servido y estaba sirviendo a las autoridades de todos estos países del sureste asiático implicados, de bono canjeable por el valor de opinión que cada cual estimase más afin a su movida en el juego de la geopolítica. Bueno. Y a mí, ¿qué? Yo recorté los dos artículos de los sendos periódicos y me atuve a mi valiosísimo botín, sin más consideraciones espurias.

Estoy colocado en la primera fila de la clase turista, la que sigue inmediatamente al final de la sección Business o Preferente en el avión Airbus 300, y reparo en que la azafata de esta clase Preferente, que al ir y volver abre y cierra las cortinillas de demarcación de ambos sectores... me doy cuenta de que es la misma que nos atendió en el vuelo Frankfurt-Bangkok. Se producen simultáneamente los hechos de que ella me reconozca y de que yo se lo diga. La enseño las fotos en los periódicos de nuestra excursión, y mi realidad parece cobrar entidad a sus ojos. Acaso por eso mismo me preguntó que por qué no viajaba en "Preferente". "Menuda cuestión" – pienso. La digo que porque me habían cursado así el billete de manera rutinaria, y no pasa de ahí la cosa. Pero encuentro su pregunta demolidoramente cierta y sugestiva, tanto como el cestillo de orquídeas que reparte a los viajeros que de su atención dependen. Va vestida igual que cuando la conocí: sayal hasta los pies, de color verde con recamados diminutos y chispeantes. Negrísimo el pelo en un colchoncito remetido a la altura de la nuca en primorosa armonía. Bella a su manera, iba ganando credenciales con sólo mirarla, con tan sólo ver aparecer por debajo de su falda sus también azabachinos zapatos, estuches de su andar de ave de altura: orquídeas en tus manos, sonrisas en tu gesto, cálidas palabras en tu boca: Así te recordaré, desconocida. La prometo desear volver a encontrarnos, y acaso ello sea lo más natural del mundo, porque si vuelo a Bangkok lo haré en "Preferente", y desde Frankfurt, igual que esta vez. Ya en España, y en razón de todos estos materiales

previos y dispersos, conjuntaría la forma definitiva de estos sonetos que quise que llevaran la fecha de nuestro primer encuentro:

## MUJER DE AIRE

### I

Orquídeas en las manos y acertijos  
de nácar en los ojos me ofertabas:  
tú, en metálico pájaro avanzabas;  
yo, en tu cuerpo mis ojos dejé fijos.

Y pues desde tu espacio los prolijos  
bálsamos de tu alma me mostrabas,  
así hasta mi alma te llegabas  
convertida en exóticos alijos.

Eras cierta, eras tú. Los bellos días  
brindaban el prodigio de un teorema  
que en tu hablar y pasar me descubrías.

Loto ignotal, nirvana, verde emblema  
era tu realidad si sonreías:  
inconsútil fervor, hondo poema.

### II

De gules moteada en tu atavío  
verde, como deidad del Ramayana,  
le abriste en estación harto lejana  
una brecha de ardor al aire mío.

Mas fue mi alma en su cansado brío  
la que ensayó a mirarte como hermana

que me guiara a su místico nirvana  
más allá de la gloria o el descarrío.

Y así, al adentrarme en tu santuario  
busqué en los brillos de imposible gema  
la razón de tu estar en mi ideario.

Ahora sé que lo eterno de tu emblema  
alojado en lo único y lo vario  
es que seas por siempre en mi poema.

16-XII-1986. A bordo de un avión de la  
Thai Air Lines Frankfurt-Bangkok

En Colombo veo que la gente es de un oscuro sui-géneris; negros no son sino cetrinos, agitanados, más bien tirando a feos; de etnia cingalesa la mayoría. El taxista que me lleva del aeropuerto al Hotel pone toda su voluntad pero a duras penas logra hacerse entender. Habla un inglés pintoresco en extremo. Pasamos por delante de un inmenso mazacote de edificio, y el hombre, servicial y en funciones – aunque provisionales y vicariadas – de guía, me dice que aquello es "golmen plopti"... "Golmen plopti, golmen plopti" me trajino yo la cabeza..., qué demonios me querrá decir este buen fulano. El contexto y la voluntad logran que por fin descubra que lo que me está diciendo es que aquellas edificaciones son "propiedad del Gobierno", "Government property". Claro, hombre, "Government property". ¿Y qué culpa tiene él de que yo no le entienda? A fin de cuentas él habla *su* inglés colonial, que en nada tiene que envidiar al mío... igualmente impuro. A partir de ahí, mediante un juego de mediciones fonéticas adaptables y trasladables a las cualesquiera frases que me pudiera decir, me di maña para entenderle.

El Hotel Galle Face da por una parte al mar, y conserva el más puro estilo victoriano inglés: espacioso, con los suelos de maderas recias, amplios pasillos y pasarelas cubiertas para tomar el té, y ahora

también para servicio de comedor y de entretenimiento. Leo en algún sitio que este hotel sirvió de "caravanserai" del Rajá británico en la era del colonialismo. Y de lo que no cabe duda es de que aquí en Ceilán, o Sri Lanka moderna, después de la independencia de 1948 las dimensiones palpables de los modelos arquitectónicos, de las prestaciones con que se regalaron los antiguos dueños ingleses..., los cálculos y las previsiones que instrumentaron respecto de la organización y distribución del espacio..., tiraron por lo grande, como dueños de las coordenadas que eran; no remendaron de viejo. Y antes de que se me "escurra" el dato – y aunque información 'de agencia' que por sistema y por principio suelo eludir – permítaseme decir excepcionalmente que los árabes llamaron a la isla Serendib, recogiendo el sentido de "resplendent land" que originalmente comportó el nombre Lanka. El político, historiador y novelista Horace Walpole, con los anteriores ingredientes, concoctó de su cosecha el término "Serendipity" que quedó recogido en el diccionario de Webster como: "Art of making happy discoveries by accident"; o sea, el arte o la predisposición de que le ocurran a uno cosas agradables, así, en plan espontáneo.

Enfrente del Hotel, correspondiendo a su entrada principal, hay una inmensa explanada que sirve de paseo y de recreo. Como llego en domingo, la gente lo utiliza para eso: para mojarse los pies en el mar; los niños para hacer volar cometas; y hay hasta algún titiritero que convoca el consabido corrillo de curiosos. El servicio del Hotel Galle Face de Colombo lo componen sólo hombres: su cara cetrina, de gitanez renegrida, de cingalés, de lo que mayoritariamente son, contrasta con los uniformes falderos blancos que portan. A veces llevan sandalones; otras veces van descalzos. La superpoblación en estas latitudes [para hacernos una idea: Ceilán, un 15% menor en superficie que Andalucía la duplicaba a ésta con creces en habitantes, a la altura temporal de los hechos a los que hago referencia] justifica que haya mucho servicio: en el comedor, por ejemplo, cuando se ha acabado con un plato, unas manos negruzcas, diligentes, solícitas se encargan de retirarlo. Mi habitación está exenta de sofisticaciones

ultramodernas pero es una gloria de amplitud, inmensamente grande, de más de cuarenta metros cuadrados, contando el cuarto de baño y una especie de "office" o espacio muerto conectivo. Ya dije que en época colonial este edificio se había destinado a "caravanserai", es decir, a una especie de posada de forma cuadrangular para que las caravanas repostasen allí. Es una de las impresiones que con más lucidez se hallan instaladas en mi conciencia: las dimensiones "coloniales" de aquella habitación; y supongo que las habilitadas bajo la etiqueta de suite, o especialmente holgadas para ocupación por más de una persona, serían de proporciones cinematográficas.

En el panorama humano, lo único bonito que he visto, y precisamente al llegar al hotel, son tres jóvenes, ataviadas a la usanza hindú, que si en una concepción general me deserotiza, aquí me pareció agradable y apropiado al gesto de confiada y como benévola displicencia que las tres desplegaban. Los hombres, cargados con fardos y desnudos de torso, muestran por la calle una osamenta de Ecce Homo crucificado; un costillar marcado anatómicamente. Decididamente este Hotel Galle Face tiene un aire grandazo y grandioso al mismo tiempo, y también domésticamente familiar. La Dirección ha puesto carteles en lugares estratégicamente visibles, que rezan: "Bajen andando: sólo hay dos pisos..., un piso", etc. Y también: "La Dirección agradece la decisión que ha tomado Vd. de dejar de fumar". En otro lugar: "Smoking kills [El fumar mata]". En las habitaciones le ponen a uno un pote o macetita de flores naturales, que lleva algún camarero con cierto ceremonial. El ascensor es de los de doble puerta de barrotes de hierro en cremallera, y que tiene que ser accionado por un empleado correspondiente. Alfombras encarnadas y gruesas abrigan y amortiguan los suelos de madera oscura, como de castaño, aunque ignoro si existe aquí este tipo de árbol. Probablemente se trate de eucalipto.

Me hago a la idea de pasarme descansando estos tres días y medio. Excepto la jornada que voy a dedicar a visitar Kandy y acercarme lo más posible al pico Pidurutalagala [Pedratalagalla decíamos de colegiales, a la española], el resto del tiempo lo disfrutaré

de relax en la piscina, esperando la Noche Vieja en un sitio tan inusual como Colombo. El Hotel Galle Face creo que ha sido un acierto: tiene una hermosa piscina y tiene playa privada; y el trato de todo el personal de empleados tiene algo de casero. Por cierto que hablando del uso de aparatos eléctricos, como el matamosquitos, por ejemplo, hay que tener en cuenta que esta gente suele usar enchufes de dos o tres puntos de patilla de lámina rectangular y no redonda.

Probablemente se tratara de mi segundo día de estancia, del mismo día 29, lunes, cuando decidí hacer la excursión hacia el interior de la isla. Nunca he sentido que el curso de mi elección se tiñera del color de las pautas sugeridas por los demás, y mucho menos en lo tocante a viajes no realizados, o a sitios por descubrir. Aquí no había razón para nada de eso. Kandy, en efecto, aparecía en todas las guías como uno de los destinos más pintorescos de la isla... Lo que me importaba es que en la acción de ir hasta allí, y de regresar, tendría una buena ocasión de ver parte de las cosas del país de manera natural. El plan era llegar a Kandy por la carretera principal y única, y más directa; bajar hasta Nawara Eliya, localidad lo más cercana al monte, y desde allí volvernos a Colombo, siempre según la conveniencia de la ruta en ese momento. No es gran cosa lo que conservo registrado en mis notas sobre la facticidad material, geográficamente hablando, de dicha excursión. Por supuesto, me alquilé un coche con conductor, mediante los servicios del Hotel. Disponía de un día entero, y saliendo como salimos muy de mañana, parecía que la jornada sería suficiente para meter en ella todas las cosas que se tendrían que ver. Y así era, en principio. Pero desde el primer momento, mi chófer y guía, que dijo llamarse Jaijá, bien por obsequiosidad mal entendida, bien por puro fallo en sus previsiones y cálculos espacio-temporales, entró en una dinámica de consumir más tiempo del que yo creía necesario en cosas que a él le parecían de interés turístico para mí, y que yo de buena gana hubiera obviado. Lo he dicho en muchos lugares: Mi ideal de excursión suele ser bajarse del coche lo menos posible. Las realidades que requieren detenerse son las mínimas, a veces ninguna. Desde el vehículo la observación es más fluida, menos sincopada, y excepto

para el menester de comer y para alguna otra cuestión de aseo personal.

Fue un acierto detenernos en una plantación de té: preciosa, inmensa, donde al viajero le festejan, gratis, con todas las tazas que quiera de la bebida nacional heredada de los ingleses. Yo nunca había visto las matas del té, un arbusto quiero creer, y no un árbol, técnicamente hablando. El aspecto de este arbusto se parece, pero en bonito, a algo intermedio entre las vides y los setos que forman las medianerías y los límites de los paseos de muchos parques, y estoy pensando en el O'Donnell de Alcalá de Henares, sin ir más lejos. Se nota que es un producto mimado, tanto para la exportación como para el consumo interno. Me gustó la visita a aquello que, a falta de mejor término, entendería como granja piloto de producción de té. En el pueblito de Molagoda, distrito de Kegalla, y siempre camino hacia Kandy, Jaijá se empeñó en que nos volviéramos a detener, ahora para ver el así llamado "pueblo de los elefantes". Le digo que no es necesario, que he visto muchos animales en mi vida, y que lo que me interesa es seguir y cubrir la mayor parte del trayecto con luz del día; si es posible todo el trayecto. Pero estos nativos, ya dije que en parte por obsequiosidad mal entendida, o por un sistema personal "sui géneris" de valoración de las realidades, me llevó allí, prácticamente sin darme opción alguna. Parece que la "highlight" de dicho destino turístico lo justificaba un enorme elefante, viejo y aburrido, que, según rezaba la leyenda objeto de la justificación de tal visita, hacía gala de los colmillos más largos de toda la isla. Bueno. Hasta conservo una flamante tarjeta del lugar que me regalara el propietario de dicho establecimiento: S.R.A. Millangoda, que si dicho descuidadamente, suena a algo así como a "la milonga de Millán".

Llegamos a Kandy, fuimos al mercado, donde después de muchos tanteos e intentos me compré un gorro de tela blanco que aún conservo. Llegué a desesperarme porque desde Bangkok no había encontrado una medida que me encajara. No podía creer que ni yo tuviera un cráneo tan grande, ni que los nativos de Viet-Nam, Kampuchea, Tailandia y Ceilán lo tuvieran tan breve. Pero así era.

No hacían sombreros amplios en ninguna parte, sino bonetitos, gorritos que cubrían sólo una parte de la azotea. Encontré a Kandy pintoresca pero nada especial. Una más entre las innumerables ciudades que cada país, cada cultura, cada tradición puede ofrecer por vía de curiosidad al turista. Tengo apuntado literalmente: "El terreno desde Kandy a la ciudad del Pedratalagalla [no se olvide: Pidurutalagala] es sinuoso y montañoso". Lo cual me da a entender que hasta allí tuvimos que llegar; pero sí recuerdo, aunque con trazos desvaídos, que el monte no se dejó ver, debido a la niebla. Estaba allí, allí detrás, por allí cerca, pero no se me hizo visible. Lo que sí que abundan por todas partes son los grajos: en la playa de Colombo los ví, y ahora los sigo viendo en los campos, en las carreteras. Algo parecido, aunque en menor escala, a lo que observé en mi recorrido de Delhi a Agra, en la India un año antes. Vimos a dos fulanos que llevaban cada uno un puerco-espín. Me dijo Jaijá que era para provocar que algún viajero por la carretera se detuviese a verlos, se hiciera una foto y les dejara alguna propina. En Kandy me fijé en que las mujeres parecen llevar ropa interior cargada de "frills" o labores de encaje; por lo menos la típica combinación o las típicas enaguas. Me fijó también en que los andamios para la construcción se hacen de troncos de árbol, o de arbusto: son muy largos y parecen duros y al tiempo resistentes y flexibles. Siempre desde el coche, ví que las paredes de una vivienda estaban hechas de "wattle": barro, supongo que especialmente tratado, rellenando los espacios de las cuadrículas de los troncos entrelazados. También vi que mucha gente se cepillaba los dientes por la calle: primero, vimos a una chica joven; luego, a un viejo.

Y ahora viene lo verdaderamente reseñable de este viaje, mucho más que todo el temario de contenido típico y turístico. Ya de regreso a Colombo, probablemente nos encontrásemos en algún lugar pasado ya Ginigathena... y además se nos había echado encima la noche. Lo de siempre: inútil entrar ahora en imprecaciones. Yo no era nativo, pero lo había visto venir; había visto venir que de resultas de haber consumido un par de horas en ocupaciones poco entitativas

(demasiado tiempo en Kandy; absoluta innecesidad de ver al gran elefante, etc., etc.) ahora nos encontrábamos con el pequeño desagrado de tener que conducir de noche; o sea, sin ver prácticamente nada de los sitios por donde circulábamos, aunque esto, si se me apura, era lo de menos. Lo de más, así como suena, es que Jaijá, mi chófer y guía, se me puso malo, repentinamente malo, malísimo, a morir. Durante nuestro viaje habíamos tenido oportunidad de charlar de esas cosas de la vida, tan transitadas y al mismo tiempo tan personales. Me contaba que estaba casado y que tenía dos hijas; que ganaba unas 750.- rupias al mes, lo que al cambio de cinco pesetas aproximadas por rupia daban la suma de unas 3,750.- pesetas. Menciono esto absteniéndome de hacer valoraciones sobre el particular. Jaijá se consideraba privilegiado por poder trabajar en lo que trabajaba, con clientela de hoteles que prácticamente no le faltaba nunca. En primer lugar, ese sueldo se convertía en el doble, en virtud de las propinas o "gratuities" que recibía [Yo, por ejemplo, le daría 40.- R., es decir, bastante más que su salario teórico por día natural, trabajado o no]. No. La gente vive como vive en cada sitio; y hacer extrapolaciones carentes de nexos de congruencia y de adaptación es de los menesteres más estúpidos y menos ilustrativos para un recto entender de las realidades antropológicas. Jaijá ganaba lo que ganaba, que en Ceilán, y en correspondencia con su trabajo, se consideraba adecuado...

Lo que ocurrió pudo ocurrir igualmente en cualesquiera otras o parecidas circunstancias, siempre teniendo como telón de fondo un juego de realidades indiscutibles. Acaso Jaijá se encontrase especialmente agotado ese día; acaso sufriera por exceso esa dosis marginal de cansancio; acaso... sencillamente fuese su mal día, su único mal día entre muchos otros días... Acaso... Bueno. Lo cierto y real es que se me puso malo; se me puso material y facticiamente malísimo, indispuerto, incapaz de seguir al volante. Lo acosté como pude, atravesado, en la parte trasera del Datsun, tipo furgón turismo, en tanto que el pobre hombre no hacía más que echarse las manos a la cabeza, aquejado de dolores que yo, en un primer diagnóstico impresionista, relacioné con los síndromes meningíticos. La papeleta

era de cojones. ¿Y si se me moría allí mismo? Pasados unos cuantos minutos de ajuste de la situación, estabilizado Jaijá en el lecho improvisado del vehículo, lo único que me faltaba por hacer era llegar a Colombo, al Hotel Galle Face. Yo me precie de ser un buen conductor, con sentido de las distancias, reflejos en buena forma, etc. El resto obraba en contra mía. Tenía que conducir un automóvil cuyo juego de mandos desconocía: un Datsun japonés; bien, eso era lo de menos, porque los iría descubriendo sobre la marcha. Lo peor es que en Ceilán se conduce por la izquierda, así que el volante está situado a la derecha del coche. Lo peor es que era ya completamente de noche; que nos quedaban unos cincuenta kilómetros... y que estaba lloviendo copiosamente; además de que la así llamada carretera, con algunos tramos sin asfaltar, era más bien estrecha y llena de curvas. ¿Y para qué quería yo mi voluntad? ¿Dónde mejor que entonces para plasmar las posibilidades de mi persona? Sin más consideraciones me puse a funcionar. El coche, típicamente maniobrero, me proporcionaba las prestaciones suficientes para salir del paso. Por ahí, me pareció que no había que temer nada. Lo peor era la tremenda dosis de atención en la que se empapaban todos y cada uno de los instantes interminables por los que discurría el hecho de conducir. Algún que otro suspiro de Jaijá allí detrás me certificaba que seguía vivo, cosa que daba pábulo a mi menester y me infundía aliento en lo que estaba haciendo. Sí, seguramente se tratara de una insuficiencia funcional, de un colapso generalizado de las constantes más indispensables del pobre hombre; de un primer fallo en algún órgano no esencial que se hubiese trasladado por maléfica simpatía al resto del sistema. Y a mí me estaba correspondiendo devolvernos a los dos vivos, y en el mejor estado posible, a Colombo, al Hotel Galle Face. Los ojos de los animales de noche parecían bolas de cristal de color verdoso brillante. Todas las negruras son evidentemente negras; pero encontré la negrura del centro de Ceilán terriblemente negra, negrísima. Las gentes van por la carretera alumbrándose y haciéndose visibles por medio de linternas, o con una especie de velas o antorchas pequeñas. A trancas y barrancas, y sin ningún incidente digno de mención que me

disuadiera en mi actividad, llegamos a Colombo, llegamos al Hotel Galle Face. Expliqué la situación, se hicieron cargo de Jaijá, entregué el coche y me retiré a mi aposento. Había culminado una jornada "to remember".

A la mañana siguiente me vuelvo a encontrar en el piso bajo con las mismas tres gracias, vestidas de vaporoso verde, que ví el primer día, nada más llegar al Hotel. Para mi tranquilidad – porque de otra manera se me hubiera hecho muy cuesta arriba la reservada distancia que parecían dispensar a los demás mortales – me entero de que son azafatas de la Air Lanka, la línea nacional aérea. No podía ser otra cosa. Se ve que están elegidas entre un montón. El uniforme es el vestido-túnica que deja entre la falda y el corpiño una franja de carne al aire; todo de color verde estampado. Disponen de una terraza-pasillo, a modo de veranda, para reunirse en el Hotel, donde específicamente se señala que no se fuma. Al verme, el empleado de aquella sección me saludó ceremoniosamente e hizo una mención elogiosa y en voz alta de mi comportamiento del día anterior. Las tres gracias lo escucharon, y me dedicaron una mirada de respetuoso concernimiento. Por lo menos había perforado yo la mortificante inocuidad de su menester de diosas.

Me quedaban dos días más de estancia, y con arreglo a las notas que guardo fue ya muy poco lo que llevé a cabo fuera del Hotel y fuera de las prestaciones que me ofrecía la piscina. Me voy percatando de que el contingente mayor de turismo lo proporciona el elemento alemán. Desde luego, después del \$ USA el marco teutón es la divisa más apreciada. Tuve que darme alguna vuelta por Colombo, sólo para comprobar que era, más o menos y en pequeño, una replica del sistema urbanístico que los británicos habían plasmado en Delhi. En una calle céntrica, el típico zapatero arregla-todo había montado su tienda: le vi hacer un primoroso cosido de sandalias y de zapatos: pasaba el bramante a través de la suela y del material de cuero, enganchado de una especie de lezna con un anzuelito como para hacer calceta: luego estiraba de los dos cabos y la cosa parecía quedar sujeta sólida y firmemente. También recuerdo que, por eso de no descartar

por abulia el tema básico por excelencia, pedí a un taxista que me llevase a eso... a donde él considerase mejor, más adecuado y de mejor standing para un encuentro. El hombre, después de pensarlo, acicateado mientras lo pensaba por mis especificaciones sobre calidad, características desiderativas del lugar, etc. ... después de pensarlo me llevó a una casa de un piso, precedida de algo parecido a un corral, y en donde, una vez que me recibió el encargado del supuesto establecimiento, se me hizo pasar a una especie de camaranchón, donde había cinco o seis mujeres, nada bonitas, can cara triste, y acaso sorprendidas de ver a un europeo como yo en un sitio como aquél. Valoré negativamente la situación, de golpe, en una gradación que iba de lo desaconsejable a lo temerario, por peligroso, y que había que evitar a toda costa. Me disculpé como pude, ante las miradas de ajada curiosidad de aquellas... chicas, y me reuní de nuevo con el taxista. Ya en el Hotel me encontré con que la Dirección había dejado en el casillero de mi habitación 202 el librito *This Month in Sri Lanka*. December 1986, publicado, según indicaba su página interior, por Spectrum Lanka Ltd. Se trata de un folleto de más de 100 páginas, con información turística completa sobre el país en todos los aspectos. Con excepción de algunas hojas en papel cuché policromado, el resto es de calidad muy inferior. Pero la publicación, que aún conservo y aprecio, es exhaustiva, y entonces y ahora me sigue proporcionando información básica sobre "casi" todos los temas que le conciernen al viajero. Reparé en que en su página 9, y por supuesto lejos e independientemente de la sección de "ocio", este programa incluía un recuadro: Health Club: SEBA. Attended by Charming, Delightful, Lady Masseuses, en una serie de hoteles acreditados, aunque no en el Galle Face. Parece que en este paisito todo se va desarrollando con cautela y lentitud. Tampoco parece que exista nada semejante ni de lejos a lo de Bangkok. Sin embargo, la distancia que medie entre el masaje clínico o meramente deportivo, como el anunciado, y la ritualización del relax sexuado, eróticamente completo, está por determinar.

El día 31, día de Noche Vieja, lo paso en buena parte en la

piscina. Tengo delante de mí una bonita postal, panorámica de fondo, del Hotel. Para hacernos una idea, colocaríamos en la parte más alejada la materialidad inmensa del edificio; luego, los jardines y los campos de césped, cenadores, setos, terrazas cubiertas; un poco más acá, la piscina con su sección de tumbonas y de chaises longues; después, la arena de la playa, allí mismo pegando a nosotros; y por último, a inmediata continuación, el mar. El Hotel había reservado para su exclusivo aprovechamiento y disfrute un tramo de playa, acotado por los correspondientes espigones o dársenas. No cabe duda de que la leyenda publicitaria que ilustraba la postal acertaba en lo esencial respecto de las características de tan singular sitio: "The only seaside Hotel in the heart of Colombo. Yesterday's charm & Tomorrow's comfort". Estar tumbado junto a la piscina, contemplando el mar, y con la seguridad de que un destacamento de personal no encontraría mejor sentido para su existencia que el de servirle a uno... pues digo... que esa sensación es inundadora de relajación, de compás de espera, de invitación a cualquier cosa excepto a un menester violento. Estoy pensando que al día siguiente vuelo para Maldivas. Tuve la paciencia de rebuscar y de encontrar un vuelo que me conectase desde allí con el destino último de Amman (Jordania) que tenía necesariamente que alcanzar, con el fin de visitar Petra, antes de devolverme definitivamente a España. Fue milagroso, afortunado, un producto del golpe del azar benévolo el hecho de descubrir que la Singapore Airlines volaba desde Male (Maldivas) a Bahrain, en el Golfo Pérsico; porque desde allí la siguiente etapa a... Jordania revestía la calificación de normal, y la prueba era que tan sólo tendría que esperar en el aeropuerto de Manama menos de tres horas. Certifiqué que la gran mayoría de los viajeros a Maldivas volaban igual que yo, igual que todo el mundo, desde Colombo; pero que – y aquí es donde yo difería prácticamente de todo el mundo – también regresaban a Colombo para conectar de nuevo hacia sus destinos europeos localizados en las grandes capitales lanzaderas (Frankfurt, Zurich, Amsterdam, Roma, Londres, París, etc.) Sí, aquel vuelo de la Singapore Airline desde Maldivas a Bahrain me había resuelto todo el

esquema; había hilvanado con hilo de seda la ecuación espacio-temporal de mi ruta. En todo ello pensaba mientras tomaba el sol, sorbía un delicioso zumo de frutas, me zambullía de vez en cuando en la piscina para desperezar los miembros, y miraba al mar. No se me olvidará nunca. Allí, cerca de mi hamaca, se hallaban dos señoras alemanas, más bien rellenitas, lustrosas, ya entradas en años, pero con esa jovial pujanza que presta el saberse perteneciente a una etnia lucida, a un país financieramente poderoso, y a una cultura y una forma de pensar capaces de conducirlo a uno a cualquier puerto de abrigo en tiempos tormentosos. Estábamos una de ellas y yo mirando cómo, allí enfrente de nosotros, en el mar, a unos doscientos metros, se debatían un par de nativos... nunca lo hubiéramos podido saber, si en plan de entretenimiento ocioso, o si en plan de defenderse de lo que, a veces sí, y a veces no, parecía una situación de peligro, por el grado enardecido y creciente de las olas contra las que se batían. Nada más inmenso ni más difícil de franquear que el piélago de desentendimiento entre los valores de aquella gente autóctona en su lengua, en sus ademanes, en sus previsiones imaginativas, y el sistema blindado de realidades que pudiera conformar la estructura vital de unos turistas como nosotros en aquellos momentos. Muy sagazmente, la señora alemana, mientras se sacudía los chorretones de agua de sus muslos macizos, parecía preguntarse lo mismo que yo me estaba preguntando, a saber: si aquellos hombres estaban jugando o estaban pidiendo auxilio, a tenor del movimiento cada vez más inarticulado de brazos que protagonizaban, y de lo que a veces podía colegirse como gritos de auxilio. Debía de ser esto segundo porque a los pocos minutos vimos acercarse una barca y recogerlos. "In these places, life is cheap: [En estos lugares la vida tiene poco valor]" – dijo la alemana por todo comentario: Ni yo lo hubiera podido definir mejor – pensé.

En el capítulo de las anécdotas resulta que también allí mismo, en la piscina, conozco a un matrimonio norteamericano, Porter y Dotty, profesores enrolados en una de las múltiples organizaciones de "ayuda a la gente" de otros países, o una de esas murgas parecidas. La verdad es que se trata de dos excelentes personas, "easy going" y con

un buen sentido del humor, avezados en el trato con culturas técnicamente retrasadas, y representantes de ese tipo de norteamericano cachazudo, operativo y fiable. Conectamos inmediatamente. Pero – y aquí está la carga central de anécdota – lo curioso es que a las primeras rondas de intercambio de observaciones típicas y tópicas, me dicen que conocen a un tal José Delgado, casado con una alemana, Marliese, y que... ¡atienda bien el lector!... y que viven en Alfacar, localidad pedánea de Granada, y donde regentan una tienda de antigüedades. Prometí saludarles [Como así lo hice al poco de reintegrarme a mis actividades docentes-investigadoras en la Universidad de la ciudad de la Alhambra]. Me invitan a cenar con ellos esa noche, cosa que acepto encantado. Como un pequeño sello de fehacencia de mi encontrarme con Porter y Dotty conservo una elegante tarjeta navideña suya [Navidad 1987] con el siguiente texto: "Lest we forget our delightful foolishness at the Galle Face.- Sincerely Bob Porter" ["Para no olvidar nuestra divertida chaladura..."] Porque efectivamente, nuestra velada de Noche Vieja, de aquel 31 de diciembre de 1986, se revistió de buen humor, buena charla y mejor espíritu.

Después de una Noche Vieja ruidosísima en Colombo, amenizada con petardos y pequeñas, pero intensas, tracas por doquier, cojo un 747 de Air Lanka para Male, capital de Maldivas. Estamos en el primer día del año 1987. Vuelo confiado y alegre, sabiendo que no tengo que regresar a Colombo para retomar mi ruta. Si nos fijamos en un mapa, lo vemos plásticamente y sin artificio alguno. Hacia el oeste se extiende el océano Índico, sin más tope que las costas de África en línea recta; y que la península arábiga y el Golfo Pérsico ligeramente hacia el noroeste, que es precisamente hacia donde yo me dirijo, en mi destino eventual hasta Jordania. Está claro que, a efectos turísticos, para quienes procedan de Europa toda conexión razonable comienza y termina a partir de Colombo; si acaso, con la excepción proporcionada por algunos puntos del ápice sur de la India, como podrían ser Trivandrum y Cochín en el estado de Kerala, localidades en todo supuesto menos internacionales que la capital de Ceilán a efectos de

operatividad en lo relativo a conexiones aéreas. Un éxito. Todo un éxito disponer de un vuelo que me sacara de las Maldivas, limpia y directamente hacia Bahrain, para enlazar desde allí a Jordania, y sin tener que regresar a Colombo. El vuelo se resuelve en poco menos de una hora y media... y llegamos, aterrizamos en un aeropuerto que ocupa la casi total superficie de una isla entera. Pero vayamos por partes y hagamos el primer esbozo de datos orientativos...

La así llamada República de Maldivas es un conjunto de atolones, de los que fundamentalmente dos están orientados y desarrollados particularmente al turismo: el Kaafu Atoll, y el Alif (Ari) Atoll. La cosa es muy sencilla y al mismo tiempo sorprendente. Se llega, como digo, al aeropuerto Internacional, precioso, construido sobre la superficie prácticamente completa de un islote del atolón Kaafu, y desde allí todos los desplazamientos se efectúan en barcas. La capital, Male, de unos 20,000.- habitantes en aquella época, está situada en otro islote del mismo atolón al suroeste del aeropuerto, y muy cerquita. Aunque los números pueden diferir siempre según las fuentes, se calculan en unas dos mil islas, agrupadas en 19 complejos marítimos o pequeños archipiélagos. Cuando yo estuve allí eran cerca de sesenta los establecimientos abiertos al turismo, la mayoría de ellos, como indiqué, localizados en los atolones Kaafu (también conocidos como Male Norte y Male Sur), y Alif (Ari). De manera que una vez llegado a la isla del aeropuerto, uno se encuentra con todo el dispositivo de organización y de distribución de los pasajeros. A mí me asignaron Velassaru, al suroeste del aeropuerto, en lo que pudiéramos considerar primera línea de islas del citado atolón Male Sur. Aquello resultaba increíble de tan sofisticadamente casero y artesanal como parecía. Uno se percataba de que el tejido de explotación del turismo como empresa estatal funcionaba razonablemente bien, no obstante los métodos sosegados y como de diseño doméstico. Pasados los trámites de comprobación de documentos, y especificadas las fechas que uno se proponía permanecer, le adjudican el islote que en ese momento mejor encaje con las características del viajero, y de las disponibilidades reales del

momento. Ya digo que a mi me tocó Velassaru, que no era más que un nombre, exactamente igual que cualquiera de las demás localidades. Cuando procedió, subimos a una barcaza y nos dirigimos al punto asignado. Una cosa es recitar los atributos y las peculiaridades de ciertas realidades geográficas, y otra es percibirse uno mismo... como realidad geográfica. Navegar por aquellas aguas medio azules, medio verdosas, poco profundas, templadas, fue una experiencia. Solamente seis millas de travesía, una hora de barca. Aguas espectacularmente transparentes y limpias. Nórdicos por doquier. A esto lo llaman paraíso. He venido especulando en el avión desde Colombo con el verso

### De gules moteada en tu atavío

porque reparo en que el atavío hindú de las azafatas está lleno de dibujos y estampaciones encarnadas. Le sigo dando vueltas en la cabeza mientras navegamos en la barcaza rumbo a Velassaru. Mi alojamiento para dos noches es el típico islote, con bungalows alrededor de lo que pudiéramos llamar la construcción central que sirve de complejo para las comidas, para reunirse y para la venta de artículos locales. Me destinan a una unidad independiente y por supuesto de ocupación unipersonal. Es modesta pero con los elementos más imprescindibles del aseo. Un ventilador de techo hace como que trabaja: algo tiene necesariamente que aliviar la cargazón húmeda del ambiente. También aquí se emplean a hombres en el servicio de las habitaciones. La etnia, sin entrar en detalles, es parecida a lo visto en la India y en Ceilán. El mejunge de cruces y de ingredientes viene a dar un producto muy equiparable siempre: un tipo de moracos agitanados, con un renegrimiento sui géneris. Me viene a la imaginación la chica alemano-parlante que embarcó también en Colombo: terrible e incisiva en su juvenil belleza; con ese desasimiento inconsciente, como de no saber nada, de tan bien sabido como lo tenía: botas hasta la espinilla, seno suelto y acompasado en su apretada y congrua turgencia. Un fagonazo de norte rubio y quemante,

demoledoramente iconoclasta dentro del marco de cromatismo resignado y parejo, penitencialmente monótono de estas gentes nativas. Las Maldivas – sabemos – son islámicas, y no albergan en total más de 200,000.- habitantes. Se prohíbe el desnudismo. Ya sabemos que los moracos son restrictivos con estas clases de expansiones de las culturas occidentales. Por cierto que el guía de nuestro grupo de la barca nos comenta sobre el joven catalán, que se había emparejado con una nativa, y que vivía por allí haciendo de perpetuo Robinson. Recientemente había aparecido una cobertura en la TV española a cargo de un periodista y viajero, un tal Oliveras. Parece que este chico, de poco más de treinta años, hizo sus cálculos y "se convirtió" al Islam; se puso a tener familia con quien fuera o fuese su compañera y se despidió del "tiempo de galope" de la cultura occidental a la que se había debido hasta entonces. Toda una opción, en efecto.

Creo que soy de los poquísimos, hasta este momento el único que yo haya visto que viaja solo a un sitio así, lo cual no deja de ser halagüeño. Es enormemente significativo que andando el tiempo, y como ocurre con casi todas las cosas, los destinos turísticos recoletos y selectos en un principio, se ven desbordados por las marejadas de viajeros. Nada que objetar. Junto con el típico fárrago de información acomodaticia al uso, en un Suplemento de *Blanco y Negro* de junio 1996 se puede leer tocante a vacaciones en Maldivas: "Un consejo. Si su vocación de anacoreta no está muy arraigada – que suele pasar – venga acompañado, así evitará el aburrimiento, uno de los pocos males que le puede aquejar por aquí". Pues bien, por aquí no había problemas. Yo no recuerdo haberme aburrido nunca. Siempre he tenido reservas de espíritu de las que echar mano. Claro es que se trataba de estar un par de días tan sólo, pero creo que si se hubiera tratado de las socorridas siete noches de los paquetes de excursión, tampoco me habría aburrido. Hubiera buscado una mujer en los fondos marinos. Alguien, amiga y canadiense, me echó en su momento – quiero decir, hace casi cuarenta años calculando desde el instante en que esto escribo hacia atrás – el gayo piropo de que yo

buscaría y encontraría una mujer en mitad del inhabitado desierto de Gobi! No; aburrirme, no. Siempre dispondría del entretenimiento de captar las cosas en su dimensión de perspectiva: las distancias de isla a isla; las gentes; el reflejo de las aguas azulino-verdosas, mansas, mansísimas, a temperatura de caldo. Y lo hubiera puesto por escrito, para poder contarlo y para poder decir: he sido y he estado, y hablo con la autoridad de los hechos incorporados a la linfa de mi alma. Sí, soy el único que viajo solo y no me pesa. Dentro de dos días me van a sacar de aquí, por todo lo alto, en ruta hacia mi último tramo de viaje, y no voy a tener tiempo estelar para cerciorarme de si esto es aburrido o no. De momento certifico que aquí son los alemanes los que copan los servicios, y las presencias... y prácticamente todo, seguidos de los holandeses, y luego, quizás, los británicos. Españoles, allí en aquella verruguita de tierra, yo. Los horarios de la manutención son de banda fija y no muy amplia. Aquello hay que considerarlo como un lugar destacado en los confines del exotismo, y no es sensato olvidar que si se exceptúa algún producto frutal nativo para la elaboración de zumos o de ciertos postres, todo lo demás tiene que ser cuidadosa y costosamente importado. La comunidad de cada islita constituye un grupo colegiado en lo que a orden, disciplina y reparto equitativo de las existencias se refiere. Si uno tiene intención de no hacer el consumo de cualquiera de las tres comidas, la Dirección ruega que se les notifique. Los centroeuropeos llevan la voz cantante en todo, si bien de una manera sosegada y discreta. Les veo manejar las tablas de wind-surfing y poco después me entero de que existen Clubs, regentados por ellos, que imparten clases de todas estas actividades acuáticas. Velassaru, como todas las demás localidades que esmaltan los atolones, ofrece las siguientes atracciones turísticas: navegación a vela; buceo submarino; panorama con tubo respiratorio (snorkelling); patinaje sobre las olas (wind-surfing); esquí acuático; balón volea; y pesca nocturna. Todas, absolutamente todas estas actividades deportivas estaban regentadas y dirigidas por europeos. Maldivas ponía el país, los servicios ancilares de los nativos, y acaso un depósito fijo de materiales, pero nada más. Parece que el acuerdo

marcha bien: Maldivas no tiene ni capacidad ni contingente humano de ningún tipo para posibilitar estos desarrollos lúdicos de alto standing; así que delega en los que sí que pueden hacerlo; y a cambio de todo ello cobra el alquiler del aire, y del sol, y de las playas del mar Índico de su país. Se anuncia tal y tal escuela de aprendizaje y práctica de wind-surfing y de las demás cosas; pero todo dentro de un ambiente de supremo beneplácito y de extrema garantía. El 'saber hacer' de estos europeos del centro y del norte es proverbial; en una atmósfera así es imposible dar pie a la chapuza, o a la chalanería; se empapa uno en la evidencia más incontestable del "fair play" o juego limpio; cada cual ha venido a lo suyo, a la forma de evasión, de relax y de exotismo que mejor le ha convenido, y no hay lugar para nada que no sea asepsia perfecta, completa incontaminación, inocuidad paradisíaca. La arena es blanca, granulada, suelta y tersísima. Hay lagartos de rabo largo. Parece que ellos son los responsables y autores de un ruido entre castañeteo y chasquido. Otro tipo de salamanquesas y de ratones me dicen que asimismo abundan. Lo único incómodo es que el ámbito general permanece húmedo y con una cierta sensación de pegajoso. No pudo por menos de recordarme al panorama de las islas Galápagos (Ecuador) en lo tocante a la seguridad y a la despreocupación con que allí también nos descuidábamos de las cosas de la propiedad: las puertas de las cabinas o cottages no disponían de llaves, porque según el dueño del establecimiento "las llaves eran los únicos artículos que se perdían". Se disfrutaba tanto allí en el Pacífico como aquí en el Índico de una especie como de réplica de la imaginaria Edad de Oro, en la que no hacía falta distinguir lo tuyo de lo mío, porque nadie era ni envidiado ni envidioso.

Buena parte de la jornada del día 2 lo pasé allí, a pocos metros de mi bungalow, en la línea de playa, sentado o tumbado a la sombra de alguna palmera o de cualquier otro tipo de arbusto. Pienso y tomo notas mentales pero no estoy seguro de si llegué a plasmar por escrito algún detalle. Me entretengo en contemplar ensayo tras ensayo de los aprendices de surfing por sostenerse encima del tablón; y caerse una y otra vez, y enderezarse. Como todo, tiene su técnica pero no creo que

me hubiera costado mucho lograr una suficiencia básica, o sea, "defenderme", ya que no estoy mal de equilibrio. De vez en cuando me doy una chapuzada. Me encanta el agua caldorra. Me fijo en que nuestra isla no es de las más pequeñas, y sin embargo se podría recorrer en menos de media mañana. Este país ha encontrado la lámpara de Aladino en el turismo. Aquí se conjuga en proporcionada armonía la funcionalidad de las cosas y la rusticidad. Todos nosotros estamos concienciados de que no hay lugar para el derroche ni para los alardes de sofisticación estéril. Por ese lado, nada podría acoplarse mejor a mis esquemas de vida. Y estos moritos, la verdad es que no dan un ruido, no rechistan. Deben de tener asimilada la consigna de que el extranjero turista es... intocable; cada cual juega sus bazas y, como digo, el resultado de conjunto no puede ser más satisfactorio. No he visto, o no me he fijado en ni una sola mujer nativa. Los nativos parecen no existir, excepto para hacer viable a los turistas el sistema de prestaciones de ocio y de recreo.

En aquel mediodía del 2 de enero de 1987, viernes, estaba yo en la playa de aquella islita, Velassaru, del atolón Kaafu, o Male Sur, de las Maldivas, a la sombra de una palmera o de cualquier otro arbusto cuyo nombre desestimo por no incurrir en pesantez erudita. Delante de mí, aún más cerca del agua, se hallaba tumbada en una hamaca una chica... alemana; sí, alemana, porque en ese primer tramo de mañana se había levantado una vez, y andando hacia lo que sería su bungalow, al pasar necesariamente por la vereda junto a la que yo estaba también tumbado en una chaise longue a la sombra, ya lo dije, probablemente de una palmera..., me había dicho "¡Morgen!", a lo que yo contesté con el "Morning" inglés desnaturalizado y asexuado, en vez de un "muy buenos días tengas hoy y por siempre, espléndida criatura". Luego se había restituido a su posición junto al agua, en la misma línea de playa y a pleno sol. Era una mujer de crecida belleza y de recio porte; exuberante pero bien compactada; bañador absolutamente blanco, dos piezas; rubia. Acertó a pasar por allí un hombrecillo, nativo, renegrido como un rollo de tocino quemado: la estampa era de novelista, de fotógrafo o de ambas cosas. La joven

jugaba en la playa, como si estuviera sola, desacompañada; se mojaba hasta las rodillas y se salpicaba el resto del cuerpo. Pero sobre todo, cuando reintegrada a su tumbona, leía, leía todo el tiempo. Yo, ya digo, que me tenía como el único turista no emparejado. Pero aquella mujer... completamente sola durante todo el tiempo, buena parte de la mañana en que estuve mirándola, componiendo mil caprichosas conjeturas. Ella seguía leyendo, leyendo sostenidamente, como si estuviese siempre sola. Mas al cabo, y de pronto, apareció y se le acercó un teutón fornido, de bigote ancho y pelo crespo. Era su compañero. La recogió y se fueron ambos hacia su cabaña, retozando con ese entusiasmo contenido, moderado, tan suyo. ¡Ya! Ningún caballo de carreras ni ninguna mujer bonita han dejado nunca de tener dueño. Sin su presencia yo me quedé más solo y también más acompañado, pues ahora los pensamientos me recorrían atropelladamente. En mi conciencia la llamé Gertrude o cualquier otro nombre que contuviera esa doble segmentación de lo vigoroso y tierno a la vez. Al dirigirme hacia mi bungalow reparé en un bicho que, por tomarlo como araña, me produjo un intenso sobresalto. Según me dijo uno de los muchachos que cuidaban de la limpieza, se trataba de un cangrejo, un cangrejo descarriado que habiendo salido de algún lugar de la playa ahora se esforzaba por orientarse entre las matas cercanas a la pared de otro bungalow; era de color gris oscuro, terriblemente grande, y parsimonioso en su discurrir: ponía en marcha todo el juego locomotriz de sus tentáculos, y de pronto se detenía, como pensando si continuar o no; a la distancia de unos cuantos metros me había parecido una araña, una araña endemoniadamente voluminosa y dañina, de la familia de las tarántulas... Pero no; me aseguraron que no existían arañas de tan gigantescas dimensiones... para tranquilidad mía. Antes de terminar la jornada y de retirarme a mi caseta me compré en la tienda del pequeño complejo central de nuestra isla un libro ilustrado sobre Maldivas. El precio de la obra entera puede justificarse por la fotografía desde el aire del aeropuerto internacional de tres mil quinientos metros de longitud de pista principal, que ocupa una página y comprende toda la isla, prácticamente ocupada por el

tarmac de aterrizaje y despegue. Más tarde me enteraría de que el Gobierno alemán había financiado decisivamente la construcción de tan indispensable prestación turística. Ahora se entiende mejor que la colonia alemana goce de un especial predicamento.

El vuelo de la Singapore Airlines a Bahrain tiene lugar en la madrugada del día 3; así que nos levantamos, huelga decirlo, tempranísimo; nos meten en la barcaza y hacemos la navegación hasta la isla del aeropuerto, la así llamada Male Norte del mismo atolón Kaafu. Navegamos despacio en la oscuridad, alumbrándonos con linternas. Los timoneles se supone que se conocen al dedillo estos fondos y que podrían determinar dónde hay y dónde no hay el menor escollo. Con todo, navegamos en silencio, medio adormilados, alumbrados por linternas que no explicitan la ruta más allá de diez metros delante de nosotros. Nos juntamos unos cuantos turistas para aquella travesía, aunque creo que era yo el único cuyo vuelo se dirigía al oeste; los demás regresaban a Colombo, o bien saltaban directamente a Trivandrum o a Cochín, en el estado de Kerala, del cono sur de la India. Dije adiós a Maldivas.

Por esas cosas que pasan, yo volaba a Bahrain en clase preferente. En estos destinos y sobre todo cuando hay espacio disponible en las aeronaves es usual que las Compañías ejerciten el *upgrading* mediante un suplemento insignificante en el precio del billete. Tuvo que tratarse de algo así. Tendría que revisar los cartapacios de facturas y de tickets que obran en mis archivadores. Fuere lo que fuere, yo volaba a Bahrain desde Maldivas (Male-Manama) en clase preferente, en un flamante Jumbo de las Singapore Airlines. No dejé anotada la hora exacta de embarcar en el, sí, flamante Jumbo de las Singapore Airlines. Tuvo que ser necesariamente dentro de la primera mitad del cuadrante inicial de aquel 3 de enero. Me esperaban casi cuatro horas de vuelo hasta Bahrein; más de dos de escala allí; y alrededor de tres, ya por último, hasta Amman. Después de subir las escalerillas de la aeronave, y según comenzaba a proceder hacia el interior de los compartimientos, se acercó a mí una espigada y bellísima azafata y...

"Mr. Ramos?" – fue lo único que me preguntó –. Ante mi esperada aseveración, me pidió por favor que la acompañase hasta dejarme acomodado en mi sitio concreto de la Sección Preferente. Claro que el protocolo no entrañaba ni siquiera la más mínima carga de excepcionalidad procedimental. Con el listado de pasajeros de embarque en Male, yo era el único que había accedido por la parte delantera, conducente a las zonas reseñadas de Clase Primera y Preferente. No había duda. La cosa no admitía pérdida. Aun así, me dio un vuelco el corazón, y todo el letargo que el madrugón me había producido se disipó como por un golpe de inusitado encantamiento. Ya no pude conciliar, no ya el descanso, sino ni tan siquiera la neutralidad. No sé cuánto tiempo del trayecto, ni del posterior a mi viaje; no sé si durante aquel vuelo lo confeccioné en todo o en parte. Sólo sé que aquella incalculable criatura, aquella esmeradísima azafata fue la receptora de este poema para siempre:

### MUJER DE SUEÑO

Más que azafata, te creí princesa  
sacada de fantásticas lecturas  
de las que uno príncipe regresa.

Indemne en el quehacer de las alturas,  
tu bella aleación prevalecía,  
de fábula y presencia sin suturas.

Fue todo tan exacto. Parecía  
que en tu uniforme largo cultivaras  
un repertorio de jardinería

y pentagramas líricos trazaras.  
Ánfora que se estrecha, tu cadera,  
cifra y compendio de armonías raras,

formaba con lo mágico frontera.  
Entonces fue el milagro. Al acercarte  
y desgranar palabras a mi vera,  
pronunciaste mi nombre. Empecé a amarte.

3-I-1987. A una azafata de la Singapore Air Lines que conocía el nombre de los pasajeros a su cuidado. Male (Maldives)-Bahrain

*Aeropuerto de Manama. Isla de Bahrain. Golfo Pérsico.  
Madrugada del día 3 de enero 1987.*

Los islámicos estos ya están desfilando modelitos: el de blanco con tapete en la cresta, de un color; el de negro, el de marrón chocolate... todos abotonados impecablemente; algunos con la cara como de no haber dormido; casi la mayoría limpiísimamente rasurados. Lo peor, los zapatos que no van de acuerdo con la vestimenta: algunos tienen el brillo beige desgastado. Parecen clérigos laicos; o laicos clericales, que viene a querer decir más o menos lo mismo. Y no creo que se pueda encontrar un símil de más adecuado paralelismo que el espíritu mitad religioso, mitad civil preconizado por el Islam. El aeropuerto está bien montado y tiene un tráfico considerable: la gente del petróleo y los paseantes accidentales como yo. Leamos lo que dice la *Pan Am's World Guide*: "This tiny island-emirate... is one of the most important banking services and financial centers in the Arab world". Creo que está dicho todo. Parecen árabes civilizados por el trato internacional. Aquí hacen escala las principales líneas aéreas europeas, sobre todo por influjo del Reino Unido inglés. El Concorde, sin ir más lejos se servía de este aeropuerto en su ruta hacia Singapore y Sydney en sus días de apogeo. Los precios, de escándalo. Con decir que un dinar de estos se cotiza a casi tres dólares USA queda dicho lo que no dije antes del todo. Un magnífico sitio para contar con él como nombre en los repertorios de... eso, de geografía, de geopolítica, de finanzas, del petróleo. Nada más. Nada menos. ¡Bah!, yo estaba de paso y nada de aquello me afectaba. Un

empleado del aeropuerto me indica una mesa en la que me puedo sentar a escribir: era la mesa donde estaban las cartulinas de entrada y de salida, y de formalidades de tránsito. Algunos me toman por empleado entendido, y me hacen preguntas sobre cómo rellenar las tarjetas. Debe de tratarse de algunos inmigrantes iletrados, bien del mundo árabe o de longitudes geográficas más al este. Por todas partes se ven asiáticos menos prósperos que se ocupan en las tareas de limpieza de aquellas dependencias. La eterna canción de los más y de los menos desfavorecidos. Efectivamente cada Dinar de Bahrain equivale a unos 3.- \$ USA. Me pregunto qué comen estos prójimos a tales precios de escalofrío, por mucho que en su momento se encuentren en pleno verano! Tiene que ser una experiencia pasar un par de días aquí sabiendo que una dormida en cualquier sitio normalito ronda los cinco mil duros [Esto decía yo en 1987. El ajuste que hayan experimentado los precios hasta este momento en que escribo, marzo 2003, centrifuga el tema mucho más lejos ya de mi incumbencia]. Por eso ninguno de estos lugares conoce el sentido del término turismo tal y como nosotros lo entendemos. Se ven muchos tíos uniformados. Parece que en estos casos y en estos paisillos lo único viable es militarizar, "gobernalizar" funcionalmente a la población, de forma que todos vayan subidos en el mismo barco. Descubro ahora unas notas personales en las que constato que en mi tiempo de espera en el aeropuerto de Manama le había estado dando vueltas al poema a la azafata de la Singapore Airlines, porque me llamaba por mi nombre cuando se dirigía a mí. Tengo también apuntado que me era difícil concentrarme con la algarabía reinante en aquel aeropuerto.

El avión de las Royal Jordanian Airlines que nos lleva a Amman es un Boeing 707 bastante baqueteado. Va mayormente repleto de chicos y chicas jóvenes, como si viniesen de alguna concentración deportiva, o de algún evento de consigna propagandísticamente política. Se dice que es el modelo de avión que mejor resultado ha producido a la casa Boeing, que es casi tanto como decir que a la historia de la aviación comercial. Está baqueteado

porque las ventanillas muestran arañazos en los cristales y magulladuras y desconchones en algunos de los cercos. Pero se sostiene bien. Sus cuatro motores le empujan con decisiva firmeza, y una vez que vuela a su altitud óptima y a su velocidad de crucero, la cosa se estabiliza. Volamos sobre un tramo del desierto de la parte norte de Arabia donde se supone que el mítico Lawrence operó, en su marcha hacia la conquista de Ákaba, el puerto más meridional de lo que hoy es territorio jordano y era entonces turco. Desde el aire los desiertos parecen la cosa más primorosamente objetiva e imparcial del mundo. Sólo se le ocurre a uno decir que... están ahí, tan del color del ladrillo pulverizado, o de un tipo de pimentón venido a menos. Con el fin de distraer el miedo de ir subido en un estuche volador a merced de lo que los demás – cualesquiera, los que no son uno mismo – quieran hacer de uno... pues con ese fin la conciencia revuelve en los infinitos almacenes de elucubraciones. Jordania en su sector noreste forma como una manga o asa rectangular de terreno cuya fachada oriental constituye su frontera natural con Iraq. ¿No podrían acomodarse ahí, precisamente ahí, los palestinos? Pues no, obviamente no; porque de haber sido posible ya lo hubieran hecho. ¿Lo hubieran hecho? Acaso no, probablemente no, porque cada cual quiere lo que considera suyo, y rechaza la imposición de voluntades ajenas. Por la época en que yo visito Jordania, el país contaba con dos millones y medio de habitantes, de los cuales la mitad justa estaban acomodados en la capital Amman. ¿Sería por sitio? Pero bueno – me decían –, la geopolítica tiene sus razones que los turistas de aventura no llegamos a alcanzar.

Estamos a sábado 3 de enero 1987. Me propongo pasar dos noches tan sólo en Jordania; así que hay que aprovechar los días. Me fijo en que los empleados en trabajos auxiliares y subalternos del aeropuerto son en su mayoría filipinos. Me llevo el primer disgusto al comprobar que allí, a la llegada, se expiden los correspondientes visados para entrar en el país. Entonces, ¿por qué me aseguraron en Madrid que la obtención previa, de antemano del visado era inexcusablemente preceptiva? Me prometo cursar la correspondiente

queja una vez que llegue a España. En el aeropuerto existe una oficina de información turística, y por razones que ahora no puedo precisar, me reservan alojamiento en el Hotel Marriot, un cinco estrellas de construcción necesariamente reciente, ya que la *Pan Am's World Guide* de 1982 no lo menciona. El Hotel es precioso. Tomo posesión de mi estancia y me bajo a comer. Recuerdo vagamente que el comedor estaba instalado en una espaciosa galería de diseño circular desde la que se controlaba el Hall principal de entrada al Hotel. Me sirvió un camarero musulmán, pero no jordano; no puedo precisar su país de procedencia. El hombre se comportó amablemente, como un buen profesional. Me preguntó cosas, algunas de pura cortesía y otras de más esmaltada curiosidad; de lo que deduje que se había encontrado con pocos españoles que se hubiesen hospedado en aquel hermoso hotel. Antes, y nada más llegar, una recepcionista "Public Relations" me había dado la bienvenida. Se trataba de Brigitte Hanna, nombre que, junto con la leyenda informativa de "Hospitality Aid", lucía en la plaquita que, cual credencial de vitola, se adhería a su uniforme azul. Es una profesional modélica: bonita y educada, más bien menudita. Me dice ser de Líbano, de ascendencia cultural claramente francesa. No consintió apearse del tratamiento protocolario entre empleada y cliente, y aceptar el tuteo que yo, acaso con inoportuna prontitud, la propuse. Las dos o tres veces que la animé a dirigirse a mí por mi nombre de pila, me contestaba ceremoniosamente pero con inequívoca determinación: "Very well, Mr. Ramos", o algo parecido, que fue suficiente para que yo retomara de nuevo lo que nunca debí dejar: llamarla Miss. Hanna. Desde luego que esta chica tenía la lección bien aprendida, lo cual decía mucho a su favor.

Me quedaban por hacer dos cosas, dos únicas cosas: concertar mi viaje a Petra para el día siguiente, domingo; y reconfirmar mi vuelo de salida de Jordania y llegada a España para el lunes, fecha cinco de enero. Respecto de la primera gestión, el Hotel disponía de una Agencia de Viajes en el piso bajo. Ningún problema. Nada más comenzar los primeros tanteos de conversación me percaté de que

alquilar un coche con conductor para toda la jornada era lo más conveniente. Los responsables de la Agencia sabían que yo me hospedaba en el Hotel; lo que no sabían es que no quería escatimar con aquel viaje. Cuando dije sin pestañear que me parecía bien la tarifa de algo más de 100.- \$ USA que me propusieron por los servicios, percibí que la apreciación que me dispensaron había ganado enteros. Se trataba de mi última excursión de aquel gran viaje; disponía aún de bastante dinero cash... así que, ¿para qué titubear? Me parecieron gente formal que estaban empeñados en ofrecer una imagen de confianza y credibilidad al turista. Quedamos para la mañana siguiente, allí mismo, claro, en el Hotel, donde a las 07:00 am. me recogería el conductor.

Mi segunda gran gestión del día era la de reconfirmar en persona el último tramo aéreo de mi viaje. Con el fin de contar con una completa garantía en dicho cometido me encaminé a las oficinas de las líneas Royal Jordanian. Allí me ocurrieron toda suerte de cosas curiosas. Respecto de mi billete, me informan de que tengo que pagar un suplemento, pequeño, sí, pero suplemento al fin, en razón del juego de "milleaje" aplicado; todo un galimatías de cálculos y de mediciones que, sin embargo, me consta que el empleado realizó con rigor lleno de soltura y máxima competencia. Todo el intercambio de objeciones mías y de explicaciones del empleado, siempre en tono cortés y profesional, lleva algo de tiempo; lo cual, ya en vena de optimismo distendido, me permite iniciar unos canturreos cada vez más marcados, cada vez más... diríamos, como autocomplacidos, como autodedicados a mi propia satisfacción, quiero decir. Pero es el caso que, sin yo proponérmelo, las canciones que voy tarareando prenden en todo el personal de la oficina. Junto con dicho empleado hay dos chicas, muy bonitas las dos, muy distintas entre ellas; la una, bastante alta y tirando a rubia; la otra, totalmente morena, algo más finita y ligeramente de menor estatura. Mientras nuestro amigo sigue manipulando el ordenador, tecleando claves y anotando detalles en la pantalla, me da tiempo a conversar con las chicas. La más morena, preciosa, de nombre Alya, me dice que tiene un novio español que

trabaja en la empresa CASA, la de "Construcciones Aeronáuticas", ya sabemos. Como parece decírmelo en pauta de toque de atención, como para que no me engatuse a mí mismo con un imaginario diseño de incumbencia emocional respecto de ella, basculo mi atención hacia la otra, igualmente preciosa, ya dije que un poco más alta y tirando a rubia, de nombre Salam... A todo esto, yo no había dejado de cantar, apercebido como estaba de que caía bien a aquella gente. El empleado, siguiendo mi estela de tan cordial provocación, se puso a entonar "Que viva España"... con el fin, conseguido de inmediato, de que yo lo conformara y lo llevara a término. Pero lo grande es que el tío, en vena decididamente cómplice, me dice que... bueno, suelta el nombre de Ramona... Ramona, como dándome la entrada, como propiciándome que cante algo que incluya, que acomode o que incorpore el nombre Ramona. ¿Ramona... Ramona? – me digo. ¿No será el vals antiguo, en diseño de opereta, de 'Ramona, como una dulce aparición'...? No, no es eso; eso les suena a todos, por ser patrimonio más o menos consolidado de la humanidad prácticamente... No, no se trata de eso... ¿De qué otra Ramona puede tratarse? Increíble pero cierto. Se trataba nada menos que de la espantajada cómica, en tenor cutre y genialmente socarrón y divertido, como casi todo lo suyo... de una especie de corrido chocarrero y cazurrón que cantaba Fernando Esteso, absolutamente en clave de antirromanticismo. No vean Vds. la explosión de perplejidad placentera y entusiasmada que produjo en nuestro amigo la constatación de que yo conocía la "gamberrada" zandunguera de Fernando Esteso... "La Ramona se ha vestido..." [y aquí seguía un disparate antierótico, antiestético, antilírico]... para terminar con el estribillo, coreado vocinglera y beodamente, de... "Ramona... te quieroo"!!! Me hice con la oficina total. El empleado que se ocupaba de mi billete – por cierto, un muchachón de unos 40 años, simpático y comunicativo, – remató como pudo los últimos detalles del recibo, de los justificantes, de las copias, de los sellados... de todo lo concerniente a mi billete, y... prácticamente se puso a escucharme en plan monográfico, "full time". Las dos chicas se miraban entre ellas...

habían dejado de trabajar, bueno, hacían como que trabajaban, pero en realidad no podían enhebrar sus faenas, conmigo allí berreando cosas tanto líricas como de más calado tonal. Inmenso. Inédito, supongo, en la historia laboral de aquellas criaturas. Antes de irme intercambié direcciones con la tirando a rubia Salam, y nos prometimos ponernos en contacto, por mi parte en la primera ocasión congruente a partir de mi llegada a España. Me dirigí al Hotel. Me echo la siesta a las 17:00 pm. del día 3, y ya no salgo de mi habitación del noveno piso hasta el día siguiente. Me había levantado a las 04:00 am. en Male (Maldivas) ese mismo día; llevaba trece horas sin parar con el esquema de actividades que ya estamos viendo... y sencillamente me encontraba cansado. Normalísimo e inobjetable.

A las 05:00 am. del día 4 de enero de 1987, domingo, los almuédanos de todos los minarettes forman un escándalo de aúpa, con su llamada a los rezos. Lo podrían hacer a pleno pulmón, hasta reventar, en vez de servirse de los medios de horrisona megafonía con los que agreden y ofenden a los no creyentes. Los acentos, mitad arenga, mitad canto, mitad plegaria, llegan hasta mi habitación, la taladran. La ciudad entera parece llenarse de la escandalera religiosa. Menos mal que ya estoy despierto. El trato en el Hotel Marriott es exquisito: al darte los timbrazos así llamados "de despertada" la telefonista o la cinta grabada te desean un buen día. Y un buen día, un día enorme era el que a mí me esperaba. Supongo que desayunaría principescamente en el comedor de planta anfiteatral. Luego me encaminé a la Agencia. Pasados seis minutos justos de las 07:00 horas se presentó el conductor a quien conocí en ese mismo momento y no antes. El hombre, jordano por los cuatro costados, se disculpó profesionalmente por los dichos seis minutos; había tenido un pequeño contratiempo de distracción con el mecánico del coche y me pedía disculpas, objetivas y pundonorosas. Me gustó aquel detalle; Puesto que durante toda una jornada iba a ser mi chófer, mi guía, mi compañero y... ¿por qué no?, mi confidente y amigo, aquel detalle tan espontáneo como realista de pedirme excusas por los seis minutos de retraso, que me constaba que se habían debido a fuerza mayor,...

pues, como digo, me predispuso favorablemente. Conducía un coche japonés, no estoy seguro de si se trataba de un Toyota o de un Dahiatsu; en todo caso, en buen estado. Me lo había traído limpio, oreado, a punto, como para hacer un viaje largo. Porque, no se olvide, se trataba de un viaje de alrededor de 650.- kms., trescientos veinticinco de ida y otros tantos de regreso. Desde Amman a Petra había que recorrer más de la mitad de la mayor distancia que existiera en Jordania entre norte y sur absolutos.

Decidimos hacer el tramo de ida por lo que de manera convencional se llama allí la "carretera de los castillos" o Ruta de los Cruzados, porque se pasa por sitios donde se conservan restos de las fortificaciones de los cruzados. En realidad el nombre oficial de dicha vía de comunicación es King's Highway [Autovía del Rey]. Yo me encontraba en la mejor de las disposiciones de espíritu, magnánimo, sobrado de recursos, y así no puse grandes objeciones a que el taxista se detuviese en uno de aquellos baluartes, presuntamente correspondiente a las ruinas de un antiguo castillo... y que ahora el gobierno jordano lo había habilitado como punto turístico. Se trataba de dar una propina al guía o empleado que allí se encontraba al cuidado del lugar. Accedí, como digo, no sin dejarle claro a mi compañero que era la última vez que me bajaba del coche hasta llegar a Petra; que lo mío era ver cosas sobre la marcha; que cada viajero siente y percibe de una forma distinta, y que no tenía que alarmarse ante mi aparente falta de interés por ruinas y por restos de antiguas edificaciones, porque en España poseíamos cantidad de todo ello, y que mi cupo vital había superado holgadamente la medida que pudiese corresponderme en lo tocante a visitas de restos de bastiones y de bobadas parecidas. Continuamos la ruta, y sí recuerdo que el ámbito paisajístico cobraba más y más argumento. Era fácil trasladarse a tiempos pretéritos, a nudos históricos de apretado sentido. Dejamos a la derecha el Mar Muerto, que en todo su trazado longitudinal, nortesur, constituye frontera natural entre parte de los territorios palestinos del West Bank y la propia Jordania.

Llegamos a Petra. Serían las once del mediodía. Antes de

entrar en materia, como no podía ser de otra manera, le recibían a uno los tenderetes, los puestos, los beduinos guías que alquilan las bestias de carga para hacer el recorrido; lo típico en estos casos. Pero el sitio tiene una cosa esencialmente buena; y es que la entrada propiamente dicha a la ciudad, al verdadero emplazamiento de la ciudad de Petra, está a un kilómetro y medio aproximado de donde tiene lugar toda esta otra mercadería preliminar. Se supone que el turista concierta allí los servicios que desea, de forma que el célebre pasadizo o garganta desde la cual se atisba el primero, el más frontal de los edificios de la "ciudad rosa", queda únicamente transitado por todos aquellos que, o bien solos, o bien acompañados, han adquirido ya el boleto de peaje y se han desglosado del lugar de reunión multitudinaria de llegada al complejo turístico. Creo que tuve suerte. Sí, creo que tuve suerte porque mi chófer pudo muy bien haberme "vendido" un programa de actuación que me hubiera resultado poco afín con mis posibilidades y aptitudes. Podría haberme vendido, por ejemplo, haber contratado uno de los muchos guías acemileros que por allí se hallaban, esperando al turista. Normal. Para eso estaban ellos allí, y para eso viajábamos nosotros allí también. Mi amigo el taxista podría haberme vendido cualquier diseño operativo, tocante a cómo acometer la visita de Petra, en la seguridad de que, de haberlo hecho así, a él le hubiera llegado una parte substancial del pago en concepto de comisión. Pero no. Aquel hombre era honrado, servicial sin servilismo y profesional. Por razones que a él sólo corresponderían necesariamente, se percató del tipo poco convencional de turista que yo encarnaba, no en vano habíamos dispuesto de casi cuatro horas de camino para intercambiar y pelotearnos puntos de vista y valoraciones vitales. El caso es que le dije al hombre que... yo prefería adentrarme solo, sin compañía alguna, por el pasadizo o desfiladero, y una vez dentro de la ciudad acometer el recorrido por mi cuenta, sin más brújula que mi intuición; que qué le parecía si me daba... de tres horas a tres horas y media máximo, y me esperaba allí mismo, donde habíamos dejado el coche, en aquella concentración de tenderetes y puestos y corrillos de transacciones de la llegada. Al hombre le pareció bien. Además, así

podría comer algo si tal era su costumbre y deseo; o rezar, si en tal franja horaria se acomodaban algunos de los momentos de oración del día. El hombre me repitió que le parecía bien y que allí estaría esperándome, volviese cuando volviese...

Un acierto. Un enorme acierto. Puse manos a la obra, o mejor, hice trabajar a mis piernas. Me encontraba plétórico, colmado de fuerza, con el reto enfrente de mí, en su maravillosa concreción. Tenía 50 años y aquella visita constituía mi última prueba de aquel viaje mío que concluía allí mismo, precisamente allí. Y había que dar la talla. Y había que darla allí y entonces. Y la di. Camino del desfiladero, "cleft in the dark rocks", dejo atrás el paso de las caballerías que llevan turistas encima. Voy enfebrecido, como en mis mejores tiempos. En efecto, nada más trasponer el desfiladero citado se encuentra uno frente al edificio acaso más significativo de todos: El Khaznah o Tesoro de Petra, excavado a guisa de repujado arquitectónico en la cara de la montaña de piedra arenosa de color rosado. Allí, dentro ya del recinto propiamente turístico, todavía se cuenta con la posibilidad de alquilarse un guía para cumplimentar el recorrido. No, no quiero guías de ninguna clase. Sin embargo, y por pura cautela elemental, pregunto a una pareja de alemanes, que han dado por terminada la sesión, y me indican amablemente la dirección, más o menos, del circuito. Porque lo que le ocurre a Petra le ocurre a otras ciudades – y estoy pensando en Berlín – y es que junto con los edificios de que en cada caso se trate, existe una inmensa porción de ámbito vacante, de eso que genéricamente entendemos por "campo", donde es imposible poner puertas...

Comienzo de nuevo a andar, a subir y a bajar, mirando, anotando en la conciencia... esos golpes acaparadores de generalismos. No he querido hacer uso de ningún folleto explicativo; hubiera sido perder demasiado tiempo, entrar en minucias, fijarme en el particularismo de unos cuantos árboles y haberme perdido la magnificencia en bloque del bosque. Pues así sentí yo que me ocurría. Disponía de tres horas y media y no era cuestión de perder el tiempo con meticulosidades relamidas y melindrosas. Así que había que

andar, correr, triscar, patear. ¡Qué formidable motor es el estímulo! ¡Qué gran afrodisíaco de la voluntad es el mito! Estímulo y mito se concentraban en las bodegas de mi alma en cantidades fabulosas. Anduve, corrí, trisqué, subí, bajé, pateé. Aunque guardando vagamente el sentido de la dirección circular del recorrido que muy *grosso modo* me han facilitado los alemanes, percibo que mi ritmo terrible me está separando..., en todo caso y por supuesto, del punto al que irremisiblemente tengo que regresar, para adentrarme una vez más por el desfiladero Siq y re-encontrarme con el taxista. Un hombre como yo, andando deprisa, un punto menos que corriendo, puede trasladarse varios kilómetros, en cuestión de no muchos minutos, aun en tropías zigzagueantes. Sí, varios kilómetros. Recuerdo que subí una larguísima escalinata: por cierto que en su cima dejé escrito mi nombre en una de las piedras que conformaban un recodo de la senda, con un trozo de ladrillo, como pude, lo más establemente que pude, aunque sin grandes esperanzas de que aquello perdurase. No, "one cannot win them all". Haber tenido a mano, haber llevado conmigo un bote de 'spray' sonaba a quimera voluntarista. Había lo que había y no era cuestión de darle vueltas. Aquel trozo de ladrillo o yeso duro con el que grabé los trazos de mi nombre se me desmoronaba, pero hice lo que pude. Me había encaramado hasta lo alto de aquella escalinata con el propósito inocente de intentar orientarme; bueno, era un decir. Había subido y bajado tanto, había torcido en una y otra dirección tantas veces, que de aquel primer núcleo de monumentos más o menos cercanos a la entrada no se divisaba nada en absoluto. Miro, lanzo, proyecto la vista todo lo que mi capacidad me permite y es el caso que no diviso nada; no veo absolutamente nada ni a nadie. En un momento me encuentro radicalmente solo. En estas más de dos horas que llevo pateando aquellos parajes - es bien probable que haya cubierto doce o quince kilómetros. Estoy perdido, así de simple. Me he ido saliendo por los ribetes exteriores de los edificios monumentales, y adentrando más y más en el campo. Estoy en el medio de "nowhere". Aquello, más inmenso que nunca ahora, se me aparece como un gigantesco anfiteatro, repleto de ondulaciones, de simas y de pequeñas

eminencias. ¡"Wow"! – parezco decirme. ¿Es posible que haya cubierto esta enormidad de distancia? No, no era posible: era seguro. Acaso esa fuese una de las procelosidades de ir solo, sin guía por aquellos andurriales. Pero lo hecho, hecho está y no era cuestión de arrugarse. Cuento aún con bastante tiempo para llegar al taxi a la hora fijada. Y hago hincapié en subrayar este detalle, porque se trata únicamente de que mi sentido estricto de la puntualidad no se menoscabe ni sufra detrimento alguno. A mi amigo el taxista no le suponía absolutamente nada esperar todo el tiempo del mundo que fuese necesario. Estoy perdido, pura y duramente extraviado: comulgo con un hecho tan brutalmente simple, tan pura y duramente claro. No se me ocurre nada más cinematográfico y escandaloso que gritar, por si alguien asoma, modificando la superficie de la epidermis de todo lo que mi vista abarca, y se convierte en mi interlocutor. De momento no veo a nadie; parece que nadie me oye. Sigo caminando, ahora con prudencia, más con el propósito de avizorar yo desde alguna buena cota, que con el deseo de cubrir distancia alguna, ya que en un estado tal de ignorancia situacional de las cosas, lo más probable es que enconase aún más mi error acumulando metros y metros del camino que debiera tomar. En uno de estos cambios anhelantes de postura distingo, siempre a lo lejos, realmente a lo lejos, una... como cabaña, covacha, en la ladera de uno de los cerros..., y distingo también que junto a las ovejas, bueno, supongo que ovejas o cabras que se mueven, se mueve asimismo una figura... sí, una figura humana, alguien. Atisbo un agujerito de esperanza; gesticulo, grito, al tiempo que echo a andar en dirección al punto de referencia. Voy desalado, algo preocupado ya por perder el tren de las horas y caer en franco desacato de la proporción y de la medida. Me acerco, me sigo acercando... ahora ya me parece que mis gritos han producido efecto. La figura que se me antoja de mujer se ha quedado extática, expectante, allí, a unos metros del ganado, junto a la entrada de una vivienda en las escarpaduras bajas de las moles de piedra arenosa de un cerrete...

Se trata, en efecto, de una figura de mujer que ahora corre hacia mí; sí, es una figura de mujer, una mujer, una beduina, toda

vestida, tapada de negro menos media cara. No sé, podría tener – me digo – entre 15 y 50 años. Yo, sin acercarme del todo a ella, gesticulo de la manera más inerte, como diciendo... "aquí estoy, un desastre de hombre que se ha perdido, a merced de lo que queráis hacer de mi"... al tiempo que pronuncio la palabra salida en todos los idiomas del mundo que vienen a mi cabeza: exit; way out; sortie; Ausgang; uscita... salida, y vuelta a repetir en el mismo orden o en orden cambiado idéntica letanía. Ahora es ella la que se acerca a mí. He conseguido ganarme su confianza. Es una pastorcilla del lugar, que está cuidando del ganado por aquellos parajes de junto a su vivienda. Sí, se acerca a mí sin recelo, y empieza a dirigirme, a apuntar con su palo hacia una dirección, al tiempo que pronuncia algo que sólo cuando lo repite media docena de veces interpreto como "this way" y que en un principio me sonaba a algo así como "this one, this one" y que, obvio decirlo, me confundía lastimosamente. ¡Ah, ya! Así que, *exit*; way out, exit, exit... era por allí, this way, muy a mis espaldas, muy en una dirección que nunca se me hubiera ocurrido. ¡Ah, claro, ahora lo veo claro!: he discurrido por aquel vallecillo y he venido a parar hasta... donde me hallaba en ese momento. El despiste ha sido mayúsculo, monumental, "de cartel de no hay entradas"! Saco del bolsillo un billete de 5.- \$ USA y se lo tiendo, al tiempo que le pregunto en árabe cómo se llama, pero confundo las expresiones que el egipcio taxista amigo mío de El Cairo de hacía once años me había enseñado, y en vez de ¿"Cómo te llamas"? Ismac ke?, le digo "Inti gamila.- Qué bonita eres" Simultánea con su acto de rechazar mi dinero ella se sonrío y en un prodigio de intuición adivina el sentido de mis palabras, y por toda contestación me devuelve otra palabra:

– Fahtma [Fátima], su nombre, que era lo que yo buscaba y torpemente confundí. Preciosa mujer. Precioso momento. Primorosa epifanía, allí en medio de una nada ebria de esencialidades, ahíta de motivos vivenciales y solidarios. Aquella mujer, aun con mis palabras erradas había entendido mi pregunta. Pues bien, Fahtma, Fátima: yo aprendí a amarte aquel momento; de tal forma y tan bien, que todavía sigo amándote, sin intermediarios, en un negocio puro que nos

perteneció a tí y a mí sin aleaciones. La tomo rápidamente la mano, se la beso, pego un respingo y echo a correr en la dirección que me indica. En menos de media hora me encuentro en el enorme vestíbulo arquitectónico de la entrada a Petra. El aproximadamente kilómetro y medio de recorrido hasta donde se encontraba el taxista lo hago en compañía de una señora suiza de 78 años: llevaba unos magníficos zapatos gordos, de piso de goma vulcanizada, y andaba estupendamente. De excelente podía calificarse su inglés también. Decía haberlo aprendido porque como lo hablaba todo el mundo, ella quería comunicarse asimismo con todo el mundo. Admirable mujer, de esa casta centroeuropea de hembras irrompibles que han visto de todo, que no se arredran ante nada, y que adoptan una actitud deportiva y realista ante las cosas. Admirable mujer, sí, a la que mi alma rinde homenaje en una recoleta hornacina de la memoria. Faltaban aún cinco minutos para alcanzar la cota máxima del plazo horario fijado.

El camino de regreso a Amman lo realizamos por la autovía así llamada "del desierto" que es, sin embargo, la mejor y principal de todo el país. Me voy fijando en que la mayoría de las casas que aquí se construyen dejan al aire las barritas de hierro del cemento armado por si en el futuro continúan la edificación hacia arriba. También pensé que para dedicar en Jordania una visita monográfica a Petra, lo más conveniente sería alojarse en el Hotel del aeropuerto Alia, el segundo del país, que se encuentra a 35 kms. de Amman en orientación sur-este. En total, y considerando el suplemento de milleaje que me hicieron pagar por mi billete de avión, este viaje me ha costado mucho, pero que, una vez más, si se considera la unicidad especialísima de lo visto y experimentado, la buena forma física y espiritual en que di cima a toda la aventura, llego a la conclusión de que fue una ganga, un precio de saldo.

El único detalle reseñable, antes de embarcar en el avión hacia París, fue una conversación que sostuve con una empleada en el cambio de divisas en el aeropuerto de Amman. Se trataba de una mujer bonita, con inmensas ganas de agradar y de hablar con

alguien... como yo. No había ningún otro cliente que requiriese de sus servicios, y una vez que cumplimentó mi asunto, reconvertir los dinares que me hubieran sobrado, se puso a charlar conmigo. Mostraba la pequeña ansiedad que aparece en el gesto de todo aquel para quien su interlocutor encarna algo novedoso, de exótico o simplemente de redentor, de renovador. Comprobé que Jordania era, como bien lo habíamos colegido, un paisillo que estaba en la cuerda floja de los grandes intereses geopolíticos. Si por un lado no podía ser amigo de Israel, por otro, y al mismo tiempo, no podía ser enemigo de los amigos de Israel; ni mucho menos podía enemistarse con sus poderosos vecinos Siria e Iraq, con los que, como sabemos, comparte frontera por el norte y noreste, dejando a un lado a la todopoderosamente neutral y ambigua Arabia Saudí por el sureste. Y la chica ésta, de mirada melosa, suavemente hechicera, encerraba encanto y súplica, entrega y una como petición de regalo de amistad en estuche extranjero. Estuvimos hablando unos diez minutos. Entendí que los jordanos podían salir del país con algunas restricciones; que todo era cuestión de proponérselo. Todo eran sugerencias e instancias indiciarias en sus palabras, como que... más que preocuparse de salir de Jordania, lo que prevalecía era saber quién estaría dispuesto a interesarse por una nativa de un país tan comprometido, cuya neutralidad dependía del movimiento de un hilo. Nosotros los españoles, que acabábamos de ingresar en la Unión Europea, disfrutábamos de un poquito más de crédito que, digamos, unos meses, unos años atrás. Y esta jordana, entre castaña y rubia, de entre 25 y 30 años, exquisitamente proporcionada de gesto, de volúmenes de chasis y de proyección de espíritu... Pensaba yo que el mundo está repleto de criaturas esmeradamente discretas, acomodadas en la peripecia que la contingencia de haber nacido en tal o cual país comporta en cada caso. Aquella era una preciosa mujer, con carga intransferible y personalísima de fatalismo geográfico, de determinismo social, pero que en aquellos diez minutos en los que intercambiamos linfa de alma, desempeñó con papel de protagonista uno de los más valiosos cometidos para la historia del corazón.

Llego a París, en mi última escala ya camino de casa, todo esto el 5 de enero de 1987, lunes, y por fin me he re-encontrado con mi hora que he guardado celosamente durante todo el viaje, desde un máximo de seis de diferencia en Indochina y Tailandia, pero sin haber tocado nunca el reloj, que ha estado marcando siempre la hora original, mi hora española. Ya en Granada, con la Agencia Meliá que me había expedido el billete de avión, comprobamos que los de las líneas jordanas parecían estar en lo cierto: técnicamente trabajaron de lo lindo y me aplicaron la tarifa y los reglamentos vigentes. Lo que queda sin explicación – a menos que hubiera que atribuirlo a negligencia de los de Meliá – es por qué la cantidad de millas de sobra de que disponía mi billete no pudieron ser afectadas al tramo que yo necesitaba en un momento dado: un misterio más sin resolver entre tantos otros. También desde Granada escribí a la Embajada de Jordania en Madrid, por lo relativo a la obtención anticipada del visado. Las cartas, la mía y la de los jordanos, explican... las explicaciones por sí solas. Aquí se reproducen.



9 de enero, 1967

Ref: Visado de entrada en Jordania

Excmo. Sr. Embajador de Jordania en España  
c/ Martínez Campos, 41  
MADRID

Excmo. Sr. Embajador:

Es mi penoso deber exponerle una importante queja respecto de los servicios de su Embajada.

Quise de regresar de Jordania, donde he pasado dos días con el primordial propósito de mi visita a Petra, cosa que he llevado a cabo felizmente. Con dicho motivo, hace algunos meses telefoné a su Embajada para informarme de si, con pasaporte español, había falta, o no, visador y en caso de que hiciera falta, si se podía obtener en el momento de la llegada al aeropuerto. Una voz femenina muy cordial me puntualizó que era absolutamente necesario sacar el visado de intencón en Madrid, para lo cual se facilitó las horas de oficina de su Embajada. Unos pocos días antes de iniciar mi viaje, volví a llamar a la Embajada por un prurito de seguridad y de exactitud, para preguntar por el mismo asunto de mi llamada anterior. De nuevo, la voz cordial y femenina se volvió a puntualizar, más terminantemente si cabe, que había falta visado.

Buen. Yo trabajo en Granada, como profesor de Universidad (Doctor en Letras y Doctor en Leyes), y la obtención del visado aereod, huelga decirlo, gastos y, sobre todo, molestias considerables y situaciones análogas a mi pasaporte, fuera de mi poder, demandando varios días al cuidado de una Agencia de viajes, etc., etc.

¿Cuál es sería mi estupor y mi indignación cuando a mi llegada al aeropuerto internacional de Amán comprobé que los visados se obtienen allí mismo y, para más ironía, por menos dinero del que hay que pagar en Madrid. ¿Cómo entender esto de un país con el que nos unen fraternales e históricos lazos? Bien entiendo que sería desahogado hacer responsable a un país entero de un incidente así, pero, ¿cómo es posible que en su Embajada se difunda tal nefasta información para los intereses del turista, los míos en este caso?

Señor Embajador: creo ajustado a Derecho y a equidad una satisfacción y un reembolso de los gastos incurridos en el asunto de mi visado de entrada en Jordania. La reputación turística de tan precioso país, y lo que personas específicas y amster de la armonía como yo podemos decir, y más que nada, pensar de él, creo que bien lo merece.

Respetuosamente  
  
Tomás Ramos Orea  
Ph. D., LL.D.

Amirgali  
del Islam Turkmenistan  
1991



دولت قۇرۇلتايى  
1991

1991



1991

1991

1991

1991

1991

1991

1991

1991

1991

1991

1991

1991

Como también queda explicitado con suficiencia el asunto del aerograma que nunca fue recibido por el destinatario, y que entregué para su franqueo a la tripulación de la Thai. Cartas que también quedan aquí incorporadas. Bueno, lo que más propiamente quiero decir es que no se encontró ninguna explicación satisfactoria para el hecho de que mi aerograma no llegara nunca a la persona a quien iba dirigido.

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
FACULTAD DE LETRAS, Cartuja

DEPARTAMENTO DE  
FILOLOGIA INGLESA

GRANADA, Spain

February, 23rd, 1987

Mr. General Manager  
Main Office  
THAI AIRLINES  
Bangkok, Thailand

Ref: Flight Frankfurt-Bangkok, TG 935  
Business Class, 16 December, 1986

Dear Sir :

It is my most unpleasant duty to place a complaint to the General Management of Thai Airlines. The reference flight was wonderful. The stewardess attending us was a true model of exquisite femininity, competence and courtesy.

Upon our arrival in Bangkok, I handed to a main crew member a letter, just like the one I am enclosing herewith, and kindly asked him if he, on behalf of Thai Airlines, could provide for the adequate postage, and post it for me. He willingly agreed to do so.

It so happens that the letter seems to have never been posted, as it was addressed to a close friend of mine, and he never received it. It was a very important letter, written aboard the flight of reference.

Could you check on this matter? It would still be very nice for my friend to receive the said letter.

Thanking you in advance for your cooperation,  
I remain

Sincerely yours

  
Tomás Ramos Grea  
Ph.D., LL.D



# Thai

The Royal Air Force  
25 Market Street, Bangkok 100, Thailand  
Tel: 02-254 0000

Mr. J. W. Brock  
University of Glasgow  
Department of English Philology  
Glasgow  
Scotland  
G12 8RH

RR/SK 2808-09 00

18th March, 1987

Dear Mr. Brock,

Thank you for your letter of 12nd February, 1987 written concerning your flight from Frankfurt to Bangkok on board B 735 on 16th December, 1986.

We were delighted to learn that you enjoyed your flight and that the service was satisfactory. We do try to make each flight a memorable experience, with the unshakable intention of seeing you back aboard.

We are sorry to report that we learnt that your letter did not reach the addressee and after a thorough check we are certain that this was delivered to the post office but mailing along with other company mail. We can only assume that your letter must have gone astray in the mail and we are pleased to assure you that no other occurred on our part.

We look forward to making you welcome on board THAI International's Royal Orchid Service again during your future travels. Until then, we send you our best wishes.

Yours faithfully,

THAI International  
25 Market Street,  
Bangkok 100

Chatchawan Kungsa-Soontha  
Marketing Vice-President

Con quien si que me enredé epistolarmente – y telefónicamente – [y mucho más de la cuenta, me atrevería a valorar], fue con la empleada de la oficina de las Líneas Aéreas Reales Jordanas, en Amman, la guapa Salam, con la que de forma tan accidental y volandera había entrado en contacto. Recordemos brevemente: cuando la re-confirmación de mi vuelo a Madrid, y la puesta a punto de mi billete, mi incumbencia directa había tenido lugar con el señor joven administrativo, tan dado al cante, y que me había propiciado exhumar, nada menos que... no sé si llamarlo melodía, en todo caso salvaje, de "La Ramona" tal y como la interpretaba Fernando Esteso. Como la recomposición del billete tardara su tiempo, y ya rotas las compuertas de la inhibición, aquello me había permitido canturrear a placer en todo el ámbito del local. Las otras dos personas receptoras de la materialización de mi arte fueron sendas bellas empleadas que también trabajaban allí, junto con el señor que se entretenía con los tecnicismos de mi ticket. Una de las chicas, en la primera ronda de merodeos cortejantes por parte mía, me dejó caer que tenía un... ¿novio?, pues sí, venga, un novio español, que trabajaba de ingeniero en CASA; lo cual me aligeró el procedimiento de dedicar ya el grueso de mis escarceos y mariposeos a la otra chica que, en color castaño-rubio de pelo y estatura algo más elevada que su compañera morena, en nada desmerecía de ésta última en credenciales de atracción. Tan es así que al acabar el ajuste de mi billete ya nos habíamos intercambiado una tarjeta mía, y el nombre y la dirección tuyas escritas en un trozo de papel. Se llamaba Salam Shahatit, y me había dejado especificaciones sobre teléfonos, télex, y horas en las que se encontraba en la oficina. Una vez que en España las cosas comenzaron a marchar con la normalidad de la costumbre controlada, me enfrenté al reto lírico que aquel encuentro comportaba. Mi experiencia con el Islam era prácticamente inexistente, si descuento el singularísimo pasaje de la marroquí Najiat Abdelmalek, en 1969, cuando mi travesía del Sahara; niña encantadora, de un pueblito del Marruecos menos conocido, Immouzer-des-Kandahar, en la carretera que va desde Fez hacia el sur más inhóspito del país, sobre

todo en aquella época pretérita tan carente de infraestructuras ni siquiera básicas. Aquel contacto epistolar con Najiat – yo desde Canadá y supletoriamente desde España; ella desde su Marruecos – había por lo menos revelado lo más acuciante, lo más valioso de una dicotomía: la de la desestimación de un país por... país; y al mismo tiempo, la relevancia persuasiva de una de sus criaturas que, como persona, desentendida de todo contexto geopolítico e histórico, se había erguido en mi conciencia como una de las realidades más hermosamente recordables en todas las peripecias de mi espíritu. ¡Qué cierto es que nos atrae lo desconocido, todo aquello que mantiene entreabierto el estuche del misterio y de lo exótico, con una vaga promesa, tan real como quimérica, de halagarnos el alma mediante un premio único para cuya celebración tendremos que levantar un aposento especial en nuestra morada interior!

En estadística absoluta de orden Salam sería entonces la segunda mujer perteneciente al mundo del Islam que se presentaba dentro del espectro de mi actuación posible. Para empezar, no hay ni la más ligera duda de que yo le había caído bien: un hombre cuyo billete mostraba escalas y estancias en media docena de países y lugares fuera de lo convencional; un hombre que, según pudieron conocer, se había gastado una pequeña fortuna en las 48 horas de estancia en Jordania, visita incluida a Petra como *leit motiv* del viaje; un hombre que había conectado con lo más temperamentalmente desinhibido de eso que, de manera lata, entenderíamos como casticismo o pintoresquismo ibérico... un hombre, en fin, que había puesto sobre el mostrador del alma de Salam un voucher gratis y multiusos, de ofrecimiento de amistad, de posibles escaramuzas de encuentros futuros y vivenciales, etc... un hombre así no podía caer mal a nadie a menos que este "nadie" tuviese colmadas, si no obstruidas, todas las celdillas del panal de sus apetencias e inquietudes. Lo cual no era el caso de Salam. Por supuesto que tuve que ser yo quien la escribiera primero. Guardo todas sus comunicaciones, en forma de tarjetas navideñas, excepto la última y postrera, ya sin seguimiento ni continuación y que se trató del formato

de una cartita, más o menos convencional. Su registro inicial, con diseño de tarjeta floreada "printed in UK" data de finales de 1987 y comienzo de 1988. Me dice: "Thank you for your nice letter. Hope we will be in touch... Love Salam xxxxx Hope you still remember me". Así que no hay duda de que yo en el curso de aquel 1987 que co-estrenara en Jordania, tuve necesariamente que escribirle a Salam, según el recibo que ella misma acusa, en los términos transcritos. Luego, acaso por eso de que la distancia salva tentaciones y peligros, y se siente uno más desembarazado de todo, termina su postal con el logograma de las cruces/equis/estrellitas/asteriscos que simbolizan epistolariamente el concepto de ósculos. De diciembre de 1988 conservo asimismo una postal navideña suya, modelo UNICEF, con parecidos términos a la anterior, y con el consabido "Love Salam xxx" como colofón. La siguiente postal navideña tal vez datara de dos o tres años después; y digo esto en razón de que, de un lado, no portaba fecha alguna; y también de los propios términos en que estaba redactada, de otro. Dice entre diversas cosas más convencionales: "I'm missing you and your letters". Así, parece que yo había dejado de corresponder con Salam... ¡Quién sabe! Si a una mujer le da por pensar que un mes, o una semana es una eternidad, pues es una eternidad. No creo que tal fuera mi caso, aunque con toda probabilidad yo supongo que habría espaciado mis comunicaciones... "Long time no hear anything – why?", incluido truncamiento sintáctico de la frase – demasiado bien se expresaba la chica –, ahora, en el momento en que esto escribo, mitad de 2003, me entero de eso que me cuenta, de que por lo visto dejé de escribirla. ¡Y yo qué sé por qué! Pero cualquier razón serviría: porque el tiempo redondea, primero, los pináculos del interés; luego los aplana; más tarde los borra. "Keep in touch. I really do like you. Love Salam xxx". Me dice que es cierto..., que la caigo bien, que soy de su agrado, y me envía los logotipos convencionales de besos misivos. La siguiente la recibí el 10 de enero de 1992. Se trata de un bonito formato de tarjetón color crema, de tres hojas, dobladas tipo retablo reproducción limitada de un (o una) tal Samia Zaru "Private Collection 1978" . Entre otra

información consuetudinaria, como la de que está todavía trabajando para la Royal Jordanian Airlines, me dice: "I know you are angry of [at] me. But pls [please] forgive me as I'm long in writing". Bueno, lo que exactamente dice es que se retrasa mucho en contestarme, y que la disculpe, etc., etc. Su despedida es la proverbial: "Love Salam xx". En la parte derecha del tríptico de cartulinas me vuelve a especificar, aún más concienzudamente si cabe, sus teléfonos, sus horas de trabajo, y me invita a que la llame. Bien. Ésta es una dimensión ligeramente novedosa. El telefonazo me parecía la antesala de algo inmediato, de un "voy a verte tal o cual día", etc., o cosa por el estilo; y hasta ese momento, motu proprio mío, o no me lo había planteado; o si planteado, no me había resuelto a ponerlo en ejecución. Por supuesto que el plato más socorrido de mi menú operativo era – naturalmente y ¿por qué no? – ... era el de invitarla a volar a Madrid y quedarse en España conmigo todo el tiempo que le pareciese oportuno, me hallase yo donde me hallase (Alcalá de Henares, Granada, etc.) y cualquiera que fuese la época del año....

Creo que el punto más alto de mi ascensión emocional se produjo a raíz de su felicitación de Año Nuevo 1993, en otra postal, de formato de tríptico como la anterior, y en cuya sección central adhería una foto suya en color. ¡Joder, esta mujer es una preciosidad! – me parece estar escuchándome decir. En efecto, la incidencia de la luz sobre su pelo, melena semi rizada y semi larga hasta rozar los hombros tan sólo, también le confería sobre su rostro un ademán de colegiala – camisa blanca con jersey oscuro, tipo chaqueta – con la ventana de su alma abierta a la curiosidad... de lo que yo, libre y crédulamente, interpreté como lo que asimismo mi alma pudiera ofrecerle. Bonita en un encofrado de arcano sereno, inquisitivo, esperanzado... ¡yo qué sé! En el texto de su comunicación me explicita un montón de cosas, de tipo personal, casi acuciantes. El grado de interés que mis cartas despertaran en ella no puedo ni siquiera conjeturarlo, como tampoco puedo – a más de diez años, en este momento, de separación de los hechos y de los estados de ánimo que estoy emperrado en trasladar literariamente –, como tampoco

puedo, digo, calibrar el grado de posible "infatuation" que mi alma desplegara hacia la bella jordana. El caso es que, como asimismo digo, Salam se explayó en esta tarjeta de primeros de 1993 en suscitar, mediante femeninas interrogaciones, cosas que, supongo, habrían picoteado sus cavilaciones durante los seis años transcurridos desde nuestro encuentro en una salva continuada de preguntas y de datos informativos personales. Me dice que no le cuento nada de mi vida privada; me pregunta por mi edad; y que si no tengo una compañera; a continuación me hace saber que ella, nacida... en tal fecha exacta, tiene consecuentemente treinta años, y que si bien, tuvo un "boy friend... but it doesn't succeed" [sic] dos años atrás, en el momento actual se halla libre y soltera. Termina con el deseo de que me guste la foto que me envía, y con el vocablo "Love" junto con el consabido logograma de los besos epistolares...

Sí, ahora creo y quiero recordar algo: en alguna de mis comunicaciones anteriores, y citando la sagaz y maniobrera respuesta que Cervantes pone en boca de uno de sus personajes de "entremeses" al ser preguntado por la edad, también repliqué yo: "La que conviene". Aun a fuer de incrementar las existencias de plagio que puedan contenerse en los depósitos de los menesteres humanos, confieso cándidamente que en más de una ocasión me he servido de explicitación tan garbosa, y supongo que a Salam le diría lo mismo. Pero el tema de mi edad no era lo que más la preocupaba, ni mucho menos; en esta cuestión parece que cuanto más hacia el Este se van concretando y articulando las culturas, los vasos comunicantes de las edades se compaginan mejor. Sin llegar a la regla de oro de Confucio que parece preponderar en la cosmovisión de, digamos, dos mil quinientos millones de seres [la edad ideal de la compañera se calcula dividiendo por dos la edad del hombre, y descontando de la cifra resultante el número indicativo de la decena de esa misma edad: ejemplo: hombre de 68 años: 33 menos seis, igual a 28]... digo que sin llegar a ésta así tenida como regla de oro de Confucio, dentro del mundo árabe, el principio islámico de concebir al hombre como "protector" de la mujer – y de ahí consentir hasta un máximo de cuatro

mujeres bajo su tutela – dispensa una alongación flexible del criterio por el que no repugna la diferencia marcada de edades entre el varón por el lado de la "seniority", y la mujer. Algo de eso debió de pasar con Salam. Yo estoy seguro de haberle dicho mi edad, aprovechando tal o cual relación de detalles en alguna comunicación previa, y... bueno, por ahí no había más problema que el de su propia curiosidad que la hubiera impulsado a plantearse, con carácter renovado, dicha indagación...

Lo que sí constituía para ella una verdadera intriga, sobre la que no parecía dejar de cavilar, era el hecho de que yo fuese un hombre soltero..., bueno, más que soltero, alguien que hubiera apostado "el resto" a la independencia y a la autonomía; no, sencilla, materialmente no le cabía en sus cabales. Me percaté de ello demasiado tarde; a efectos de mantener con Salam una más fluida anuencia comunicativa, comprendí entonces, y comprendo ahora, que ella hubiera podido digerir con infinitamente menos penosidad el hecho de que yo fuese un hombre... divorciado,... divorciado todas las veces que hubiera hecho falta, y que se hubiesen afectado a otras tantas relaciones anteriores periclitadas; a todas las relaciones que hubiesen podido concurrir en una persona. Todo ello Salam lo hubiera entendido... perfectamente. Sí, soltero e independiente en el momento de que se tratara, pero proveniente de una situación de casado, puteado, dependiente y encabronado. Ya. Fuese lo que fuese y como fuese, a raíz de recibir aquella felicitación de Año Nuevo, con foto incluida, yo recuerdo que mi infatuación por la jordana Salam creció peligrosamente. Como la imaginación es muy libre y sobre todo gratuita, y se despacha la cantidad de anticipaciones más afines con los presupuestos que se ha marcado, pues eso debió de ocurrirme a mí. Con los datos de aquella misiva, en forma de tríptico en preciosa cartulina de color de miel, yo tuve fatalmente que sentirme "comprometido", propiciado a horadar algo más en el panorama emocional – hasta entonces desconocido excepto por los menguados arañazos líricos de mis adivinaciones epistolares – de la bella hachemita...

Un error. Un crasísimo, un descomunal error. Tuvo que ser en algún momento de aquel trimestre de principios de 1993. Todavía existía operativo el edificio de Telefónica al final de la c/ RR CC aquí en Granada, ya cerca de Plaza Nueva. Considerando la hora de diferencia entre España y Jordania, y observando cuidadosamente la especificación de periodos de estancia en la oficina, en los que Salam me decía estar abordable y operativa; considerando y observando con rigor las pautas marcadas para en caso de actuación por mi parte, me decidí a llamarla. ¿Para qué? – me pregunto ahora. No lo sé. A pitón pasado, las mayores sagacidades y los mayores aciertos no dejan de ser estériles, puesto que cada cosa tiene acoplada la congruencia de su propia entidad en un aquí, en un ahora y en un para qué, y en un "a santo de qué". El caso es que hice funcionar el teléfono y que entre zumbidos más o menos aniquiladores del timbre de voz, perturbadores de la intimidad, adulteradores del ámbito de armonía de lo inteligible en el que se deberían acoplar estos trances emocionales..., el caso es que conecté con Salam..., bueno, algo, alguien que dijo ser Salam y que parecía hallarse en la situación menos comunicativa del mundo... ¿Debo insistir? Creo que no; creo que el lector se proporciona a su gusto la cantidad congrua de virtualidad como para representarse la improcedencia, la tremenda metedura de pata que supuso la malhadada llamada. ¡Por supuesto que Salam no dejó de dedicarme las frases de cortesía protocolaria, claro!; pero por sus palabras, a través de sus palabras quedó agigantada la inmensa inoportunidad de mi llamada. Me había puesto yo mismo en evidencia. Había descubierto, gratis y para nada, mi estado de ánimo; mi estado, incipiente o colmado, de infatuación. Un fallo, un lamentable fallo garrafal; de los que por desgracia sólo es dable percatarse cuando ya la cosa no tiene remedio. En casos así, el mejor, el único alivio es representarse uno como protagonista de algo luctuoso, materialmente lesivo, como... por ejemplo, ser víctima de un accidente y no poder contarlo... y de esta manera, por contraste tan acomodaticio, llegar a la conclusión de que lo ocurrido entraña la menor cantidad de

contrariedad y de perversión de todo lo que uno tenga capacidad de imaginarse. Bueno. Algún proceso parecido tuvo que reproducirse en mi mente...

La vida continuó, y el último, el absolutamente final testimonio de Salam fue una carta, una cartita en papel claro tirando a índigo suave, y sin fecha – porque a mi amiga jordana no parecía importarle mucho la especificación de los puntos temporales en que se acomodaban los hechos – en que, después de un "Dear THOMAS [siempre me he revelado contra la *h* espuria y anglosajonizante que muchos endosan gratuitamente a mi nombre]... después de tan convencional como esperado encabezamiento, comienza con... "I know you hate me a lot" [Me consta que me odias mucho] ¡Valiente tontería! Bien sé que Salam me escribía eso como provocación a un esperado y explosivo... "¿Pero cómo voy yo a odiarte, amor mío, si eres lo que más quiero y atesoro del mundo?", o cosas así. Eso, cosas de mujeres. Y lo simplemente cierto es que, en broma o en serio, se equivocaba de todas todas esta mujer si pensaba que en un corazón como el mío había lugar y tiempo, y oportunidad para un sentimiento tan desabrido, tan insolidario, y sobre todo, tan incompatible respecto de ella como el odio. ¡No, hombre, no! ¿Cómo te voy yo a odiar; en qué cabeza cabe semejante despropósito? Si tú me has dado pábulo a mis ansias de exotismo emotivo; si tú has mantenido la bujía de mi corazón encendida al proporcionarme remesas y remesas de óleo místico, que actuaron de afrodisíaco de mi voluntad. ¿Odiarte yo? Bueno. Como estamos en el secreto de algunas de las fórmulas expresivas de las mujeres, no te lo tengo en cuenta y seguimos comentando. Me dice a continuación que espera que me encuentre bien de salud y todavía sin emparejar [still not married]. Me sigue diciendo que no tiene idea de cuándo podría visitar Madrid, porque precisamente durante esa época de la que data su carta la moneda nacional jordana, el dinar, ha perdido valor en los mercados internacionales y... "everything is expensive". Termina: "I'm good in my job, nothing new, so forgive me Love Salam". Nada que perdonar, mujer. Perdóname tú a mí por no encarnar el tipo de hombre proclive

al "empapelado" que a tí te hubiera parecido más normal encontrar; perdóname el intempestivo telefonazo con el que te descoliqué en horario de trabajo, por mucho que tú me hubieses especificado esa hora como la óptima para llamarte. Perdóname por todo, por no haber ni siquiera rellenado una mínima parte del inmenso aljibe de tus expectativas.

En la despedida de esta carta de Salam ya no aparecía el logograma de los besos.

## **Alzira; Sandra: Río de Janeiro (Brasil) , agosto 1988**

Recalar en el lugar común de considerar que cada viaje obedece a una suscitación específica, parece, de tan obvio, hasta casi de impertinencia estética. El mejor de los impulsos es aquel que se sirve tanto de la fuerza original *a qua* como de la atractora *ad quam*. Aquel agosto de 1988 se me presentó abrumado de motivaciones; o mejor, de incitaciones sobresaltadas, premonitorias de algo que no acertaba a asumir. Lo primero de todo, mi estado de ánimo. Había salido devastado, materialmente y espiritualmente 'coventrizado' de mi encuentro con Maricruz Goenaga. La gestación de aquella crisis se había... desarrollado en toda su integridad en Granada. En mi *Un castellano en Granada: Memorias tergiversadas y recuentos olvidadizos* lo dejo explicitado y no es cuestión de volver sobre dicha fase del tema. Pero los últimos coletazos de anhelo voluntarista y de frenesí hacia el acabamiento tuvieron lugar en Alcalá de Henares, ya en mi casa, durante el resto vacacional del verano. Por si fuera poco, pesaba sobre mi espíritu la estúpida cargazón de mis responsabilidades como Director de Departamento, cosa que no hacía sino abrumarme de actividad de gestión, referida las más de las veces a la salvaguarda de los intereses de elementos indeseables que no buscaban sino mi descrédito y mi malaventura. Y por otra parte, un antiguo y temido plan: el de remover del ápice de mi nariz, mediante cirugía estética, el nevus o concentración de melanina, se hallaba en vías de agotar las fases de consideración y estudio previo, y demandaba un curso de acción, el que fuera o fuese; cualquier cosa menos pretender guarecerse vanamente en el limbo de la indiferencia. Rescaté la carta que un año atrás había enviado a Sonia, la cirujana, a quien conocimos Felixín Huerta y yo en 1984, y que tan amablemente nos trasladara al aeropuerto para nuestro vuelo de regreso a España. Prefiero que los términos escritos se expliquen por sí solos:

Alicaf de Huesca, 13 de Julio,  
1987

Querido Benja :

Desde mucho tiempo que me sé de Vd. Supongo que todo irá bien en su vida y en su trabajo. Me he vuelto a Brasil desde 1984, desde que nos conocimos, y siempre estoy pensando en visitar Rio una vez más. Pero es que, además, ahora, y siguiendo su consejo, creo que me gustaría operarme del lunar que tengo en la nariz; sería una sorpresa volver a España con un rostro nuevo - a new look!

Ahora bien, si en Vd. tan amable, me gustaría saber varias cosas :

1. Si puede y quiere Vd, hacerlo, o alguien de su entera confianza.
2. ¿Qué tipo de anestesia haría falta? Resulta que me horrorizan las anestias : sólo he experimentado pequeñas anestias locales, pero una vez en mi vida.
3. ¿Cuánto tiempo cree Vd. que tendría que estar hospitalizado? ¿Tendría que guardar cama? etc.
4. ¿Cuánto tiempo absoluto cree Vd. que transcurriría entre la operación y la normalidad total de mi nariz? O por lo menos, de tenerla que llevar tapada.
5. ¿Cuánto me costaría todo ?

Perdone todas estas preguntas, pero son necesarias. De esta forma combinaría una nueva visita a Rio y a mis amistades, con el cambio de ambiente (que Vd. me recomendó tan amablemente).

Sigo trabajando en Granada durante el curso académico, y las vacaciones las paso en mi casa de Alicaf de Huesca. Por cierto que dijo Vd. que iba a venir a España. ¿Cuándo? Mi viaje a Rio sería en el...

*Benja*

Así que, con el panorama que he pretendido presentar, quedaba

más o menos justificado el esquema de motivación impulsora, de un lado, y de incumbencia atractiva, de otro, que se conjuntaron para materializar mi viaje. De acuerdo: a Brasil, por... la que sería mi quinta vez; nada menos que mi quinta vez. Encontraba yo enardeciente, hasta redentor, el diseño como de compendio histórico que para solaz de mi memoria y de mi conciencia, trazaba yo de mis anteriores cuatro viajes. Cada uno – al menos, eso me parecía a mí, y en ello encontraba mi alma su beneplácito y su aquiescencia –..., cada uno se destacaba con rasgos que a falta de características más significativas yo los extractaba de esta manera: El primero otorgaría a mi experiencia una explosión de novedad, sobre todo descendiendo del 'Concorde' de la mano del multimillonario Edson Queiroz [Por cierto, que alguien me informa de que este hombre ha perecido en un accidente de aviación]. Me digo a mí mismo que las primeras veces no requieren glosa: 'Concorde'; Queiroz; Copacabana Palace Hotel (Apartamentos); garotas, Juan Nieto... El segundo comportaría una repetición, una comprobación del rapto continuado de complacencia del anterior. Me dedico a verificar cosas experimentadas ya, tan sólo por someter a prueba la maravilla espontánea; ejemplo: la búsqueda de Yvette, compañera de Sonia Regina [la madre de esta última, de paso y no se olvide, trabajaba de supervisora en el manicomio de Jakarepagua]. Fue el viaje de la "desconfianza en la credulidad" pues a mí no se me alcanzaba que hubiera tanta mujer asequible; y por ello conservaba direcciones y patrimonios de la memoria de otras; cuando lo cierto era, y seguiría siendo, que la marea del hetairismo se sucede, siempre igual y siempre distinta, como las ondas del mar de ahí enfrente. Y, además, aquel segundo viaje lo configuraban una serie de ulteriores escalas, hasta Chile, y más visitas a otros países. El tercero, el de 1980, sí que puedo considerarlo como excepcional, por la carga anecdótica que supuso su puesta en marcha y su realización. Me hallaba yo en la finca de nuestro amigo Guanís, en Alcalá de Henares, donde asimismo me encontré con los sobrinos de éste, Carlos y Margarita, ambos ejecutivos de cierto rango en Iberia. Había pasado yo un verano sin moverme de casa, y ante el reportaje conversacional

sobre Río de Janeiro con el que dicho matrimonio amenizaron la velada, pues acababan de regresar de allí, de vacaciones, como su primera visita... ante la espontaneidad de sus impresiones y sobre todo ante su desinteresado ofrecimiento de agilizarme una gestión para obtener cruzeiros allí mismo, en el aeropuerto de Barajas, ante todo ello... terminé por decidirme. Aquel viaje fue el emporio y la llevada a término de todo lo anterior porque, para empezar, fue Río y sólo Río el objeto de mi vacación. Con las motivaciones que en cada caso concurrieran, las dos veces anteriores Río había funcionado como punto de entrada desde el cual proseguiría hacia otros destinos de Suramérica. Pero en esta ocasión, no. Ahora se trataba de dedicarle a Río la duración total de mi viaje, en incumbencia monográfica. Y así fue como exactamente resultó. Margarita me proporcionó un buen puñado de cruzeiros a través de uno de los kioscos de cambio del aeropuerto. Todo ello ocurría en agosto, en su segunda mitad, de 1980, y todavía más en resumen, y como estoy diciendo, este viaje tendría su más caracterizada consigna identificativa en el refrendo, puro y simple refrendo, de todas las manifestaciones y hallazgos anteriores. Fue un halago que me concedí a mí mismo, primero, por mi consecución del Doctorado en Derecho; segundo, porque sin proponérmelo me había estado preparando atléticamente ese verano; y tercero, por la coincidencia ya referida, tan suscitadora, que supuso el encuentro con Margarita y Carlos en la finca de los tíos de este último, Guanís y Tere. El cuarto viaje podría llamarlo como el de la solidaridad compartida. Lo hice acompañado de un amigo de Alcalá de Henares, que se proponía [y lo llevó a efecto, hay que decirlo] contraer matrimonio ese mismo año de 1984. También estuvimos alojados en la maravilla de los Apartamentos del Copacabana Palace todo lo que duró nuestra vacación, y fue entonces cuando tuve la singular fortuna de conocer a Sonia Varela, la cirujana plástica a la que me he referido al comienzo de esta viñeta, y que en su momento me extirparía la concentración de melanina o 'nevus piloso' del ápice de mi nariz. También resumiendo, el viaje de 1984 fue el de la participación. Desde antiguo había estado yo contemplando la

oportunidad de compartir mis expectativas y mis relatos de complacencia en Río con amigos míos de Alcalá: Huerti, Julio Ganzo, etc. Y me vine, como digo, con el primero de ellos, sufragando de esta manera, a partes iguales, el costoso alquiler de los Apartamentos del Copacabana Palace. Fue el viaje de la solidaridad, del asentamiento definitivo de las cosas vividas, de cuya revivificación y refrendo nada mejor podría hacerse cargo que la distribución compartida con otros. Fue, asimismo, un viaje de siete noches en Río, por lo tanto con principio y fin previstos, ajustados y recortados previamente respecto de las fechas teóricas exigidas por el billete.

Retomamos el pulso narrativo presente. El billete de avión me lo había gestionado Jesús Fernández, el hermano de "Papi", el nadador y deportista con el que algunas veces habíamos coincidido en excursiones de competición, a la laguna de Peñalara por ejemplo. Jesús, también empleado de Meliá, duraría poco en la agencia que dicha empresa mantenía – y seguiría manteniendo hasta el momento de su cierre definitivo – en el Paseo de la Estación de Alcalá de Henares, ya que poco después se trasladaría a una nueva sucursal de Guadalajara. Pero tengo que decir que Jesús era un buen maniobrero en el arte de expedición de billetes, sujetos a los consabidos ajustes y restricciones, en su caso, y que en el momento de su emisión no era posible ni prever ni evitar. Cuando corresponda relataremos la jugada de fina estrategia de Jesús.

Lo que también esmaltó el prólogo de mi partida a aquel viaje a Río del 14 al 24 de agosto de 1988 fue que el día 13 recibí una llamada telefónica anunciándome la llegada a Alcalá, de paso en coche hacia el sur, y provenientes de una excursión por tierras aragonesas y catalanas, de mis fraternales amigos Antonio Enrique, Fernando de Villena y José Lupiáñez, acompañados de sus respectivas mujeres, y del hijo de A.E. y María, el entonces Orlandito chavalín de unos ocho años o así. Aquello parecía de broma, de tan magníficamente espectacular como se produjo. Como la llamada me la habían hecho desde una localidad de la carretera nacional II, de la provincia de Guadalajara, y a una hora más o menos de camino de mi

casa, ello me concedió todo ese tiempo para atiborrar el congelador de la nevera, de botellas de champagne rosado Perelada – pues por aquel entonces había encontrado una partida de dicha marca en el supermercado MACRO de Madrid – y procurarme queso añejo curado y pan. Con ello – pensé – hacía frente a la urgencia de cordialidad y acogimiento que la visita de mis queridísimos amigos me propiciaba. Creo que ninguno de nosotros nos defraudamos. Mis invitados llegaron. Les proporcioné conversación y esparcimiento estomacal. El más perjudicado, quiero decir, el que en menor medida pudo ver colmadas sus expectativas fue Orlandito, ya que como niño que era no encontró en mi vivienda..., no pudimos darle nada en mi vivienda que se adecuara a lo que una criatura de su edad estimaría cercano a sus aptitudes. No pudimos desglosarle el aparato de TV del salón donde nos encontrábamos los mayores porque yo no dispongo de ningún carricoche para tal fin, ni el sistema de cables tanto generales como de la antena del receptor pueden acoplarse en sitio distinto de donde han estado siempre. Así que el muchachito se quedó con nosotros, sesteando como pudo entre nuestro animado charloteo y sus propios pensamientos. El más pintoresco de todos, Fernandito de Villena. Por razones que a él solo se le alcanzarían, era el único que no parecía poder entretenerse largo y tendido, sino que prefería conceder a la parada de Alcalá de Henares una duración más bien menguada, simbólica. A.E., sabio, proverbial y mesurado, mientras se cortaba tajos de queso y los ingurgitaba con el caudal de arrastre del cava rosado, helado, en su punto,... objetaba con cordiales refunfuños al poco apego que parecía mostrar Fernandito por quedarse. Permanecerá en mi conciencia para siempre el gesto de suave reproche de A.E. a Fernandito por sus ganas de irse, al tiempo que le decía, más por autoconvencimiento que por intención, siquiera remota, de hacerle cambiar de idea: "Este champagne está muy bueno". Graciosos e inmensos los dos. Se llegó a una solución negociada, y todos partieron a buena hora, hechas las oportunas advertencias de que se abstuvieran de ponerse al volante aquellos que sintieran que su ingestión de burbujas pudiese haber sobrepasado la raya de lo sensato.

Este era mi primer viaje a Brasil después de haber traspasado la línea divisoria de los 50 años, instalado en los 52 exactamente. Ahora pretendo desplazar mis motivaciones desde lo puramente personal y placentero a un tipo de concordancia individual, de referencia válida en el tiempo. Vengo con la idea tal vez de una despedida definitiva, al menos en lo relativo al conjuro de exotismo sexuado e iniciático que supusieron mis otros viajes, el primero de ellos justo diez años ya antes, en 1978, el de mi arribada en 'Concorde'. Vengo también por encontrarme de nuevo con Sandra, la fiel corresponsal. Vengo asimismo por zafarme del mazazo proboscideo del marasmo impotente de Alcalá de Henares, en buena parte por razón de la espera de noticias de la criatura Goenaga desde Méjico. Posiblemente también por mi animosa aproximación a decidirme a operarme del lunar de la nariz. Por volver a saludar a Juan Nieto. Y por constatar de una vez por todas que la Historia genera sus resortes de expectativas y remembranzas en cada articulación puntualizada; y que tan presuntuoso resulta adelantarse al devenir, como distintivamente servil escudarse en la ya ido con la fugacidad del flujo. Yo llamaría, en fin, a este viaje como "de la consumación"; de quemar irrevocablemente la historia fenecida, la historia incapaz de producir energía nueva. Con este organigrama espiritual, y también con las zapatillas deportivas que esta vez sí me había echado al equipaje, me embarqué en el aeropuerto de Barajas para Río en aquella que sería mi quinta visita, el 14 de agosto de 1988.

El vuelo de Iberia esta vez era diurno, como yo siempre lo hubiera preferido. Despegábamos pasadas las 10:00 de la mañana, y por eso de la ganancia de horas llegaríamos a Río a eso de las 16:00 de la tarde. Hasta en ese detalle, en el del vuelo a horas 'civilizadas', en vez de la paliza de los trayectos nocturnos, que ni le dejan a uno descansar en casa, ni mucho menos en el avión..., hasta en ese detalle, digo, este viaje presentaba sus características terapéuticas, de desapego respecto de fines concretos o impuestos, si no entendemos como fin el de sacudirse la acedia y la desazón espiritual que por aquel entonces asediaban a toda mi persona. Por esas cosas que pasan caí

acomodado en una fila central de asientos en la que a mi derecha viajaba una pasajera brasileña con la que no tardaría en entablar la típica conversación de circunstancias. Se trataba de doña Clea Rezende, de Brasilia; mujer madura pero con ese distintivo de atracción que persiste en los rasgos tanto exteriores de la piel y de las medidas, como de la artesanía sutil de los modales y de las pequeñas ceremonias del trato. Charlamos de las cosas esperadas de estas ocasiones, y nunca dejaré de recordarla por el hecho de que me brindó desinteresadamente un piropo para que lo ensayara en mis encuentros con las 'garotas' de turno. Doña Clea me hizo saber que las chicas brasileñas, por lo menos las cariocas, gustaban mucho de que se las llamase "gatitas", y que uno de los cumplidos venidos de hombre que más carta de naturaleza tenía entre el mundo femenino era el de "gatita, qué bonita eres", que en brasileiro suena aproximadamente como "Gachiña, cómo eres bonita", en este orden preciso. Guardo de doña Clea una cartulina blanca con su dirección, que me escribiera durante el vuelo, y también esa misma dirección en un recorte de la parte del 'remite' de una carta, prueba de que nos correspondimos, al menos una vez, y ahora, haciendo memoria, vengo en precisar que yo le envié algunos escritos míos, pues ella me hizo entender que estaba versada en cuestiones de literatura y de humanidades en general. Por el lado izquierdo de la misma fila de asientos en que yo me acomodaba, viajaba un chico corpulento, casi calvo, algo desgarbado pero cordial en extremo; comunicativo, que, por su cuenta me abordó conversacionalmente. Trabajaba en una sección administrativa de Iberia, de no muy gran calado; pero aún así, me contó que el billete de ida y vuelta le había costado únicamente el monto total de las tasas; y que en vista de eso, se había animado a volar a Río, su primera visita a Brasil. Se llamaba Espín, así, por antonomasia, por lo menos en un principio, y tan cierto es lo que digo, que no puedo rescatar en este preciso instante su nombre de pila; él se encontraba más propio, más... haciendo que le identificaran por ese apellido tan con... sonido de picardía, de pellizco, de "pin"; de travesura. Nada que objetar. Nos participamos nuestros programas. El mío, alojarme donde siempre, en

un Apartamento del Copacabana Palace, y verlas venir, como de costumbre. Él llevaba reservado ya sitio, me parece que mencionó algún hotel de la Avda. Princesa Isabel. Le debí de caer estupendamente, ya que sin solicitud servil, sino con espontaneidad cordial, el chico me dijo que me buscaría para seguir charlando y para consumir algún rato de distracción paseando por allí, por la línea de playa de Copacabana. En eso quedamos.

"Río, o el juego de la continuidad". Tal sería el título voluntarista de la viñeta que ahora se quiere hacer cargo de ésta mi quinta visita. Busco la secuencia afectiva. Me hospedo en un Apartamento del Copacabana Palace. Me informan de que el ascensorista ha muerto; pero sigue el Sr. Branco en Recepción, y aquel otro de parecido a Christopher Lee. Algunos – me dicen – han sido trasladados a diversas dependencias. El "Bolero" lo están reformando y aparece recubierto con una coraza de madera por todo el exterior. No se sabe si cambiarán su destino de cafetería-restaurant, además de 'boite' con show artístico, a galería comercial de productos de vestimenta, según parece. El olor empieza a actuar de revelador del recuerdo. Es una humedad cuajada de complicidades. Me voy a un Apartamento del Copacabana Palace. Pero lo hago ya sin el total convencimiento de las veces pasadas. Es algo parecido a la inercia, a un margen de confianza que yo mismo me otorgo. En realidad, me digo, tal vez sea ésta la última oportunidad en que venga así, en plan suelto, cien por cien turista puro. La inflación sigue disparada, y hay que estar vigilante, día por día, por si el *cruzado*, (pues ahora ya no se llaman *cruzeiros*) continúa su tendencia a la baja. No tienen disponibles ninguno de los Apartamentos buenos, de los que dan a la piscina. Les hizo gracia a los del Copacabana que yo conservase las facturas de los años anteriores. Era buena tarjeta de visita. Con ciertas salvedades y reticencias ocupó, sí, uno de los Apartamentos, el único que, según me cuentan, tienen disponible en ese momento, que da a los exteriores de las instalaciones del aire acondicionado, calderas y demás maquinarias de servicios del Hotel, con el inevitable ruido generado por su cercanía. Advierto que la Edad Dorada de los

Apartamentos estaba cruzando la frontera hacia otros modelos de inferior valoración. Bueno, me digo, veremos; pasemos esta primera jornada y para mañana ya podré disponer de criterio más ponderado. Esa misma noche del domingo 14, día de mi llegada, ceno en el restaurante Maxim's que justo con el Bolero y el Mirage se alinean en la Avda. Atlántica. Tiene la misma envergadura y parecido estilo; tan sólo, que no dispone de 'boîte'. Si el precio del alojamiento ha subido estratosféricamente, al menos la comida se mantiene en una línea asequible. El desayuno del Apartamento sigue siendo proverbialmente apetecible y, además, parece incorporar una configuración dietética, puntera, ya que la fruta queda colocada en primer lugar y en el centro de la mesa; puede ello sugerir que sus propiedades operan y dejan sentir su efecto si ingerida al principio de todo lo demás.

Pero el punto fuerte de mi programa era, como lo había sido en el pasado, visitar a Juan Nieto en el Consulado de España de la rúa Duvivier. Y así lo hago. Preciosa oportunidad. Juan estaba a punto de irse destinado a Rosario (Argentina). Me informa de que el Consulado General de España se va a trasladar de inmediato al edificio de la Torre Río Sul, pasado el túnel de la Avda. Princesa Isabel; y tan es así que me regala una tarjeta del nuevo emplazamiento, con todos los pormenores incorporados. Me dice que su hijo Rodolfo se va a quedar al cargo de esas nuevas dependencias. Estupendo. El hijo sucediendo al padre. ¡Ójala, pensaba yo, pudiera estar a la altura de las circunstancias a la que Juan llevó su cometido! Con la mitad me conformaba. Pero a lo que íbamos: Juan me informa también de que por razones técnicas y coyunturales el Consulado no está en condiciones de suministrar cambio de divisa. Es igual. En los alrededores del Hotel hay varias casas de cambio oficiales que acreditan el mejor servicio para dichos menesteres. Le comento lo del Copacabana, y una vez más la recomendación providente de este hombre me encarrila mis intereses de la mejor manera. ¿Que estoy pagando... al día? Eso es una enormidad que no tiene sentido. Y es cierto: no lo tenía. Me recomienda el Toledo Copacabana, un dos estrellas de la rúa Domingos Ferreira, a no más de cuatrocientos

metros del Palace. Todo tiene un límite. Decir adiós al espacio y opulencia sobria de los Apartamentos no es fácil, pero la obcecación puede ser peor que el más terco de los errores bienintencionados. Me despidió "definitivamente" de Juan, y me voy al Toledo. Elijo entre varias habitaciones y me quedo en la 304. Se trata de una estancia... holgada, con aire acondicionado, televisión (que no llegué a usar nunca, creo) y todos los servicios normales que se pueden esperar. Hoy lunes día 15 ya era demasiado tarde para mudarme: hubiera tenido que pagar la mitad del alojamiento y no merecía la pena. Pero al día siguiente, martes 16, hago rápidamente el equipaje y efectúo el traslado. Han sido tan sólo dos días de dispendio. Demasiado poco para lo que el volumen de mi infatuación podría haberme acarreado. Un dato de brutal elocuencia: con el precio de una sola jornada en el Palace de 58,000.- (cincuenta y ocho mil) cruzados, más de treinta y cinco mil pesetas, tuve para pagar las ocho restantes en el Hotel Toledo Copacabana. Juan, siempre Juan. Hombre inspiradamente servicial, inestimable, oportunísimo.

En general, parece que el tráfico de las chicas de alterne está algo más apaciguado que antes; lo cual, sin embargo, se corresponde con una actitud de sorprendente permisividad por parte de los hoteles, en cuanto a autorizarle a uno a subir compañía a las habitaciones, haciéndolo saber, eso sí, en Recepción y formalizando un suplemento muy razonable del precio por dicha ocupación circunstancial. Aunque tengo la impresión de haberme referido a ello en anteriores viñetas sobre Río, me llama la atención el hecho de que la playa tiene montado un nutrido sistema de medios y artilugios gimnásticos, todos muy simples y rudimentarios, pero operativos, prácticos, como barras transversales, columpios, bancos para ejercicios de abdominales y dorsales, porterías de fútbol, redes de balón-volea, etc. Así, el que se decide a hacer carrera o trote por el arco de la Avda. Atlántica tiene oportunidad de combinarlo con ese otro tipo de actuaciones, a modo de circuito atlético. También es curioso que haya visto tan sólo a poquísimas personas bañarse en la playa de Copacabana, una de las más constantemente concurridas del mundo. Hay bañistas, sí, pero

muy pocos, como digo; únicamente en la sección comprendida entre los Hoteles Othon Palace y Río Palace. Según he oído, existe una fortísima resaca en este trozo de ribera. Sigo pensando en la cuota de dignidad que comportan estas personas, aun las de apariencia más humilde o desheredada en Río: a pesar de la carencia que concurre en la mayoría, no hay ni la centésima parte de pedigüños que en España, por ejemplo. En el rostro de muchos negros renegridos no se percibe nada parecido a una resignación ciega sino la asunción realista de sus condicionamientos, sin atención a demagogias mesiánicas y miríficas. El pedigüño, desde luego que existe, pero menos insistente, desalmado y desnaturalizado que el español.

Hoy día 17 miércoles puedo decir propiamente que mi estancia en Río ha comenzado integrándose en el más puro procedimiento vital de esta gente: antes de desayunar me he recorrido al trote la playa de Copacabana, ensayando algunos "pushings" en las barras y bancos instalados al efecto en la arena. Luego disfruté de un buen desayuno, asimismo incluido en el precio del alojamiento diario; no tan suntuoso como el del Copacabana, pero sobrado en cantidad y variedad. Recuerdo los trozos generosos de sandía, además del surtido de bollos, café o té, leche y zumos a discreción. Se vio que el tema de los desayunos funciona perfectamente, con independencia del rango estelar del hotel. Por si fuera poco, el Toledo Copacabana tenía la sala de los desayunos en el piso de arriba, desde donde se divisaba la línea en comba de la playa y el mar. Sí, aquel miércoles se puede decir que fue el comienzo de todo lo que de operativo y reseñable incorporó mi viaje a Río. Me es imposible precisar cómo me volví a encontrar con mi compañero de avión, Espín, ahora ya con su nombre de pila y su primer apellido: Pablo Ibáñez Espín. Pero el caso es que a primera hora de la tarde de ese miércoles me recuerdo paseando con él y con un amigo suyo de circunstancias, el italiano Antonio Dichirico, cirujano para más señas, que se hospedaba en el mismo hotel que Pablo y con quien había coincidido en una excursión en barca organizada para un grupo. Mi empatía con el italiano fue inmediata. Antonio era un gran tipo, un tipo que manejaba dinero..., como

correspondía a unos ingresos mensuales medios que en aquel momento multiplicarían por dos veces y media mi "paguita" de funcionario-docente-investigador. Un gran muchacho: joven, vividor, educado sin presunciones, pudiente sin ostentación, y esmerado en sus gustos, detalles todos ellos que tendría yo ocasión de constatar en aquella primera ocasión de charla y en todas las demás en las que tomaríamos parte con pleno agrado y conocimiento de nuestras mutuas personalidades y capacidades. Pablo se mostró satisfecho de encontrarse de nuevo conmigo, y al mismo tiempo de servir de enlace entre Antonio y yo. Desde el primer momento se me hizo evidente que Antonio dispensaba a Pablo una como... benévola anuencia; dicho de otro modo, Antonio estaba en disposición de agenciarse compañías de más fuste en lo relativo a todo: a cultura, a dinero, a sofisticación, etc., pero se había acoplado al compadreo circunstancial con Pablo en todo lo que durase y en todo lo que significara el ritmo de la vacación. En aquella nuestra primera conversación no tuve ningún reparo en comentar a mis nuevos amigos los pormenores y motivaciones de mi estancia en Río. Cuando les hablé de que me había cambiado de hotel porque en el Palace pagaba 35,000.- pts. diarias, y en el Toledo 4,500.-, lo único que se preguntaron, y después de elogiar mi buen sentido,... lo único que se preguntaron es cómo me había gastado la pequeña fortuna que suponían ya los dos días iniciales. Se reconfirmaron en mi buen criterio de haber abandonado el "status" inflado y a todas luces desproporcionado de los precios estratosféricos e inflacionarios de los Apartamentos del Copacabana Palace. Antonio me cautivó desde el principio. Con estos fundamentos de confianza y de franqueza comunicativa pasé a relatarles el verdadero motivo de aquella mi quinta visita a Río, que no era otro sino el de procurarme las dosis definitivas de información, y más que nada, de decisión para que me extirparan la "peca" o nevus del ápice de mi nariz. Ahí sí que tenía Antonio algo que decir, pues aunque cirujano de digestivo, era hombre cuya apertura intelectual le permitía opinar con conocimiento controlado en toda cuestión que tuviera que ver con el bisturí, o con el instrumento que hiciera las veces, en lo de extirpar, cortar y remover.

Me dijo que no me preocupara; que lo veía benigno, y que aunque me encontraba gracioso, y en nada creía que mi concentración de melanina alterase, afease o desfigurase mi rostro..., me dijo que lo podía hacer cuando mejor me conviniera, sin darle más vueltas. Hasta yo mismo me sorprendí del beatífico efecto que me produjo aquella charla. Me sentí liberado, redimido. Me sentí nacer. Aquellos tres días pasados me habían estado pesando como un palio de reflexiones lúgubres. No había logrado conciliar mi curso de acción. Por supuesto que operarme entonces, durante esa vacación, no era posible ya, porque se requería un periodo preceptivo de convalecencia, además de las dos, tres, acaso cuatro fechas que se hubiesen necesitado antes de entrar en quirófano propiamente dicho. Claro que todo esto es lo que iba yo precisamente a comentarle a Sonia Varela, la cirujana en cuyas manos pensaba ponerme, y con la que ya había contactado para vernos en la primera ocasión en la que ella bajase de Petrópolis o mejor dicho de la localidad de Araras, a unos 80 kilómetros de Río, en el interior, a una altitud ya de más de 800 metros. ¡Oh, sí, aquella conversación con mis amigos Pablo y Antonio me sacó del letargo, me devolvió a la vida! Pasara lo que pasara – y por supuesto, una de las cosas que no iban a pasar era operarme entonces, durante aquella vacación de agosto 1988 –,... pasara lo que pasara... ¡uuufffhhh, qué alivio sentí; qué transformación liberadora de mis aptitudes, como si se hubiera levantado la tapa de la trampilla que mantuviera cerrado el suministro de mi respiración! Era día 17, y al tiempo que miraba hacia atrás con conmiseración, a las tres jornadas que había consumido debatiéndome en dudas y en agrias reflexiones sobre si mi comportamiento respecto del tema Mary Cruz Goenaga había sido el acertado; sobre si mi decisión tocante a mudarme de alojamiento se debía más a una carencia de firmeza de miras que a un sopesamiento sensato de la realidad..., al tiempo que miraba hacia estos temas comprobaba simultáneamente que los había superado; y que esa misma fuerza de convencimiento que recogía mi alma me prestaba vigor para impulsarme en las cosas por venir, en todo lo que me quedaba de vacación, en los restantes siete días justos que completaban el total de

mi estancia. De acuerdo. Dejaría la operación para más adelante, para cuando fuera, y así se lo haría saber a Sonia. Mi encuentro con Pablo y Antonio había sido providencial, cuando más lo necesitaba; habían actuado de ballesta para las cosas en las que yo había tomado un tímido impulso inicial; y de bondadosos y acertados consejeros para aquéllas en las que mi ánimo se debatía entre pesantosas conjeturas, enfangado de inhibiciones. Aquella jornada del 17 me había relanzado a la vida: había encarrilado sensatamente el desmadre del hotel, sobre todo cuando por un prurito de "glamour" pasado hubiera estado a punto de claudicar ante la evidente doble desventaja, primero, de lo exagerado de los precios; y segundo, y sobre todo, porque el Apartamento en el que me acomodé aquellos dos primeros días no era atractivo: tenía ruido, y no era susceptible de cambio porque el resto del establecimiento se hallaba ocupado. Sí, había encauzado mi actuación material en lo relativo al hospedaje, y ahora ya me encontraba instalado cómoda y dignamente en un hotelito de dos estrellas, también de Copacabana, también en privilegiada situación. Había aventado de un mandoble definitivo, de decisión y de claridad mental, el tema de mi operación, posponiéndolo para una mejor oportunidad, y dedicando aquella visita para, en todo caso, volver a saludar a Sonia y recabar de ella, directamente ya, toda la información efectiva con vistas a una intervención quirúrgica en las fechas venideras que fueren... Me encontraba relanzado. Como protagonista que era de mi vida rebosante, volví a mirar con complacencia carnal, de vivo cromatismo, los puestos y tenderetes de ropas que se ofrecían a lo largo del paseo marítimo... Y eso se lo debía esencialmente a mis dos amigos, que me habían arropado en buen juicio; que me habían entonado mis tibiezas, aclarado mis nebulosidades...

Íbamos paseando en dirección al Meridien, a la altura de la Plaza Bernardelli, y frente a nosotros, acercándose pausadamente, y en ese grado de inminencia cada vez y por momentos más acuciante, y ante el cual nuestro cerebro a duras penas diseña un plan de actuación, porque un segundo más de tiempo ya es demasiado tarde..., digo que..., pegué un respingo, articulé algo parecido a un saludo de

permiso y despedida provisional a mis amigos y me planté al lado de la chica, una garota de buena planta y gesto agradable..., que portaba un cartapacio de libros en la mano. Acaso nos hubiera rebasado ya por unos cuantos metros, acaso vacilara yo un instante hasta hacerles saber mi intención a mis compañeros; acaso tuve que dar marcha atrás ligeramente hasta alcanzarla y volverme a poner a su altura. Fue todo tan repentino, tan fulminante..., que la duración de plasmarlo ahora por escrito sobre el papel multiplica por muchos la duración real de todo aquel acontecer. La frase preambular que ahora empleo es la que me sugirió la señora hispanista del avión, doña Clea, de Brasilia; frase simple y directa, madrigal escueto en forma de piropo inteligible: "Gatiña, cómo eres bonita". Una vez que se detiene, ya se ha logrado lo más incierto, lo más dirimente: neutralizar la inercia natural de su curso; hacer que la intese la aparición en escena de un desconocido. Luego, la actitud, entre pacífica, suelta y decidida, y la palabra hacen lo demás. Le digo mi nombre y me dice el suyo: Alzira..., Alzira Custodio, garota de 24 años. La mecánica ha sido idéntica a las veces anteriores, aunque no deje de ser portentoso y siempre distinto el proceso cortísimo de dubitación y asentimiento que tiene lugar entre nosotros dos. El gesto de Alzira recorre el tramo desde la neutralidad estática hasta un introito de sonrisa, en tanto que yo arrecio blanda y pudorosamente con mi muestrario de ofertas y compensaciones el asalto definitivo a su aquiescer, a su honrada aceptación. En el taxi, camino de mi hotel, ya es todo un discurrir por el camino del entendimiento y de la complicidad afectiva. Tiene el pecho que a mí me agrada: tierno, abundoso, de modo que al abrazarla bien en un conato de mostración de intimidad protectora, bien al conectar mi antebrazo con ella, mientras hablo ayudándome del signo, percibo en mis registros sensoriales la comba del seno constatándose en la lateralidad de su torso. Y ya en pie, Alzira oprímía y se dejaba oprimir. Acariciar su carnosidad compacta me negoció una reconciliación con el hermoso desasosiego del vivir; me recicló mi conocimiento de los límites entre la esperanza de felicidad por la acción, y la pura caquexia imparabile que comporta la dejadez. Alzira

tiene los labios gordezuelos, el pelo holgadamente crespo y la cara radiante y proporcionadísima; ojos un poquito achinados. Lo he dicho muchas veces, pero siempre aspiro a la distinción: la piel de una criatura así proporciona una clave sexualmente táctil comparable a la de acariciar, a la de pasar las yemas de los dedos por un pedazo de badana negra, ésa que por lo menos yo conozco de los guarnicioneros de antaño, y un pedazo doblado de la cual me sirve de carterilla para llevar enfundado el dinero-papel en el bolsillo. Alzira tenía las piernas preciosamente proporcionadas, como elaboradas a torno, de patrón integralmente ortodoxo. Una chica de 24 años indudablemente imantada con atracción para el pundonoroso observador. Aquella sesión se tradujo en la celebración de dos misterios de gloria.

He venido observando con precisión que los jóvenes se suelen sentar en los bancos del paseo marítimo quedando uno de ellos a horcajadas del otro durante rato y rato, pero sin rozar la procacidad de ademanes ni de actuaciones. Lo que dije respecto de que la gente no se bañaba en el mar requiere un matiz: no se baña nadie en el tramo de playa que va desde, digamos, el Hotel Meridien hasta la rua Constante Ramos, donde el oleaje es brusco, cortante, y parece incluir fuerte resaca. En el resto de playa el personal se baña, si bien minoritariamente en comparación con el enjambre de correteadores, andarines, merodeadores, paseantes o peatones laborales que coinciden en la Avda. Atlántica. Estoy dudando entre si buscar y/o encontrarme con Sandra. Pesa en mí lo de que "nunca segundas partes fueron buenas", sobre todo cuando las primeras revistieron tan excepcional carácter de excelencia. Pero supongo que terminaré por hacer lo afirmativo, es decir, ponerme en contacto con ella.

¿Cuándo me encontré con Sonia, la cirujana? No lo tengo registrado en ninguna de mis notas y sin embargo es algo que mi memoria destaca con toda nitidez. Tuve necesariamente que ser yo quien la hiciera saber que me encontraba en Río y que me hospedaba en tal y tal sitio, de forma que en su primera ocasión de bajar desde Araras pudiera localizarme. Y claro que me localizó. Recuerdo con pasmosa distinción que vino acompañada de su nieto Danielito, guapo

chaval de unos siete años, hijo de su hija Beatriz [a la que, junto con su otra hermana Cristina, también casada y con descendencia, conocería cuatro meses más tarde]; que nos sentamos en el lobby alargado del Toledo y que allí puntualizamos todo lo que hizo falta. Sonia era una gran mujer, como se vería más adelante; una estupenda cirujana. Me particularizó todos los detalles de la operación: que iría ella en persona a recogerme al aeropuerto para llevarme a Petrópolis, en uno de cuyos hospitales me intervendría; que los siete días siguientes de convalecencia y de consolidación y desaparición de la cicatriz los pasaría en su propia finca, bajo su vigilancia y tutela directas. Aquella mujer consiguió inspirarme confianza, toda la confianza que alguien como yo, medroso hasta el extremo en estos temas, requería. Fuere lo que fuere, el asunto quedó cerrado. Fijamos definitivamente la vacación de Navidad de ese mismo año, o sea, cuatro meses más tarde, para la operación en todos sus tramos. Me sentí protegido, aconsejado por gente de bien que sólo colocaban su interés en el lugar que correspondía dentro de todo el entramado, pero que de ninguna manera hacían de ese interés y lucro profesional cuestión más importante que cualquier otro de los condimentos del vivir, como la curiosidad por un amigo nuevo, la apertura refrescante que significaba operar a alguien venido desde la otra ribera del Atlántico, etc. Sonia me veía con buenos ojos; no puedo saber si desde entonces mismo proyectó algún programa mental en el que, así, muy vagamente, se incluyera la posibilidad de que yo formara equipo con alguna de sus hijas. Yo qué sé! Pero el caso es que aquella mujer me transfirió un toque ilusionado al proyecto de extirparme mi nevus\_que, dicho sea de paso, yo no era consciente de que hubiera sido causa de haberme sustraído a ningún esquema de los cualesquiera favores femeninos, y que de otra manera se me pudieren mostrar más asequibles. No. Era todo algo global; algo más acaparador de conjunto, como si por arte de cordialidad las piezas de incertidumbre, los reparos, las dudas, las salvedades..., se fuesen organizando en una unidad superior de sentido y de armonía. No había más que hablar. Quedamos en que me comunicaría con ella desde España, en todo

caso. Sí, en eso quedamos, con todo el beneplácito de nuestras expectativas. La decisión está tomada: en la próxima ocasión vendré 15 días bien programados, o los días que hagan falta, para ponerme en manos de Sonia, y que me haga un poquito de cirugía estética en bolsas de ojos y párpados, al tiempo que me extirpe el lunar de la nariz.

El día 18 me decido a conectar con Sandra: Sandra Regina Almeida da Fonseca. La dejé un recado en su minúsculo pisito de la rua Rodolfo Dantas y ella me buscó con perentoria solicitud, primero en el Copacabana Palace, pues parece que se confundió por pura inercia de las pasadas ocasiones de 1984, cuando nos conocimos en Río; y además porque a ella le constaba que aquél había sido hasta entonces mismo mi lugar de alojamiento. El apellido Copacabana había desplazado de toda significación el más modesto nombre de Toledo. Pero Sandra dio conmigo. Seguía preciosa, rebosante de ternura y de acicalamiento espiritual. A mí me amaba. Conservaba, conservo y conservaré la elocuente colección de postales navideñas y demás recordatorios epistolares que no desfalleció en ningún momento de mandarme, con los textos más honradamente simples y esmaltados en devoción inalterable. En la viñeta correspondiente a aquel viaje de 1984 creo que cubro con extensión intensiva los pormenores de aquel encuentro. Si tuviera que cifrar en cuestión de una frase o gavilla pequeña de frases la entidad con la que aquella mujer enriqueció mi vida, no dudaría en señalar que ello sería la incesante, la continuada perseverancia con que mi conciencia distinguió siempre a Sandra; el grado de aquiescencia con que en razón exclusiva de ella, Sandra, mi alma se acercó a muchos de los temas que con otras habían actuado de motivos de malquerencia y disuasión. Por Sandra volví a reconsiderar asuntos que yacían descartados, con voluntad de irrecuperables, y los había traído al nivel más cercano de mi virtualidad. Sandra me hizo replantear las líneas maestras de mi vida. Y hoy, ahora, en este 18 de agosto de 1988, al encontrarme de nuevo con ella, copulamos con furia, con furia a lo Andrew Marvell del poema "To His Coy Mistress"; con esa furia

rompedora de las cadenas de la vida, en busca de una redención total mediante el acabamiento y la auto-inmolación. La comí, la apreté, la estrujé hasta..., supongo, que lastimarla, aunque ella no se quejase; y cuando quedé surto, hundido, penetrado de ella, no quería salir, seguro de que cualquier cambio de situación echaría por tierra la beatitud de aquel re-encuentro. Una locura de mujer. Mi conciencia no deja de pensar que tal vez la única forma de compensar el hecho de no habernos poseído mutuamente con carácter indefinido desde el momento en que nos conocimos... acaso sea la de escribir sobre ella el resto de mi vida, tratando así de crear un portentoso *ersatz*, un sugestivo sucedáneo lo más próximo en realidad... a la realidad suya. Sí, al poseerla entonces, quise poseerla para siempre, aunque no nos volviésemos jamás a encontrar. La literatura tiene que servir de paño de lágrimas; tiene que actuar de lenitivo, de sustituto de la realidad, y quizás, hasta enaltecerla, Porque el templo mortal de la persona es caedizo, perecedero, pero la palabra, no; la palabra sobrevive y proyecta a través de las secuencias de eones los contenidos que han alimentado nuestras existencias y han dado pábulo a nuestras ilusiones, a las celebraciones de nuestro corazón. ¡Cuán cierto es que la religión que auspicia una vida posterior a la terrena funda dicha instancia desiderativa en el programa enardecedor, imantante de encontrarnos de nuevo con aquellos seres a través de los cuales, en razón de los cuales nos hemos sentido enaltecidos en vida! Tal con Sandra. Mi alma, mi cuerpo, mi vida, yo en una palabra resumidora exigía entonces, en aquel encuentro nuestro del Hotel Toledo Copacabana..., exigía que, si en el peor de los casos aquella locura totalizadora que supuso nuestra cópula llevaba ya implicada la inevitable calidad de transeúnte y pasajera..., que por lo menos se nos diese otra oportunidad, una más generosa ocasión donde volver a encontrarnos, y reconocernos, y celebrar la redención también para siempre de aquellos instantes de endiosamiento. Sí, sólo porque nuestra mente pudiera encandilarse ante un esquema futuro de estas características, sentía yo con cierta congruencia el invento de algunas religiones. Amé a Sandra con animalidad última; queriéndome

desintegrar, fundido, unimismado con ella, desleído en ella.

A todo esto, yo seguiría practicando 'jogging' cada mañana. La cosa no podía ser más fácil: salir del hotel con las zapatillas deportivas puestas, hacer los estiramientos pertinentes en algunos de los artilugios dispuestos al efecto en la playa... y ya está, comenzar a correr. La gente que corretea por el paseo marítimo lleva las indumentarias más variadas: culottes; polainas; camisetas de tirantes; bañadores de una o de dos piezas, las mujeres; muchos de ellos, la radio, de auriculares a la cabeza, adosada a la cintura. Los tipos son como para llenar una galería frondosa de casuística antropológica: el sarmiento de criatura, hombre o mujer, cuya carnecilla flácida se adhiere al hueso en sumisión confiada y piadosa. Reparo en que los senos de muchas de las chicas de aquí son como balones o uvas redonditas, perfectísimos globos esféricos que se aplastan y ceden por los lados bajo la presión central de la cinta del sujetador, o suspensor, o corpiño tirante como de mono overol. La particularidad de estos globitos de senos es que el pezón no resalta en absoluto, a menos que haya suscitación. Así, repasar el seno con la yema del dedo no permite detectar la localización del tallito de pezón porque la superficie se ofrece uniforme al tacto. Al final de la playa de Copacabana, y en un anuncio levantado junto a lo que parece ser una cofradía de pescadores, se lee: "Patria y deber". Conforman el estereotipo de superhombre brasileño un specimen alto, grueso, con pelo canoso hacia atrás y algo ondulado, con camisa de rayas, zapatos brillantes y pantalón 'casual'. Encarnó este arquetipo un prójimo que se hospedaba, como yo, en el Hotel Toledo Copacabana, con aire a lo Johnny Weismüller, tiarrón de no menos de 130 kilos a juzgar por su más de 1'90 de humanidad.

Hoy día 19 (y ahora mismo, a las 12:05) me acaba de llamar Alzira para encontrarse conmigo en el hotel, y sólo con oírla al teléfono he tenido una erección plenipotenciaria, por lo menos hemisférica. Hemos celebrado dos veces. A mí me había interesado saber el nombre de ese árbol (¿o acaso arbusto?) de hojas grandes, como bayetas arrugadas, pasando de color verde a marrón oscuro, y

que decora el paseo marítimo. Las hojas retorcidas y como requemadas caen contra el empedrado artístico produciendo un chasquido y formando bultos con apariencia de lagartos o de otros animalillos de incógnita identificación. A la salida del hotel, al acompañar a Alzira durante un poco del trayecto, le pregunté que cómo se llamaba dicho árbol o arbusto. Me dijo que "amendoeira" y me lo escribió de su puño y letra en mi misma hoja de notas. Y ahora voy a transcribir literalmente la nota explicativa que dejé consignada en mis apuntes a pie de ocurrencia. Recuerdo que cuando así lo hice me impulsó la ilusión de que de su lectura se pudiera deducir la pauta inequívoca para establecer mentalmente las características del mecanismo, pues no de otra cosa se trata: "El cierre de la ventana de mi habitación de este Hotel Toledo es original: el asa-tirador de la parte que corre de izquierda a derecha se encaja por debajo a la otra mitad fija del tirador de la hoja o parte también fija del lado izquierdo, hasta formar una barra o cilindro. El encaje de ambas mitades, la fija y la móvil – que discurre esta última a encajarse en aquella – se efectúa por medio de una pestaña de muelle o uña de medio cono". Adjunto un dibujito elemental, por si fuera poco. Y yo me pregunto ahora, un día de octubre de 2004 en que al cabo de 16 años redacto esta viñeta... yo me pregunto: ¿Habría algún artesano capaz de reproducir el modelo de ventana que aquí intento explicitar, en razón y sólo en razón de la descripción 'técnica' de tales características? Lo dudo. Por cierto, que el dibujito que recogen mis notas es más o menos así [dibujo no incorporado en el presente texto]. La TV brasileña intercala una tremenda cantidad de publicidad, sobre todo en mensajes bien sean estatales, públicos o privados, enormemente repetitivos y machacantes, no carentes de arte y de efectividad. Me llamó la atención un espacio sobre todo, el de detracción del tabaco: aparece un zapato pisando a un cilindro de color blanco. En el resto de la superficie de la pantalla el locutor gesticula, al principio suavemente, y tose y parece como pedir comprensión... y sigue tosiendo, sin poder hablar, y cuando se va y lo deja por imposible, señala al zapato que pisa el cigarrillo al tiempo que se exhibe la leyenda de alerta contra el

tabaco. Lo que nosotros llamamos encuestas o "intenciones de voto" aquí se denominan 'pesquisas'. A los niños pequeños se los llama "crianzas". "Arrasar" es derrotar deportivamente a un equipo. "Engarrafamentos" son los embotellamientos, atascos de tráfico. Y una "rebenção" es un reventón, una explosión.

No llegué a registrar en mis notas la sucesión o frecuencia de encuentros con Pablo y con Antonio después de aquel primero en que me desglosara de ellos por la aparición providencial de Alzira. Pero lo que sí puedo asegurar es que coincidimos más de una vez, y más de dos acaso, en las terrazas de la Avenida Atlántica que, casi con toda seguridad, y al hallarse cerrado el "Bolero", tendrían probablemente que tratarse del "Maxim's" o del "Mirage". Antonio siguió destacándose como un gran tipo, un gran profesional, culto, joven, con más que sobrados recursos económicos, vividor. Al parecer, estaba haciendo inversiones de cierta entidad en joyas y productos de tiendas de este tenor, y en consecuencia se había agenciado la "amistad", medio interesada, medio en razón de las cualidades de encanto y de 'bonne-homme' que le investían..., se había agenciado, digo, la guarnición de compañía, prácticamente fija y supongo que para todo uso, de Tania, de Vilma, y de un chico, Ronaldo, todos ellos, los tres, dependientes y/o empleados de la firma de joyeros Roditi. Cuando el que tiene, esgrime lo que tiene sin ostentaciones inútiles, y además lo hace con gracia y oportunidad, convence y agrada. Antonio era un tipo de esos. De la manera más natural, pero sin dejar de controlar, se había arropado en aquella pequeña tropa de "amigos": bien para él e igual de bien, o mejor, para ellos. Las chicas se sentían impactadas tanto por el 'gancho' personal de Antonio como por los beneficios que pudiera reportarles la liberalidad de su bolsillo. Porque, además, unía a su capacidad económica envidiable [no sé si unas páginas atrás advertí que sus ingresos mensuales como cirujano triplicaban a mi 'paguita' de Profesor Adjunto Numerario de Universidad] un sentido muy cauto de la proporción. La mejor combinación que se le había presentado para regresar a Italia era un vuelo directo desde Río, creo que hasta Casablanca (Marruecos); y desde allí existía otro vuelo

también sin escalas a Boloña, su ciudad de residencia. Había buscado y rebuscado entre las posibles combinaciones con la minuciosidad que, estoy seguro, emplearía en la búsqueda, extirpación y cosido de sus operaciones. Sí, era un gran tipo. Culto, por añadidura. En las charlas en que saltaba como tema algo relativo a la literatura, me hizo saber que su poeta preferido era Parini, el neoclásico satírico, autor de *Il Giorno (El Día)*. Una de aquellas veladas nos reunió alrededor de uno de los veladores de alguna de aquellas terrazas a Vilma., a Tania, a Ronaldo, a Pablo, a Antonio, y a mí. Se había celebrado la triangulación conforme y ordenadamente cohonestada de lo portugués, lo italiano y lo español en nuestras personas. El ritmo de la paroxitonación al completo, Camões, Dante y Garcilaso en trinidad armónica.

El sábado día 20, al regresar al hotel, ya por la tarde de anohecida, me encuentro un papelito, un impreso 'Recado' en la Recepción, con el texto 'Ligar para Sandra', pues no otra fórmula tan donosa y tan intertextual es la que se emplea para informar de que se ha llamado a alguien, y que se espera que ese alguien devuelva la llamada. Me felicité doblemente. Sí, Sandra me había llamado y había dejado el mensaje de que yo la llamase a ella; de que yo la "ligara". A veces las lenguas disparan sus portentosos juegos de complicidades y producen estos efectos lúdicos, y no por ello menos expresivos, como vehículos que son de concepciones del mundo, si no totalmente equiparables, mucho menos extrañadas las unas de las otras. La llamé inmediatamente. Se trataba de que me quería invitar a cenar en el pisito que compartía con una amiga en la rúa Rodolfo Dantas, allí mismo en Copacabana, justo detrás del Palace. ¿Que si me venía bien? Que me esperasen, que no tardaría más de 15 minutos en llegar. Y allí me presenté. Efectivamente, era un pisito diminuto, de no más de 30 metros cuadrados útiles, dispuestos, sin embargo, de forma que todos los servicios funcionasen como de ellos se esperaba: un hall/recibidor/comedor que daba al único dormitorio, en régimen de literas para dos; y que también daba a la cocina y al baño. Perfecto. Un sitio donde vivir en el corazón de Copacabana, cien veces más

deseable que toda una favela de 200 metros en las afueras de Río. Me preguntó que qué quería cenar, y yo a mi vez me hice informar de los platos que constituían su 'carta'. El primero que mencionó fue el de macarrones a la boloñesa, y como a mí me encantan, no hizo falta que siguiera enumerando. Su amiga era una chica algo más corpulenta que Sandra y asimismo amable y educada, que apenas intervino en la conversación con algunos monosílabos o frases de cortesía de relleno, percatada como debió de quedar desde el principio, de que la incumbencia que Sandra y yo compartíamos era algo más que anecdótica; que tenía el ancla bien surta y fija en complicidades emocionales de profundo calado. Porque como casi siempre, la realidad de la vida se encarga, con impasibilidad serena, de desmontar las escaleras de burbujas que nuestra capacidad de optimismo se entretiene en urdir. Sandra entonces, en aquel momento, tendría 28 años, y su niña Fernanda diez u once. Cuando su estancia en mi casa de Alcalá de Henares, el verano de 1984, nada más congruo para mi alma que el plantearme la virtualidad de formar equipo con aquella mujer. Pocas veces había visto yo contenerse en una chica de 24 años tales acopios de discreción y buen gusto; de tacto y de feminidad como los que se contenían en la persona de Sandra, vaya por descontado que la organización de su chasis estaba a la altura de las expectativas más exigentes. Porque dicho en síntesis, Sandra era una preciosidad de criatura. La templanza muelle de su alma parecía como si se repartiese con atinada proporción por toda la extensión de su piel, y que cada poro de la misma funcionase como un sutil pozo artesiano de esa congruencia armoniosa para quien se gratificara con su compañía. Pero la realidad de la vida no deja que las ideas, ciertas ideas, se plasmen en actos, en realizaciones concretas. Y la realidad de la vida aquí tenía por nombre el de la niñita Fernanda. Si en 1984, cuando nos conociéramos Sandra y yo, su hija tendría, como digo, seis o siete años, ahora en 1988 tendría diez u once, y tan sólo un par de años más tarde alcanzaría con doce o trece la arribada a la pubertad con todas sus consecuencias. Con treinta, hasta con treinta y cinco, Sandra garantizaba ser portadora de todas las excelencias que pueden

colmar a un hombre. Pero, ¿y su hija? ¿Quién puede asegurar el decurso de las cosas cuando se vive con una madre de poco más de treinta años, y con una hija de quince, medido todo en parámetros de trópico y de desarrollos de madurez exótica y palmaria? Las mentes, como la mía, capaces de alambicar y diseccionar conjeturas de primorosa artesanía, de sofisticados supuestos, son las mismas en articular todo un código de realidades claras, infranqueables. No, no hubiera podido ser. Cuando las desgracias le vienen a uno impuestas por el maelstrom de la dinámica del puro azar..., bueno; quiero decir, malo: hay que hacerlas frente, lo mismo que Hamlet hacía frente con sus armas al mar de calamidades que le asediaban y afligían. Sí, mal está que la operatividad existencial le distinga a uno con el endose gratuito de una porción de problemas y de vicisitudes... Pero, ¿buscárselos uno a sabiendas? ¿Hacer señas a una nube de granizo que se retira... hacerle señas para que se abata sobre nosotros? Creo que más bien eso corresponde al mundo de las patologías mentales. Tal era, más o menos, la composición de lugar que mi proyecto cosmovisivo se había diseñado respecto de Sandra. Yo me conocía, y haber tenido bajo el mismo techo, en mi misma casa, a una madre y a una hija de tales dichas características hubiera sido uno de los ejercicios más exacerbadamente tantalizadores que hubiera dinamitado por principio todo esquema de convivencia.

La cena fue un éxito. Me contó Sandra que nuestra común amiga Zaílda, "la rubita", con cuya compañía, tanto junto con la de Sandra, como en sesión separada e independiente había gratificado yo también mis ocios en 1984..., me contó, digo, que había emigrado, de momento, a Italia, donde las perspectivas de alterne para una chica de aquellas credenciales eran ciertamente tentadoras. Porque el caso es que, en general, las mujeres que se ocupan, digamos, de administrativas, como Sandra, tienen para vivir de ese trabajo. Si son jóvenes y deseables, se van a hacer "programa" para los gastos superfluos. La mitad de la población está sin empleo por cuenta de otro. La mayoría se dedican a ir viviendo mediante la realización de pequeños servicios: llevada y traída de bebidas; artesanía; confección;

venta ambulante, etc. En un momento de la velada sonó el teléfono y era la madre de Sandra, según parece para una conversación más o menos de rutina. La laxitud con que se administraban los asuntos sexuales, y que acarreaban la mayoría de las veces la llegada al mundo de nuevas criaturas, el conocimiento de cuyo padre nunca constituiría cuestión primordial en sus vidas, digo que ese estado de cosas tan natural y tan asumido por la sociedad brasileira, acarrea al mismo tiempo la realidad pujante y compensatoria del matriarcado. Probablemente no existiera en la mente de Sandra concernimiento más alejado de su propensión y de sus planes de futuro que el de contar con el padre fabricante de su niña Fernanda; y por lo que pude intuir, Sandra, en lo relativo a sus progenitores, parecía prescindir de su padre, y compartir todo el protagonismo afectivo con su madre. Tuve un fallo, y fue no pedirle a Sandra inmediatamente después de que terminara su conversación telefónica, que me diera el número de su madre. Dos años más tarde, en mi definitivamente último viaje a Río, echaría en falta el poder contactar a la madre para saber del paradero de la hija, porque esta vez de la que ahora estoy hablando, esta ocasión de agosto de 1988 sería la finalmente postrera de encontrarme física, material, facticiamente con Sandra. En su momento se dará cuenta de lo pertinente al caso.

Las fechas iban cayendo. Mi estancia en el nuevo alojamiento se había consolidado. Creo destacar que había un pequeño problema en la habitación por una invasión de la claridad en proporción mayor de la deseable, cosa que conjuré mediante la instrumentación de un toldillo sin más complicaciones. Supongo que saldría a correr la mayoría de las mañanas. Los desayunos continuaban siendo primorosos: recuerdo con especial delectación los gajos o secciones generosas de sandía, entre otras frutas. De las mejores cosas de este viaje, el descubrimiento del mercado de flores de Botafogo, en la rúa General Pulidoro, frente a un cementerio y junto a una gasolinera. Algo en lo que no había reparado anteriormente es el grupo de nativos, morenos casi siempre, que se ponen a jugar a las cartas en algún banco del paseo de Copacabana. Una idea de la laxitud que esta

gente, en general, se toma con el trabajo es que funciones como las de mecánico de ascensor, por ejemplo, las pretenden hacer (y las hacen) calzados con zapatillas o chancletas de baño, de esas cogidas con una tirita entre el dedo gordo y su vecino. Conciben el trabajo como variante de la playa o del deambular con parsimonia. Ellos dirán – bien seguro – que no les merece la pena esforzarse para no salir de pobres. Probablemente seguiría yo aplicándome el esquema vital diario de un buen desayuno y de una comida/merienda/cena en alguna de las terrazas de la Avda. Atlántica. También continuaría coincidiendo con mis amigos Pablo y Antonio, y la cohorte de acólitos de este último. Una noche más nos encontrábamos alrededor de un velador del Maxim's. Pululaban los vendedores de matrículas de coche y de cucuruchos de papel chillones y extensibles mediante soplidos, llamados asusta-suegras. Pero quizá lo más atractivo fuesen los juguetes-arpa o clavicordios de forma cuadrangular, que llevan adosado como fondo un papel pentagrama con puntos o bolitas negras cuya pulsación reproduce aproximadamente la melodía de que trate el papel modelo. Dichas melodías son, huelga decirlo, bastante conocidas, y el invento parece venderse bien entre los turistas. Antonio Dichirico, el todo un cirujano de Boloña, se compró una para llevársela a Italia. Entre los amenizadores espontáneos son frecuentes las orquestas de tres: una bandurria o guitarra, una pandereta y un tambor de cilindro alargado, que, como digo, se entretienen en dar la murga por las mesas de las terrazas. Y otro día vi vender barcos de madera y de velas, una preciosidad de artesanía; y también había un sujeto con cara de indio que ofrecía arcos y flechas de verdad. Lo malo es que uno no sabe de precios y, o bien se le ofende al chalán por intentar un regateo envilecedor; o bien, le timan a uno. Es lo que ocurre con estos artículos que nos ofrecen, cuando la última cosa del mundo en que se piensa es adquirir algo así, pero al mismo tiempo se volvería uno loco si pretendiera encontrarlos en ocasión distinta.

En una tarjeta que registra únicamente las confidencialidades de mis encuentros con mujeres, tengo anotado que el día 22 lunes me cité por última vez con Alzira, y que celebramos un misterio glorioso.

Supongo que exteriorizaríamos todas nuestras previsiones y nuestros proyectos de mantener aquel romance, tan inusual por su comienzo como enriquecedor por su desarrollo. Aquella mujer me había encantado. La separación corpórea se imponía por necesidad. Lo que a partir de entonces ocurriese dependía tanto de nosotros como del mundo. Pensar en Alzira me acarreaba un replanteo de mi filosofía aplicable a estos temas, a saber: que el cuerpo de las mujeres a mí no me interesa; obsérvese bien el calado de este término "interesar". No es que mi yo no despliegue una tropía curiosa de incumbencia sobre la cuestión, no. Es más bien que la tal cuestión, el cuerpo, no logra encandilar mis resortes de concernimiento; es el cuerpo de las mujeres el que no me interesa, el que no me vulnera a mí, en el sentido en que decimos que después de un tiroteo, por ejemplo, la bala de uno de los tiradores no *interesó* por fortuna ningún órgano vital del herido, sino que tan sólo le produjo un orificio o una herida leve. He ahí el sentido ajustado del término *interesar*. Por lo tanto: a mí el cuerpo de las mujeres no me interesa; me interesa la diferencia que supone cada una de ellas respecto de todo lo demás que existe; o sea, me interesa su alma, lo privativo de ellas. Lo que ocurre es que el alma se instala en el cuerpo y no en el monte Limbo. Esa es la razón por la que el hecho de que yo les regale dinero no comporta compra de mercadería alguna determinada o "cuerpo", sino contraprestación libérrima y liberal que yo efectúo en virtud de unos parámetros de equidad, y conforme a la alteridad concreta en que cada criatura mujer se desenvuelve. La prueba de que busco en cada mujer una diferencia única es que desestimo muchas veces compañía, más que por carecer de recursos fisiológicos, por no disponer de resortes anímicos con los que cumplimentar el advenimiento de ese distingo buscado en cada mujer nueva en cuestión. Sencillamente, mi cuerpo podría, pero no mi alma. Así de concluyente. ¿Hay, podríamos decir, ainda mais, todavía más prueba de espiritualidad?

El 23 de agosto subieron oficialmente los precios de los carburantes: el gas-oil a 80 cruz. litro (27 pts.); el alcohol a 112 cruz. (37 pts.); y la gasolina a 160 cruz. (55 pts.). Es cosa sabida que ningún

profesional de cierta entidad cobra aquí en cruzados sino en \$ USA. Hay dos monedas constituidas, la nacional que se devalúa día a día; y otra estable y estándar que en Brasil no puede ser sino el dólar USA. El empeño se centra, pues, en la obtención de dólares.

El detalle de mi vuelo de regreso a España, consignado como O.K. por Meliá pero sin reserva efectiva, es decir, sin sitio real, me ilustró otro aspecto del funcionamiento de las agencias mayoristas o al menos con cierto prestigio en estos menesteres. Meliá se pudo permitir meter el "embolao" a los de Iberia en Río para que ventilasen el problema de un viajero (yo) sin reserva de billete. El cachondo de Jesús Fernández me había hecho una jugada perfecta, sabedor de antemano de que en Río me resolverían la papeleta, ya que mi billete entrañaba la pega de no tener cerrada la confirmación de su fecha de regreso. Jesús les "enchufó" a los de la oficina de Iberia en Río de Janeiro la responsabilidad de hacerse cargo del cierre definitivo de mi vuelo a España. Tal parecía ser el bono de confianza de que dispone Meliá ante Iberia con algunos clientes estables como parecía ser mi caso. Este viaje a Brasil sería el último de los plenamente turísticos míos, sin mezcla de ninguna otra implicación. El siguiente y próximo, tan sólo cuatro meses después, ya sería terapéutico. Y el séptimo e irrevocablemente final de 1990 incorporaría tanto un elemento de revisión y consolidación de lo terapéutico, como de interés geoestratégico, emocionalmente hablando, ya que desde Río volaría a la República Dominicana.

Conservo cuatro preciosas cartas de Alzira, tanto como respuestas a mis envíos previos de regalos en forma de libros y de billetes de Banco, como por su propia iniciativa. ¡Qué esplendorosa mujer! Excepto una de las veces, que lo hizo en portugués hispanizado, todas las demás me escribió en inglés, pues esa era la lengua que estaba estudiando; y aquél era el menester del cual regresaba cuando nos conocimos en el paseo marítimo de la Avda. Atlántica de Río de Janeiro. Me cuenta que la estoy estimulando en sus estudios; que quiere trabajar de recepcionista en un hotel; me envía una lindísima foto suya, en lo que parece ser su alojamiento, en

extremo pulido y limpio. Me agradece mis envíos monetarios; me pide que regrese pronto, lo antes posible, a Brasil. Sus despedidas o cierres de carta son de este estilo : "I miss you very much. A thousand kisses to you. With much love. I miss you a lot. Love and kisses...

¿Para qué seguir? ¿Para qué seguir atizando la auto-flagelación, la exacerbación de la añoranza? Alzira Custodio da Silva: fuiste toda una mujer, una mujer en toda la extensión de la palabra, o como rezaríamos en inglés "every inch of a woman". Por tu nombre, por tí el rosario lírico de las *Mujeres*... que dan título a mis Memorias alcanza una de las más señaladas cimas de fervor.

**Vicenta; Mary Sol (Managua, Nicaragua).-  
Isabel; Zinaida; Rosita (Habana, Cuba):  
diciembre 1987-enero 1988**

Probablemente se trataría de la misma confabulación no provocada de otros casos. Seguro que sí. Seguro que el último y definitivo resorte que significó la materialización de mi viaje combinado a Nicaragua y a Cuba pertenecía al linaje de esas connivencias secretas que están ahí, que se hallan a disposición del espíritu y que pasan a integrar el caudal de emociones y vivencias de todo aquel que quiera hacerse su cómplice. El viaje, geográficamente hablando, se adecuaba a las mil maravillas a una gestión combinada, interrumpida tan sólo por sendas escalas, una para la ida – técnica – y otra para la vuelta, en la totalidad del vuelo. Para este tipo de menesteres, y tocante a la información, lo mejor es servirse de un buen globo terráqueo; ahí es donde se puede observar la "rectitud" de las distancias curvas por definición. Un trozo de hilo o tramilla nos permite medir rutas y distancias con solvencia casera pero atinada y suficiente. Esta afinidad de los dos países, Nicaragua y Cuba (o Cuba y Nicaragua, que para nuestro propósito es lo mismo) en lo geográfico, por el hecho de hallarse situados en el Caribe y en el istmo o barrera natural que comporta Centroamérica para este mismo mar, se compaginaba, así, como por un secreto parentesco, con el hecho de que ambas naciones sintonizaban socio-políticamente en lo que a diseño oficial de su "proyecto de vida en común" se refiere. El castrismo, de un lado, ya con casi treinta años de arraigo en Cuba, y el sandinismo de mucho más reciente cuño en Nicaragua articulaban con un mar por medio – con un mar por medio pero con concepciones equiparables – la convivencia de sus ciudadanías respectivas. También, y en un orden más personal y al tiempo más universalmente u-tópico, el año de 1988 marcaba los primeros cien de la aparición de *Azul...*, del poeta nicaragüense más ecuménico que haya jamás producido la lengua española: Rubén Darío; y a mi manera, y con las inevitables incompatibilidades de tramos de fechas, yo quería

festejarlo echando un vistazo directo al entorno familiar del gigantesco vate. Respecto de Cuba, cualquier motivación me servía: la comprobación de su turismo "erótico" supuestamente en marcha, aperturista y en expansión; la toma de contacto con el fenómeno de la soviétización de una sociedad de raíz hispánica; la búsqueda y eventual obtención de libros de poesía de José A. Buesa, sobre todo, etc., etc.

Sí tengo que referirme a un detalle de entidad cualificada, y que condicionó mi viaje siquiera con cierta dosis de pintoresquismo penitencial. Me refiero al estado de mi garganta. Después de muchos amagos y de muchos renqueos; después de muchas temporadas de dolencia y de crisis hacia mejor; después de... más que suficientes atracones de los consabidos antibióticos fuertes, tipo Augmentine, tipo Clavumox, etc., mi faringitis crónica, al menos, sabía a qué atenerse. Un año antes, en mi excursión a Viet-Nam y Kampuchea – siempre desde Bangkok, por supuesto – mantuve la ingesta reglamentaria de las correspondientes cápsulas de uno de los dichos fármacos durante buena parte del viaje, para concernimiento y manifestación de empatía a expensas de mis compañeros. Pero ahora las cosas habían alcanzado otra cota de estrategia más general, más de amplio espectro, de defensa y ataque al mismo tiempo. Se trataba de que después de los reconocimientos que con anterioridad inmediata me habían sido efectuados en Granada por los laringólogos especializados, se me había recomendado, con carácter general, y en todo caso una vez al año y con duración indefinida, la preparación de una auto-vacuna y la consiguiente inoculación sistemática de su cultivo. Los términos médicos mueven a estupor risueño, de tan "propriadamente" alarmantes como suenan, pero aquí están: Con fecha de 21-10-87 el Departamento de O.R.L. de la Ciudad Sanitaria 'Virgen de las Nieves' de Granada, por medio de los especialistas Sres. F. Esteban y J. Salinero, me extiende el siguiente INFORME:



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA de SALUD y CONSUMO

RED de ASISTENCIA SANITARIA de la SEGURIDAD SOCIAL  
en ANDALUCÍA

Ciudad Sanitaria "Virgen de las Nieves"

Avenida de la Constitución, 100

18014 GRANADA

21-10-87

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ..... O.R.L. ....

DR. D. ...E. Esteban.....

Informe de TOMAS RAMOS CHEA

Paciente de 51 años, visto en consulta externa con historia frecuente de episodios de disfonía especialmente relacionados con su actividad profesional, siendo también valorable patología otarral de vías respiratorias altas especialmente en épocas frías.

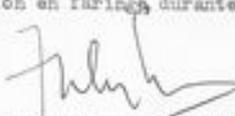
Aporta tratamientos ambulatorios de antibióticos y antiinflamatorios en ciclos desde hace unos meses no presentando mejoría subjetiva.

La exploración clínica O.R.L. demuestra la existencia de una rino-faringitis crónica inespecífica, hipertrofica, sin actividad séptica actual con motilidad laríngea conservada pero con moderado engrosamiento difuso de ambas cuerdas sin lesiones circunscritas específicas, cuya imagen es compatible con la clínica de disfonía por exceso mecánico que el paciente refiere.

Valorando lo descrito creemos conveniente la aplicación de autovacuna (se pondrá en contacto con el Departamento de Microbiología del Hospital Clínico San Cecilio) así como mayor énfasis en el reposo de voz por lo que recomendamos baja laboral durante un periodo no mínimo de 20 días.

Seguirá a su vez tratamiento con:

- CACITAL, 2 comprimidos con desayuno, 2 con la comida y 2 con la cena.
- ASHOVACUNA NEXEL, una aplicación en cada fosa nasal a media mañana y otra a media tarde y otra aplicación en faringe durante un mes

  
Fdo.: Dr. Salgado Hernandez  
Médico Adjunto de O.R.L.

Este escrito quedaría suplementado por otro que se me facilitaría tres meses más tarde, el 13 de enero de 1988, una vez regresado yo a Granada a comienzos del segundo trimestre académico. Esta vez el INFORME procede del Departamento de Rehabilitación del Hospital General de Especialidades 'Virgen de las Nieves' asimismo, y por sanción expresa de los médicos infrascritos Salinas y Vázquez Suárez. Dice así:

Hospital General de Especialidades "Virgen de las Nieves"  
Arao Respiratorio Norte. GRANADA

Departamento de Rehabilitación



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE SALUD Y CONSUMO  
RED DE ASISTENCIA SANITARIA DE LA  
SEGURIDAD SOCIAL DE ANDALUCÍA  
Ciudad Sanitaria de la Seguridad Social  
"Virgen de las Nieves"  
18014 - GRANADA

## INFORME

Nombre TOMÁS RAMOS ORTA Asegurado n.º 18/6004055

N.ºm. Historia Clínica 130.025 Domicilio habitual c/ Pralera, 5. GRANADA.

Paciente de 51 años de edad, que desde hace varios años viene padeciendo frecuentes períodos recidivantes de disfonía de 3-4 semanas de duración, de intensidad y agravada por los esfuerzos vocales que se acompaña de discreto dolor, presentando en algunas ocasiones faringo-amigdalitis purulenta.

Por el informe de un último control O.R.L., que demuestra la existencia de una rino-faringitis crónica inespecífica, hipertrofica, sin actividad séptica actual, con actividad laríngea conservada, pero con edema de engrosamiento difuso de ambas cuerdas, sin lesiones circunscritas específicas, cuya imagen es compatible con la sintomatología de disfonía por exceso mecánico que el paciente refiere.

A la exploración, los datos más llamativos son la fonoafasia y carraspera.

DIAGNÓSTICO.- Disfonía por laringitis crónica. Fonoafasia.

TRATAMIENTO.- Se prescribe amoxicilina, antibiótico en los períodos sépticos, tratamiento fonoátrico y fundamentalmente reposo vocal, esencialmente prohibición absoluta de esfuerzos vocales por un período mínimo de unos 3 meses.

  
D.º Dr. A. Salinas  
Jefe Departamento



13 de Mayo de 1.988

  
D.º Dr. Enrique Sánchez  
Jefe Sección

Tal era el panorama a finales de 1987. Aclaremos desde ahora que las pautas del preparado y administración de la vacuna habían comenzado a tener lugar nada más empezar octubre. Lo primero, pertrechado con el consabido volante del médico de cabecera, pasarme por el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada. Allí me hicieron el frotis inicial, es decir la extracción de la flora bacteriana "normal" que se anida en cada uno de nosotros, mediante unos toques leves con una torunda, en la garganta – allí donde se producen las arcadas – y en la parte de arriba de los orificios de la nariz, allí donde se perciben los cosquilleos. Estos bichitos, convenientemente tratados durante quince días aproximadamente, permiten producir el frasquito o vial objeto de administración, generalmente por vía sub-cutánea, por ser la más directa. Las inyecciones se ponen de décima en décima, dos veces por semana hasta llegar al centímetro cúbico; a partir de lo cual se aplica ya una sola dosis semanal. Me extendo en estas cuestiones algo, más acaso de lo que una pauta consuetudinaria de sentido de la proporción pudiera recomendar, por la inequívoca significación que vienen teniendo hasta la actualidad en la adecuación de mi tiempo, en el disfrute de mis posibilidades desde que la ciencia médica me señaló para siempre como un faringítico crónico que debería vacunarse una vez al año durante el resto de sus días [Ahora, en el momento en que escribo lo presente, octubre de 2003, he comenzado la ronda decimoséptima de vacunación anual. Como lo leen Vds.] Yo era un faringítico crónico, al que el mejor criterio rino-laringológico de los especialistas aplicaba una auto-vacuna, un remedio patrocinado por

Pasteur hacía más de siglo y medio y consistente en volverse uno a inocular sus mismos elementos "naturales" con el fin de fortalecer las propias defensas. Para el 23 de diciembre de 1987, fecha de mi puesta en marcha, ya había yo cubierto buena parte del recorrido de los dos pinchazos semanales, hasta las nueve décimas. El tema de la vacuna, como digo, no ha dejado de significar un enojoso incordio en mi vida desde el dicho año de 1987 en que comencé el tratamiento. Cuando la altura temporal de mis relatos lo determine, el lector seguirá sabiendo de los variados y lejanos destinos en los que tuve que seguir poniéndome las reglamentarias inyecciones, so pena de haberme abstenido de viajar. Y claro, el interés mayor se sobreponía a la molestia... no pequeña... pero...

La condición de vacuna compuesta de "bichitos" llevaba consigo el primero de los condicionamientos, a saber: mantener el frasquito en una temperatura fresca la mayor cantidad de tiempo posible; así que, todo lo que fuese traslado de casa a hotel; todo lo que comportase duración de vuelo de sitio a sitio, de país a país..., etc., se enfrentaba a la toma de medidas aún más enojosamente incordiantes, de cuidados específicos, como puede uno imaginarse: la utilización de algún recipiente tipo "tupper-wear" herméticamente cerrado, conteniendo bolsitas de hielo o cosas así. En todos estos manejos me servía yo de un procedimiento que, con alguna marcadísima excepción, había alzado a principio esencial e incontrovertible, a saber: viajar tirando tan sólo del equipaje de mano que pudiera manejar con cierta holgura. Y he mencionado el término excepción porque, en efecto, creo recordar que en un tramo dilatadísimo de más de treinta años, pongamos, desde que en mayo de 1971 regresé definitivamente de América del Norte, la única vez que facturé equipaje en el avión fue a comienzos de 1982, es decir, en pleno invierno, cuando efectué una visita a Bristol, Inglaterra, en calidad de profesor visitante de su Universidad, y me tuve que llevar ropa de abrigo. Recuerdo la maleta que adquirí para la ocasión, y recuerdo todavía mejor que después de aquel uso la maleta yace en reposo en el compartimento inferior de un armario de mi casa, sin que nunca más,

ni siquiera una sola vez más me haya servido de ella. Así que, equipaje..., equipaje, aquél del que uno pueda tirar, y nada más. Me permito recalcar estos detalles morosos y... hasta pueriles con el fin de destacar el hecho de que lo enojoso de preparar y trasladar el frasquito de mi vacuna al menos, se acogía al pequeño alivio de que nunca se separaba de mi; de mi control inmediato, de mi pronta manipulación en caso de necesidad.

En definitiva: con todo lo que he dejado referido en cuanto a la pinza de afinidades geográficas y socio-políticas entre Cuba y Nicaragua; y también en cuanto a mi especialísima disposición personal de visitar el ámbito del creador de *Azul*... en el centenario de su aparición, el sistema de excusas y de motivaciones para la materialización de mi viaje se habían concertado con creces. Le encargué a Meliá el soporte básico del plan. Para Cuba no había más remedio que ceñirse al modelo soviético de programación turística: visado, reserva por adelantado de alojamiento, etc., etc. Los de Meliá tenían en España un socio o franquicia turística para Cuba, Viajes Guama, quien a su vez se servía en La Habana de su representante Havanatur, al menos en teoría. La primera mitad de mi estancia vacacional correspondía a Nicaragua, así que el papel de Cuba en mi viaje de ida era tan sólo el de proporcionarme el aeropuerto José Martí como punto de escala hacia Managua. Y por lo que se refiere a esta última ciudad, y a su país, en general, se me aseguró de que no existía restricción ninguna, ni fiscalización de visados, ni nada que no fuese el hecho de llegar y elegir el sitio que mejor le conviniera a uno para alojarse. Y así comenzó todo. El flamante billete que al nada despreciable precio de 305,900.- pts. me expidió Meliá lo dejaba bien claro: vuelos desde Madrid a Habana, y regreso, con Iberia. Entre Habana y Managua quedaba todo en manos de la Cubana de Aviación.

A las 02:40 de la madrugada del 23 de diciembre en el vuelo IB 945 despegó de Barajas para La Habana. Aclaro desde ahora que sin rigor de uniformidad ninguno me reservo la pequeña expansión de mi talante de llamar a esta ciudad La Habana, a la española de siempre; o simplemente Habana; o bien, Havana al modo anglosajón.

Debí de llegar al aeropuerto José Martí a eso de las 07:00 am. Mi conexión hacia Managua con el vuelo CU 462 era para las 10:00, y un cálculo por encima, en razón de la diferencia horaria y de las aproximadamente nueve de vuelo entre Madrid y La Habana, me habían permitido inferir sin grandes márgenes de error que disponía de tres horas de espera en tránsito. Nada más aterrizar en el aeropuerto José Martí comienza a desplegarse ante mi conciencia la realidad de un sistema político modelo tipo URSS implantado en una comunidad de origen latino y mediterráneo, concretamente hispánico. Allí todo tenía como la marca, el sello de la modalidad de país "Pacto de Varsovia": autobuses deslustrados; sala de recibo de pasajeros e intervención de pasaportes en estado de necesidad de reparación y mantenimiento al por mayor. La tarjeta de "en tránsito" que me entregan es una pura cochambre: doblada, desarticulada y convertido su componente plástico en algo más cercano a una gacha que otra cosa. La chica del servicio de pasajeros en tránsito, un encanto: parsimoniosa y siempre mujer. Se me escapan los primeros halagos a ella, a la primera hembra cubana... en Cuba, a los que ella me contesta con un sonriente rechazo de "que no" pero de que "tal vez, seguramente sí". El lobby general, de pena: parecido al del aeropuerto de Varna (Bulgaria) y al de Delhi (India). Los aseos, en la misma condición: sin llegar a impracticables, pero que por haber necesitado reparación desde hace muchos años, pueden tirar lo mismo otros cuantos años más. También veo algo curioso: había un viejo fregando los suelos de la "cafetería", que empleaba el sistema de encharcar, inundar literalmente todo el piso, tanto que sin darme cuenta me encontré chapoteando en mitad de una laguna; luego, con un cepillo ancho se daba maña a extender equitativamente el inmenso charco por toda la superficie. Ahora bien, algo destacable es el hondo sentimiento de tranquilidad y de soltura que le abordan a uno por todas partes. Uno se sienta en la cafetería, como digo, y nadie le viene a importunar ni a urgir a que consuma o a que explique el por qué de estar sentado. Algo difícilmente imaginable en la mentalidad consumista y depredadora de los así llamados países en punta y progresistas. La

razón de todo ello puede venir explicitada por el consabido principio de que, al no contar con los imprescindibles supuestos de incentivo, a los responsables del turismo les importa un rábano que alguien o muchos como yo consumamos un café o una guarrería de circunstancias con el fin de engrosar las arcas del erario público del que ellos acaso no sientan beneficiarse. Por cierto que en el vuelo Madrid - Habana no había querido tomar nada de cena, y también por cierto que no recuerdo si llegué a pedir algo allí, en aquella cafetería destartalada del aeropuerto José Martí de La Habana. Las camareras visten blusa blanca; falda y zapatos de negro; muy de trapillo todo. Lo que sí que encontré fue una enorme relajación del ambiente en lo tocante a controles o señales de información, bien porque fuese todavía algo temprano, o simplemente porque el tráfico turístico en estos países es..., cómo decirlo, muy sabido, muy de rutina repetida en virtud del sistema político imperante. Por lo que fuere, he aquí que en un momento dado, y dentro de lo que pudiéramos entender en sentido amplio como... tiempo de embarque, por las indicaciones que también fueren, que no las recuerdo; por el sistema informativo de paneles que en ese momento operase respecto de mi esperado vuelo hacia Managua, he aquí que... – insisto, me atrevería a asegurar que en mí concurren las mismas constantes, los mismos principios, idéntico criterio de orientación y de sentido común de los que hasta entonces me había servido para haber realizado los cientos de vuelos que obraban en mi experiencia –..., he aquí que subo a un autobús que supuestamente nos debía conducir al pie del avión que yo debía coger para Managua. Reitero mi machaconería en que si hay algo de resaltable en este incidente lleno de pintoresquismo es el hecho de que nadie me hubiera preguntado nada; ni me hubieran intervenido nada; ni pedido ninguna tarjeta de embarque; ni comprobado credencial alguna; ni nada de nada. Es obvio que yo tuve que servirme de la señal o anuncio que según mis entendederas del momento me anunciaba que debía subirme al autobús que se disponía a llevarme al pie del avión que en su momento despegaría rumbo a Managua. Algo en extremo bufonesco tuvo necesariamente que ocurrir; por ejemplo, que a mí no

se me ocurriera recabar información de la primera persona con uniforme que pasara por allí sobre si aquel autobús me conducía al avión correcto o no; o bien, que ni dicha persona, ni dicho empleado, ni nadie me informara en la manera o forma que ya ni me atrevo a conjeturar. El caso es que me subí al autobús, y que cuando estábamos a poca distancia del avión el enrarecimiento de los signos externos comenzó a hacer soltar las alarmas de muy variada índole de la conciencia mía. Se trataba de una aeronave grande, de esas grandes de la Aeroflot tipo Ylusin; pero grandes, como digo. "No – pensé –; no creo que un avión así lo hayan destinado para el vuelito de Managua". Pregunto a varios de los pasajeros del autobús que... bueno, el par de cosas que me permitieran saber si estaba en lo cierto o había sido víctima de una equivocación. Aquel pedazo de avión salía para la Ciudad de Méjico. En plan tranquilo, todo muy en plan tranquilo, una vez que el autobús descargó al pasaje pertinente me devolvió a las dependencias de la sala de espera y de la cafetería del aeropuerto de donde había venido. ¿Hasta dónde habría llegado con mi error? Seguro que hasta el pie de la escalerilla, o hasta la entrada en cabina del aparato donde alguien, azafata o miembro de la tripulación, me habrían pedido el billete, o la tarjeta de embarque, y se hubieran dado cuenta de que el avión en cuestión no correspondía con mi vuelo. Pero tampoco estoy seguro ya ni siquiera de eso. En aquel portentoso clima de despreocupación, de "total, ¿para qué?, si me van a pagar igual", que parecía imperar en aquella sección del aeropuerto José Martí de La Habana, en aquel corte de gestión de aquella mañana del 23 de diciembre de 1987, en aquellas condiciones la realidad parecía adelantarse a la más desafortunada de las ficciones, y no descarto, ya digo, que hubiera terminado en Mexico City. Así que vuelvo a reintegrarme a la cafetería, en espera, ya por muy poco tiempo, del enlace del vuelo a Managua. Por doquier música de salsa o cualquiera de esos ritmos a los que tan de maravilla les caen los nombres acabados en - amba, - umba, - imba, etc. Estoy seguro de que Lenin y todos los prebostes del socialismo made in URSS no pudieron imaginarse que su sistema pudiera arraigar "cien por cien" y con todos

los predicamentos de la ortodoxia en una comunidad como la de la isla de Cuba, a tiro de fusil para más señas del todopoderoso imperio de los USA. A pocos metros delante de mí, en el techo, y cubierto chapuceramente con un plástico abombado, hay un enorme desconchón a través del cual se pueden ver los interiores decrépitos de tubos y montajes. Un poco a la izquierda, y en el pasillo del exterior de la cafetería que da ya a las pistas, igual: un pedazo de material aislante se descuelga como si fueran los intestinos de la techumbre. Los cristales, con tiras de papel adhesivo pegados a ellos, bien porque algunos están rotos, bien porque no los han limpiado desde el momento de su instalación y siguen llenos de churretes.

La primera mujer cubana con quien he hablado ya he dicho que fue la empleada de aeropuerto que me recogió el billete y me dijo que esperara. Vestía un conjunto azul, a base de pantalón y blusa, muy "casual", muy como de andar por casa y desembarazada de protocolos. Aunque carente de las sofisticaciones que pudiera prestarle el maquillaje, dicha moza, que pasaría de los treinta, hacía normalmente perceptibles sus generosos atributos todavía más si cabe, porque para un observador objetivo y desapasionado como era mi caso, la carencia de resortes que pudieran resaltar las artificiosidades de cualquier tipo en el chasis de aquella mujer producían el también normal efecto de suponer en estado de gracia natural las formas de grata generosidad que aparecían veladas por un atuendo tan falto de presunción. Hasta acertamos a cambiar alguna frase. Al preguntarme que si me iba a quedar en La Habana, le dije que sí; que a mi vuelta de Managua el día 30 de ese mismo diciembre dedicaría una semana a estar allí; a lo que ella me contestó que, puesto que pasaría la Noche Vieja, que me hiciera la idea de festejarlo comiendo "chancho" (cerdo) asado. En estas tres horas de tránsito que estoy consumiendo en el aeropuerto José Martí he procurado hacerme con la mayor cantidad de apuntes desde los cuales partir en mi redacción a mi regreso de Nicaragua. De momento, el más irreprimible efecto que producen estas mujeres, como la funcionaria a la que me refiero, es el de la simpatía, del canje afectivo. Además, en todas y cada una de nuestras "primeras" mujeres

hay algo míticamente impensado, y ésta no podía ser excepción: vestida..., ahora lo recuerdo mejor, lo matizo mejor, con pantalón y blusa gris tirando a azulado, desveló sus veneros de feminidad sólo con que yo transformara una cuestión rutinaria y desprovista de alma, como lo fuera una consulta informativa, en algo animado y personal. De todo esto seguiremos dando cuenta después de mi regreso de Managua.

Los de Meliá me han sacado todos los tramos de vuelo –excepto precisamente éste de Habana-Managua– en clase "preferente". Ignoro en este momento los motivos. Tal vez pudiera tratarse de que por una cantidad simbólica, y existiendo plazas, claro, el salto de la clase turista a la inmediata superior se aconsejaba sin ninguna vacilación. Sí consigné en mis notas que "en la clase preferente le dan a uno un *necessaire* completo: un kit de costura, tiritas, etc". Como cabe imaginarse, el avión era un modelo Tupolev, en regular estado de conservación. [Lo de viajar en "preferente" resultaría oportunísimo en las fechas venideras, a la vista de la cantidad de bultos que la masa de gente en clase turista hace entrar con ellos a la cabina. Se gana algo en espacio y en comodidad y se evitan empujones]. Quiero recordar que el vuelo emplearía algo menos de tres horas en llevarme a Managua. No puedo en este instante puntualizar si desde Cuba a Nicaragua se opera algún cambio horario. Probablemente sí. En tal caso serían las 12:00 del mediodía cuando llegamos al aeropuerto de Managua, arregladito y coqueto, dentro de una gran contención de medios. [Más tarde, y por comentarios espontáneos de gente que no comulgaba con el sandinismo, se me aseguró que tanto el aeropuerto como todo lo que de valor se sostenía de pie en Nicaragua había sido obra de Somoza, ya que los sandinistas en el poder a duras penas estaban consiguiendo afianzarse, con intentos frustrados de sovietizar a la población por medio de medidas burocráticas y de paralización de la actividad empresarial y productiva. Tendremos tiempo de ver todo esto más adelante] Le hacen a uno cambiar un mínimo de 60.- \$ USA. La ecuación oficial establece 15,000.- (quince mil, he dicho) "córdobas" por dólar. Así

que me encuentro con 900,000.- unidades de esta moneda nicaragüense en el bolsillo, en billetes de papel deteriorado. No hay más dinero que éste. Desde ese momento la cara multiplicadora de la inflación asomaba por todas partes. El gobierno carece de medios para acuñar metal propiamente dicho. Como era lo esperable, ese mismo día, acaso tan sólo un rato más tarde me informan de que el dólar USA obtiene en el mercado libre el doble de su valor oficial; o sea, 30,000.- córdobas. Lo típico. El desboque institucionalizado. De momento, tengo para los primeros gastos. Todo también, aunque tímidamente, siguiendo el modelo soviético del Gran Hermano. El gobierno, sabedor de que en estas condiciones nadie cambiaría "oficialmente" divisa fuerte, se permite imponer la muy pacata medida de, por lo menos, obligar a que el visitante se deje los mencionados sesenta dólares en las arcas del Estado. Lo único constructivo que saqué de aquella primera operación fue que la chica encargada de la oficinilla de cambio me dijo sonriente que encontraba "muy elegante" el nevus de melanina o peca que todavía entonces se enseñoreaba de una parte del ápice de mi nariz. Que su dios se lo pague por su amable voluntarismo. Pensé: no hay cosa que no reciba un mínimo halago, por lo menos en un lugar del mundo, y también por lo menos de alguien. Pregunto por el mejor hotel y me dicen que el Intercontinental. ¡Pues al Intercontinental. A ver, un taxi! Allí en la puerta había uno, un vehículo tipo compacto, europeo, no recuerdo la marca, conducido por un hombre de gesto agradable y calmoso, algo indio, algo renegrido, algo... de todo, igual de baqueteadado que el coche que conducía. Como digo, muy probablemente serían las 13:00 horas de aquel 23 de diciembre de 1987.

Me ocurrió algo reseñable y que mejor que ningún otro detalle ilustra la distorsión a que pueden verse sometidos los cálculos sobre costes y valores, sobre medidas y proporciones, cuando uno se encuentra en situaciones de inflación disparatada. El trayecto desde el aeropuerto hasta el Hotel Intercontinental cubría unos 14 kilómetros, según pude establecer. Al final del servicio, y al preguntarle a mi amigo el taxista que cuánto le debía, me dijo sin más y por toda

cumplimentación a mi pregunta: "Veinte", con ese aire transitado de quien ha dicho lo mismo muchas veces más, por tratarse de algo automáticamente, proverbialmente conocido. "¿Veinte?" – le contesté. Yo colegí mentalmente que se trataba de darle cuatro billetes de 50, de los 18 que me habían cambiado en el aeropuerto; es decir, desprenderme de 200,000.- córdobas de los 900,000.- que tenía en el bolsillo. Me pareció mucho: unos 14 \$, a dólar kilómetro, por mucha salida de aeropuerto de que se tratara; por muy pinta de turista pudiente que pudiera yo desplazar, por muy todo lo que se quiera. "Es mucho... Le doy 15" – le dije yo como si entendiera las cuentas internas que esta pobre gente manejaba. "Está bien" – me dijo él. Y le di quince, es decir 150,000.- córdobas; o sea, diez \$ USA justos por el trayecto. Luego me enteré fehacientemente de que lo que me pedía originalmente el hombre eran 20,000.- VEINTE MIL córdobas, el equivalente a algo menos de dólar y medio; y si al bueno de él le sobró flema para no regatearme la rebaja de veinte mil a quince mil que le hice, sí le faltó grandeza de ánimo para no sacarme del error y hacerme ver que aun pagándole lo que le pagaba, ello correspondía a ocho veces más su tarifa normal. ¡Pobre hombre! Probablemente ese día interrumpiera ya el trabajo y se tomara de descanso el resto de la jornada. ¿Qué pensaría de mí? Que había perdido el juicio, por decir lo menos. La verdad es que pudo pensar cualquier cosa de mi comportamiento. Desde luego, lo más leve que pensaría de mí es que estaba chalado.

En el Hotel Intercontinental parecen terminarse todas las penas. Es el mejor alojamiento de Nicaragua; y además, de los pocos importantes edificios que quedara en pie después del terremoto de 1972. En el recorrido desde el aeropuerto, me pareció hasta obsceno preguntarle al taxista que dónde estaba Managua... porque por allí no se veía nada. ¿Managua? Managua es una ciudad desparramada donde no existen las calles; sencillamente no hay calles sino carreteras. El Hotel IC se levanta señero y señorial en medio de la nada. Por un plano del mismo Hotel nos informamos de que se halla flanqueado por la Avenida Bolívar y por la 5 Avenida Este; y por las vertientes menos

alongadas, las ruinas de la Catedral y el lago de Managua; y la laguna de Tiscapa, respectivamente. Pero todo esto no dejan de ser nombres, porque, insisto, salvo el edificio del Hotel, salvo la torre del Banco de América, y salvo lo que queda de la Catedral – que aun medio derruida no deja de ser eso, catedral e imponente –... salvo eso, lo demás, los demás edificios, lo que conforma la urbanidad de las ciudades, su contenido, las casas, los inmuebles... sencillamente no existen. El lugar común para explicar semejante despropósito no por ello es menos inevitable. El terremoto de 1972, y la guerra que venía siguiendo y continuando hasta que en 1979 los sandinistas tomaron el poder, se encargaron de todo. Si antes todo era "Somoza", ahora es todo "Sandino". Managua es una de las cosas más fantasmalmente reales con las que uno pudiera tropezarse. Por si fuera poco, la prepotencia generativa y vegetal del trópico no tiene límites. Managua es una gigantesca urbanización semi-derruida, llena de cicatrices y calvas; convertida en un puro solar a trozos, tipo era, donde los barbechos incontrolados campan por sus respetos. Lo que no hizo el terremoto se ha encargado de hacerlo la guerra y las carencias de la situación. Alguna parte del suelo presuntamente urbanizable ahora es superficie rústica donde se han levantado barracas; en otros lugares, junto a zonas de chabolas se han montado dispositivos operacionales afines al interés y a la razón militar; un paisaje parecido al de las películas esas de piojosos desharrapados que recrean un planeta víctima de inconfesables cataclismos, por donde pululan seres perversamente raros, montando vehículos que combinan lo antediluviano con lo futurista. A excepción de lo que digo de los vehículos, por lo demás el panorama de Managua es objetivamente equiparable. Menos mal que el Hotel IC hace de todo: de bastión; de consulado; de lugar de convenciones; de librería; de agencia de viajes, etc. No hay mejor protección que la del dinero y que la resultante de comprar el interés de los demás. Y probablemente el régimen sandinista estoy seguro de que tendría que hacer de tripas corazón al servirse de los baluartes que sus "enemigos" habían construido [el Hotel IC se había levantado con capital USA; y no digamos el Banco

de América; de ahí su resistencia a terremotos y a bombazos] con el fin de allegar recursos a través del turismo. Por cierto que en el más que respetable stand de librería del Hotel no veo nada de Rubén Darío, y sí de Ernesto Cardenal; también el Libro Verde de Gaddaffi. Sin comentarios, me digo. Oigo las primeras interlocuciones entre las que se intercambia el título de "compañero". También sin comentario. En mi habitación pongo la radio: los locutores son amenos, agudos y divertidos: emplean la palabra "jodío" en el sentido como de... taimado, insolidario, pícaro, por lo menos en la emisora "La Voz de Nicaragua". Claro que yo estoy actuando desde la consciente aceptación de este país como la tierra de Rubén Darío, y así me he presentado yo mismo en los contados contactos ocasionales de las primeras 24 horas de estancia. Saludo a la recepcionista Jenny Ogdson (su apellido proviene de la etnia de la Costa Atlántica, al este), y a Maira, una amiga suya. Jenny – pensé yo – justificaría en un principio la corporeidad realizante de mi alguna vez obra *Mujeres, lugares, fechas...* Es una criatura que, envuelta en su uniforme de trabajo, hasta ahora se ha zafado de la compleja onerosidad de hacer que los atributos de su cuerpo se disocien y resalten por separado y a pesar de la tiranía de su atuendo. Quiero decir que el uniforme se afecta bien a su bulto: de color marrón, como de guerrillera civil, con botones y bolsillos. Es algo chatunga, con labios bonitos, gordezuelos, color de indiecita clara, pelo crespo y negro aunque sueltcito; nariz, como digo, aplastadilla, en graciosa proporción. Probablemente fuese esa misma noche de mi llegada, día 23 de diciembre de 1987, miércoles, cuando invité a estas dos chicas Jenny y Maira a cenar en "Los Antojitos", una especie de mesón, tipo terraza al aire libre, con árboles bajo los que se colocaban los veladores, y que se encontraba detrás del Hotel IC. En algunos momentos intermedios de conversación solía yo tomarle la mano a Jenny o acariciarla el antebrazo sólo para comprobar que su carne era lo más parecido a lo que se siente cuando se pasan las yemas de los dedos por la superficie de un trozo de badana o cuero, como esos que tengo en casa y con uno de los cuales me hice un porta-dinero papel, para el bolsillo. Igual que todo eso sólo

que húmedo: así era acariciar la piel de Jenny.

Las colas para echar gasolina en las estaciones de servicio eran impresionantes el día 24 de diciembre. Los coches, despedazados la mayoría de ellos. Me recordaban el panorama de la República Dominicana. Yo me daba prisa por "coger onda" y tomar nota de todo. No era difícil. Transcendía, se propagaba a partir de cualquier actividad, desde cualquier detalle. Desde las primeras rondas de contacto con la realidad social más inmediata, más de uso cercano, se me hizo evidente que un gran sector de la población estaban ya bastante hartos de la "revolución" sandinista, que sólo ha traído – dicen – una subida inmoderada de los precios de los artículos de consumo, y pocas cosas de beneficio. Normal, digo yo. El slogan podría concretarse más o menos en esta fórmula o algo equivalente: "Con Somoza sobraba de todo, aunque había poco dinero; ahora se cuenta el dinero depreciado por millones, pero no hay mucho que comprar".

El tema de la inyección de mi vacuna tuvo su pequeña historia. En la primera dirección que me facilitaron en el Hotel IC [por lo visto allí mismo no me lo podían hacer], Centro de Salud Altagracia, me pedían una receta de autorización, hasta cierto punto esperable, y que yo no tenía... porque no se me ocurrió agenciármela en España y llevármela de viaje; así que me recomendaron un llamado Hospital de Especialidades [cuya dirección, en el papelito que más tarde me darían, reza: "Del Supermercado Plaza España 1 cuadra abajo media cuadra al Lago"] donde una Ayudante Sanitaria, avispada y sin ganas de averiguaciones, me puso la dosis rápidamente y me cobró dos mil córdobas, unas 15 pesetas al cambio oficial, y siete con cincuenta céntimos al cambio libre. La tal clínica del dicho Hospital donde me administraron la inyección no era más que un modestísimo camaranchón, con un par de armarios de cristal rudimentarios y unos cuantos anaqueles de pared sobre los que había colocados algunos papeles y algunos cachivaches. Recuerdo el detalle de que la referida enfermera, para el acto de limpieza o desinfección del trozo de piel del brazo, previo al pinchazo sub-cutáneo de la dosis de vacuna, destapó

un jarro o mortero de vidrio donde había una cantidad prudencial de bolitas de algodón impregnadas previamente de alcohol, y se sirvió de una de ellas. Todo de un paupérrimo entrañable. Y el caso era – pensaba yo – que, ¿para qué más? Yo portaba las jeringuillas desechables con aguja adosada en su respectivo envase esterilizado, y únicamente se trataba del pinchazo de la manera menos sofisticada y al tiempo más operativa. ¿Para qué más? Se veía que la economía de aquella pobre gente se hallaba a niveles de subsistencia. Pero a mí me habían resuelto mi problema con puntualidad y debidamente, que era lo que importaba. Así que, por esta parte, que era tanto como decir que por todos los sitios, encantado. Al salir, deslicé un billete de 1.- \$ USA en el bolsillo de la enfermera [no se olvide: 15,000.- córdobas al cambio oficial, y 30,000.- en el mercado libre], probablemente más de lo que significaba su sueldo diario.

En el comedor del Hotel – donde el desayuno cuesta 80,500.- córdobas, unos tres dólares al cambio real – me acaban de decir que la locura monetaria ésta se halla en vigor mayormente desde hace sólo unos cinco meses. Cosas así está claro que dejan toda la información anterior echada a perder, y colocan a Nicaragua en la espiral inacabable de derivaciones a peor. De paso, huelga decir que el servicio del Hotel era lo mejor que se podía encontrar en todo el país. El desayuno citado, modalidad buffet, se componía de un variado muestrario de bollería y zumos, además del café, té y/o leche que se quisiera. Un precio astronómico para los pobres de a pie, pero tolerable para el turista. Con la invitación a Jenny y a Moira, y con la consumición de un par de desayunos – además del traslado del aeropuerto – los primeros 60.- \$ (o sea, 900,000.- córdobas al cambio gubernamental) llevaban buen paso. No quería quedarme corto, porque preveía, por lo menos, un viaje inminente. Así que me informé y entré en conocimiento de que los taxistas que trabajaban para el Hotel estaban constituidos "institucionalmente" como intermediarios y agentes "de cambio y bolsa". No había problema. Todo consistía en darle a uno de ellos el dinero americano y esperar a que trajera el cambio. Tenían que ir en coche porque la "oficina" de cambio libre de

la divisa por lo visto era una empresa de almacenes de algo, bajo el nombre de Ramulah Zalán, que me sonaba a negocio regentado por algún sagaz fenicio. Le di 100.- \$ cash a uno de estos agentes, y al rato el hombre ya de regreso y con el cacharro de automóvil estacionado a la sombra de un árbol de esos con nombre autóctono, se acercó a mí con una bolsa grande. Pensé que durante su recado había adquirido algún artículo para sus necesidades domésticas. ¡Qué va! Se trataba de los 2,900, 000.- (dos millones novecientos mil) córdobas que me entregaba por los 100.- \$ USA, descontando 100,000.- (cien mil) por su gestión y por el gasto de transporte propiamente dicho. En una nota que guardo aparece la consignación de que una peseta equivale a 250 córdobas, algoritmo que asimismo encaja en todo este cálculo, si le asignamos al dólar USA un valor aproximado entonces a las 120.- pesetas. El intermediario se había ganado, así, unas 400.- pts. La bolsa contenía escrupulosamente la cantidad acordada, en fajos de papel venido a menos, fijados con gomas elásticas. Surrealista. Increíble, de no ser cierto.

Creo que esto lo debí de hacer a primeras horas del día 25, ya que esa misma mañana decidí viajar a Ciudad Darío, la antigua Metapa, la cuna del inmenso bardo. Yo era consciente de que el protocolo de fechas no iba a poder ser respetado por mí, ya que ni un solo día de mi estancia – partía para Cuba el 30 de diciembre – caería dentro del año temático de 1988 o del centenario de *Azul...* El gobierno sandinista, acaso mentalizado por el ejemplo testimonial pero persuasivo de muchos forasteros, parece haber comprendido al fin que la atención prestada a Rubén es de todo punto insuficiente, sobre todo si comparada con la de algunos pelagatos más en sintonía – al menos de boquilla – con el ideario convivencial del sandinismo en el poder. Y efectivamente, el gobierno ha previsto las oportunas celebraciones para 1988, todo lo cual me pillaré fuera ya de Nicaragua. Pero así como las fechas tienen una rebaba de posterioridad operativa, también la tienen de anterioridad no menos oportuna. Y en mi caso, todo lo concerniente a 1988 tenía necesariamente que "celebrarse" en los días postreros de 1987, que

tampoco estaba mal.

Mi fichaje del taxista Félix López fue todo un golpe de suerte; con él y a partir de él mis experiencias de aquel viaje a la Nicaragua sandinista quedarían definitivamente trabadas y coherenciadas. Alguien debió de recomendármelo. Tenía una chatarrilla de coche, de lo que llamaríamos en Europa "compacto", y en América más bien pequeño. Pero funcionaba. Además, Félix se dió cuenta desde el principio, de que yo no buscaba ni exigía prestaciones desorbitadas, ni que tuvieran que producirse con arreglo a tiranía alguna de medios y mucho menos de fines; que tenía todo el tiempo del mundo; que venía en plan de hacer turismo vivencial y literario; que tenía dinero; mi pasaje de regreso a Cuba y eventualmente a España, confirmado; y que me hospedaba en el mejor hotel de todo el país, fortín de garantía, baluarte de referencia, desideratum de bienestar. Pues venga, a Ciudad Darío. Teniendo en cuenta el estado de las carreteras, la condición modestísima del transporte y la falta de urgencias por mi parte, tardamos una hora y media en salvar los 90 kilómetros que separan Managua de la ciudad natal del vate. Lo mejor que pudiera haberme pasado. Pero no fue sólo eso. Antes de salir propiamente de Managua, Félix me lleva a una casa cerca de la suya para que conozca a un vasco, un tal José María Uriarte, natural de Baquio (Bilbao). Una dimensión nueva. Este hombre y yo intercambiamos, de español a español, informaciones y comentarios preciosos. La situación en Nicaragua es de puta pena – viene a decirme – y él está recogiendo velas y listo para marcharse a su tierra vasca, al Caserío Barturen, que es donde él tiene su arraigo, su propiedad y su incumbencia íntima. Me habla de que de vez en cuando cruza a Costa Rica, a "levantar" los intereses de su capital; que espera hacerlo por última vez, inmediatamente antes de regresar a España. El tal José María había mantenido una pequeña empresa familiar, artesanal de muebles y de utensilios de vivienda; me decía que había... si no patentado, que no recuerdo bien el concepto, que se había dado maña en "inventarse" una serie de implementos mecánicos que le habían rendido provecho en sus manufacturas. Era un hombre no corpulento, más bien mediano

tirando a bajito; se había emparejado con una nativa nicaragüense... y me parece que me habló de seis hijos. ¡Claro, pensé, y acaso se lo dije: la artillería del conquistador y la permisividad generosa del trópico! Nos intercambiamos las direcciones y es hoy, ahora, todavía el momento en que no he cerrado la ilusión de dejarme caer por la provincia vascongada de Bilbao, llegarme hasta el pueblito costero de Baquío e indagar por el paradero del bueno y emprendedor de José María Uriarte.

El grado de evidencia sobre la mala marcha de la economía y, en general, de todas las funciones sociales del país se me patentizó doblemente, primero por el testimonio de mi amigo vasco, a quien tan graciosa y espontáneamente acababa de conocer. Y luego, y más que nada, por la enjundiosísima conversación y transvase de opiniones que fui sosteniendo con Félix López durante todo el camino. Al ritmo del ronroneo de la tartana de su coche tuvimos tiempo de sincerarnos y de volcarnos mutuamente el cofre repleto de nuestras confidencias. Ciudad Darío, como dije, se encuentra a unos 90 kilómetros de Managua, en la así llamada "carretera panamericana", es decir, la mejor – o menos peor – del país. Estoy intentando, sin conseguirlo, situar una de las estatuas más representativas de la revolución sandinista, la que representa a un guerrillero enarbolando una metralleta, con expresión paroxísmica de entre desgarro, heroísmo o... pura estupidez. Está erigida en una de las entradas a Managua, acaso en la carretera que conduce más al oeste, bordeando la parte sur del lago de Managua. No, no puedo dar con ello. En todo caso se trata de una obra vigorosa, representativa, chillonamente publicitaria del espíritu revolucionario e intoxicante que informa a todas estas situaciones provenientes del desenlace de una guerra civil, y en la que el bando supuestamente liberador y popular ha prevalecido sobre las otras opciones. Recuerdo que entrando a Managua... y saliendo de Managua era prácticamente impensable no encontrarse con esta realización escultórica... supongo que de bronce.

Bien. La hora y media que tardaríamos en llegar a Ciudad Darío fue una lección viva de sociología, de ciencia política. Me voy

enterando de todo, y ello, lo que me cuenta Félix, a su vez enfrentado a mis propias convicciones, va formando la argamasa de evidencias sobre las que poder pronunciarse con honradez, con conocimiento de primera mano. Hay un proceso – estilo, o al menos manera y untura – de soviétización en las realidades de Nicaragua. Fuera de los hoteles no parece haber vida lustrosa: sólo los empleados oficiales dan la impresión de disfrutar de algún margen de decoro y maniobrabilidad social. "Es sutil la urdimbre de indicios que orquesta esta curvatura de las cosas hacia esas formas de chatedad prepotente y auto-castrada" [Nota literal mía]. Una de las típicas contradicciones – Cuba constituía otro ejemplo estridente – es que Nicaragua considere al base-ball, y no al foot-ball (fútbol/soccer) su deporte preferido. El estadio nacional es de béisbol y no de fútbol. Se me pone de manifiesto un hecho revelador, que el propio Félix corrobora. Y es que los sitios de entretenimiento, de distensión, por libre – no dirigidos, no gubernamentalizados – para el ciudadano, para el turista han desaparecido prácticamente. Todo lo que se suponga iniciativa privada aquí se ha ido a pique. Y si el vasco Uriarte me decía que no podía continuar con su empresa bajo las condiciones "esterilizantes" del sandinismo, algo parecido les debía de haber ocurrido a las empresas del alterne y del ocio. Y eso que en mi caso, por hallarme en el Hotel IC, y disponer de todas las instrumentaciones imaginables para procurarme cualquier tipo de servicio... la añoranza de lugares de esta guisa, de ocio y alterne que me eran normalmente indiferentes en circunstancias habituales, ahora me lo eran especialmente. Pero el hecho estaba ahí. [Ya de regreso a casa en España comprobaría con minuciosidad el contenido de información turística proporcionado por la *Panam's World Guide* de 1978, y por la de 1982. Entre una y otra edición, y refiriéndome siempre al año 1979 o del triunfo de la "revolución", había tenido lugar la erradicación de toda la oferta de prestaciones que la empresa privada brindara hasta entonces. Es uno de los ejercicios más relevantes que alguien interesado por la sociología puede hacer. La edición de 1978 menciona un buen número de restaurantes, sitios de encuentro, ya se sabe, para gente "casual" y

de circunstancias, como propios de una sociedad moderna y libre de ejercer su albedrío. En la edición de 1982, o sea, tres años después de la toma del poder por los seguidores de Augusto César Sandino, ha desaparecido prácticamente todo, requisado por la voracidad anestesiante e interventora de la modalidad totalitaria de gobierno]. Ya lo había visto yo en mis cuatro anteriores viajes a la URSS – y eso que la URSS, como creadora y dueña del invento, se permitía licencias y excepciones discrecionales –; ya lo había visto yo también en todos los regímenes de corte "socialista" – no digamos totalitario a lo Stalin, como Albania – de los países de detrás del Telón de Acero. Ya lo iba yo a ver muy pronto, en cuestión de una semana, en mi visita a Cuba. Sorprendentemente para un lector desapasionado, la edición de 1982 de la, en opinión personalísima, mejor obra de información turística del mundo, se liquidaba con menos de la mitad de contenido que la que la misma obra había dedicado a Nicaragua en 1978. A eso había conducido la "liberación". El lenguaje de mi amigo el taxista Félix López es primorosamente descriptivo: "Chochadas" significa tonterías; y cuando dice que el gobierno hace "groserías" a la gente, es que les hace putadas; que se comporta mal con ellos. Y está claro que el pueblo no está para revoluciones. El pueblo está para que lo dejen vivir a su aire, bajo la ley del mínimo esfuerzo, sobre todo en un paisillo de poco más de tres millones de habitantes, y en el que por poco que se hiciera cada uno tendría más que suficiente. Cuando la convivencia se apuesta a una causa revolucionaria, asimismo se apuestan los recursos; y si se pierde, como parece ser éste el caso, todos jodidos: todo el pueblo, quiero decir. El pueblo va a remolque de los ideales discutibles de los caudillos visionarios; y éstos en ningún caso pierden, porque son los que controlan y poseen todos los resortes del bienestar; de la producción y del consumo de programas.

En Ciudad Darío todo se llama "Darío": nombres de establecimientos, parques, etc., pero todo también parece estar aletargado. Llegamos y un hombre amable y oficioso – a quien le faltaban ya no recuerdo si uno o dos dedos de una mano –, el Sr. Bobadilla, director, según su propio testimonio, de la banda local de

música, nos acompaña hasta la casa natal del poeta. Estaba cerrada, pero Félix el taxista, con desparpajo y tino, me presenta como embajador español plenipotenciario, y convencemos a un hombre enjuto y medroso, el celador, para que nos abra. El pueblo se estaba enterando de que un visitante "especial" había llegado. Un habitáculo exiguo, donde se albergaba la oficina de teléfonos, y no sé si también la de correos y telégrafos, estaba atendido por dos mujeres, una de ellas relativamente joven y de visualización agradable. Las gané a las dos para mi causa, y fueron ellas, junto con el Sr. Bobadilla, el músico, las que avalaron por así decirlo mis pretensiones de visitar en plan monográfico y fuera de horas la casa de Rubén. Félix me ilustra sobre el término "sapo" que circula entre la gente desde el comienzo de la era sandinista: Todo lo que signifique chivato, filtración o delación de cualquier actividad que no se ajuste a la línea de la "revolución" es cosa de los sapos. Hay miedo a los sapos, a que le delaten a uno por insolidario, o por haberse saltado la más mínima norma.

El caso es que las puertas de la casa natal de Rubén Darío se abrieron para mí, en plan exclusivo, excepcional, con todos los honores, como correspondiendo a la más congrua y justificada de las ocasiones. Una gloria. Acude también un fotógrafo, supuestamente de *La Prensa* de Managua, y nuestro amigo y compañero el músico le pide que me haga unas fotos, con la efigie de la cabeza sensual y voluntariosamente paridora de Rubén a mi espalda, sobre un estanquito donde se solazan tortugas y caimanes pequeños. Como no se trata de fotografías al instante, sino de elaboración posterior al "click" o fotonazo en su caso, le encarezco al fotógrafo que me las haga llegar al Hotel, y por supuesto, dejándoselas pagadas por adelantado al precio que me pidió y que – ocioso mencionarlo – no se salía de lo asumible y razonable. Nos despedimos de todos, con especial protocolo de las mujeres de la oficina telefónica; también del Sr. Bobadilla; y del señor celador, a quien le deslicé una buena propina.

A nuestro regreso recogemos en el coche de Félix a dos chicas

y a la tía de una de ellas. Viajaban hacia Masaya, ligeramente al sureste de Managua, en el istmo de tierra firme entre el lago de Managua o Xolotlán y el de Nicaragua o Cocibolca. Como los transportes son malos y las economías peores, la gente practica el auto-stop ingenuo y de primera mano. De las dos chicas, y por ese golpe espontáneo de la química, mi empatía escora hacia una de ellas. Se llama Vicenta Bermúdez, y por irresolución mía dejo pasar la ocasión de invitarla a que se quede conmigo en Managua hasta que yo me marche el día 30. Me dice que tiene 17 años. Como todo se produjo con la rapidez repentina de la circunstancialidad, no me dio tiempo ni tampoco me di maña en hacer más averiguaciones ni más comprobaciones que las que permitía el espacio restringido del coche, añadiendo a todo esto el hecho de que yo debía permanecer lo más quieto posible y con la mirada en el sentido de la marcha para evitar la dislocación patológica del mareo que me suele producir el fenómeno de la locomoción. Con todo, me pareció que mi amiguita disponía de una vivacidad preciosa y de unas formas de mujer desarrolladas con generosidad [En tiempos posteriores, y en España, constataría que no tanto] Nos intercambiamos direcciones y toda suerte de informaciones sobre nuestros paraderos.

Esa misma noche del 25 cenó con un grupo de clientes del Hotel IC al que se había adherido marginalmente una típica chica madura americana USA, un poco loca, de éstas que se apuntan a un bombardeo, y que antes de empezar a hablar iniciaba pavamente una apertura pausada y progresiva de su boca en forma de hucha. Pertenece a este tipo de gente que no tienen nada que hacer en sus respectivos países de origen y/o residencia – algo muy característico de los USA – y se enrolan en cualquiera de las incordiantísimas y dudosísimas organizaciones dedicadas a meter las narices en todas partes excepto en sus propios asuntos. No era "mala" mujer, en ese sentido mínimamente salvador, por debajo del cual no cabe más que el fusilamiento. Parece que se hospedaba en una pensión de por allí cerca, siempre en el entendimiento de que entre el Hotel IC y lo demás existía todo un mundo de diferencia. La muy sandia se había dejado

caer, en principio, por el comedor a la hora en que se servían los desayunos, aduciendo que sólo quería "just a cup of coffee / sólo una taza de café". La Dirección le había comunicado formalmente que únicamente se servía el desayuno en régimen de las 80,500.- córdobas de precio, se tomara uno un café o se tomara uno el buffet entero. La chica se deshacía en consideraciones – como se puede uno suponer – patéticamente inoperativas que lo único que dejaban traslucir era su arribismo ignorante. Yo la invité a desayunar, a lo que, tras algunos intentos de autoengañarse, se aplicó con verdadero gusto y en plena forma, desmintiendo que su cuerpo tan sólo la pidiera la consumición de "just a cup of coffee". Pues bien, ahora se hallaba allí también, en una especie de tertulia formada por un canadiense de una isla de la costa de Vancouver, y un australiano. Yo me encontraba en mi salsa. Conocía cosas de todos los países y culturas de mis interlocutores y me podía permitir el lujo de asistir a todos los palos. Es curioso y hasta cierto punto cierto que las más sorprendentes coincidencias se producen en los momentos que menos nos invitarían a pensar en tal sentido. A raíz de mi vuelo en Concorde desde Dakar a Río de Janeiro en marzo de 1978 había configurado yo la posibilidad de volar a Sydney (Australia) también en Concorde, y desde allí pasar a Nueva Zelanda con el fin de coger alguno de los vuelos que partiendo de Christchurch (Isla sur) le daban a uno una vuelta de observación por la Bahía de Mc Murdo, en el Mar de Ross de la Antártida, donde, según entiendo, desde hace más de treinta años una base conjunta estadounidense y neozelandesa mantienen un contingente humano fijo, permanente, de cerca de mil personas en el momento en que esto escribo (octubre 2003) y de no menos de 500 en aquella década de los setenta. Llevé a cabo mis indagaciones pertinentes y conservo cartas de la Embajada Británica en Madrid, quienes a su vez me conectaron con las autoridades neozelandesas responsables de la Líneas Aéreas que presuntamente organizaban dichos vuelos, tan sólo para que me comunicaran que los referidos vuelos a la Base Mc Murdo del Mar de Ross, y alrededores, que partían de Christchurch... se habían suprimido sine die en 1975. Jamás me dijeron por qué...

Pues bien, he aquí que tiene que ser en Managua (Nicaragua) la noche del 25 de diciembre de 1987 cuando a través de un australiano de Sydney, como lo era nuestro amigo contertulio, me entero de todo el asunto. Por lo visto, en 1975 se produjo un accidente del avión a causa del "white out" – efecto deslumbramiento – conforme se acercaba, mientras perdía altitud para enfilarse el paso entre montañas de hielo y acceder al espacio desde el cual poder contemplar lo que fuere objeto de los dichos vuelos de reconocimiento. El piloto se despistó, debieron de fallar o mal-funcionar los dispositivos que avisan a las aeronaves de obstáculos por venir en la línea de la ruta del vuelo, y sobrevino la colisión correspondiente. Un tal Simon Vette había escrito un libro *Impact: Erebus*, que desde aquel mismo instante en que tuve conocimiento de todo el tema ha estado en mi conciencia como algo que debería leer pero cuya realidad todavía no he materializado. El australiano había quedado con un matrimonio nicaragüense que trabajaban para la situación sandinista. Mi exteriorizada incumbencia por la cosa lírica en torno a Rubén creo que les pareció un tanto desmesurada en circunstancias tan dependientes de la realidad "social". Mi mensaje les parecía andar envuelto en celofán y aupado en una torre de marfil.

Ya estamos en el día 26 sábado. Me es imposible precisar cómo sucedió. Sí tengo bien asentado en mis registros el hecho de que, aquí y allá, comentario va, comentario viene, la gente con la que necesariamente coincidía, gente de la Recepción y servicios del Hotel, algún taxista acaso, gente de entre los demás parroquianos y turistas, etc., esta gente, digo, conocían del designio que me había impulsado a viajar a Nicaragua. Rubén Darío y *Azul...*, que era tanto como decir en aquel allí y entonces la literatura y el mundo, informaban el hecho de que yo estuviera allí; de que ni una sola de mis exteriorizaciones o comentarios o predisposiciones dejara de tener como referente último, como su más definitivo telón de fondo, el tema poético de *Azul...* en particular y de Rubén en general. Creo que había salido yo a dar una vuelta después del desayuno. Me inspiraba mirar la desolación que se extendía por doquier, tomar apuntes mentales sobre las maneras en

que el devenir histórico se patentiza en cada situación concreta. Tal vez fuese alguien del mismo Hotel; acaso se tratara de algún taxista; no descarto la posibilidad de algún viajero o visitante de cualquier otro lugar de Nicaragua... El caso es que me vi hablando con..., como digo, con ese "alguien" que ahora no puedo especificar, y que allí mismo, en el exterior, junto a la puerta de acceso principal del IC se me deja caer un nombre mágico. ¿Cómo? – me preguntan –, ¿turista que viene de España, interesado y a interesarse más por Rubén Darío? Pues Vd. tiene que ir a León, a conocer a don José Jirón Terán, un gran estudioso del poeta...

Serían las 10:00 am. Lo pensé. Contacté con Félix López. Le pedí que dispusiera el coche, que saliáramos para León inmediatamente... lo que tardara yo en subir a mi habitación y recoger alguna cosilla, y lo que tardáramos en poner de camino un telegrama a Vicenta... Que lo preparara todo para emplearse todo el día, más o menos igual que la jornada anterior. Nos pasamos por las oficinas de Telcor, un galpón dividido en dependencias, con utillaje y mobiliario parecido al de la España de recién terminada nuestra guerra civil. En la sección de teléfonos había carteles informativos por las paredes: en uno de ellos decía *censillo* por "sencillo"; o sea, que había que llevar el cambio justo del dinero. La gente aquí tiende a no pronunciar el encuentro consonántico *ns*: dicen *contitución*, por ejemplo. Y al contrario: en la misma oficina de telecomunicaciones venía otro cartelito en que una palabra con sílaba acabada en - n (ene) había adquirido graciosamente una -s (ese): ejemplo, en vez de contar dinero, "constar" dinero. Pongo un telegrama larguito a Vicenta Bermúdez. Sólo la dirección ya es de por sí un texto completo: "Frente a Parque Rubén Darío. Casa Fernando Sosa. Ciudad Darío (Matagalpa)". En mis notas de viaje tengo consignado: "Me voy el día 30. Tengo nostalgia de tí. Me encantaría vernos en Managua. Teléfono Hotel", etc., etc. Lo que sí dejó anotado con precisión es que me cobraron la nadería de tres mil córdobas, unas doce pesetas al cambio libre; y eso que era por la modalidad urgente. Otra cosa es si dicho mensaje la llegara alguna vez. Con el fin de expeditar el camino del

relato e ir dejando los temas lo más cumplidos posibles, ensayaré una sinopsis de los acontecimientos que compartiera con la que en algún momento de flojedad crítica llegué a visualizar, a interpretar desiderativamente, como mi última y definitiva musa. El tiempo y la realidad de la vida se encargarían de poner las cosas en su sitio...

Es el caso que en el tiempo que constituyó mi resto de estancia en Nicaragua ya no volví a encontrarme con Vicenta. Según mis apuntes Vicenta debió de anunciarme su intención de hacerme llegar un recado, una nota, una fe de vida, algo, lo que hubiere sido, al Intercontinental. Todo parece indicar que en la despedida de después del autostop con el vehículo de Félix a nuestro regreso de Ciudad Darío, y en compensación por el todo tipo de carencias que la situación imponía, es posible, digo, que Vicenta me hubiera anticipado o prometido que se pondría en contacto conmigo. Dicho recado o comunicación no me llegó nunca. También aparece en mis notas: "Su carta en la que me cuenta cosas, y sus deseos de haberme visto junto con su mamá en Managua". Así que todo apunta indubitablemente a que fue, estando yo de vuelta en España, cuando se produjo la continuación de aquel nuestro primer contacto, no se olvide nunca, cuando ella, en compañía de su tía y de una amiguita, pararon el coche de Félix López que nos traía de la excursión a Ciudad Darío. Con Vicenta me pasaron muchas cosas. Mi interpretación definitiva de su personalidad conjuntaría elementos muy dispares, como provenientes de campos tan difíciles de conciliar como la propia valía personal, y al mismo tiempo el consentimiento de ciertos módulos de abaratamiento de los propios valores en virtud del deterioro ambiental. Vicenta era una chica avispada, estudiante de ingeniería civil; o sea, con una predisposición para los números, para la ciencia matemática. Y sin embargo yo creo que no le salió bien la ecuación de armonizar lo que cada cual recibe con lo que cada cual da en correspondencia. Tras varias cartas cruzadas – con el sin fin de incidentes de tardanza en el proceso de envío y entrega, y la desaparición de alguna de ellas – concertamos una visita de 15 días en España que, asimismo, estuvo sujeta a órdenes y contra-órdenes. Aquí quiero recordar yo que me

serví de los oficios de las amigas de la oficina de Telcor de Ciudad Darío para comunicarme una vez con Vicenta. Huelga decir que las veces que me llamara ella se producían bajo la modalidad de "collect call", o cobro revertido, o sea, efectuadas por ella desde Nicaragua y satisfechas aquí en España por mí y con mi dinero. A trancas y barrancas, y tras muchos acelerones y retrocesos en la inevitable dinámica que termina con el hecho de subirse a un avión y despegar, Vicenta vino a España, invitada por mí, a pasar unas vacaciones en mi casa de Alcalá de Henares. Esto era ya 1989, probablemente, necesariamente el verano. En España tomó contacto con la "Madre Patria", con nuestra manera de vivir que – así lo capté yo – constituiría para Vicenta un referente de recorrido intermedio entre la depauperación nicaragüense y la meca intuida – porque todavía no había tenido ocasión de experimentarlo de primera mano – de los USA. De España, con una cantidad significativa de dinero encima, que yo le regalé; con algunos otros presentes tipo maquinita de calcular, tipo aparato electrónico que en Nicaragua hubiera sido impensable obtener, y con algunas cosillas de ropa de primera calidad y repuesto de otros artículos..., con todo eso, digo, regresó a su casa. Seguimos escribiéndonos esporádicamente. Ya a comienzo de los 90 me informa de que se había marchado a Nueva York – el típico sistema: reclamación desde allí por una prima, etc. – con el fin de aprender inglés y de cursar en inglés, y en plan de convalidación total, su carrera de ingeniería civil. La idea no pudo parecerme mejor. Dos o tres años después – y ya nos encontraríamos sobre 1995 o así – las noticias que me llegaban de Vicenta apuntaban todas a que la vida en USA le estaba resultando penosamente trabajosa. Parece que iba sacando adelante, a medias y con huecos, los programas de estudio que se había planteado. Un poco más tarde me informó de que había tenido un chaval: jamás habló una palabra de la identidad del padre. También parece que en este asunto lo que primó fue el cálculo acomodaticio de asegurarse indefinidamente la residencia en los USA, en caso de cualquier contingencia. Durante los últimos años, quiero decir bastantes, no menos de diez – escribo ahora en octubre 2003 – el

sandinismo nicaragüense se había desmoronado y había dejado paso a otros gobernantes. Lo único que se ganó, que no era ciertamente poco, fue la limpieza medio-ambiental de slóganes, de prédicas marxistoides, de marasmos doctrinales intoxicantes. El país, por lo demás, continuaba sumido en las dolencias endémicas de estas sociedades hispano-americanas: el círculo vicioso de los que oprimen porque los demás se lo consienten; y de los que consienten porque ellos, a su vez, y si las cosas se recolocaran, oprimirían todavía más. Vicenta continuaba comunicándose conmigo religiosamente una vez a finales de año, con motivo del designio solidario que parece afectar a las conciencias en épocas navideñas. A estas alturas ella, a la que conocí con 17 años, debe de haber alcanzado los 34, y su chaval los 10. Bien. Queda así culminado por ahora el círculo completo dedicado a Vicenta Bermúdez, que se cierra en el punto del cual partió, el envío de mi telegrama allí en Managua, con el taxista Félix López esperándome para salir hacia León.

Si Vicenta constituyó mi referencia inevitablemente lírica, el aporte femenino esperable e irrenunciable de mi experiencia nicaragüense, fue sin embargo mi viaje a la ciudad de León lo que significaría el elemento más insustituiblemente válido, más literariamente duradero, más impagablemente valioso. Vayamos hablando de todo ello por partes. Recordemos que estamos a 26 de diciembre de 1987, sábado. Iniciamos la ruta que esta vez discurre bordeando el flanco suroeste del lago Managua. Los también noventa kilómetros de distancia dan para mucha conversación, y con Félix López ya me une una buena complicidad, como para que ningún tema quede sin tocar por causa de la desconfianza. A la vista de las innumerables carteleras en las vías públicas con las mismas monsergas de "Con el Frente al frente, venceremos", Félix me decía que el pueblo, en general, estaba aburrido, y él también. Muchos veían en una invasión por parte de los USA la única salvación. Pero según *La Prensa* (el periódico independiente) la Junta gobernante llamaba pueblo a ellos mismos, a los sandinistas; mientras que al verdadero pueblo lo llamaban masa en tono despectivo y minusvalorado. De aquí

que todas las virtudes y beneficios se las autoapliquen los prójimos que están en el poder, puesto que la palabra oficial, el término ortodoxo receptor de todo en la Constitución y en todas las leyes, es *pueblo*. Ya dije el sentido que tiene entre la gente el vocablo "sapo". Pero no es menos sugestivo el hecho de que aquí a los gobernantes se les llame "lagartos": "Donde hay sapo, hay lagarto", dice la gente del campo y bichera en España. Félix exhibía gestos de desagrado y fastidio cada vez que comentábamos algún aspecto de la gestión de los gobernantes sandinistas. Aunque él, obviamente, nada había tenido que ver con la oligarquía somocista, reconocía que lo que únicamente existía era lo que el régimen autocrático anterior había levantado, a pesar de todos los pesares.

Llegamos a León. Preguntar por don José Jirón fue como preguntar en Madrid por la Puerta del Sol. Quiero recordar que la primera persona a quien nos dirigimos, así en plan compadre, espontáneo y por libre en plena calle, nos dio indicaciones sobre su dirección. Aquello parecía todo de broma, de broma, quiero decir, iniciática, de tanta y tan magnífica relevancia como tuvo y no ha dejado de tener el asunto hasta este momento mismo en que estoy escribiendo. Damos con el lugar que nos habían señalado y nada más haber interrogado a una señora que apareció en la puerta, sobre si aquél era el domicilio de don José Jirón..., y si se hallaba en casa, recuerdo que, casi con perfecta simultaneidad a este menester... recuerdo que de una bicicleta de estas típicas de paseo, podencas, con un sillín posterior en forma de cestillo para transportar lo que hiciera falta, bastante baqueteada y de color negro, se desmonta un señor regordete, de cara más bien redonda, de alrededor de setenta años, y que ya venía esgrimiendo una sonrisa como de haber escuchado que preguntábamos por él. Como digo: aquel punto de sutura amistosa que se produjo en tal concretísimo allí y entonces, algo de valor tuvo obligatoriamente que contener; algo de magia y de acierto destinal tuvo que constituir, porque hoy, ahora mismo, después de casi 16 años transcurridos, los supuestos que hicieron de aquel encuentro algo vivo, armónico y amable siguen mostrando dichas cualidades...

En efecto, era don José Jirón el hombre de la bicicleta, que en ese instante preciso llegaba a su casa. Pasamos todos dentro. La vivienda era típicamente espaciosa, con muebles y armarios, más que propiamente estanterías, que también las había, llenos de libros. Desde las primeras rondas de conversación don José se evidencia como un buen entendido de Rubén Darío, recopilador de muy variados materiales y autor asimismo de trabajos sobre diversos aspectos del poeta. Por esas cosas de la intuición, entre los aperos de mi exiguo equipaje yo me había llevado aquella bibliografía que preparasen en MSU (East Lansing, Michigan) nada menos que en 1962-1963 los alumnos de un curso sobre El Modernismo – a cargo de un profesor, peruano por cierto, don Carlos Terán – y que también eran amigos míos y alumnos de mi curso sobre Menéndez y Pelayo. Don José lo repasó complacidamente y detectó suficientes entradas bibliográficas que él desconocía como para otorgar una buena cuota de interés y de agradecimiento a mi ocurrencia de llevarle semejante aporte. El resto de la jornada fue inenarrable. Ebrios y encendidos la pasamos hablando y transvasando material poético. Insisto en invitarles, a él y a Félix, a comer en un restaurant que don José eligió, popular y al tiempo representativo de la mejor cocina nicaragüense. No faltaron detalles lúdicos. Tengo anotado uno en clave monográfica de resalte y de excepcionalidad: íbamos los tres en el coche, trasladándonos a donde la ocasión lo determinara, fuese ello la Catedral con el fin de visitar la tumba de Rubén; fuese el propio restaurante o casa de comidas al que me refiero... y el caso es que Félix atendía las instrucciones direccionales de don José: que si echa para allá, que si tuerce para acá, que si sigue hacia adelante, etc., dicho todo en su jerga tan llena de expresiones idiolécticas específicas. Por razones fáciles de imaginar, Félix en un momento dado titubeó más de la cuenta, saltándose alguno de los puntos que don José le hubiera señalado como de parada, como de que se detuviera por haber alcanzado el lugar justo al cual nos dirigiésemos. En una de estas ocasiones, y ante la aparente incapacidad de Félix de acertar con el

sitio exacto para detener el coche... mientras seguía conduciendo al tiempo que parecía esperar la indicación definitiva de don José, éste, como compendio y cifra de todo lo que le quería decir a Félix, va y le espeta vigorosamente y como dando por liquidado el turno de instrucciones: "Paráte no más"!!, con acentuadísima carga prosódica en la segunda *a*. Yo me descojonaba. Han pasado todos estos años, y cada vez que se me aúpa a la primera línea del recuerdo dicha expresión, no deja mi espíritu de tributar su siempre renovada cuota de complacencia lúdica a semejante explosión tan perentoria y tan de obligado cumplimiento. Retomaremos el tema de don José a una altura posterior y final de este relato dedicado a Nicaragua.

Me quedaban tres únicos días, tres días completos de estancia en Managua. Mis dos inexcusables desplazamientos los había llevado a cabo ya; ahora se trataba de ordenar vivencias, compaginar lo que don José y yo nos habíamos transvasado, con algún posible curso de acción a efectuar una vez de regreso en España. Comencé a tomar notas mentales y a trasladarlas al papel, relativas a algún trabajo para ver de publicar en Granada, una vez reintegrado al curso académico. Me hice a la idea de disfrutar de la estancia en el Hotel IC, verdadero fortín de comodidades y de prestaciones. Compré dos postales en la tienda de la Recepción, que me costaron la barbaridad de 14,000.-córdobas, o sea, unas 28 pesetas cada una, caro a cualquier nivel. Tomé también buena nota, y esta vez sin servirme de apunte ninguno, para saber a qué atenerme en lo relativo a gastos de naturaleza superflua. En efecto, esos tres últimos días completos de estancia en Managua me dieron para mucho. Con Jenny Ogdson termino abruptamente. En un momento de conversación, siempre circunstancial y mermado, que sostuviéramos en los espacios de la Recepción y del Hall, surgió naturalmente el tema de las prestaciones que un hombre como yo estaría dispuesto a asumir cuando la otra parte se hubiera comportado en consonancia congrua. Con un talante que entonces y todavía hoy, ahora en que escribo esto, sigo considerando desviado de toda proporción, me vino a decir Jenny que ella esperaba de mí, como europeo pudiente que era, gratuidades,

halagos y regalos por el hecho de que yo hubiera manifestado libremente el grado de complacencia que su persona despertaba en mí. Así, por las buenas. Ya no estoy seguro de si aquello podía acomodarse en un cuadro de ideales morales de tipo conservador; o pura y simplemente ignorancia de la realidad de la vida. Así pues, por el hecho de que yo le había dedicado a Jenny unas muestras elementales de celebración del innegable hecho de que era joven y atractiva, ella esperaba mi favor y mi festejo, como digo, por las buenas, por nada, por amor al arte. Parecía olvidar que no se debe llegar a viejo teniendo muchos años y no teniendo dinero para ciertas expansiones. Una de dos: o pocos años; o los años que sean y dinero suficiente para algún que otro pequeño lujo. No puedo recordar con precisión los detalles, pero creo que todo el tema giraba alrededor de su creencia de que un hombre como yo, madurito ya entonces a finales de 1987, estaba en la vida tan sólo y únicamente para satisfacer los caprichos de alguien como Jenny, sin que esta misma pobre prójima pudiera dispensarse alguna cuota, siquiera prudencial, de complacencia. Repito que los detalles se han diluido, pero lo que me queda vivo es el gran "bluff" que me proporcionó la mulatita de Jenny. Desde ese momento quedó borrada, por estrecha e ignorante, de la posible nómina de *Mujeres, lugares, fechas...* No estoy dispuesto a que por el hecho de llegar a viejo se me embadurne el limpísimo deseo de "haber juntamiento con hembra placentera"

Sigo escuchando la emisora de radio "La Voz". Me gusta porque es música ligera todo el tiempo, intercalando comentarios jocosos, tipo anuncio, tipo publicidad sobre la misma emisora; todos ellos cortitos y hablados con voz gangosa y pícara por persona distinta del locutor áulico y formal del resto de la emisión. Uno de estos cortes dice así: "Jodido, no me *quité*s la voz"; y otro: "*Ponéme* la Voz"; otro, sobre una paloma: "Currucuchita, ¿me dejas que te meta en la cama? No te voy a hacer nada"; "¿Me *querés* tener en tu cuarto, currucuchita?: Te lo voy a dar gratis [el calendario]"; "*Ponéme* la Voz... ya!" Otro: "¿Cómo os *sentés*? Bien, ¿y vos? Bien, como La Voz"; "La Voz está donde está lo bueno". En todos ellos se hace

mucho más aparente y divertido el intenso seseo... La Voooooss...! Abundan asimismo los chascarrillos: Diferencia entre desgracia y calamidad: "Suegra en el pozo, y sacarla". Sobre la Quinta de Beethoven: "Por tu culpa hemos llegado tarde y hemos perdido las otras cuatro"; "Quinientos pesos (o córdobas, en su caso) en vez de mil, porque el chófer también viaja". La última bufonada que escuché por La Voz: El locutor, refiriéndose a la conducta supuestamente poco solidaria de un colectivo de religiosas, las exhorta a que sigan los dictados evangélicos de la caridad y no "los de Jonás, por los cuales al que está jodido lo joden más".

El día 27 me acerqué a visitar la Catedral de Managua, junto al lago. Se mantiene en pie en su estructura esencial de muros, de arbotantes; lo demás, lo quebradizo, desaparecido o en ruinas: techumbre, aditamentos arquitectónicos, etc. En su interior, con montones discrecionales de escombros sin retirar, crece la vegetación. Eso sí, penetrar en el recinto no supone trasponer control ninguno, ni puerta, ni intervención, ni taquilla, ni nada de nada. Abierto todo de par en par, como corresponde al abandono más natural y más aceptado. No sin acierto en el mapa oficial del país [preparado por la Dirección de Geodesia, Cartografía e Hidrografía del Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales (INETER). Editado en junio de 1984], insertando planos urbanos de Managua, León y Granada, se destaca la señalización "Ruinas de la Catedral" con el correspondiente logograma del monumento. El terremoto había ocurrido en 1972 y ahora nos encontrábamos a finales de 1987. Managua seguía siendo una ruina por doquier; y si las esperanzas de arreglo y reconstrucción hubiesen permitido un atisbo, siquiera leve, bajo el régimen pretérito..., en el momento presente, después de ocho años de sandinismo, ni eso. La Catedral estaba ahí, una mole ennoblecida por la soledad austera de su depauperación, de la incuria de las circunstancias. Por eso de los juegos de adivinación se podía uno preguntar: ¿Cuántos años más tendrían que transcurrir para que, desde el sistema de prioridades del sandinismo, pudieran acometerse proyectos como el de la restauración de la Catedral y cosas así? Sin

comentarios. Me sigo fijando en que los pocos coches que circulan son verdaderas latas despedazadas que andan por milagro de las cosas, soltando pedazos de las tripas y de los chasis. El lema que aparece en alguna parte es el de "No hay repuestos". Eso está claro.

En un rato de relax en la piscina conozco al jurista holandés La Bree, radicado en Cuba. Nos ponemos a hablar sobre asuntos matrimoniales, enfocados sobre todo desde la perspectiva de que las mujeres cubanas puedan abandonar el país mediante la contracción de nupcias. La información que recojo es de primera mano, instructiva en extremo. Se desprende del testimonio de mi amigo que el socialismo castrista no puede oponerse a que algún elemento femenino se escape de Cuba por haber encontrado al príncipe libertador; pero aun en tales casos el papeleo y los gastos son considerables. Lo normal. En mi supuesto, bien sabido lo tenía por mis anteriores indagaciones y experiencias con la URSS, y con los casos de Nina Bulájova y Natalia Nikitina, etc. Ahora sí que tienen actualidad mis gestiones conversacionales y epistolares con Elena Panteleeva, la soviética de Barcelona, que tan diligentemente se aprestó para servir de enlace en el posible curso de acción que yo pudiera seguir respecto de la "liberación por matrimonio" de sus compatriotas. Sí, hablamos de muchas cosas; muy iluminador; muy riguroso y preciso en sus explicaciones este holandés hispanizado. Me informa de que una justa causa para solicitar el divorcio en Cuba es el concepto de "rebeldía", que equivale a lo que nosotros entendemos por incompatibilidad de caracteres. En cualquier caso me reafirmo en que lo menos malo es dejar a las cosas como están y no meterse en papeleos escabrosos, costosos y mareantes.

Maira, la amiga de Jenny, ha captado que mi proyecto de entendimiento con la indiecita [o tal vez zamba, porque en realidad en los rasgos finos y bonitos de Jenny parecía resplandecer lo mejor de un poquito de negritud y otro tanto de indiedad] se ha venido abajo. Hoy me ha visto en el Hall, y al tiempo que me pedía "prestado" para sacar tabaco de una de las máquinas, me decía zalameramente que me iba a presentar a otra amiga. A mí todo eso me parece bien. El oficio

celestinesco de Maira sazona congruamente a estas sociedades en las que la lucha del día a día por la subsistencia se hace cargo de casi la totalidad de protagonismo y operatividad que ejerza la persona en cuestión. Maira no era ni guapa... ni no guapa. Era atractiva hasta cierto punto; aunque, es curioso, su parámetro femenino no despertaba en mi conciencia provocación alguna de solivianto o rijosidad. Si en un principio identifiqué a Maira como uno de esos elementos poco simpáticos de las sociedades difíciles, quiero decir, donde la picaresca y la irregularidad se imponen, ahora, más percatado yo de la realidad, la misma Maira se me aparecía como un factor necesario, imprescindible para que ciertas cosas funcionasen. Ella me servía de alcahueta, y yo le hacía regalos en forma de invitaciones a cenar, a sus gastos de tabaco y todo aquello que se le ocurriese.

Hoy, lunes, día 28, día de los Santos Inocentes, me ponen la segunda inyección. Tomo el dato de mis notas a pie de acontecimiento. Así, ya no hay duda de que estaba aún en la modalidad de los dos pinchazos semanales por no haber alcanzado la dosis de un centímetro cúbico. Si la primera inyección me la administraron el 24, hoy, justo, me correspondía la otra, siempre siguiendo la pauta de no dejar pasar nunca menos de tres días ni más de cuatro entre una y otra. Hoy todo ha sido un paseo militar. El mismo sitio, la misma ATS, y la misma propina. Perfecto. Por si acaso, y además, me he llevado algodón, alcohol y una jeringuilla desechable de repuesto. Voy a comprar sellos para las postales y resulta que no hay; así, no hay sellos. En la Oficina de Administración de Correos le ponen a uno un tampón que reza Correos de Nicaragua. Franqueo pagado con la firma en iniciales del funcionario, y la cantidad denominativa del supuesto franqueo. La "Diplotienda" es aquí lo que las Beriozcas y las tiendas de artículos a pagar con dinero extranjero "fuerte": la misma canción rutinaria y enojosa en cuanto la ideología que todos conocemos coge las riendas del Poder. Nicaragua en estas condiciones tiene que parecer una cárcel a cualquiera que, como yo, venga por libre e inflamado por cuestiones imposibles de cuantificar, pertenecientes al mundo de la poesía.

Estoy en el Hall hojeando algún papel publicitario, algún programa de mano y me percato de que llega a Recepción un español que debe de haberse aprendido muy bien la lección, porque el tío con todo el desparpajo del mundo no hace más que referirse al "compañero" de aquí y a la "compañera" de allá, que le han dicho esto o que le han contado lo otro. Me suena a monserga postiza, no carente en absoluto de mérito, ya que el fulano en cuestión tiene toda la pinta de racial, pronunciando un buen castellano sin ribetes de ninguna afectación periférica, como lo podría haber sido el andalucismo, o la catalanidad, o algún poso de aspereza vasca, o mucho menos la suavidad como de conato de aullido cantarín del acento galaico. Nada de eso. Se trataba de un gachó avispado que según todas las trazas debía de llevarse bien aprendida la lección, y se adelantaba en propiedad de discurso a los más recalcitrantes del régimen. El caso es que el muy cachondo del español este, como digo, lanzaba los "compañero" a cada momento conversacional, como si se tratara del más convencido acólito del sistema marxistoide del sandinismo de Ortega y Cía. Un primor escucharle, y un buen botín para mis notas y reflexiones sobre sociología. Seguí dándole vueltas a muchos asuntos y se me ocurrió formular una definición, bueno, un encofrado poroso de rasgos por los que pudiera identificarse el concepto de *libertad*: "Posesión de unos condicionamientos desde los cuales poder proveerse de los resortes idóneos con los cuales distinguir y elegir entre las distintas opciones que, como pasos en su irrenunciable tendencia a la felicidad, se le presentan a la persona". Un poco verbosa sí que ha salido, pero al cabo de los años me sigue pareciendo razonablemente válida. ¿De qué manera se podía afectar todo el contenido de dicha definición a la situación de Nicaragua? De ninguna, lamentablemente, ya que los condicionamientos, base de la premisa mayor, estaban ya de entrada dinamitados; y a partir de ahí, parecía quimérico hablar de elección, hablar de opciones, etc. De todos modos, esta definición que acabo de plasmar se la brindo a los nicaragüenses. Lo que suele ocurrir en países así en ciertos periodos como el de referencia aplicable a esta viñeta es que cuando hay

voluntad no suele haber medios; y justamente lo contrario. A un buen olfateador como yo, la sovietización que estos prójimos del gobierno quieren imponer, se le hace perceptible por los tipos y tipas que entran y salen del Hotel, atravesando el vestíbulo con aires de elementos responsables, portando siempre algo como una carpeta, o una gavilla de hojas, en donde, a buen seguro, configuran un pedazo de la organización nacional.

El uso del "ahorita" me encanta. Aquí también la gente es muy dada al apelativo coloquial cariñoso: "Reina", "amor", "corazón". Una camarera del IC lo dice con gracia y oportunidad. A mí me llamó "corazón". Los "nica" son muy dados a hurgarse la nariz, con toques rápidos y enérgicos. En el mostrador de Recepción del Hotel tienen una maquina comprobatoria de la autenticidad de los \$ USA: en este momento a un nativo con cara de circunstancias le rechazan un billete. La empleada, con aire de estar acostumbrada a este tipo de numeritos, y sin acalorarse, dice que en la mayoría de los casos no hace falta máquina alguna porque es fácil detectar la falta de propiedad del papel. ¡Dichosa ella por saber tanto! Este detalle viene a ratificar la valoración que antes esboqué, a saber: que el Hotel IC es el centro neurálgico de la sensibilidad social en el sentido más amplio de la vida nicaragüense: Hace de foro de encuentro; de gestor de cambio de divisa; de información turística a todos los niveles; y por supuesto, de garantía de la mejor calidad de servicios que un visitante de Nicaragua pueda encontrar. Sigo escuchando la emisora La Voz. Reseño y transcribo literalmente una frase de las declaraciones del jefe de la Junta del gobierno sandinista, don Daniel Ortega: "Nosotros lo que hacemos es gestionar por todos lados para conseguir fusiles". Pues qué bien! También nos enteramos de que el Premio Gordo de la lotería aquí es de 40,000,000.- (cuarenta millones) de córdobas, unas ciento sesenta mil pesetas, una fortuna para la mayoría de esta gente. Asimismo, y entre otras cosas, la radio informa de que el Prof. Fidel Coloma, catedrático de la Universidad Nacional de Managua, como no podía ser de otra manera, estará al frente de los actos en homenaje al *Azul*... rubeniano. Creo precisar que, puesto que *Azul*... apareció en

julio de 1888, es para julio de 1988 cuando se prevén el grueso de actividades. Igualmente la TV, y con motivo de algo relacionado con los viajes, menciona al catalán ése que se retiró a las Maldivas, y que en uno de los muchos islotes o verrugas de atolón, de nombre Fuamulak o algo parecido, vive con arreglo al Corán, haciendo hijos al por mayor a su compañera de islamismo. ¡Menuda jeta tienen algunos! Me prometí corroborar algunos de estos datos cuando estuviera de regreso en España; sobre todo, la localización de dicha islita. Tan sólo hacía dos años que yo había visitado Maldivas, alojándome en uno de los cincuenta y tantos enclaves turísticos que entonces funcionaban. Parece que el islote este del catalán forma parte de lo que pudiéramos entender como territorio más propiamente autóctono, no destinado a fines turísticos. Quiero recordar que a este muchacho también lo sacó la TV en España, y hasta nos mostró imágenes de su persona, junto con alguna declaración de su cosecha. Venía más o menos a decir que vivía una existencia pacífica bajo la égida (además de Hégira) del Islam; que su vida sexual estaba garantizada ya que no tenía que preocuparse de la descendencia numerosa porque cuanto más numerosa fuese, más adecuado se consideraba su comportamiento por la sociedad de este vice-paisillo. ¡Ah, sí!, recuerdo que decía que el Corán era relajante y que, como era costumbre, dedicaba un rato cada día a su lectura y meditación. Repito: Hay tíos con jeta y, por qué no, con mérito y decisión para transformar en actos sus ideas. El catalán – ¿me encontraré algún día con su nombre? – de nuestro cuento era uno de estos tíos.

Con todo, lo más significativo de ese día 28, el penúltimo que pasaba íntegramente en Managua, fue mi reparar en un artículo periodístico. Estaba yo tomando algo en Los Antojitos, por la noche, cuando eché mano de un ejemplar de *El Nuevo Diario* de esa fecha, y que estaba por allí en alguna de las mesas de la terraza. Como se sabe, los dos rotativos más puntales eran, de un lado, *Barricada*, órgano vocero del gobierno sandinista en el poder; de otro, *La Prensa* que aglutinaba a prácticamente el resto de ciudadanos: o bien no implicados con el sandinismo, y en su calidad de ostentadores de

profesiones liberales, comerciantes, etc.; o bien directamente opositores del sandinismo desde cualquiera que fuese su opción política. Pero el caso es que *El Nuevo Diario* constituyó para mí una sorpresa. Desconocía su genealogía, su filiación, su proyección; si bien, después de leer lo que leí no me fue traumático colegir que acaso este periódico aspirase a ocupar un lugar intermedio entre los otros dos, escorando quizás, ya que no abiertamente a favor del sandinismo, sí en contra de la supuesta oligarquía autócrata que había desencadenado el desencuentro nacional. El artículo en cuestión, "De literato a político porno: Mario Vargas Llosa: cebiche a la Quisling", firmado por un tal Félix Pita Astudillo, no tiene desperdicio. Tan no tiene desperdicio que me he tomado la gruesa libertad de incorporarlo por entero en las páginas de estas Memorias mías.



Recuérdese que uno de mis designios, seguramente no el menos significativo, es el de auscultar aquellos predios de la sensibilidad hispanoamericana con los que mi trayectoria de curioso y de intelectual me hayan puesto en contacto. El artículo en cuestión que acabo de incorporar ilustra una parcela de la cosmovisión crítica presentada por un hispánico respecto de otro hispánico, ambos de fuera de España; y es ahí donde yo he apostado fuerte desde siempre, en el sentir unánime y válido que ciertos aspectos de la hispanidad pueden verter con relación al todo; en la fecunda e intensa representatividad que, aun bajo tonos y estilos personales, supone el pensar "en hispánico". Ignoro quién sea este señor Pita Astudillo, pero sí aseguro que el garbo crítico de su posición ante el escritor peruano tiene necesariamente que representar a un sector valioso del mundo de la intelectualidad y de los estudios sociológicos. Quiero, por último, llamar decididamente la atención hacia esta labor de crítica literaria ejercida por hispánicos fuera de España, en la que, junto con los valores técnicos que cada época y cada escuela consideren predominantes, campa ese elemento diferenciador de ámbito y cultura que – siempre respecto del fenómeno literario producido en España – proporciona a "lo hispánico" esa cuota determinante de originalidad exclusiva; cuando menos, de idiosincrasia diferenciadora.

Nos hemos plantado ya en el día 29, último de estancia completa en Nicaragua. La alcahueta de Maira, sabedora por algún comentario que yo mismo le hubiera hecho, de mi partida al día siguiente, pareció como que hubiese gestionado un plan que me proporcionara compañía agradable de mujer; y ella, Maira, de paso se aprovechase haciendo valer sus servicios de intermediaria. El caso es que me dice que va a presentarme a una amiga suya que se encuentra accidentalmente en Managua... Yo, encantado. Quedamos para cenar los tres juntos en "Los Antojitos", y puntualmente, a la hora acordada se presenta Maira con su amiga. Se trataba de Ofelia Marisol García Hurtado, todo un nombre sonoro, aderezado de reminiscencias shakespearianas y raciales hispánicas. Con tino y oportunidad Maira

ya comenzó a cobrarse su gestión, pidiéndome dinero para obtener tabaco de la máquina. Corté por lo sano, a su plena satisfacción, alargándole un billete de 20.- \$ USA, y acompañando todo de mi expresión tanto de agradecimiento por sus oficios, como de aserción terminativa de que aquél era el último, el definitivamente último de mis regalos. Maira lo aceptó conmovida y se deshizo en parabienes y lisonjas hacia mi persona. Durante la cena no hicieron falta grandes ejercicios de interpretación. Marisol y yo estábamos programados para compartir un rato íntimo: yo estaba allí, había estado allí en Managua con deseos de que algo de esa naturaleza ocurriese, y Marisol era la indicada: Estoy seguro de que mi rumbosidad durante la cena la anegaron de expectativas a cuál más positivas sobre mí. Aunque las existencias restauraneras de estos sitios no eran muy boyantes, sí podían disponer de vez en cuando de alguna partida extraordinaria de carne de vacuno de primera clase o de algún tipo selecto de vianda. Aquélla fue una de tales noches. Cenamos bien. Mi acuerdo con Ofelia estaba más que sellado. Maira, además, se encargaba de que el espíritu no decayese. De vez en cuando repasaba yo las manos y los antebrazos de Ofelia, ante la aprobación cómplice de su amiga, que comprobaba que su elección de compañía para mí había sido acertada; probablemente, acaso, también especularía con la cuantía de la contraprestación que Ofelia estaría dispuesta a pasarle, y siempre después de que yo en primer lugar se la pasara a Ofelia, etc., etc. El tiempo, la hora apremiaba y se planteó abiertamente el problema de que Ofelia me acompañara. Las dije que la política del Hotel parecía restrictiva, mejor, muy restrictiva en cuanto a permitir que nadie, no siendo cliente ocupante de una habitación, accediese a ella. Y eso dando por sentado que tocante a decoro y confort en general, acostarse con una chica aquí, fuera de las comodidades de uno de los dos hoteles de 4-5 estrellas (Camino Real e Intercontinental), parecía una empresa destinada a naufragar. En esto, todo recordaba al pie de la letra el sistema soviético como el que tantas veces había yo comprobado en Moscú [y un par de días más tarde constataría en La Habana, con mayor grado de sumisión y protocolo formalístico que el

existente en Managua]. Parece que la estoy viendo. Parece que la estaba comparando a la amiga aquella de Blanca, del Hotel Honduras Maya de Tegucigalpa, cuando me tildaba de "oficialista" y escrupuloso por tomar literalmente las instrucciones del establecimiento. Así mismo con Maira. Me hizo un gesto reprobatorio de mi pusilanimidad y hasta me dio instrucciones concretas de cómo acceder al Hotel por la parte de detrás, por la parte de la piscina, que se comunicaba con el pasillo previsto para emplearse en caso de incendio y cosas así. Yo estaba encandilado del todo, incapaz de dar marcha atrás a esas alturas. Así que, vencí los escrúpulos que me pudieran restar. Me despedí de Maira, en caso de que no la viera en las horas que yo permaneciera en el Hotel al día siguiente, antes de mi salida para el aeropuerto, y emprendí el paseo con Ofelia hacia mi habitación. Atravesamos, según diseño, las secciones de la piscina... Claro, era verdad: no había yo reparado en una escalera circular de ladrillo que conducía hasta las interioridades del inmueble. Hacia allí nos dirigimos. Tampoco se me olvidará que de forma inesperada y accidental se cruzó con nosotros una camarera, la Sta. Manzanares, razonablemente agraciada dentro de unos parámetros modestos: me miró con recato, no sin que por breve que fuera esa dedicación de concernimiento dejara yo de descubrir en aquella mirada todo un código de conocimiento y al mismo tiempo de sumisión. Probablemente pensara en que la chica que me acompañaba era portadora de una gran suerte; probablemente la Sta. Manzanares se hubiese permutado de buena gana con Ofelia..., probablemente; en cualquier caso, en aquella mirada de aceptación y de aviso, de afirmación concesiva, aquella camarera desempeñó con discreción puntual el menester de no meterse en asuntos ajenos a su incumbencia. De haber permanecido yo algún día más en el entonces país de los sandinistas, estoy seguro de que mi siguiente encuentro lo hubiera celebrado con la "compañera" Sta. Manzanares.

Ofelia era una suavísima mujer de 27 años cuyo más acusado tributo a la maternidad consistía en tener los pechos completamente desasistidos de apuntalamiento. Aquella gente bastante hacían

– parecían querer decirme – con parir y sobrevivir. También el pecho caído tiene su encanto, el encanto de que cuando se ofrece a la caricia parece como estar ofreciendo todo lo que no tiene, una sucursal de imposibles que en la persona de su portadora se traducen en un sistema de mostraciones acendradas, de vehemente anhelo, como queriendo compensar con la mera voluntad ilusionada lo que la realidad de los condicionamientos se ha encargado de retirar. Así con Ofelia. No recuerdo mujer más cálida, ni más entregada. Sabedora de que los hombres veneramos la arrogancia insumisa de los senos femeninos, Ofelia se adelantó a todo lo que ella supuso que yo podría decir, o aun pensar, contándome que después del parto de su niña – pues tenía una niña – no había podido procurarse los medios para restablecer el deterioro de aquellos atributos tan significativos del templo de una mujer. En los momentos posteriores de la cena recuerdo que estuve acariciándola sus flancos laterales. Fue una de las cosas más gratificantes de mi acercamiento sensorial y lírico. Y si entonces, con la protección natural y esperada de la ropa, sus formas quedaban en el claroscuro de la duda en lo tocante a frescura y prestancia, ahora, con el expolio de esa misma ropa carente de sofisticaciones, estaba claro que los grados de persuasión – ya que no de su crédito corporal – tenían necesariamente que desprenderse de su... esencia, de su naturaleza de mujer. Y ahí sí que Ofelia brilló; ahí sí que estuvo por encima de las circunstancias. Ella me vio..., bueno, yo fui para ella todo lo que una mujer puede cifrar en el recuento de sus ensoñaciones, en la nómina de sus instancias desiderativas. Quiso que la penetrara sin preservativo, pues me dijo que nada podría compararse al honor de que yo le diera un hijo; sí, me vio como el padre de todos los hijos futuros que ella pudiera concebir: el calor que desprendía su piel sobrepasaba con mucho la temperatura febril; la vi preciosa, entregada, con decidida vocación de quedarse preñada de mí... y de ser mía, de vivir por mí y para mí. La simple rubrica emocional sin la que no quería salir de Nicaragua se había transformado en una misiva amorosa en toda regla, con todos los enunciados, acompañada de todos los predicamentos, potenciada por todas las manifestaciones,

magnificada por todos los augurios.

Ofelia y yo nos intercambiamos direcciones, proyectos, latitudes virtuales. La acompañé hasta la misma salida/entrada desde la que habíamos accedido al interior. La hice un suculento regalo, más de lo que ella hubiera podido recaudar en seis meses aplicándose a cualquiera de los trabajos disponibles en su presente situación. Yo tuve que escribirla necesariamente a las señas de Managua que ella me había dejado, a tenor de una carta suya, la única, fechada el 11 de junio 88, aunque recibida por mí creo que bastantes fechas más tarde, según se desprende de algunas de las cosas que me dice y que aprovecho para reseñar: "Me imagino te vas a extrañar un poco de la dirección de donde te estoy escribiendo, pero tuve que emigrar para los EE.UU porque la situación en Nicaragua está muy crítica". Hasta ahí, nada que no supiera yo o que me extrañara. Sigo: "Te diré que recibí tu cartita... me dio mucha alegría saber noticias tuyas y que estuvieras de nuevo en tu país". Editorializo algún que otro punto y subsano pequeños deslices con la ortografía; pero en general Ofelia Marisol no escribía mal. Sigo: "Yo te contesté inmediatamente y te hice saber mis planes que... quería emigrar... pero no sé si te llegó esa carta ya que el correo que te la puse se incendió". ¡Toma! Si se incendió, vida mía, ¿cómo quieres que me haya llegado? De ninguna manera. Sigo: "Me vine con mi niña el 15 de abril del año en curso o sea que tengo de estar 1<sup>1/2</sup> mes. Vivo con una amiga que ella me está apoyando un poco económicamente ya que yo todavía no he normalizado mis papeles y por lo tanto no puedo trabajar"... Lo normal. Lo esperado en millones de hispanohablantes americanos que ven en el inmenso cubo de los USA alguna esperanza de rebuscar algo, de sacar algo. ¿Cuántas veces no habremos sabido de historias parecidas? Ahora, en el momento en que esto escribo, octubre 2003, pienso en el propio país de España que, desempeñando un cometido muy discretito en el concierto de las potencias y de las macroeconomías, se permite que lo contemplen muchos hispanoamericanos como una buena opción a sus expectativas de

prosperidad. ¿Qué decir de los USA, una cuarta parte de cuya población – que se va acercando con ritmo seguro e imparable a los trescientos millones – proviene del aluvión de marginados o automarginados y sobrantes de Hispanoamérica? Pues eso. Sigo. Ahora viene lo más personal que me atañe a mí: "Tomás yo quisiera vos me escribieras y me dieras algún ## telefónico donde llamarte, yo siempre te recuerdo porque sos (sic) un hombre muy noble de corazón y no quisiera perder la comunicación con vos. Ojala y Dios quiera esta cartita llegará hasta tus manos y no tardes en contestarme que estaré esperando muy ansiosa. Tu amiga que siempre te recuerda y que nunca te olvidará". La dirección de Ofelia correspondía a San Francisco, California. Allí la escribí religiosa y puntualmente, acaso más de una vez. La trashumancia de ciertas vidas da al traste con cualquier intento de fijación que uno se proponga con el fin piadoso de hacerle llegar a la persona interesada lo que en cada momento constituya la mejor partida de espíritu, el heraldo más fresco de nuestra memoria, el testimonio más inequívoco de nuestra referencia a dicha persona. Nada. Ofelia Marisol quedó tragada en el maelstrom de contingencias que participan en la trama y urdimbre de la vida. Mis más devotos y encendidos deseos de fortuna para ella y para las cosas respecto de las que se considere afecta. Hasta hoy.

Hemos llegado al día 30 en Managua, día de mi partida. Recojo velas. Ordeno emociones. Proyecto cursos de acción. Ato cabos. Me reconozco, o trato de reconocerme, en la situación concreta. Me repito: ni por lo alto ni por lo bajo: justo a la altura del corazón. A ver si acierto. Echo cuentas mentales: he venido para siete días, y técnicamente, es decir, considerando que la totalidad, el grueso de mis asuntos intelectuales y emocionales los culminé en cinco, me han sobrado dos, que sin embargo he enjugado ventajosamente en leer prensa, en disfrutar de la piscina del Hotel y en recapitular. A la cuenta del Intercontinental hay que añadir el pellizco del 15% de impuestos, y otros 15,000.- córdobas diarios. Lo típico en estos ambientes de inflación imparable y escandalosa. Los gobiernos no tienen más remedio que dejarse arrastrar por el tifón del desmadre y

formar parte de la espiral de desenfreno reinante, al menos en lo tocante a la economía. Hago cálculos y llego a la conclusión de que el alojamiento en Managua sale algo más caro que el de La Habana. En definitiva, nada que tenga importancia. Los desayunos del IC son de matrícula de honor, y aun sumando impuestos al precio base, resultan por 3'50.- \$ USA, cosa asumible perfectamente por mí.

El vuelo 463 de Cubana de Aviación con destino a La Habana, que tiene su salida teórica a las 13:40 pm., se retrasa. Menos mal que el aeropuerto de Managua, construido por supuesto bajo el mandato de Somoza, es coqueto y acogedor. Aprovecho para tomar notas. Aprovecho para cualquier otra cosa porque el retraso llega a las cuatro horas; cuatro horas inmisericordes. El avión es el que viene de Cuba, del mismo vuelo que yo cogí una semana antes: vuelo que partiendo de La Habana a las... ¿dijimos las 10:00 am?, llega a Managua, repostada, limpia... si es que limpia algo la cabina, y sale para La Habana a las 13:40 pm. como he dicho. Pero algo ha debido de suceder en La Habana, porque el avión no llega; y si no llega, tampoco podemos salir nosotros. Nicaragua depende de Cuba en lo referente a servicios entre los dos países. Los pobres nicaragüenses, socios del barbudo cubano en el desaguisado marxista-leninista arregla-nada y jode-todo, lo único que hacen es aguantar el tipo y parar los golpes como pueden. Ahora, con esto del retraso, lo que falta es que, consecuentemente, no esté en el aeropuerto José Martí de La Habana el tío ese de la Agencia Guamá para llevarme al Hotel reservado y darme las primeras instrucciones [¡Y así fue, como luego veremos!] Pero aun en los momentos de sequedad ambiental más acentuada, sería injusto descartar la posibilidad de un oasis, siquiera subitáneo, siquiera pintoresco, por lo pasajero e impensado. Ocurrió que cuando el avión, por fin, estaba en condiciones de que lo abordásemos, nos pusimos en circulación los pasajeros dentro de la sala de espera del terminal. Acerté a caer al lado de dos chicas, dos turistas británicas que también iban a Cuba. Por esas cosas de la vida, y en el menguado tramo de unos cuantos, pocos minutos intercambiamos algún comentario sobre temas de viaje, menesteres...

y, aquí está lo curioso, al decirme una de las chicas algo... algo relativo a la paciencia y a la entereza de que tiene uno que revestirse en circunstancias como las del caso, sin grandes violencias para sorpresa mía, más bien dejándose encajar suavemente en el hueco que propiciaba el comentario de una de mis citadas amigas espontáneas... les pregunté que si conocían el célebre poema "Invictus". No contestaron, sino que esperaron una más amplia explicitación por mi parte; así que... renové la remesa de saliva de la boca y les espeté de un tirón el poema. Se quedaron embobadas. Una de las dos, así muy en el plano ulterior de sus intereses y predisposiciones, me dijo sonarle el nombre de Henley. La otra no tenía la menor idea. Al menos – me dije – hemos hecho patria... inglesa! No en vano soy un profesional, y hacer patria (lo que yo hice recitando el poema) dentro de la propia patria (el ámbito emocional de las dos inglesas) fuera de la patria, es decir, hallándome en Nicaragua y no en España, no estaba del todo mal. Salvé la frustración de las cuatro horas de espera.

En el Tupolev – avión simpático y manejero, muy conocido por mí en mis ya entonces numerosos vuelos a, y desde, la todavía URSS – tenía pasaje "preferente". Aun así, el cuidado de la flota aérea por los cubanos dejaba mucho que desear. Durante el vuelo se hizo completamente de noche. En un momento dado miembros de la tripulación pusieron allí, delante de mí, en el pasillo, en el pequeño claro que conectaba la clase turista con la "preferente", una camilla con alguien, un hombre que parecía estar herido, enfermo en todo caso, y que precisaba cuidados inmediatos y seguidos, a tenor de los certísimos intervalos que transcurrían para que, o bien la azafata u otro miembro masculino de la tripulación se fuesen a comprobar el estado del pobre pasajero. Esto, si predicado de otro ambiente distinto, de otra latitud, de otros países, de otra línea aérea, comportaría sin duda los grados de extrañeza y excepcionalidad objetivos que comporta el transporte de alguien en malas condiciones. Pero era el caso que en las circunstancias en que yo no tuve más remedio que observarlo, el asunto revestía una especial tintura de misterio y de opacidad, como si se tratara de una peripecia de guerra fría, de ocultación de la realidad.

A todo esto, un variado número de pequeños detalles evidenciaba que el Tupolev de nuestro vuelo estaba baqueteado: desconchones por doquier; los cristales de las ventanillas, arañados y rayados; y además juraría que lo que vi en el suelo se trataba de una grieta que comunicaba directamente con la bodega o con los cualesquiera compartimientos de los bajos del avión, porque el caso es que se percibía una corriente de aire atípica, cosas todas que hasta para el más lego o el más aprensivo no trasladan peligro de accidente o inminencia alguna de siniestralidad, pero que a todas luces denotaban la precariedad de los esquemas de mantenimiento, y de posibilidades reales sobre los que se asentaba la compañía aérea nacional de Cuba. También me pareció que la azafata arreglaba algo, tapaba algo, o sujetaba algo perteneciente a la puerta de entrada y salida del avión. Todo podía haber servido para secuencias de película de espías y de suspense.

El caso es que llegamos a La Habana. Lo impagable de estas situaciones es que uno se siente rey y señor de las circunstancias. Había arribado sano y salvo. Seguía teniendo la misma salud, cantidad suficiente de dinero para hacer frente a la eventualidad más exagerada que imaginarse pudiera uno. ¿Entonces? Venga, a funcionar. Las horas de espera en este mismo aeropuerto José Martí hasta coger el vuelo para Managua una semana antes, ya dejé dicho que significaron una buena dosis de "puesta a punto" de antemano; un adelanto de lo que ahora también durante siete días tendría oportunidad de "degustar" y explorar a fondo. Estaba en la Cuba de tanta literatura; de tanto y tan profundo arraigo español, como... por todos, me lo ilustrara aquel estupendo don José Diéguez en East Lansing en 1962-1963, durante mi periodo en la MSU; en la Cuba de tanta consigna; de tanto liderazgo en falsete para tantos pseudo-caudillos barbudos a lo "Ché" y pelmazos y barbudos también a un tiempo a lo "Fidel"; la Cuba de la historia con los USA; de sus encuentros y desencuentros; de la música de "habaneras"; de los versos humanos de Martí, de la "Guantanamo"; de "mi" José Angel Buesa a quien yo venía a encontrar en su predio de nacimiento. Acababa de aterrizar por

segunda vez – y ésta, con proyección de permanencia de una semana entera – en la Cuba de la mayor cantidad de carne parda adherida a chasis de mujeres hispano-hablantes en ámbito tropical que jamás pudiera darse en cualquier otra parte del ecúmene; la Cuba lupanar de los USA en épocas pretéritas, y la Cuba escaparate – la trastienda era otro cantar – de prédicas ejemplarizantes y de éticas solidarias de fervor socialista. Yo me había tomado mi tiempo. Para entonces, para finales, finalísimos de aquel 1987 muchos conocidos míos, muchos otros a los que no conocía sino por referencias compartidas; muchos colegas, muchos... muchos de todos los niveles y condiciones habían visitado a Cuba turísticamente... y la verdad es que nunca me gustó... quiero decir, nunca me interesó el cariz de autenticidad de lo que decían; me sonaba a postizo, a incompleto, a cháchara justificativa de la propia frustración. Bueno, me dije: aquí estamos ahora, "to see for myself".

Como me imaginaba, la primera en la frente. El retraso de cuatro horas del vuelo de Managua supongo que justificaría, con más que suficiente justificación, que los de Guamá se hubieran evaporado. En efecto, portaba yo una magnífica tarjeta, tipo voucher-credencial de Viajes GUAMÁ S.A. con sede en Paseo de La Habana, Madrid, etc., etc, que rezaba así : "Tenemos el agrado de comunicarle que nuestro representante en La Habana es HAVANATUR. El Sr. Avelino Mugerza le estará esperando en el aeropuerto José Martí de La Habana y atenderá todas sus consultas. El bono de servicio para el Hotel le será entregado en La Habana por nuestro representante". Pollas en vinagre, como digo. La primera en la frente. Allí en el aeropuerto no había nadie que me esperase. Cuidado, no se me malentienda, por favor! A mí poco me importaba que me esperasen o no. Pero sí me importaba saber a qué atenerme, por la sencilla razón de que fui yo el que tuvo que preocuparse en otear y escudriñar entre los guías del aeropuerto que portaban "pages" o pantallas con el nombre del pasajero o grupo; fui yo el que por cortesía tuvo que perder el tiempo mirando y remirando para que de ninguna manera el fallo se debiera a mi negligencia de no haber visto el cartelito en

cuestión. ¡Pollas en vinagre para el Avelino y la puta que lo pariera! Entienda el lector estas expresiones desarraigadas de comedimiento más como correspondientes a una situación de quiebra objetiva por parte de la organización, que como reflejo del trastorno real que pudiera irrogarme a mí dicha quiebra. ¿Qué podía a mí importarme, con mis credenciales en regla, con dinero y sin ningún compromiso al que hubiera tenido que atender con hora?

Salí del hall de pasajeros y cogí un taxi. El taxista era un socialista convencido. Por la radio de su vehículo Lada – la marca soviética por antonomasia, como se sabe, en coche de tipo medio en Cuba – se oía que el camarada Fidel había inaugurado algo, una nadería, una escuela compuesta de un par de habitaciones... algo, como digo, que un maestro de obras en España y un par de albañiles hubieran enjaretado en una semana. Al taxista se le caían las lágrimas de emoción. Me decía que aquello era la expresión más irrefutable de la imparable bondad del socialismo castrista: construir, producir cosas, inaugurarlas, ofrecérselas al pueblo. No me choca que en este sistema de considerar un logro histórico la construcción de un garaje para guardar un tractor, o de una caseta para el perro, o de cualquier pamplina, como digo, que hubiera significado un par de días de trabajo para alguien *motivado* en una sociedad de libre comercio..., no me choca, insisto, que el pobre Fidel no diera abasto en inaugurar "hazañas" socialistas. Aquel taxista se quedaba embobado, repitiéndome, mejor dicho, repitiéndose con tono emocionado que el "socialismo" era lo más maravilloso, lo mejor, lo único donde contenerse y organizarse las relaciones humanas. Bueno. Si él estaba tan seguro, que con su pan se lo comiera [En los días venideros comprobaría yo la pesadísima machaconería monocorde de la propaganda lava-cerebros que se mercaba el socialismo de Fidel]

Supongo que nos dirigiríamos a lo largo de la Avda. Rancho Boyeros, para pasar al lado del Monumento a José Martí de la Plaza de la Revolución, o bien atravesando la Avda. Salvador Allende o bien la Calzada de Zapata y continuar hasta el Hotel Habana Libre, sito entre las calles L y 23 del distrito Vedado; cosa que encontré muy

bien, que con excepción de algunos nombres señalados, las calles estaban identificadas por un número, una letra, y el distrito correspondiente. Quiero creer que me darían cualquier explicación de por qué no apareció don Avelino para recogerme, cosa que ya carecía de sentido. Me asignaron la habitación 2214, en la planta 25, y puesto que no tengo anotado nada en mis papeles de apuntes asumo que daría por concluida aquella jornada en la que había abarcado el traslado de país a país, de ciudad a ciudad, Managua (Nicaragua) - La Habana (Cuba); sí, quiero creer que me metería ya en la cama.

Y estamos en el último día del año 1987, 31 de diciembre. Recuerdo lo que la funcionaria empleada del aeropuerto me dijo durante mi escala de ida a Managua: que si no me iba a quedar en Cuba para probar el "chancho" la Noche Vieja. La verdad es que siendo – como dije – la primera mujer con la que hablé en Cuba, no dejaba de prestarme cierto sentido iniciático cualquier cosa que me hubiese participado; se trataba del "chancho" [lechón asado, entenderíamos en España], como podría haberse tratado de cualquier otro detalle. Pero el caso es que me acordaba de aquella recomendación y, ¿por qué no?, pensé que a la hora de la cena, a falta de mejor opción, consideraría dicho menú. El socialismo es una máquina lava-cerebros, de repetición de las mismas prédicas. El canal turístico – y único – que le ofrece a uno la TV del Hotel no transmite más que la misma música celestial: los logros socialistas del gobierno en cuantificaciones de producción; logros que en una sociedad donde no se traben a la iniciativa privada, se pueden multiplicar por cien. Parece que el salario mínimo aquí son cien pesos cubanos, unas 11,000.- (once mil) pesetas al mes, cosa que en sí poco o nada significa, a menos que se sepa qué valor real de contraprestación consiente tal cantidad. Toda esta historia de los pesos al turista le es absolutamente irrelevante, ya que desde el momento en que pone el pie en Cuba, el único dinero por el que él se rige, y a él le rigen, es el dólar USA. El peso cubano es una especie de sub-divisa nacional para uso interno y – como ocurre en todos los regímenes socialistas de cuño soviético – de nulo valor fuera del país. Cosas que ya sabíamos

pero que ahora experimentamos de nuevo en nuestras carnes. Pronto, muy pronto me daría cuenta de que Cuba no merece la pena más que para la macarrada de hispánicos semi-pudientes o pudientes del todo que puedan esgrimir sus sueños de prepotencia en sitios así donde la lengua no es obstáculo y las compras – siempre de cacharros y quincalla que ya se tiene en casa – son relativamente fáciles... como reza el slogan de las tiendas "easy shopping". Lo más barato parecen los libros y los discos. Desde luego que hay que tener cuidado con el dinero para no meterse en problemas por tonterías. No merece la pena tampoco andarse con economías de cambios inciertos. La verdad..., a mí no me afectaban ninguna de estas posibles circunstancias, ya que tenía bien asumido que mis gastos de turista debían necesariamente efectuarse en dólares, y estos gastos, además de los normales de alimentación y transporte, se limitaban a la obtención de algún libro y a lo que la suerte me deparara con respecto a "juntamiento con hembra placentera". Aunque adelantándome brevemente a la ocurrencia de ciertos detalles, con tal de no seccionar esta secuencia de pormenores sobre el dinero, diré que el valor del papel moneda se organiza así: 1 peso, con José Martí (verde olivo); 2 pesos, con el "Ché" Guevara (rojo-rosado); 5 pesos, con Antonio Maceo (verde); 10 pesos, con Máximo Gómez (marrón); 20 pesos, con Camilo Cienfuegos (azul). Pero ya digo que todo esto eran cosas de coleccionista, puesto que el turismo se reglamentaba con arreglo a otras pautas.

Por más que intento hacer memoria y por más que miro en mis notas, es poco lo que rescato de aquel primer día mío de estancia en Cuba, y último de 1987. Salgo a la calle y un chavalillo, un mozalbete de unos trece o catorce años, muy educado, me aborda y comenzamos a charlar. Por parte de los nativos – y con tan sólo la diferenciación de matiz según se trate de mujer o de hombre – el deporte, diversión o menester más al uso es indagar en las disposiciones de ánimo de los turistas, sobre todo hispánicos, con el fin de obtener de ellos algo, lo que en cada caso sea, a cambio asimismo de lo que cada uno de estos cubanos crea estar en disposición de intercambiar. Bien por rutina, bien por intuición, el caso era que el mozalbete en cuestión había

acertado en cuanto a entablar conversación con alguien descomprometido, poroso, que no encontraba nada mejor que hacer que dejarse llevar, como boya flotante allí hasta donde su olfato se lo permitiera. El chaval me pidió que le acompañara hasta su casa, que me iba a presentar a su familia, etc. Al preguntarle que si tenía hermanas, me dijo que sí; que sí que las tenía; y nada más socorrido que elucubrar sobre un natural concierto entre mis ganas de aventura junto con mi disposición de hacerles un buen regalo, de un lado, y sus deseos de conocer a alguien de España, fuese o no yo el primero en quien hubiese visto un Rey Mago virtual, anticipándose en una semana justa a la fiesta de la Epifanía. Fuere lo que fuere, el chico comenzó a llevarme, calle va, calle viene, hacia barrios interiores. Tengo que aclarar aquí, y antes de proseguir con cualesquiera explicaciones, que en ningún momento percibí situaciones de peligro personal en detrimento físico mío ni en merma de mis pertenencias, quiero decir. En estos lugares es sabido que las irregularidades cívicas entre nativo y turista, por la parte más extrema de la gravedad se saldan con una reprimenda, y tal vez ni eso, al turista; mientras que al nativo se le puede aplicar un código mucho más severo. Yo iba tranquilo, edulcorándome internamente con la posibilidad perfectamente hacedera de que el chaval tuviera hermanas en edad de merecer, y que pudieran desempeñar el cometido de "compañeras" en el más cabal y propio sentido de la palabra durante los días de mi estancia. Seguíamos andando, y yo, al cabo de un rato que comenzaba a parecerme más largo de lo anticipado originalmente, le pregunté que cuánto faltaba; que si su casa estaba muy lejos. El muchacho, todo azorado y sensitivo, pensando que de sus explicaciones dependía el hecho de que yo continuase o me diera la vuelta, se deshizo en súplicas acuciantes y aseverativas de que faltaba poco, de que su casa estaba ahí... un poco más allá, a la vuelta de aquella..., bueno, de aquella, no,... de aquella otra esquina, de la siguiente. El chaval me caía bien, pero una vez más constaté que la situación social en la que se desarrollaban las vidas de aquellos prójimos, propiciaba esta serie de desajustes en la convivencia. El muchacho pensaría que

ocultándome la verdad de la distancia de su casa, aseguraba mi compañía. Lo hizo por ignorancia, por manquedad, por cortedad de recursos mentales... por lo que fuere. Pero el caso es que yo me harté, y que en un momento dado – que mentalmente coincidió con una especie como de sensación de que el ambiente se cargaba de caras algo raras y menos amigables – me di la vuelta y eché a andar con paso decidido y rápido en dirección contraria a la que estábamos siguiendo. Poco después encontraría un taxi que me devolvería al Hotel.

Nada reseñable hasta la hora de la cena. Se diga lo que se diga, las Navidades con sol, sobre todo con calor, y todavía más, sin nieve, son Navidades descafeinadas. Tanto mis Navidades transcurridas en la zona del Caribe, y en Suramérica (Brasil y Chile) y en Extremo Oriente (Filipinas, Singapore, etc) se oponían diametralmente a las de mis años en USA y Canadá. Ni tanto ni tan calvo; ni ambiente tropical, ni temperaturas muy por debajo de cero, con la nieve hecha costra. ¡Qué acertado aquello de: "Ni muy por lo alto, ni muy por lo bajo: simplemente a la altura del corazón"! Aquí el corazón equivaldría a la situación ambiental que suele acompañar a estas fechas en... por ejemplo, España, Europa... Pero estábamos en Cuba, y aquel 31 de diciembre mostraba normalmente a los "compañeros" en mangas de camisa, como otro día cualquiera. Particularidades del trópico. No tenía ningún plan para aquel día. Me decidí a dejarme caer, andando, por los alrededores del Hotel; y por dentro del mismo Hotel también, ya que se trataba de una mole, todavía con los restos de opulencia que la marca Hilton había impuesto desde su construcción en la era de Batista. Pronto se me hizo visible una escalera que partiendo de la sala principal o vestíbulo, donde se hallaba la Recepción, conducía a otra planta superior en la que se localizaba el bar llamado "Las Cañitas", por el tipo de biombo, hecho de tronco de cañas, que lo ornamentaba. Observé el sitio de la piscina y las dimensiones de todo aquello. No estaba mal. Constaté asimismo el uso interlocutivo de "compañero"... pero – es curioso – constaté que los vecinos y correligionarios en fase de noviciado de los

sandinistas ponían más énfasis en dicho apelativo, como si temieran que por falta de entusiasmo e ímpetu en aquellos tramos todavía inmaduros – o por lo menos no consolidados del todo – de su revolución, la tibieza en la esgrima y uso de tales slóganes y monsergas lava-cerebros pudiera entibiar el rumbo de su política. Aquí, ahora, en Cuba ya se llevaban casi 30 años de "castrismo" y supongo que el tiempo de vender el pescado del entusiasmo revolucionario había quedado atrás; o sea, que aquellos que no hubieran asumido los principios socialistas irían a remolque el resto de sus vidas – como la Historia, por cierto, parece haber evidenciado. El cubano no castrista acérrimo tenía que vivir con el castrismo y con toda la catarata de consecuencias que ello implicaba, lo mismo que los demás habíamos vivido con las realidades facticias que las convulsiones históricas, que en su caso fueren, habían plasmado. Por doquier se me hacía evidente que hay pueblos en los que el orden de las oportunidades de convivir les ha trabucado el paso, y les ha deparado una tergiversación, una distorsión de su carácter idiosincrático, en relación al modelo de régimen convivencial por el que aparecen regidos en un momento histórico concreto. Intento decir, aun a fuer de circunloquios retóricos y propedéuticos, que a Cuba le pegaba el socialismo como al Nazareno le hubieran pegado un pistolón y una canana repleta de balas. Hay jugarretas que la Historia se entretiene siniestramente en urdir respecto de ciertas comunidades. El barbudo de nuestro cuento se dio maña en explotar el anti-americanismo [menos efectivo siempre de lo que literariamente, es decir, novelescamente, se cree] de los tiempos de Batista, para convertir a Cuba en la cárcel insular en que la habían convertido. Siempre he creído [yo, que abomino de las democracias, no me considero sospechoso de nada] que lo malo de estos socialismos es que sólo tienen sentido para sus apóstoles fundacionales, para sus enfervorizados partidarios; y que fuera de ellos, el resto de la población funciona a trancas y a barrancas. No hay término medio. Para los iluminados del poder, todo entusiasmo es poco; pero para los que no comparten dicha receta, la vida se convierte en un sin-sentido;

en un disparate de medios y de fines.

Esas y otras muchas cosas así, o de parecido linaje, me poblaban la mente durante mi paseo de inspección y de familiarización. Desde el piso 25 de mi habitación había visto los tejados de buena parte de La Habana como un paisaje de desconchones y remiendos descoloridos. Puta pena. Estaba claro: estos regímenes no pueden permitirse el lujo de presupuestos para menesteres como el de adecentar las ciudades, por ejemplo. Los recursos se destinan a la compra de armamento, y de instrumentaciones mediáticas... y de implementos programáticos con el fin de perpetuarse en el poder. ¿Reparar, pintar, adecentar, poner al día, restaurar, mejorar la ciudad de La Habana? ¿Para qué? Eso no aumenta la seguridad de poder seguir os/de-tentando la aaronítica vara del mando. Sí, aquella parte del día 31 de diciembre me estaba dando "de sí"... y hasta "de también" y acaso "de además". El recorrido con el morenito de la visita frustrada a su domicilio, y a continuación mi deambular por libre me estaba arrojando un saldo bastante significativo. Seguía yo barruntando conjeturas y valoraciones sobre las formas de viajar. Contrariamente a lo que en un principio, carente de información, se hubiera podido pensar, un buen número de viajeros, cuyos reportajes han merecido nuestra aprobación, han viajado en compañía de sus parejas, o simplemente en grupo organizado a nivel de agencia o instancia gestora. Nadie está diciendo, mucho menos pensando, que la tal modalidad se resienta de mengua de mérito. No. Lo que digo es que son dimensiones absolutamente distintas. El botín vivencial que se afecta al solitario no se comparte con nadie, y es por definición, mayor, íntegramente superior al que se diluye en la aleatoriedad casi siempre anestésica de la compañía. Viajar solo es viajar solo, y no puede ni equipararse, ni mucho menos confundirse, con ninguna otra dimensión valorativa de vivencias. El solitario es otro mundo. El solitario echa el resto en todo momento, en cada lance. Va a por todas: todas para ganar; todas para quedarse como estaba.

Llegó la hora de cenar y me dije: ¿Qué mejor homenaje a mi

primer encuentro femenino, a la primera mujer con la que hablé en Cuba, la empleada tan suelta y parsimoniosa del aeropuerto José Martí en la escala de mi viaje de ida a Managua... qué mejor homenaje a su memoria y a mi curiosidad, que el de probar el "chanchito" asado? Pues hala! Pregunté y en uno de los restaurantes del propio hotel disponían de aquel plato. Me fijé en uno de los detalles más significativos de estos regímenes de carencia en todo lo que – como antes apunté – no sea aseguramiento de las poltronas de los amachambrados en el poder, como por ejemplo, el pobre estado de las ropas de los maîtres. El que entonces me atendió llevaba tanto la chaqueta como el pantalón raídos y deslustrados, igual que los zapatos, todo ello de negro como correspondía al mejor Hotel de La Habana, y acaso de todo el país. Por supuesto que a mí no me importaba, pero por eso mismo consigno el dato. Me senté solo en una mesa a eso de las diez. Le encarecí al maître que me "pasaran" el cochinito mucho, mucho, muchísimo. Para beber pedí una cerveza nacional...

Uno de los mayores fracasos. La ración de chanchito que me llevaron chorreaba grasa por doquier; no, no se trataba de que lo hubiera devuelto a la cocina y lo hubieran *pasado* más, mucho más de como lo habían hecho. Se trataba de que percibí con total evidencia que aquel plato nacional se servía así, siempre con una cantidad de grasa tal, que aun reduciéndola al mínimo del mínimo, nunca dejaría de aparecérseme grasienta. No, no tenía sentido que lo *pasaran* más, lo primero, porque no lo hubieran entendido; y lo segundo, tercero, cuarto..., porque hubiera continuado exudando grasa en cantidades igualmente muy superiores a lo que mi paladar y mi estómago me hubieran pautado. Recorté algunos trozos de entre lo menos encharcado en pringue, lo rocié con limón, y dejé el resto. Una de las contadas ocasiones en las que no he comido lo que me han puesto, en este caso por flagrante ignorancia de lo que yo entendía como plato inequívoco. Como digo, comí unos cuantos trocitos, pedí un postre, terminé la cerveza y di por concluida mi cena de Noche de Fin de Año. Me paseé por el Hall. Seguí pensando en la "inadecuación" de una Noche Vieja con ambiente tropical; y también seguí pensando en

lo mal que se compadecía un régimen socialista, con un ideario de barbudos "made in Fidel, Ernesto, Raúl y Cía" metido con calzador...., lo mal que se compadecía con una población cuna del choteo y de las habaneras, de Lecuona y del adjetivo "chévere", etc. Fatal. Aquello, por mucho que lo intentaran, siempre tendría que hacerse cargo de un montón de cubanos que sistemáticamente irían a la zaga y que jamás se integrarían en el sistema, descontando, claro, el más de millón y medio de emigrados ya... y los que seguirían saliendo. Consideré que ya había bajado algo el malhadado cochinitillo y me subí a la habitación. La TV sólo ofrecía la misma monserga de come-cocos de la Agencia estatal Grama. Me acosté. No recuerdo si el nuevo año 1988 alumbró encontrándome aún despierto o no.

El día uno de enero, día inicial de 1988, hago la primera de las dos excursiones que haría con Jesús, un taxista que conducía un Lada. Se trata del típico correteo sin bajarme del coche. Nada reseñable he dejado en mis notas. Lo que más me agrada en casos así es la conversación en exclusiva con el elemento nativo. Jesús era un hombre afable, tranquilo, que había asumido plenamente las características de la situación, ni resignada ni contestatariamente; tan sólo con realismo. Recuerdo que me llevó a dar una vuelta; que me fue mostrando lugares desde la supuesta perspectiva turística o literaria; rincones y sitios frecuentados por Hemingway, y ese tipo de cosas; pero que, como esperaba, a mí no me decían lo más mínimo. Ahí sentía yo que se afincaba el principio de que todo lo que no fuese autobiografía era plagio barato; y por lo tanto me apliqué a ver a la gente, a medir espacios, a valorar la textura del aire, la modulación de los gestos de todos aquellos con quienes nos cruzábamos. Una y mil veces me repetía que estos regímenes socialistas "pegaban" más en ambientes en los que nos representásemos a la gente vestida con ropajes de abrigo, con capotes, zamarras, botas de invierno, etc. Hay sutilezas estéticas que comportan toda una cosmovisión; que explicitan realidades históricas mejor que el repertorio más nutrido de mediciones sociológicas, y de precisiones estadísticas. ¿Cómo es posible que un socialismo centralista y desbaratador de la iniciativa

privada injerte de verdad en alguien que va en mangas de camisa; o que vaya moviendo el culo indolentemente, pavoneándose de una oscilación de tetas, en el caso de hablar de mujeres? No, no pegaba. Un socialismo en clima tropical, una dictadura del proletariado en Cuba "pegaba" menos, insisto, que una cartuchera cruzada al pecho del Nazareno. Jesús era un buen hombre. El coche "Lada" que conducía era lo mejor que permitían las circunstancias. Petróleo y coches rusos a cambio de azúcar para endulzar el café sin leche [recordemos: la leche en la URSS sólo era disponible para los niños] de los ciudadanos soviéticos. Quedé con Jesús para otra excursión al día siguiente, más o menos de parecida guisa.

Esa misma tarde, mientras me hallaba yo paseando, simplemente mirando, alejado tan sólo unos metros de la entrada principal del Hotel, acertó a pasar, sola, una chica, joven, morenita oscura, tocada en la parte trasera de la cabeza, a modo de moño, con una doble margarita exuberante. La miré, me miró, detuvo el paso y nos pusimos a hablar. Subir conmigo a mi habitación del Hotel suponía dejar su identidad en Recepción y proporcionar a las autoridades una información que en cualquier momento dado pudiera incomodarla. Porque el acceso al interior del Hotel estaba reglamentado en plan de comisaría, de libro de registro, de ficha y de todo lo que puede ir anexo a un sistema como el que se gastaba el régimen, de absoluto control de la ciudadanía. No. Rosita Quintana, que así se llamaba la chavala, no podía subir a mi habitación, pues ella era una chica normal, de familia normal, no significada particularmente por ninguna especificación social; y por lo tanto, lo mejor era no meterse en complicaciones. Un poco a mi pesar [luego, la realidad demostró que sería un mucho a mi pesar] me dejé guiar por la sugerencia de buena fe de Rosita (que para eso era nativa y conocía el percal) de irnos a unos bungalows [Motel, dijo ella] de lo que allí llaman Playas del Este. Yo había tenido experiencias parecidas en Moscú, con aquellas dos gamberras con las que me encontré en el túnel de debajo del cruce de la Plaza Roja con la calle Gorki y adyacentes, que ante la imposibilidad de acceder conmigo al Hotel

Rossia, me llevaron a un piso sórdido en el rango superior de todas las sordideces. Aquí en La Habana claro que se trataba de una atmósfera humana más manejable, más distendida, en la que yo, hispánico y pudiente, nunca dejaba de ejercer el control respecto de la situación que fuere; y ahí estribaba la razón por la cual, aun en situaciones poco halagüeñas como la de no poder subirme una chavala a mi cuarto, mi alma no dejaba nunca de albergar retribuciones compensatorias. Rosita me ponderó el alojamiento alternativo, y se encargó de contactar a un conocido suyo, que andaba con un coche, no sé ahora si como taxista o en alguna otra función pública. Recuerdo, eso sí, que el programa se montó necesariamente bajo el diseño de que nos llevara hasta allí; nos esperara, y nos devolviera, a mí por lo menos, al punto de partida. El nombre de Playa del Este se me hace en este momento más localizable y asumible, con un mapa que tengo delante. No me extraña que entonces, sin especificación alguna, el viaje que emprendimos de más de media hora de ida, y lo mismo para el regreso, me pareciera excesivo. Pero es que el lugar en cuestión estaba lejos; así como suena, lejos. Para los que no se hallen familiarizados con La Habana les digo que la parte oriental de la urbe está interrumpida por la Bahía del mismo nombre que se adentra en forma de hoja lanceolada de tres folios en virtud de sendas ensenadas: Marimelena; Atarés; y Guasabacoa, constituyendo todo ello un formidable obstáculo natural entre los sectores de la ciudad, aliviado desde el punto de vista acuático por un par de *ferries* en funcionamiento y un túnel proyectado [o acaso ya en existencia: no puedo establecerlo con certeza, en razón de la fecha de 1983 del mapa que estoy utilizando] en el arranque del... cuello de la Bahía, conectando la Avenida del Puerto – cerca del Castillo de la Punta – con la Avenida del Túnel, justo enfrente y pegada al Castillo del Morro. Como digo, en el momento de tomar estas notas, ninguna de tales especificaciones se me hizo perceptible, y es solamente ahora, con el peso de la distancia y de las emociones, cuando me puedo preguntar qué camino tomaríamos para tardar lo que a mí me pareció... demasiado, a tenor de los cualesquiera baremos

comparativos que aplicáramos. Ahora, con el mapa aquí delante de mí, descarto que cogiésemos la circunvalación intraurbana que proporcionaban la Avenida Menocal y la Vía Blanca. Tal vez circulásemos a lo largo de toda la San Lázaro hasta el túnel. Lo que cuenta es que a mi me pareció larguísimo el camino, y eso que el tío, negro como la pez, conducía deprisa y con una envidiable soltura, como conocedor al dedillo de todos y de cada uno de los parajes por donde rodábamos...

Al fin llegamos. En circunstancias así, lo menos malo es procurar no tener un traspies en lo puramente personal, en lo relativo a la integridad de uno mismo; en lo demás, dejarse llevar. Habló el conductor negrito con alguien que había en el interior y nos adentramos Rosita y yo en la habitación. Se trataba de un habitáculo mezquino, con una cama vieja y un lavabo descascarillado. Todo destartado y sórdido. Lo normal hubiera sido marcharse, cosa que estaba vedada por depender en cuerpo y en alma de quien nos había traído. Era de noche y yo carecía de cualquier atisbo de orientación. Rosita quería estar conmigo y ganarse la contraprestación acordada, pues para eso estaba allí. Habíamos pactado que el taxista nos esperase, y más o menos todo lo relativo a servicios y pagos estaba convenido. Lo menos malo era pasar el trago y oponer la menor resistencia al desencanto. Lo primero que apareció en el cuarto fue la consabida cucaracha, rolliza y rojiza, recorriendo por el suelo toda la línea de la pared. Volví a fracasar con el elemento moreno. Esta cortesana de ocasión volvió a engrosar la estadística general. Como de costumbre se me escapó el coito inicial y único, sin siquiera dar lugar al apuntalamiento. La fisura de esta gente de color suele adquirir una holgura notable ya a partir de edades tempranas, y Rosita no era excepción. ¿Sería por algo funcionalmente normal, o por abuso de función? Tenía la carne típicamente caracterizada: como de cuero húmedo y apelmazado.

El día 2, sábado, al salir de la sala general para comedor y desayuno tipo buffet, me encuentro con el alcaláino, por lo menos de adopción, Javier Rioyo, que por entonces lidiaba sus reses de

periodismo en buenas plazas, y poco tiempo después sería una presencia radiofónica obligada en programas matinales de ámbito nacional. Salía yo de desayunar y entraba él al recinto, acompañado de Celia, una chica médico con la que un par de años más tarde se empapelaría maritalmente, y que trabajaba en el Centro de Salud establecido en la que fue casa de mis padres, o sea, el número 13 de la calle de Santiago de Alcalá de Henares. Se cumplió la exclamación que según nuestro común paisano José César Álvarez es propia de los alcalalinos al encontrarse por sorpresa: ¡"Ah"!... mitad burla, mitad reto asertivo, mitad desprecio de la seriedad y lógica que pueda existir en la vida, ante la aparición de lo inesperado y absolutamente fortuito. Nos alegramos ambos, de manera espontánea que no admitía sinuosidades ni fingimientos de protocolo. Él tenía su programa y yo tenía el mío. Salíamos para España el mismo día y en el mismo vuelo de Iberia, y puesto que nos hospedábamos allí, quedamos holgadamente y sin fijación alguna en vernos cuando nos pareciera bien.

Cumplimenté mi segundo "sightseeing trip" con mi ya amigo el taxista Jesús. El hombre, encantado. Según me pareció entender, todo asalariado estatal – y él lo era en la modalidad de conductor de un taxi – debía más o menos justificar el menester desarrollado en cada jornada. El hombre me vino a decir que con el servicio que representaba mi excursión podía él cubrir holgadamente el cupo de trabajo mínimo que se esperaba de él. Así que, todos contentos, porque este Jesús era una buena persona, equilibrado en cuanto a sus comentarios sobre la realidad sociológica de su país: ni muy indulgente, ni tampoco muy crítica.

A media tarde me bajo a la piscina. Dos de enero y en la piscina. Me cojo una colchoneta y me recuesto a la sombra. Dondequiera que va un hombre solo, quiero decir desglosado de compañía ocasional o no, y por supuesto no formando parte de un grupo, atrae alguna cuota de atención. Fue ella quien se dirigió a mí: "Ven aquí donde hay más sol". Se trataba de una mujer de unos treinta y tantos años, completamente aria, de buen ver, facciones agradables,

y por lo que parecía, con suficiente esponjosidad en su espíritu como para consentir un conato de conversación así tan por las buenas y tan espontáneamente. Como transcurrieron unos cuantos segundos entre la frase que me dirigió y mi incorporación de la colchoneta, y simultáneo intento de orientación y acomodo, creo que acerté a responderla: "El sol de su presencia me calienta más que el cósmico". Se llamaba Zinaida, soviética de... creo que del mismo Moscú, y residente en Cuba desde hacia trece años; casada con cubano, separada ya, y madre de dos chavales – chico y chica – morenos y altos, estupendos y bien formados, que se hallaban por allí, por el espacio reservado de la piscina, correteando y persiguiéndose. Una fiesta para la conversación. Hablamos de todo. Le conté mis cuatro visitas a la URSS y mi enamoramiento, y vicisitudes, respecto de Nina Bulájova, la guía de Intourist en Leningrado. Hasta encontré entre ellas dos cierto parecido, acaso propiciado por mi voluntarismo de integrar módulos espirituales que se me antojaban gratificantes. ¡Oh, sí!, hablamos de muchas cosas. Hablamos de que, eso, trece años atrás, durante la época de luna de miel de Cuba y de la URSS, cuando Castro se permitía exportar revoluciones, soldados y agentes inestabilizadores y zapadores del régimen que fuere, y que no estuviese alineado con la ortodoxia del socialismo, claro, entonces, en aquella época de pujanza que parecía no conocer el ocaso, Zinaida había venido a residir en Cuba, como profesora de lengua rusa; se había matrimoniado con un nativo que la había hecho los dos hijos que por allí zascandileaban, y que hacía ya algunos años que se había separado. ¿Y ahora? – era la pregunta que se le venía a uno a la boca. Pues ahora – me dijo – toda aquella luna de miel, tanto en lo personal como en lo laboral, había concluido. Largo tiempo hacía ya que sus servicios como profesora de ruso habían dejado de necesitarse, por falta de alumnos. Sencillamente el cubano no quería aprender ruso. Le faltaba motivación. Desde los cayos de Florida llegaba toda la fanfarria consumista y – ¿por qué negarlo? – atractivamente persuasiva del imperio de los USA..., y en Cuba no había color. Pasados los primeros tiempos de estreno del socialismo, el interés por la URSS había prácticamente desaparecido.

El gobierno concertado de uno a otro país seguía pagándola, pero la verdad es que no tenía trabajo. Comenté con ella, ya en plan de confianza abierta y compartida, el sentir que me propiciaron aquel grupo de chicos cubanos con los que coincidí en el Hall del Hotel Kosmos de Moscú en 1982, en mi cuarto y hasta el momento último viaje a la actual Rusia. Probablemente lo haya dejado comentado en la viñeta de Mujeres, lugares, fechas... correspondiente a dicha altura temporal, pero no está del todo de más darle otro toque de matiz. Pocas veces he percibido una desmotivación mayor que la protagonizada por aquel grupo de colegiales cubanos. Les pregunté que... qué hacían, y me contestaron que... llevaban medio año estudiando ruso, pero que no sabían casi nada; que les resultaba muy difícil... y que... Los encontré como semi-atontados, anestesiados, que no era otra cosa sino la de llevar encima a todas horas la camisa de fuerza de un programa impuesto arbitrariamente, metido con calzador, diseñado en razón de unos esquemas programáticos que les caían lejos, que les venían anchos, que no los entendían. Jamás he recibido una lección de sociología más válida ni más aguda que la que recibí de aquellos muchachos cubanos transplantados a Moscú, para seguir el juego de los barbudos gobernantes de la isla.

Sí, sí, entre Zinaida y yo se celebró una comunión natural de pensamiento y de derivaciones reflexivas. Nos mirábamos, nos seguíamos mirando, y sin lugar a dudas supimos que estábamos los dos con verdaderos deseos de que nuestras pieles cerraran un pacto de alianza. Zinaida no era joven, en el sentido planetario, pues tenía 35 años, como había yo calculado con improvisado rigor ocasional; tampoco era bella, en el sentido canónico y reglamentario. Pero tenía como una sonrisa en su regazo, de madre poderosa y amante, que me propiciaba adherencias intimistas. La invité a estar conmigo esa misma tarde, más avanzada la hora, cuando a ella le viniera bien, en mi habitación... ¿A las 20:15 pm.? Muy bien, a las 20:15. Por mi parte, perfecto. Menos mal que Zinaida tenía autorización para servirse de las prestaciones del Hotel. Pertenecía al estamento de las "residentes con pase", creo que así se titulaba el detalle concreto de la

nomenclatura; es decir, su "status" se encontraba dentro de la zona que pudiéramos identificar como "de privilegio".

A la hora prevista Zinaida me anunció su visita desde Recepción. Dejó que mis primeros conatos de apremio recorrieran pausadamente los tramos de feminidad que a ella le parecieron oportunos. A partir de ahí, la aceptación, el abandono en nuestra intimidad activa fue mutuo. Zinaida era la típica mujer de 35 años que tal vez aparentase algunos más. Pechos trabajados de la lactancia y acaso de la dieta, y quizá también carentes de frutas y de ciertas vitaminas. Me acuné en su regazo, y creo que jamás había sentido en toda su vida una secuencia de besos como los besos míos. Celebró gozosamente, demorándose la vez primera en contraste con lo expedito de mi ejecución. La segunda ya no pude, pero le ofrecí toda la cobertura logística para que ella transitara el camino como mejor la conviniera. Un buen plato de fruta y un vaso de leche fueron los factores de nuestra compañía en el último tramo de la velada. La regalé 50.- \$ USA y la botellita de colonia del nécessaire de Iberia. Creo que fue el encuentro que mejor pueda ilustrar mi capítulo correspondiente de *Mujeres, lugares, fechas...* Me dejó su teléfono de casa de una amiga, y la prometí llamarla antes de irme de Cuba. Nos intercambiamos direcciones. Sí, definitivamente esta viñeta de viaje podría aparecer bajo el título: "La URSS y España: encuentro en Cuba". Ya no salí de mi habitación cuando se marchó Zinaida. Quedé jugando mentalmente con un endecasílabo: "premoso agolpamiento de inminencias", que quiere enmarcar el vector vivencial de intuir el encuentro con alguien... si no conocido, por lo menos propicio.

El día 3 es domingo. Aprovecho para ponerme la inyección de vacuna. Recuerdo que el trámite se desarrolló con toda normalidad. En esto de la salud pública u organización sanitaria Cuba era una gran potencia en comparación con Nicaragua. No guardo detalles pero quiero creer que se trató de un dispensario anexo al propio Hotel; y que ni siquiera tuve que desplazarme a ningún otro centro que según el plano que tengo delante, hubiera correspondido al Hospital General Camilo Cienfuegos, cinco manzanas al NE del Hotel. Sin nadar en la

abundancia el personal de aquel dispensario exteriorizaba un buen rodaje en los menesteres de su cometido. Perfecto, como digo. Dado que ya había alcanzado la dosis del centímetro cúbico, el próximo pinchazo se produciría en España, en casa. Así que aparqué la vacuna en el refrigerador del cuarto hasta el momento de hacer el equipaje. Otro cuidado menos.

No podía estar en Cuba, en La Habana más precisamente, sin asistir a una representación del espectáculo "Tropicana"; así que reservé para esa misma noche en la Recepción del Hotel. Y parte de ese mismo día decidí pasarlo en la piscina. Ocurrió algo prodigioso, y es que una francesa, de bañador rosado, estaba tomando el sol en "topless". Me hubiera gustado pensar que era la primera en iniciar tal aperturismo. La joven estaba acompañada de un hombre, su pareja, y nadie o nada podía testimoniar una naturalidad tan congruente como la que protagonizaban, cada uno en su papel. Nadie decía, ni mucho menos hacía, nada, pero parecía sentirse un leve burbujeo de sorpresa tan espontánea como inerte ante tan bella iniciativa, tan lírica y tan pacífica invasión de los sentidos. ¡Ah, los franceses en estas cosas de la "finesse" siempre pueden mostrarnos algún camino no hollado! Aquel recinto de la "pileta" disfrutaba de total autonomía, venía a querernos decir la resolución de la chica francesa de posar con el pecho desnudo; y tan impecable era aducir como inviolabilidad de recinto sagrado el hecho de refugiarse en una iglesia, como entender por salvoconducto de garantía total de exhibirse – tan humana y estéticamente, por otra parte – aquella dependencia del Hotel, verdadero baluarte del turismo, y al que técnicamente, como bien sabemos, les estaba vedada la entrada a la gran mayoría de nacionales. Así que, ¿por qué extrañarse? El gesto y la expresión de algún hombre a los que ví mirando y desistiendo de inmediato de esa misma mirada, como por miedo a que "el sistema" los sorprendiera en actitudes capitalistas de indignidad malsana, me pareció que podía traducirse en algo parecido a: ¿"Y qué hacemos con esto para lo que el régimen todopoderoso no nos ha preparado"?

Por esas cosas que pasan, y para cuyo suceder carecemos de

señales de aviso o de heraldos de anticipación, resulta que en mi acomodo caí junto a una señora... mayor, que se hallaba casi extendida sobre una tumbona. Imposible determinar el detalle o chispa de ignición que nos conectó mediante la charla. Le hablé de que había estado en Nicaragua, adelantándome en unos cuantos días al año entonces ya en curso, el 1988 o del centenario de *Azul*..., y que mi viaje a esta parte del Caribe venía justificado por el asidero compartido de la poesía: Rubén Darío, de un lado; y José Angel Buesa, por lo que se refería a Cuba, cada uno en su distinta órbita lírica propia, y con sus imposibles asíntotas de aceptación o rechazo por parte del público, porque, ¿"Sabe Vd. señora? – quiero recordar casi literalmente que continué diciéndola – yo soy un seguidor fervoroso de José Angel Buesa"... etc. Le hablé de mi primer contacto con su poesía, allá por los cincuenta, cuando una familia de cubanos judíos, los Salomón, por todos personificados en mi compañera de Facultad, Anamaría, me alargaron un libro de Buesa, el más significativo de su obra, *Oasis*... y leí varias poesías allí contenidas. Proseguí diciendo a la señora que de entre todos los poemas, aun cuando la elección constituyera un mero acto voluntarista de aproximación al acierto objetivo e imposible..., que de entre todos los poemas, acaso el más indiscutido e indiscutible fuese el de... Comencé a recitar "Pasarás por mi vida, sin saber que pasaste"... y para gloria de la circunstancia y enaltecimiento personal mío..., la señora coge el testigo de la palabra y continúa recitando aquel himno de intimidad, aquel "Poema de la renuncia", que no es otro el título de la tan inspirada creación de Buesa. Aquello socavó mi sensibilidad de raíz, me hizo compartir con millones y millones de hispano-parlantes aquella sangre del espíritu, que es la lengua hecha himno, transportado en volandas por una mística entusiasmada de encarnarse en tal plegaria hecha poema. Lo que siguió con aquella buena señora ya fue pura consecuencia. Se llamaba Ada Rex, y había sido cantante de salón. Estábamos de acuerdo: Buesa no era muy conocido por los jóvenes, a los que el régimen trataba de conducir por todos los medios hacia otras latitudes poéticas más "comprometidas". ¿Y a qué mayor

compromiso puede aspirar la poesía sino al de lo bello y recordable, como piedra de toque de la meta-palabra que es? Bueno. Le hablé de mis planes de buscar libros de Buesa y la señora me recomendó darme una vuelta por tal y tal sitio. Muy bien. Nada me complacería más que dedicar parte del día siguiente a recorrer, merodear, y bucear en los anaqueles y depósitos de libros alguna cosa para traerme a España. Doña Ada tiene que marcharse. Me deja su teléfono, y me dice que suele estar en casa a partir de las 17:00 pm. Por eso ahora tiene que marcharse. Que la llame si necesito algo, y que en todo caso, que me vaya bien y que tenga suerte en todos mis diseños vitales. Me quedo un rato solo, quiero decir sin hablar con nadie, y como voy preparado de bolígrafo y papel, escribo mientras miro los senos libérrimos de la francesa que habla con su compañero, y certifico que lo primero que se requiere para desfoliarse es tener algo incontestablemente bello que mostrar.

A la hora prevista el autobús me recoge para ir al "Tropicana". Es un pequeño viaje porque este espectáculo se encuentra en el distrito Alturas de Belén, en la sección suroeste de la ciudad. No tengo ni idea de la ruta que tomamos. Tal vez bajásemos por toda la Avda. 23 para empalmar con la 47 a partir del cruce del río Almdares y continuar por la 41. El caso es que llegamos. Como solo que iba, me pusieron en una mesa independiente para mí, en buen sitio. El billete de entrada incluía una consumición: pedí un zumo de frutas, lo más parecido a eso que internacionalmente suele entenderse como "San Francisco". Del espectáculo en sí tengo que decir más bien poco. Voy a transcribir literalmente las notas que dejé consignadas en mis papeles de "a pie de obra": "‘Tropicana’ no creo que esté a la altura de las expectativas despertadas. Es vulgar, ruidoso, macarra, si bien la figura de las chicas morenitas, y europeas de color o no, es más atrayente que las mulatas consabidas de Río que a mí al menos me parecen exageradamente negroides y simiescas la mayoría de las veces. La india cubana entiendo que es la que más cantidad de cruce de europeísmo contiene, y así el consorcio de genes contribuye a la excelencia del producto". Hasta aquí mis notas literales. Ahora, un poco más "por libre"

recuerdo que el espectáculo puede resultar atractivo para todo aquel que no haya presenciado cosas así. Pero yo estaba bien servido de "floor shows" y además me encontraba cansado, así como suena; físicamente cansado, y en semejante estado uno tiende a agrandar y a resaltar las carencias o fallos que, de otra manera, pasarían desapercibidos, camuflados en el concierto general de ritmo, color y música. ¿Qué me importaba a mí que los trajes de las bailarinas estuviesen algo deslustrados y raídos? ¿Que las mallas de las chicas enseñasen cosido sobre cosido; y que por alguna de las juntas se dejaran ver las típicas sombras del sudor no redimido? Si se me apura, todos esos detalles prestan un toque de empaque digno a aquellas gentes que protagonizaban una mostración de hedonismo ocioso en un país maniatado por el sistema. Yo procuraba, me esforzaba por interpretar el mensaje alojado en aquellas miradas, en aquellas sonrisas tan "de trabajo", tan de "por exigencias del guión", y llegaba a la conclusión de que la mayor parte de la *troupe* componente del "Tropicana" eran unos verdaderos héroes, unos forzados de la solidaridad que tan bien desdoblaban la identidad de sus personas en aquella doble función de guardarse una esencia frustrada, al tiempo que intentaban ofrecer una existencia de desenfado y distracción. No, yo estaba cansado; el espectáculo había comenzado bastante tarde, y me aseguraron que acabaría bien entrada la madrugada. Decidí marcharme. En uno de los breves entreactos abandoné el recinto y me planté en la explanada donde se hallaban estacionados los autobuses. Hablé con unos y otros, y un conductor que regresaba al Habana Libre aceptó llevarme con mucho gusto. En cualquier caso eran ya cerca de las 02:00 cuando caí en la cama.

Y estamos en la mañana del día 4. Desde el piso 25 donde se encuentra mi habitación todos los tejados de La Habana, que son muchos, aparecen desportillados, descascarillados, ruinosos, como corresponde a una eco-ambientación social que no puede permitirse el lujo del aseo de los edificios. Por otra parte, reflexiono complacido sobre el hecho de que la manera de convivir es, en general, más participativa que, digamos, en España. Aquí uno se encuentra en un

restaurante y no choca a nadie dirigirse a la mesa de al lado donde se halle una pareja y dedicarle a la mujer un halago de buen gusto, o una cortés intromisión en la charla que sostiene con su compañero. No ha lugar al despecho ni a la ofensa por parte del varón. Aunque estoy reventado del trasnoche del "Tropicana", hoy, día cuatro, me toca funcionar de firme. He de ir al sitio que me indicó Ada Rex, en busca de libros. Ahora bien como las librerías – curioso – abren a las 12:30 del mediodía, me siento en el Hall del Hotel a hacer tiempo. Sin haber reparado en ella, una muchacha jovencita que, según parece, se acababa de aproximar, me pregunta ¿"Sabes la hora que es, compañero"? Con frase tan sencilla doy en conocer a María Isabel Domínguez Comas, chavalilla rubia clarita de no más de 17 años. No sé si la solvencia espacio-temporal de aquel contacto tan inesperado me permitiera pensar en aquel allí y en aquel entonces, en lo que tiempo más tarde, con la morrena de la perspectiva acoplada..., no sé, digo, si fue entonces o fue después cuando me parase a pensar en lo simple y prescindible de su pregunta. A la realidad estadísticamente improbable de que alguien anduviese fuera de casa sin reloj, se añadía el factor – que, por cierto, no llegué a constatar – de que en aquel Hall estoy seguro de que tenía que existir, por aquí y por allá, algún que otro reloj, de pared o de mostrador. Hoy día no es asumible razonablemente encontrarse en un cualquier punto de una urbe en donde, con sólo mirar alrededor, no se descubra... eso, algún aparato, de tejado o de muro; de comercio o de particular, o de poste viario al que llamamos reloj, y que nos instala continua y precisamente en el justo y persistente empujoncito cósmico de que está hecho el tiempo. Pero es el caso que la chica me preguntó, y a mí me hace ilusión pensar, a través de todos los distingos y a pesar de cualquier negatividad, que me preguntó a mí tal simpleza porque quería entablar contacto conmigo; porque tuvo que apreciar, o calcular, o solamente intuir que un hombre como yo que andaba solo, con además de autonomía y desinhibición..., le podría significar una cuota de variación, una dosis de originalidad a su programa. Empiezo diciéndole que nunca la palabra "compañero" ha tenido más gratos

sabores, más cordiales connotaciones que cuando dicha por ella. Llevaba una falda cortita, tipo vaquero, de color azul-gris-blancuecino ya, importada y regalo de no sé quién según me dijo; blusa cubana comprada en La Habana, asimismo azulada con estampas grises, y zapatillas someras, también de color azul. Al andar – como me fijaría minutos más tarde – se inclinaba a un lado y a otro, con levedad y precisión de joven bambú. Me dijo que estaba esperando a unas primas. Le conté yo, a mi vez, mis planes de irme a buscar sellos para mis amigos los coleccionistas; también, y si se terciaba, algún volumen o volúmenes de *Obras Completas* de Rubén Darío, suponiendo que el centenario de *Azul...* también hubiese perforado dentro de la sensibilidad de la clase intelectual literaria de Cuba; y sobre todo, que quería encontrar algo de José Angel Buesa, principalmente alguna edición de su *Oasis*, libro totémico para el gusto sensiblero y romántico de la clase media cubana de los años cuarenta y cincuenta; que si ella conocía el nombre de Buesa. Para mi sorpresa, me dijo que sí, y que había leído cosas de él en sus lecciones de Segunda Enseñanza. Seguimos charlando de literatura. Me fijé en que María Isabel llevaba depiladas las piernas hasta un poco más arriba de las rodillas... o así al menos me pareció percibir. Esta chiquilla continuaba sorprendiéndome y halagándome hasta extremos no transitados por mí hasta entonces. Desde que comencé a hablar con ella noté que ella contaba con mi existencia; que yo le proporcionaba anuencia de espíritu, interés, curiosidad. Volví a intercalar la observación de que cuando se dirigió a mí con el deíctico de "compañero", este término cobró para mi conciencia su más cabal plenitud en comunicatividad y sentido. Pero nuestra conversación había enganchado tema y ninguno de los dos dábamos abasto. Me dijo haber leído con gusto un tomo de obras de Palacio Valdés! Curioso que una chavalilla demostrase concomitancia de gusto por un autor que, así, sin más que mencionarlo, propicia en nuestro criterio una representación de temática algo obsoleta, siempre a la luz de los patrones modernos. *Don Quijote*, sin embargo, le parecía pesado, y no había conseguido leerlo del todo. El nombre de Lezama Lima ni

siquiera le sonaba. Empatizaba, eso sí, con García Márquez, y como muestra espontánea de la congruencia de lo que me decía, me dio a que echara un vistazo a un artículo del colombiano que aparecía en un periódico de La Habana que María Isabel llevaba consigo en ese momento. Le dije que había comenzado yo a leer, recién aparecida, la célebre *Cien años de soledad*, y que había desistido pasadas las primeras páginas; que todo lo que entraña magia, fenómenos paranormales y zarandajas por el estilo..., que se habían destacado ya definitivamente en mi criterio como incompatibilidades plenas; que no obstante, había disfrutado con la lectura de *El amor en los tiempos del cólera*, novela muy acertada en mi opinión, entre otras cosas por la metáfora lúdica que encierra su final cuando el autor pone en boca de un viejo la intención de seguir queriendo durante "toda la vida" a otra vieja que durante también toda su vida había desestimado sistemáticamente los requerimientos amorosos del primero. Hablamos, hablamos. Me dijo que era anti-consumista, cosa que de no haber venido de ella, que ya había adquirido una buena estatura dentro de mi escala de valores..., pues hubiese sonado a broma barata, a "choteo", por tratarse de un país en el que la consumición de casi todo estaba más bien tasada a la baja. Pero no – como digo –; me lo razonó en tono convincente, y yo en ese apartado no podía estar más de acuerdo con ella; me unía yo a su sintonía plenamente cuando me comentaba que estaba en contra de la histeria snobista de los productos extranjeros por el hecho de ser... extranjeros!; que en Cuba había restricciones en muchos aspectos, pero que, por ejemplo, parte de la ropa que llevaba encima la había adquirido allí, en La Habana, a buen precio, y que lo que le habían regalado y llevaba puesto en ese momento, en nada difería en equivalencia del artículo nacional casero. Me fascinaba que una chavala de 17 años discudiese por todos aquellos temas con aquel aplomo tan natural; con aquel criterio tan bien adobado de razones y de proporciones. En otro orden de cuestiones me dijo ser partidaria de la integración ideológica entre el socialismo totalitario y las posibilidades personales del temperamento individual. Llegaron otros amigos suyos, jovencillos; y a

continuación, sus... supuestas primas. Nos intercambiamos direcciones. Le dije que esperaba verla de nuevo; no sabía ni dónde, ni cómo, ni cuándo; que en principio, se lo dejaba a su discreción. La chavala, desde luego, tenía estilo. Antes de salir material y definitivamente del Hotel se acercó a mí para despedirse.

Me quedo unos minutos más, intentando por todos los medios ordenar aquel remolino de emociones. ¿Sería ésta la chica de mi vida? La ocasión no podía haberse producido más en consonancia con los tan valiosos requisitos de espontaneidad y de improvisación que mi alma siempre había destacado y seguiría destacando como condición probabilísimamente indispensable para el buen fin – o el fin armonizado, si se quiere decir de otra manera – de este lance de relaciones humanas. Pero era ya hora de irse. Eran las 12:00 del mediodía; había estado charlando con María Isabel unos 45 minutos, y ahora tenía que salir. Me fui andando hacia la dirección que me había indicado doña Ada Rex. Lo más seguro es que bajase por la Avda. Menocal (Infanta) para, una vez en la Salvador Allende, continuar hasta la Simón Bolívar. Sí recuerdo que en un momento de mi paseo penetré en una librería normal, quiero decir, de libro nuevo. Pregunté a una empleada que si tenía algo de José Angel Buesa... Jamás olvidaré el gesto de aquella mujer de unos... entre 45 y 50 años. Me miró como con piadosa conmiseración, como diciendo... ¿"Pero Vd. cree que en este estado de cosas puede haber sitio para un tipo de poesía tan universalmente lírico"? Creo que la mujer me hablaba hasta con miedo, con miedo a que alguien, algún "sapo" pudiera descubrir que malgastaba su tiempo en asuntos tan anti-sociales como la poesía personalizadamente intimista. O sea, que no tenía nada, aunque la gratificación vino del hecho de que, por lo menos el nombre del poeta le sonaba. Algo era algo. Le dí las gracias, y descubrí en uno de los anaqueles un *Diccionario de literatura cubana*. Una pena que dada la contingencia de mi consulta no se me ocurrió consignar la ficha bibliográfica de la dicha publicación. Pero sí, sí venía Buesa, escueto, como despachado con lo mínimo; lo más relevante que se decía de él es que se ausentó del país al estallar la Revolución. ¡Toma, no! ¡Y

cualquiera con dos dedos de frente en su lugar!...

Pero estoy llegando al sitio sugerido por la señora Rex. Me encuentro en la Avda. Simón Bolívar, conocida por Reina. Entre dos transversales, Manrique y Campanario, me llama la atención una librería de viejo – bueno, aquí todo está viejo – por nombre Avellaneda. Paso y por ese simple dato, uno, europeo y español, a la primera ronda del saludo, recibe una atención esmerada. Me atiende un típico negrazo, canoso, alto, en esa franja elástica y adaptable de los sesenta a los ochenta años, porque nada más difícil que calcular la edad de esta gente que, si por un lado presenta un chasis senescente para una corta edad, las más de las veces ese mismo chasis se amojama y constituye el templo invariable y enhiesto donde se alberga todo un siglo de existencia. Don Pascual, que así se llamaba el librero que me atendió, tenía toda una pinta de patricio, y no descarto que la holgura de los márgenes de veinte años que yo podría echarle se hubiera quedado escasa. Como digo, podría albergar cualquier cantidad de años entre los cincuenta y cinco y los ochenta. Pero todo en él transcendía hombría de bien, nobleza de gestos y honestidad de modales. ¿Para qué perder tiempo? Después de lanzar una ojeada por las estanterías y no descubrir nada que en ese momento me llamara la atención, me acerqué ya directamente a don Pascual y le comenté mi caso: que había colegido, sin llegar a una evidencia completa, claro, porque se trataba de algunas recaladas tan sólo..., que había colegido que ninguna librería normal, quiero decir, de libro nuevo disponía de ejemplares de la obra de Buesa..., y que tanto por criterio propio, como por consejo de otros – como por ejemplo doña Ada Rex – había llegado a la conclusión de que únicamente en algún establecimiento de libros de segunda mano..., etc., etc. Don Pascual me escuchó con parsimonia y muy atentamente; creo que me las apañé en trasladarle al hombre mi intensa incumbencia, mi interés de aventurero buscatesoros..., y un como, bueno, no sé, acaso impacto de novedad por encarnar ante él al viajero hispano que hace del lance de encontrar ciertos libros el tema primordial de su estancia en Cuba, en franco contraste con las hordas de consumistas al uso. Lo que ocurrió y que

tuvo su desenlace con la adquisición por parte mía de las obras *Oasis* y *Nuevo Oasis* de José Angel Buesa ha quedado recogido en mi trabajo "Granadinismo en el Caribe" que seis años más tarde, en 1994, vio la luz en *El Correo de Andalucía* de Sevilla, 27 de mayo ['La Mirada', pp. 34-35] y no es cuestión de insistir en los aspectos literarios. Pero sí quiero resaltar ahora la carga vivencial que acaparó aquella conversación mía con don Pascual. Me dice que allí, en su librería, y en aquel momento no tiene nada de Buesa, pero que lo conocía. En estos trances, el que espera, por haber sido el primero en exponer y en proponer sus designios, es el que tiene en vilo a toda su persona; cualquier modulación de la voz de su interlocutor, cualquier ademán, real o interpretado, parece contener la clave de la cosa objeto de la búsqueda. Así con don Pascual. En estos casos, la sola aseveración por parte de nuestro interlocutor de que, por lo menos, conoce la identidad de lo que nosotros estamos hablando... ya nos propicia una primera y moderada dosis de alivio. Nada más desolador que recibir una respuesta negativa, de blanco o cero absoluto a lo que mencionamos como soporte o encarnación de nuestro tema. ¿Buesa? Sí, don Pascual lo conocía... claro: poeta, autor cubano que se había largado nada más entrar los barbudos en La Habana y tomar el poder... ¡Uuufffhhh, como digo, qué alivio! Al menos no podría decir nadie que estaba yo importunando con averiguaciones sobre fantasmas; que me había sacado de la manga una ficción literaria para dárme las de importante e inoportuno... No, nada de eso. Don Pascual conocía... y por sus gestos aseverativos, bastante bien, el nombre del poeta al que yo buscaba... ¿Entonces? Y cada segundo que formaba el entramado sobre el cual nuestra conversación fluía se me antojaba un purgatorio de duda y de certeza, de esperanza y de desesperación, de claridad y de ceguera. ¿Entonces? Pues entonces va don Pascual y me dice que... cree, que solamente cree que su hijo guarda en su casa algo, no sabe cuánto ni cómo se titula, pero algo de lo que yo busco... ¡!, que si sigo interesado, que él esa misma tarde lo traería aquí a la librería, y que yo podía pasarme a recogerlo antes de cerrar; que le llamara, para más seguridad, a este número, el de la tienda... Le

pregunto, mitad por cortesía, mitad por prepotencia inconsciente del que sabe que puede pagar en estos casos con suficiencia pródiga..., le pregunto que... si, además del precio en dinero que procediere por el valor facticio, material de la mercancía... le pregunto que si tiene interés en que le compre algo, algo de lo que sólo puede hallarse en las tiendas Intur, con divisa. Me dice el hombre que sí, que le obtenga un cassette virgen, porque su hijo quiere grabar no sé qué música. ¿Un cassette virgen? ¿Eso es todo? Sí eso era todo. Bueno, me dije, ya veríamos luego lo que mejor procediera.

De vuelta hacia el Hotel, y en un puesto callejero de libros... o tal vez, ya no recuerdo con precisión, en una tienda que también había sacado parte de las existencias a la calle, y tenía una exposición en el suelo, sobre unas lonas... allí compré un tomo de poesías de José María de Heredia [primo del que con idéntico nombre escribía en francés], y un ejemplar de *Las veladas de Benicarló*, de don Manuel Azaña, Presidente de la Segunda República española. Llego al Hotel, y en la tienda Intur de los bajos compro dos, he dicho bien, no una sino dos cassettes vírgenes. Me encuentro con Javier Rioyo y con Celia, que a su vez vienen acompañados de ese... locutor-presentador de TV apodado Sandokán, por su parecido con el artista auténtico que interpreta al personaje de Emilio Salgari [por cierto que Javier me dice en un "off side" que no le gusta que le reconozcan por semejante parecido; y mucho menos que se lo llamen. Pues nada, hombre; por mí, no hay problema. Recuerdo ahora que este locutor siempre me producía un anti-clímax, un anti... con aquello de lo que trataba la noticia. El muy pintoresco de él, acaso por entender como mandamiento primero y principal que había que aparecer sonriente en la pantalla, pues eso... sonriente lanzaba a las ondas visuales algunas veces noticias trágicas sobre muertes, explosiones, estragos y cosas de semejante jaez. Como digo, un anti-clímax... un querer ir hacia adelante cuando el coche tiene metida la marcha-atrás]. Iba acompañado de otra locutora, la hija, creo, de un tal Pécker, radiofónico de principios de los cincuenta y seguido. "Sandokán" y ella habían elegido Cuba, al parecer, para testimoniarse su mutua

dedicación. Según seguiría entendiendo se empapelarían maritalmente en España poco después. El caso es que nosotros cinco ocupamos una mesa de... dónde no recuerdo, acaso del mismo Hotel, y lo que sí recuerdo es que Javier me instó a que probara un "mojito" con ron, a lo que no sin una marcada carga de rechazo condescendiente, accedí. Por si el lector no lo hubiera sopesado en sus oficinas de discernimiento, que sepa que pocas cosas ennoblecen tanto a un espíritu liberal e independiente, que reconocer su poquedad medrosa, o tal vez solamente desconfiada, respecto de ciertos extremos; y consecuentemente adherirse con franco entusiasmo al tema objeto de las anteriores reservas mentales. El "mojito" estaba riquísimo, y hasta creo que repetí.

A la hora prevista, minuto arriba o abajo, llamo a la librería Avellaneda, y me dicen que puedo pasarme por allí. No reconocí la voz de don Pascual, pero en cualquier caso el recado era inequívoco. Así que me voy para allá con mis cassettes. Llego y toda la parsimonia del ambiente forma el decorado natural que se enfrenta a mi estado de ánimo. ¿Cómo es posible – pienso – que esta gente, la persona, o todo lo más, las dos personas que ahora se encuentran en la tienda... cómo es posible que no parezcan hallarse inoculadas del virus de vehemencia devastadora que llevo yo alojado en toda mi alma? Con gran tranquilidad don Pascual me reconoce, me saluda, se da la vuelta, alarga el brazo hacia arriba, y de uno de los estantes coge un sobre de color terroso, doblado y redoblado y se pone a desdoblar los dobleces que a modo de campo de obstáculos se interponen entre mí... y lo que sea, la gloria, la desilusión, el desconcierto..., lo que sea. Don Pascual llega a decir algo... algo como que aquello era lo que su hijo le ha dado... y que esperaba que... Le voy empujando, voy con el pensamiento urgiendo a los dedos sarmentosos y nudosos de don Pascual a que superen los últimos trámites en la extracción de lo que haya en el sobre. Un tropiezo más en uno de los pliegues del pico... y aquí sale... y aquí salen, porque se trata de dos los libros. Una edición de *Oasis*, de las primeras; y una edición de *Nuevo Oasis*, también de las primeras. Aprieto los cordajes de mi alma, regulo la respiración

que ya se me desbocaba, hago un supremo esfuerzo de control... y le digo a don Pascual que me parece muy bien; que eso era lo que buscaba y que me siento satisfecho con lo que me ha proporcionado. Don Pascual no acepta de ninguna manera cantidad alguna de dinero, y a duras penas logro convencerle para que se quede con las dos cassettes; el hombre había convenido en que una sólo era suficiente... pero puesto que habían sido dos libros, tampoco rompía la congruencia del pacto el hecho de que se quedara con las dos. Adiós, don Pascual, gran tipo, gran caballero: me traía a la cabeza cualquiera de esas castas ya desaparecidas, de esas tipologías en vías de extinción: la cabal reciedumbre de aquel patricio descendiente de esclavos, bambú enhiesto y canoso, dotado de tan fina sensibilidad, no se desprenderá de mi conciencia en tanto viva. En mi ya citado artículo "Granadinismo en el Caribe" me ocupo de todo esto.

De regreso de nuevo al Hotel, esta vez con mi botín que, ahora con el respeto de un novicio, me atrevo a hojear, recalando en algún poema especialmente atesorado en mi memoria. Me prometo aprenderme algunos más, que constituyen un patrimonio universal hispano de belleza "made in Cuba". Me quedan dos días completos en La Habana, bueno, un poco menos, ya que el vuelo del día 6 tiene su salida a las 16:40 pm. En el Hall del Hotel me encuentro en plan espontáneo con un muchacho puertorriqueño al que acompañaban dos chicas cubanas, hermanas para más señas: Tania era la más morena, tipo india clarita, y además la más joven de las dos y la más espigada; Meliade, sin embargo, mostraba más finura de rasgos. El chico, cuyo nombre – de tan insufriblemente indigesto como me acabó por resultar – no llegué a consignar en mis notas, tenía pinta de exaltado, como por otra parte convenía – por lo menos en términos de secuencia literaria – a alguien con trazas de apátrida con ramalazos de revolucionario de pacotilla. El muchacho estaba con las dos chavalas, y al momento de saber que yo era turista español debió de pensar que a través de mí, en razón de mí, podría él orientarse y despacharse en una marejada de inconveniencias e insensateces que parecían ocupar su mente. Como digo, tenía toda la pinta de un revolucionario al que

le hubieran pegado un par de bofetadas de colegial y le hubieran quitado los humos. Si a esas chicas las hubiera yo visto en primera instancia, solo, y sin nadie en mi esfera de actuación, otra cosa hubiera podido pasar. Porque las niñas me gustaban en cantidad, cada una en su estilo. Pero el charlatán del chico lo estaba estropeando todo. Me dio la impresión de que su status de vice-ciudadano USA le tentaba con el espejismo de creerse portador de algún tipo de privilegio entre aquella sociedad cubana. Por lo que me pareció entender, estaba pendiente de que le abonaran una cantidad de dinero; y que las autoridades pertinentes no le habían hecho el menor caso, respondiendo a sus reclamaciones con la mayor de las indiferencias. Algo así. La verdad es que era un payaso. Guapete y con un buen físico, eso sí; pero un bocazas exaltado que no hacía más que vociferar incoherencias. Las chavalas y él se habían conocido – me pareció entender – de manera accidental, y tampoco daban la impresión de disponer de criterio como para dar muchas razones. Yo estaba como loco por ofrecerme, por ofrecer mi habitación... aunque subir los cuatro era una suposición hartamente azarosa. Las chicas tenían que marcharse. Dimos una vuelta por la calle. Ya no recuerdo con cuál de las dos formé la unidad de compañía; me parece que con Meliade. El caso es que se tenían que marchar y que trazamos un conato de diseño para encontrarnos al día siguiente, cinco de enero, penúltimo de mi estancia..., encontrarnos en el Hall... No se me podía ocurrir otra cosa, porque la situación no lo permitía, pero en eso quedamos. El puertorriqueño seguía despotricando de los cubanos porque éstos no querían entregarle el dinero que, según él, le correspondía en concepto de... no sé qué de beca acordada entre los respectivos gobiernos..., un disparate de despropósitos. Y yo pensando tan sólo en que al día siguiente, si es que las chicas se presentaran [no se presentaron, me adelanto a decir]... no tendríamos sitio alguno para irnos con ellas; los diferentes *status* en existencia que especificaban la autorización o prohibición de acceso a las habitaciones operaban en contra de las chicas, ya que ellas no podían acogerse a ninguna modalidad. La cosa se presentaba hartamente improbable y aleatoria. Había empleados vestidos

de uniforme y de civil que se encargaban de la vigilancia. En estas condiciones, lo menos escabroso, lo menos deshumanizante fue que las chicas no apareciesen al siguiente día. Guardo mal recuerdo de aquel chaval, de ciudadanía menguada, aprendiz de apátrida, cumplido charlatán y seguro perdedor. Claro que ya las cosas para mí van importando cada vez menos, en virtud del botín de los libros que me llevo a España. Mi viaje bimembre Nicaragua-Cuba tiene el asidero compartido de la poesía: Rubén y Buesa, cada cual en su órbita lírica; en su sintonía de sensibilidad, pero ampliamente válidos, cada uno por su lado, para el espectro de mi incumbencia.

El día cinco es el último completo que voy a pasar en La Habana. Tengo mis notas ocupadas con unos cuantos datos, esenciales todos, pero acaso faltos de ajuste diacrónico. Ahora que estoy redactando la viñeta me esmero por organizar la secuencia temporal de todas aquellas ocurrencias. Tengo anotado literalmente: "Al día siguiente me dio un vuelco toda mi visceración: tenía un recado de ella: me había llamado y me volvería a llamar". Se trataba, huelga decirlo, de María Isabel, y estoy hablando del día cinco, sin duda alguna. Había salido yo del Hotel o bien a la calle, o bien a echar un vistazo a la tienda Intur, adosada al propio edificio. La misma historia de siempre. La gente consumista que adquiere el mismo artículo que ya tiene repetido en casa. ¿Qué demonio podía encontrar interesante un español de clase media pudiente? No me fue posible dar con la clave, a menos que se tratara de café o de algún producto vegetal autóctono apto para la dieta. Se comprendía mejor que las "Beriozkas" soviéticas resultaran atractivas para el hispánico, por los artículos próximos a lo exótico, como el ámbar, como las pieles de los animales propios de la fauna ártica... y su consecuente materialización en abrigo, gorros, prendas invernales de vestir en general... Se comprende, sí. Pero lo que Cuba pudiera vender a España en el capítulo turístico de lo exótico, quedaba mucho más menguado en su elenco. No se olvide que, a estos efectos tropicales y caribeños, la República Dominicana es el suministrador natural de España. Las tiendas cubanas de divisa extranjeras todo lo más ofrecen lo que se

puede encontrar en los establecimientos de Santo Domingo; y de manera más esmerada y con superior grado de sofisticación, en los "stands" del aeropuerto Las Américas. Pues bien: allí, en aquella Intur del Hotel Habana Libre no pude dejar de ver a varias familias españolas cargando mercancía que a buen seguro podrían encontrar en los escaparates de las tiendas de su pueblo, sobre todo si se trataba del pueblo de Madrid.

Aquella mañana la debí de pasar de acá para allá y sobre todas las cosas rebozándome las expectativas con el hecho de que María Isabel me había llamado y me había dejado el mensaje de que me volvería a llamar. Yo estaba como loco. Que esta chiquilla se hubiese "interesado" por mí; que hubiese sostenido su concernimiento respecto de mí, pasado ya más de un día desde nuestra charla..., todo eso resonaba en las dependencias de mi espíritu como la hazaña más recordable, la recompensa más insustituible que mi estancia en Cuba pudiera humanamente representar. Me había llamado a mí; una chiquilla de 17 años me había llamado a mí, hombre de 51 ya bien entrados..., porque lo que mi alma desplazó y señaló en el rato de la conversación nuestra, eso, ella, María Isabel, lo había valorado con el signo más, con su aprecio; le había dejado una estela de afectación, la había afectado, había producido un acopio de química entre nosotros dos..., y me había llamado, por su propia voluntad, a instancias de su sola iniciativa. Sí, que esperase su nueva llamada, o su mensaje en el sentido que fuere, porque me volvería a llamar o a ponerse en contacto conmigo. Mi ego rebosaba de responsabilidad, porque quería quedar bien a toda costa..., aquella chiquilla parecía como caída del cielo por obra y gracia del azar magnífico... En definitiva, tenía que esperar de momento y acicalar mi curso de acción.

En el Hall conozco a un matrimonio argentino, los Mercanti. Me pidieron que les hiciera una foto con su máquina, y a partir de ahí nuestras coincidencias conversacionales ocuparon un buen rato, cordialísimo, distendido. Pensaba yo que estos argentinos, en realidad, constituían la mejor garantía, el mayor crédito de que pudiera disponer un país tan desprestigiado como el suyo. Los argentinos con los que

tuve ocasión de coincidir en Kingston, Ontario (Canadá), todos unos buenos profesionales, excelentemente preparados; aquellos otros con los que me tropecé en Tel-Aviv, en el Hotel Florida, lo mismo; el argentino Horacio, radicado en Granada, España, desde hace ya más de treinta años, exactamente igual: un gran tipo, exquisitamente pertrechado de lo que conforme a los más exigentes baremos pudiera entenderse como bagaje cultural y cívico. Los argentinos suelen ser ciudadanos acicalados en lo que a formación sociológica se refiere, y aquello en lo que muchos están de acuerdo es en no poder dar crédito a la inagotable cantera de sinvergüenzas y ladrones que ha producido la clase política y militar de ese gigante del cono sur americano. Los Mercanti eran un primor. Me hicieron una preciosa foto que recibiría yo estando ya en España, y que me muestra de cuerpo entero, a la entrada del Hotel Habana Libre, cuyo vestíbulo o Hall general ofrecía de por sí un buen panorama humano. Quedarse allí, entrar, salir, mirar caras, sorprender actitudes, sopesar ademanes... Pensé en que también "Asíntota imposible" podría ser el título del ensayo a escribir sobre las bases y la teleología del socialismo de ciertos países: querer y no poder cuadrar el círculo; enseñar al borrico a acostumbrarse a no comer, etc. Me he fijado en que la gente emplea mucho la expresión "más o menos", significando eso, que ni bueno ni malo. Es de uso corrientísimo. "Recapear" es dar una mano de pintura. Algunas locuciones sufren la anglosajonización de tener a los USA a tiro corto de misil. "Timonear", buscar el mejor desarrollo para una gestión. "Caballería", medida de superficie cultivable. Entro en conversación espontánea con un chico y una chica que están allí, en el Hall, esperando a algo o a alguien. El chico se llama Julio Mario y es bailarín del "Cabaret Caribe" del propio Hotel Habana Libre. Le regalo el dinero, unos 10.- \$ USA creo, para comprarse allí mismo unas gafas de sol obtenibles tan sólo con divisa: el hombre se había encaprichado, y al calcular acertadamente que yo permanecería charlando con su compañera de ocasión, porque él se tenía que ir, se atrevió a pedirme directamente que se las comprara; que me quedaría eternamente agradecido. ¡Pues claro que sí, hombre. Para eso estamos

a cinco de enero y esta noche es... noche de Reyes Magos! ¡Pues claro que sí! Si alguna vez visitara Cuba de nuevo creo que sería operativo traerse revistas tipo *Semana* y *Hola* para las camareras de los hoteles; no imagino nada mejor que esa vice-literatura alimentadora de sueños y de chismorrería; y también podría uno traerse cosas pequeñas como botellines/frasquitos de perfumes de marca, detalles y chucherías de *necessaire* para las mujeres, en general; igualmente, camisas femeninas usadas, junto con alguna prenda moderna unisexo que jamás pudiera colisionar con las normas aduaneras. Porque el caso es que Cuba tiene de casi todo: en parte, lo que se pone a la venta en las tiendas de divisa Intur; y el resto del "casi" por lo que supone la cercanía de los USA. En una y otra medida, lo que ocurre es que o bien hay que tener capacidad de justificar \$ USA para comprar las cosas guapas en casa; o bien hay que tener a alguien que en régimen de familiar o de las cualesquiera maneras que la ley haya previsto, le traiga a uno el artículo requerido de los USA. Camisas usadas de mujer, y alguna prenda moderna de mujer, creo que tendrían mucho tiro en La Habana para jugar al trueque.

El resto de ese día cinco me dejó un apunte en mis notas que transcribo literalmente: "Encuentro en la calle a Cari, a la que regalo 5.- \$ USA como gesto de buena voluntad, y a la que torpemente no invité a que me felacionara en algún rincón extraviado de la vecindad". Hasta aquí la literalidad de mi nota. He necesitado transcribir el apunte para que se me quedasen adheridos algunos detalles. Sí, merodeaba yo por los alrededores del Hotel. En países socialistas ávidos de divisas extranjeras, una de las reglas de oro para el turista occidental es no separarse nunca mucho del Hotel, en términos generales y a falta de cala concreta en sitio previamente determinado. Los hoteles son los focos imantados que atraen el interés o la simple curiosidad del nativo que nada tiene que perder por tratar de averiguar si el extranjero le ha traído algo; si le puede suponer un punto de beneficio. Fuera de los lugares donde los turistas pudientes se alojan campea el ambiente ralo de lo consuetudinario; la vida

ralentizada; el panorama indefinido de la falta de horizonte. Y por eso, quién más, quién menos se dirigen atraídos por ese poderoso foco que es el Hotel, como miríadas de insectos impetuosos y alocados se arremolinan en torno de la magia siempre operativa de un fanal luminoso, aun a riesgo de achicharrarse a su contacto. Con las debidas salvedades respecto de los símiles, algo así se producía alrededor del Habana Libre. Siempre atendiendo a la minuciosa nomenclatura de las personas autorizadas o no, total o parcialmente, y según qué circunstancias, al acceso al Hotel, existían aquellas criaturas por libre, de calle, ciudadanas normales que merodeaban por allí. Una de aquellas tantas se me antojó que podía ser Cari. Física y materialmente tropecé con ella. Era alta, aria, tirando a rubia, con síntomas de descuido en su fisonomía que, empero, resaltaba como atractiva, competitiva en lo que atañía al interés de un turista como yo. Charlarnos apresuradamente, porque una chica suelta por la calle, que habla con un extranjero despierta sospechas. Otra vez y siempre la misma pega: subir a mi habitación, imposible de todo punto. Además Cari tenía miedo; miedo de que la vieran... ¿quién?... yo qué sé; todo el mundo y nadie al mismo tiempo; se trataba machaconamente del juego del Gran Hermano invisible pero omnipresente. Tampoco estaba yo en condiciones de esgrimir factores de cautela, paciencia y ponderación. Me marchaba al día siguiente y probablemente considerase satisfactorio el botín ya adquirido. El caso es – como reza mi nota – que hubiera podido negociar con ella alguna trasera del edificio malamente iluminado o completamente a oscuras para que me hubiera felacionado. Pero simplemente, estúpidamente no se me ocurrió... Y al tiempo, en un raptó de quijotismo proverbial, le regalé 5.- \$ USA, cosa que a mí no me empobrecía y que a ella le pareció un mundo y la hizo estremecerse de sorprendida satisfacción. Cari, otra chica más dejada por el camino de la contingencia y de la imposibilidad de engaste de las circunstancias.

¿Cómo me cité esa misma noche, pero ya bien de madrugada, con Zurama, la bailarina a la que había conocido esa misma mañana del día cinco? Pues no de otra persona se trababa sino de la chica que

acompañaba al también bailarín Julio, el de mi regalo de las gafas. Tampoco puedo contar con más detalle que el propio hecho de haberlo dejado consignado en mis notas. Recuerdo que fue una cita extemporánea, fuera del Hotel; que nos sentamos en un banco de una... como plazuela pequeña. Zurama me contó muchas cosas, me golpeó la evidencia de que había visto en mí, acaso, un posible salvador, un redentor, un "recuperador" que, con algo de suerte, podría succionarla del paraíso castrista y llevarla lejos de allí. Me contó truculencias de su trabajo, también como bailarina, pero de la empresa "Tropicana"; de sus intentos de escapar de Cuba, y de sus consiguientes fracasos. Seguro, seguro estoy de que vio en mí al hombre maduro al que podría trasladar la carga necesaria de interés, de reacción ante la injusticia de un régimen para con ella..., y que en consecuencia quizás yo me decidiera por hacer algo más que escucharla. De momento, me urgía a que regresara a Cuba cuanto antes; que ella estaría en disposición de plantearme un panorama de contraprestaciones suficientemente atractivo para que yo, probablemente, vadeara mi neutralidad y me decidiese a volcarme en su causa. Zurama era finita, lisita, con dos leves bultitos por pechos. En un momento dado me acerqué, inclinándome a ella, y la besé. Supe que "se dejaba"; que era ambiciosa, peligrosa, sibilina y calculadora, sin descartar que bajo otro estado de cosas pudiera ser una buena chica. Estaba segura de haber captado alguna de mis características más insustituibles, como por ejemplo, la fortuna de no haber conocido hasta entonces ninguna instancia de soborno lo bastante tentadora como para desviar, falsificándolo, el curso de mi criterio. Se entabló entre nosotros la pequeña porfía de, por su parte, pretender arrancarme una promesa de que volvería a Cuba a encontrarme con ella; y por la mía, la de no encontrar justificación alguna, o mejor dicho foco estimulante, para empujarme a prometer algo que intuía que jamás habría de producirse. Con todo, una mujer interesante. Ni siquiera me encontré con el paisaje ambientado como para proponerla un cuerpo a cuerpo íntimo... Nos tendríamos que haber ido a la playa... o a algún otro rincón sórdido. Mi sentido de la proporción me propició dejar las

cosas como estaban. En cualquier caso el tiempo no iba a detenerse, y tanto ella como yo seguiríamos siendo. Era mejor poner un punto, seguido o final, en función de lo que nos deparase la mágica rutina de vivir. Insisto: una mujer interesante.

El amanecer del día seis, día de mi partida, se me aparece lleno de expectativas contradictorias, figura mental consistente en albergar esperanzas de lo pasado y recuerdos de lo por venir. Como si cuanto más menguado se me iba presentando el tiempo disponible, mayor aglomeración de menesteres y diseños quisiera yo encargar a mi conciencia. Pero el primer chasquido emocional que guardaba en reserva, latente, fue el telefonazo de llamada anunciado por María Isabel. En vista de lo perentorio de la oportunidad, quiero decir, del hecho de que yo me marchaba esa misma tarde más bien a temprana hora, quedo con María Isabel en acercarme "a su casa" ahora mismo; que me espere, que me las apañaré como mejor pueda. Su dirección, que ya me dejara escrita el día de conocernos, tiene un trago. Consigo detectarla en el mapa. Está bastante alejada del Hotel, en el Municipio de Santos Suárez, en la parte sur de La Habana. Se trata de la calle Luis Estévez, entre las Concejal Veiga y Alcalde O'Farril. Partiendo del Hotel, los desplazamientos no revestían ninguna problemática; simplemente servirse de un taxi. Así que eso fue lo que hice. La Habana presentaba los mismos signos de siempre. Hoy era miércoles, pero por eso de la fiesta, el ajetreo laboral se había reducido aún más si cabe. Algún coche destartalado; los ciclistas indolentes, yendo a cualquier parte, con todo el tiempo del mundo a su favor. Llegamos a la dirección exacta, y el taxista me dejó allí. Recuerdo la situación como espectral: el ambiente estaba pelado. Me cercioré de que el número correspondía al facilitado por María Isabel. Sí, aquello era; un patio ralo y descuidado que daba a la calle, separado por una valla de madera sucia y rota; todo falto de lustre. No se veía a nadie. Albergué la conjetura optimista de que reparara en mí alguien de la casa y me librara del menester de seguir indagando. Pero como digo, aquello estaba muerto, vacante, vaciado de humanidad. Pero yo estaba allí; dentro de unas pocas horas me encontraría volando de regreso a

España, y no era cosa de pudibundeces. En mi cabeza no había lugar para más opción que la de procurar encontrar a la persona con la que había hablado tan sólo hacía un rato; que me había citado "en su casa" ..., y que esa expresión no podía comportar más maniobra que la de mi personación allí; y que a falta de mostración por su parte, yo tenía necesariamente que dar los pasos conducentes a la comprobación del lugar, y de la propia identidad de los detalles. Abrí el cercado del huertecito/patio que flanqueaba la vivienda y llamé a la puerta. Silencio absoluto. Mi alma se esperaba lo peor, cualquier cosa rara, más descorazonadora por la dosis de absurdo que pudiera contener que por cualquier otro componente lesivo que desde mi status de turista no acertaba a imaginarme. Volví a llamar, con algo de desconfianza y mucho de perplejidad; y al continuar sin recibir señales de existencia, opté por retirarme de la vivienda y estacionarme en la esquina de la calle, en un cruce desde el cual podía controlar todo el movimiento de transeúntes con cierta garantía de discreción. Seguro que estaba mirando hacia alguno de los puntos por los que se me antojaba que pudiera... bueno, eso, ver venir a María Isabel, o pasar, o hacerse la aparente. El caso es que no sé de dónde vino, evidentemente desde alguno de los puntos a los que yo en aquellos momentos daba la espalda, o simplemente no controlaba ni escrutaba. Pero María Isabel estaba allí. Cándido de mí – ¿y qué iba a hacer? – le comenté mis actuaciones durante todo aquel rato anterior, a lo cual ella me dedicó un testimonio de franca reprobación. No, no debería haberme acercado a su casa; muchísimo menos llamado a la puerta bajo ningún concepto. Se trataba de que la hubiese esperado por allí, fuera, en la calle, más o menos en el punto donde en ese momento nos encontrábamos. Vivía con su abuela, que no parecía hallarse aquella mañana en el chaletchito; menos mal. Era tan espontáneo y tan normal el pliego de descargo que le presenté por mi comportamiento, que María Isabel pareció consentir en devolver a su actitud la disposición de cordialidad y de curiosidad que mi persona le había trasladado. Pero el concierto enrarecido de realidades no había hecho más que empezar. Como digo, aquel barrio se encontraba desierto; en algún

que otro instante, y más bien a relativa distancia, algún vehículo o algún transeúnte. Excepto por eso, muerto todo, en una calma inactiva, de trópico exasperante. De pronto el semblante de María Isabel recorrió una mueca de desagrado: a una manzana de donde nosotros estábamos, un hombre doblaba la esquina, y me pareció que, después de semi-ocultarse María Isabel, por lo menos no hacerse más la perceptible..., me pareció que habían intercambiado un conato de saludo previo. "Es mi tío", me dijo, sin que en tan menguado tramo de tiempo dejase yo de observar – en un embrollo de evidencia y de voluntarismo negativo – que la cara de dicho fulano expresaba cualquier cosa menos complacencia, beneplácito o aprobación de haberse encontrado con su sobrina. Ya no me quedaba tiempo más que para decirle a María Isabel que..., que mi encuentro con ella había sido lo más esencial que me había ocurrido en Cuba; que me iba esa misma tarde, pero que me gustaría que viniese a España, a pasar una temporada conmigo a mi casa; que yo la invitaría... Puso un gesto como de no entenderme. ¿Cómo? ¿Salir del país? No, no se lo planteaba; de ninguna manera. Fuera de Cuba el mundo no existía, vino aproximadamente a decirme; que no; que ella, que ahora tenía 17 años, jamás había considerado, ni siquiera en un ejercicio puramente hipotético, abandonar por un momento Cuba. Lo cual, dicho así, podría hasta consentir una lectura, a saber: que, por lo menos en este caso, me ahorraría yo trámites y gastos de billetes; y que el hecho de volvernos a encontrar o no, descansaría únicamente en el factor de mi viaje a Cuba tantas veces como lo aconsejara la congruencia de la realidad. Pero todo aquel posible discurso que yo, a manera de ejemplo de laboratorio me estaba endosando, dejó de tener el más mínimo sentido cuando aprecié sin ningún género de dudas que María Isabel era un producto del socialismo castrista químicamente puro; parecía impropio, era impropio y difícil de creer que aquella chica culta, bien parecida, y que tan señalado ejemplo de civismo asequible me había manifestado, encarnase una muestra tan paradigmática de cerebro lavado y laminado por el rodillo de una ideología tan salvajemente restrictiva como la del régimen totalitario de su país,

Cuba. Si por un lado me horrorizaba que alguien como María Isabel incardinase tal sistema de principios, que daba al traste con cualquier anticipación intimista por mi parte, al mismo tiempo me felicitaba, como estudioso a la fuerza, de haberme topado con aquella egregia muestra de antropología; con aquel espécimen patológico de tan acusados quilates. Por María Isabel percibí con esa cruel claridad con que se muestran las cosas irrecuperables, que las enseñanzas del régimen habían moldeado las voliciones y el cerebro de esta chica de forma insuperable. No era cosa de porfiar. Volví a pedirla que me especificara su dirección, con todos los detalles puestos al día. No recuerdo más. Ni siquiera si al despedirnos además de darnos la mano nos rozamos las mejillas, "ósculo interviniente", aunque creo que no.

Me quedé solo y con una vaguísima orientación. Anduve algo hasta situarme en la calle General Lacret, de trazado ancho y recto, y dispuesto a que no se me escapara ningún taxi que pudiera pasar en una u otra dirección. Pero no pasaba ninguno, ni en broma. Los minutos transcurrían y con ellos mi incomodidad se acrecentaba en esa progresión tan poco fiable de la conciencia; es decir, que si por un lado me percataba de que aún contaba con tres horas hasta el momento de salir para el aeropuerto, cada uno de los instantes que se escapaban parecían multiplicar por muchos el efecto sustractor respecto del tiempo restante. La cuenta no era: "Tengo tres horas y cuando haya consumido la improbable barbaridad de quince minutos en encontrarme con un taxi, todavía dispondré de la enormidad más que suficiente de dos horas y tres cuartos". No. No era tal la composición de mi cálculo, sino algo parecido a esto: "Tengo tres horas aún, pero cada uno de los minutos que se deslizan sin que pase un taxi me parecen contar el doble, el triple, el cuádruple... conforme nosotros nos adentramos más en el tiempo". Me desplazaba hacia abajo y hacia arriba de la calle, sin decidirme a emprender camino hacia ningún lado, por miedo a que el factor de mi propia movilidad me privara del control de visión de los posibles vehículos que por allí pudieran pasar. En uno de estos pequeños avances y retrocesos, me encontré a la altura de una casa en cuyo exterior, y en lo que pudiéramos llamar

parcelita de unos cuantos metros de tierra anexa al chalet, se hallaba sentado un hombre. Entablamos conversación inmediatamente. El hombre, amabilísimo, de mediana edad, entre 50 y 60 digamos, vestía la típica camisa blanca de tirantes. Al momento salió su mujer, hija directa de españoles que se habían establecido en Cuba. Les conté lo que me sucedía: que necesitaba un transporte para trasladarme al Hotel, ya que, aunque todavía disponía de más de dos horas, tenía que acabar de recoger mi equipaje y prepararme para que me llevaran al aeropuerto. La señora se ofreció a telefonar a no sé dónde; porque, efectivamente, se trataba de un día de fiesta y los servicios se habían reducido aún más. Creo que llamó al propio Hotel Habana Libre, pidiendo que enviasen un transporte para recogerme y llevarme de nuevo al... Habana Libre. Se pretendía con ello trasladar una dosis de garantía a quien se prestara a dicha carrera, ya que se trataba de regresar al mismo lugar de donde se había salido; de esa manera, todo el mundo satisfecho. Me tranquilizó el hecho de que la señora llamase. Y para hacer tiempo nos pusimos a charlar animadamente. Aquella era una buena, una muy buena gente. El hombre, a mis preguntas, daba la típica impresión de quien tiene asumido de por vida un sistema de cosas. A duras penas, entre sus propias convicciones y el peso elocuente de la realidad, me confesaba que los productos de primera necesidad estaban racionados; que cada familia tenía acceso a tanto de leche..., tanto de carne..., tanto de... pero que las cosas iban mejorando poco a poco. "Sí – decía yo para mis adentros – que te crees tú eso". Con la señora comenzamos a hablar de literatura. Pertenece ella a esa tradición del español culto [tipo familia Diéguez, de mis años 1962-1963 en East Lansing, Michigan, USA] que había leído, y que se había llevado consigo el cuerpo de lecturas a donde la vida le hubiere determinado vivir. Victoria, pues así se llamaba, me recordó que ella de joven, de niña, había leído las *Rimas* de Bécquer, pero que ahora se encontraba algo separada de ese mundo en razón de las circunstancias. Tanto da ahora sancionar como ocioso el hecho de haberla preguntado – que creo que no lo hice – si en las librerías de Cuba no podía adquirirse un ejemplar del poeta sevillano; o

simplemente haber dado por seguro que aquella familia, como la mayoría de las familias bajo el régimen castrista, a duras penas dispondría de remanente de recursos espirituales como para ponerse a leer poesía romántica. Corté por lo sano y dije a doña Victoria que le enviaría un ejemplar de las *Rimas* de G.A. Bécquer por correo desde España, y de la mejor manera.

La charla disfrizó la realidad de que desde el momento en que me separé de María Isabel, tres cuartos de hora se habían evaporado. Cuando comenzaba a procesar químicamente la desazón, más idealizada que real, de que me faltara tiempo..., así como con indolencia dominguera, de paseo, vimos acercarse a un taxi... ¡¡Taxiiiiiiii!!!, gritamos todos. ¿Qué ocurre?, debió de preguntarse el conductor, un chico joven, alarmado por lo que parecía muestra de impaciencia en nuestros gestos. ¿Qué pasa? "Aquí estoy ya, hombre", debió de querer traducir la expresión de mi bienhechor ¿Que si venía del Habana Libre? ¡Qué va! Él pasaba por allí, de pura chiripa. Bueno; basta de explicaciones: el caso es que ya tenía un coche. Les rogué a doña Victoria y a su marido que hiciesen, por favor, lo que les pareciera más oportuno: que volviesen a llamar al Habana Libre para revocar el encargo..., o que..., lo que ellos quisieran; que ellos sabían mejor que nadie. Me dijeron que no me preocupara; que se alegraban de haberme conocido..., y que me fuese todo bien.

Subí al taxi, y como el trayecto, ya dijimos, era algo dilatado, me pareció percibir en mi compañero una disposición a hablar. Sin más preámbulos – y supongo que después de haberse despachado una dosis intuitiva sobre mi personalidad – va y me espeta a bocajarro que... qué me parecía todo aquello, sí, el país, La Habana, Cuba, el régimen, todo junto. Yo, que no soy muy dado a las diplomacias eufemísticas, por eso mismo, cuando la ocasión no se me presenta diáfana, puedo hacer alarde de la esgrima más inmisericorde de retórica anfibológica y vacía de contenido. Y creo que eso fue precisamente lo que comencé a ofrecer a mi amigo por vía de respuesta. A lo cual, éste, como echando el resto, como no resignándose a que yo desmintiera su buen olfato sobre mi

personalidad, aflojó la marcha del coche, me miró fija y sonrientemente entre los ojos y me dijo: "Amigo, esto es una mierda", como para que yo arrojara de una vez por todas las caretas de la pseudo-diplomacia y de las reservas mentales. Se llamaba Alexis Coello, y era un gran tipo, cordial, vividor, abierto y sin tapujos; y sobre todo, contrario al régimen; acérrimo detractor del régimen. A partir de aquella sinceración Alexis me pareció el mejor eslabón con quien conectar en caso de que alguna vez regresara yo a Cuba. Un taxista conocedor de todos los entresijos ¡... eso es lo que yo entiendo como fuente más fiable de información, como mejor palanca de gestión de quien servirse y a quien servir desde la atalaya de turista desinhibido y pudiente. Alexis quería hablar y podía hablar, y en consecuencia habló. Por él supe que el verbo "templar" en cubano es el equivalente al castellano follar. ¡Qué pena no haberle conocido a este hombre nada más poner pie el primer día en el Hotel Habana Libre! La pequeña fatalidad, real o figurada, que suele acompañar a los viajes se cebaba también ahora conmigo, a saber: que en el momento de marcharme parecía como si la mejor combinación de recursos y perspectivas se me ofrecieran solícitas. Una verdadera lástima. Este Alexis es una joya, el más firme eslabón con el que conectar en Cuba para cualquier curso de acción, sin miedo a delación alguna, sin miedo al fraude en lo tocante a la autenticidad de los registros emocionales. ¡Una verdadera lástima que los contactos y encajes que logré en los dos días últimos de estancia en La Habana no pudieran desplegar su desarrollo de resultados "en caliente"! Pero todo no se puede ganar, y en la contención y no en la desmesura, en la limitación de lo concreto y hacedero es donde entiendo yo que únicamente puede brotar alguna instancia de valor. Me despedí de Alexis. Me quedaba una hora justa para presentarme en el Hall de salida, con el fin de tomar el autobús hacia el aeropuerto. Pasé a la tienda Intur de los bajos del Hotel para decir adiós a una de las dependientas y de paso regalarla un cartón de tabaco previamente comprado a ella misma con divisa USA. Subo a mi habitación y telefono a Zinaida. Me llama "mi vida" y me dedica alguna coletilla

afectiva hispánica que ha aprendido. Me reitero en que tendrá noticias mías desde España...

Nos separamos del Hotel, ya camino del aeropuerto. La salida está programada para las cuatro y veinte de la tarde. La mole del DC 10 de Iberia percibo que me transmite una saludable cuota de garantía. Es inevitable. Las oficinas psico-somáticas de la condición humana procesan ese tipo de reacciones tan naturales, tan espontáneas. Se confía en que una máquina se encargue de devolverle a uno a un mundo acorde con el juego de referencias y de valores en que se ha hecho trabajar a su responsabilidad; un mundo en el que las expectativas de desarrollo de un programa vital presente mejor adecuación del sistema de medios y de fines, siempre refiriéndome a España como término superior de la ecuación comparativa. Lo que quiero decir es que, sin proponérmelo, sin haberlo interiorizado me brotaba una emanación de complacida seguridad al saber que la tecnología USA de una aeronave DC-10, pilotada por españoles, me iba a trasladar a casa; que podría haber sido un avión soviético con tripulación cubana, sí; pero que era la línea de bandera española Iberia la encargada de poner punto final a mi excursión a Nicaragua y a Cuba. En efecto, la mole del DC-10, técnicamente territorio español en cuanto que lo abordáramos, me prestaba garantía... de algo que no acertaba a precisar pero que me transvasaba los resultados en forma de encontrarme superior, mejor pertrechado de recursos que la gran mayoría de aquella gente de la que me habría de separar pasado un rato...

Pero en el procedimiento de facturación de equipajes, provisión de la tarjeta de embarque y asignación de asientos..., parece haber lío. Se produce un atasco típico, cuyo motivo normalmente, cuando se trata de españoles, es difícil de dilucidar. Hay lío, avances en la formación de grupúsculos y formación de colas como consecuencia del estiramiento de focos apelmazados de viajeros. Por fin se produce un conato de ordenación: los unos, por aquí; los que llevan tal y cual... y los que viajen con tal y cual..., por allí. Los que... ¡ah, menos mal!, los que viajásemos en "preferente", que

siguiésemos la fila acordonada de este lado. Ya sabemos lo que ocurre. Se trata del consabido problema de "overbooking" en clase turista, que en esta ocasión se va a resolver sin dejar a nadie en tierra, sino acomodando en clase superior a los pasajeros que vayan llegando, con arreglo al plan establecido de rutina por las compañías aéreas, Mi caso es de los menos escandalosos porque implica tan sólo que de clase "Preferente" me pasan a Primera Clase. Es de sobra conocido que la razón de que las aeronaves dispongan de secciones de Primera Clase es, más que nada, de tipo protocolario, formal. A la mayoría de las aerolíneas les parece mejor llenar a tope los aviones con pasajeros de clase turista, que no reservar el número preceptivo de asientos de Gran Clase, que en vuelos proverbiales entre destinos tipificados – y el de Madrid-La Habana es uno de ellos – suelen quedarse vacíos. Nuestro vuelo de regreso a Madrid aquel seis de enero se conformaba a la regla general: todo el pasaje turístico, vendido con holgado "overbooking"; algunos, como yo, de Preferente; y nadie, absolutamente nadie de Primera Clase. ¿Qué hacer? Ante los casos de "overbooking" las empresas aéreas suelen sufragar los gastos de estancia del pasajero en el punto de salida, hasta proporcionarle otro vuelo. En nuestro supuesto, y creo que muy congruentemente, Iberia debió de hacer cálculos y llegó a la pronta conclusión de que les era menos gravoso en todos los aspectos llenar el avión, no dejar a nadie en tierra, aun a costa de ascender de categoría de pasaje a unos cuantos viajeros; que no, dejarlos en La Habana, con el consiguiente incordio desde todos los puntos de vista. Así que, el primero que se vio ascendido a viajar en Primera Clase, y con todo merecimiento, por cierto, por ser portador de billete preferente, fui yo.

Hecho todo el reparto de los pasajeros en el cuerpo del avión, despegamos, con media hora de retraso, ya sobre las cinco de la tarde, diez de la noche hora española. Oscureció rápidamente, y la tripulación comenzó el ritual de servir la cena. Una de las mejores de mi vida. Cuando me llegó el turno, la azafata, una chica sazónada y amabilísima, se enteró por mí, porque yo se lo dije, y era la verdad, que no había comido nada desde el desayuno [Claro, los soliviantos de

toda la mañana: María Isabel; el taxi que no llegaba... y el consiguiente traslado al aeropuerto, sin darme tiempo a nada más]... La mujer se esmeró: "¡Huuuuiii, pobrecito, tanto tiempo sin comer nada!", me dijo solícita. Y me sirvió un trozo de carne sabrosa y pasada, simultaneado con un cuadrado de langosta, y el riego de los vinos espumosos y secos que mejor me parecieran de entre el repertorio abundante de que disponían; además de encarecerme que no me privara de repetir lo que quisiera y en la cantidad que mejor se aviniese con las disponibilidades de mi ánimo y de mi estómago. Un verdadero primor, como digo.

La nota cómica vino del lado de los imponderables que están ahí, que por ningún nombre atienden, y de los que nadie puede llamarse agente responsable, pero que, una vez producidos, a todos nos corresponde encajar. El bueno de Javier Rioyo me había detectado con anterioridad y había sabido de mi acomodo en Gran Clase. Consecuentemente, y mientras me servían la cena – ahí radica el detalle decisivo – se me había acercado accediendo desde el fondo del avión, donde él se hallaba, a través de la cabina de Preferente, abriéndose paso mediante el desenganche de los cordones de fijación de las cortinas que señalan la división de los compartimientos. ¡Para qué quisimos más! El azafato o miembro de la tripulación al cuidado conjunto del servicio de la cena se enfadó con cortesía, pero con evidente rigidez, alegando que si le interrumpían... "él no podía dar el servicio". Javier, como traducción de un gesto en el que yo, a todo esto, riéndome por el incidente, leía algo parecido a..."¿Será posible?... ¿Habrás visto?... ¡y que alguien como tú estés en un lugar como este!" y mensajes equiparables, le espetó "merdellón", a lo que el dicho empleado de cabina no le dijo nada, sólo mirarle, mientras que Javier se retiraba y yo continuaba riéndome de lo pintorescas que pueden devenir ciertas situaciones. Sí le dio tiempo a Javier a decirme que viajaba en la parte de detrás con Celia; y que "Sandokán" y su novia Beatriz, "la Pécker", iban todo el tiempo amartelados, embebidos por entero el uno en la otra y viceversa, al parecer con gran cantidad de viceversa. Grandezas y servidumbres de la condición

humana: prácticamente siempre la misma historia.

La cosecha de consecuencias de aquel viaje comenzó a producirse a poco de regresar yo a España. Con don José Jirón llevo sosteniendo un intercambio intenso de papeles y de libros que, todo lo más, ralentiza durante ciertos periodos su flujo, pero que al día de la fecha en que esto escribo – diciembre 2003; es decir, diez y seis años después de habernos encontrado en Managua – mantiene su vigencia con renovada frescura. Este hombre, que tiene necesariamente que frisar ya por los 85 años – es una mina de actividad y de proyecciones programáticas, todas girando en torno a la literatura y al trasiego de información libresca, predominantemente respecto del gran tema rubeniano. En algún momento del primer trimestre de 1988, y por los oficios de Vicenta Bermúdez, me llegaron las fotos tomadas en la casa de Rubén en Ciudad Darío. Un gran detalle para mi colección visual de vivencias. El rotativo *Ideal* de Granada (España) me saca mi artículo "Nicaragua, Rubén Darío y *Azul...*" el 23 de septiembre 1988; y también *El Periódico del Guadalete*, de Jerez, el 3 de diciembre; mientras que nuestra Facultad de Filosofía y Letras de Granada, en su "Congreso Internacional sobre Rubén Darío y el Modernismo: Cien Años de *Azul...* 1888/1988", me invita con mi trabajo "Rubén Darío y *Azul...* Notas líricas a Nicaragua" a ser uno de los tres expositores de las sendas conferencias troncales, celebradas asimismo en diciembre. Por sandeces de gastos de calderilla y de protagonismo de gestión para este caso que nos ocupa, la típica "malafollá" granaína de no lograr sacar las Actas del Congreso en un volumen, como es costumbre preceptiva, lo arreglé más que con creces por el hecho de que los buenos y entusiasmados oficios de don José Jirón dieron como resultado ver publicada mi conferencia en *Nuevo Amanecer cultural de Managua*. Año IX, no. 456, sábado 8 de abril 1989, pgs. 2-3. Se trataba en efecto de un a modo de suplemento cultural con formato de gran despliegue, auspiciado y dirigido, entre otros, por la salvaguarda prestigiosa de José Coronel Urtecho. Un éxito en toda regla. ¡Y que siguieran los belitres de nuestra Facultad de Filosofía y Letras tirándose la pelota sobre que si las Actas no se podían sacar porque el

disco duro... se había ablandado! Bendito don José Jirón que providencialmente desempeñó el cometido de, a través de mi ejemplo, poner en ridículo a los "malafollás" de turno organizadores y responsables del Congreso sobre Rubén! Con otro artículo, "Pulso de Nicaragua" tuve peor fortuna, ya que no conseguí que me lo publicara *El País*, a donde lo mandé. Por supuesto que tocaba puntos de calado sociológico, muy fuera del ámbito literario puro. Me había parecido oportuno expresar mi valoración de la sociedad nicaragüense bajo el "proyecto de vida en común" que la pauta sandinista había orquestado. Acaso no contuviese méritos intrínsecos; acaso no quisiera nadie alimentar fuego alguno con ningún tipo de leña dialéctica. Es el caso que mi "Pulso de Nicaragua" – por supuesto, de fácil colocación en algún medio local, digamos, de Alcalá de Henares, Granada, etc., por citar tan sólo los entornos más obvios de mis residencias – reposa entre mis papeles formando ahora parte de un volumen de *Prosas cosmopolitas* que, bueno – ¿cómo prescindir de la esperanza? – espera, eso, espera aparecer algún día como libro. De momento está ahí, y cuenta como algo, como una cosa más que mi visita a Nicaragua me propiciara.

Rosita Quintana me escribió dos cartas, muy sentidas, muy como percatándose de que había sido una pena el hecho de haberme encontrado en La Habana desempeñando ella una actividad permisiva, a medio camino entre la independencia total de actuación según criterio propio, y el mercenarismo. Se sabía una buena chica, una chica de familia modesta pero instruida como para agenciarse un desarrollo social desprovisto de nostalgias consumistas desproporcionadas. Pero dadas las circunstancias, cualquier cosa que pudiera suministrarle algo del paraíso del "usa (USA) y tira" se convertía en materia de trueque; y al llevar el negocio encima, el disfrute que su piel consentía, pues eso. Me dice que les habló de mí a su padre y a su madre y que les hubiera gustado conocerme. Sus cartas están llenas de instancias desiderativas cándidas: me encarece que vuelva a Cuba: "Te quiere una amiga de siempre"... "Un abrazo fuerte de tu amiga que no te olvida"... , y cosas así, además de la consabida

petición de foto, pormenorizan caracterizadamente los acentos epistolares de Rosita.

La carta de Zinaida fue enternecedora. Me la redacta en español (alfabeto latino) y en ruso (alfabeto cirílico): "En la verda [verdad] te voy desir que este día cuando resibir tu carta piense en ti Escribe me todo, espero tus cartas. Besos mucho. Con respeto. Tu amiga". Preciosa y madraza mujer. Y además, por si necesitara recomendación para mejora de sus credenciales, respetuosa, sabedora del juego de valores que priman en cualquier sociedad; y por eso, y aunque en mi caso el tema devenía ocioso, va y me trata como a alguien que disfruta de un status más desembarazado, más proteico, más y mejor pertrechado de recursos que el de ella. Y de ahí que, sin desprenderse de ni una sola de las vibraciones de feminidad maternal, refiriéndose a mí al despedirse, dirigiéndose a mí, emplee la expresión "Con respeto". Impagable regalo epistolar del que mi alma difícilmente pueda prescindir.

La bailarinita Zurama Vázquez, aquella con quien sostuve de madrugada tan iniciática conversación, y que a tan perentorias – más, inminentes – indicios de intimidad nos condujo, me mandó una carta fechada en septiembre 1988. Con mucho, es la más culta en comparación con Zinaida y con Rosita. Zurama escribe bien, con soltura de gramática y de curso de pensamiento. Y aun así, el escribir como se habla arroja algún inevitable desliz: ¿"Cuándo vuelves hacerme una visita"? Se ha comido la *a* volitivo/direccional del infinitivo. Se despide con "un beso y un abrazo, Tu [mi] Zurama".

Por eso de la cortesía de la comunicación epistolar, no es de descartar que fuese yo el último en escribir siempre a mis amigas; aunque si tal hubiera sido el caso, el dato definitivamente decisivo de no descubrir en el amplio espectro de mis intenciones la de volver a Cuba, y hacérselo colegir a ellas, supongo que sería más que suficiente para que considerasen nuestra relación liquidada. Hay cosas que no dan más de sí; y pretender extenderlas, ulteriorizarlas, lo único que genera es un sonambulismo dentro del más inservible de los vacíos.

A la familia de doña Victoria, y a su propio nombre, Victoria Millares, sí que les envié un ejemplar de las *Rimas* de G.A. Bécquer por correo certificado, con toda diligencia, nada más poner el pie en España, el 9 de enero de 1988 (i.e. inmediatamente antes de regresar a Granada a comenzar el trimestre académico). Conservo como un pequeño dato fetichista el recibo/resguardo de dicho envío certificado. Ni un soplo de noticia o signo de existencia he recibido de ellos.

He mencionado de pasada, y según iban encajando los aconteceres sincrónicos, mi trabajo "Granadinismo en el Caribe", en el que de forma combinada hablo de la búsqueda de ciertos libros de José A. Buesa, tanto en Cuba como en la República Dominicana. Después de mil amagos y retrocesos en Granada, a expensas de algunos elementos supuestamente ambientados en los círculos del periodismo y de los medios de comunicación revisteril y afines, desisto de contar con ellos. Se trataba del mismo nudo gordiano de "malafollá", de mareantes de la perdiz y que en este caso al que aludo, nada me debían; así que, con haber dicho que no podían publicar mi artículo, todo hubiera quedado como estaba y... tan amigos. Pero no; esta gente es de la que se siente comprometida gratuitamente con un tipo de actuaciones sinuosas, gaseosas, que no comportan más que descrédito, fastidio y pérdida de humor. Me dieron la lata con la expectativa inminente de publicarme el trabajo – ya sabemos: pedírmelo por cuarta vez después de habérselo hecho llegar por tercera –, y con ese clima aún de supuesto favor que me van a prestar, y del que se espera que una y otra vez acuse recibo por medio de todo el despliegue de diligencia posible, de forma que la iniciativa de los citados lechuguinos en cuestión de Granada no pueda encontrar deterioro ni menoscabo en su curso... En un momento de ese clima, digo, mi buen amigo el almeriense Emilio Barón me dice que lo mande a..., que él se ha encargado de hablar por mí. A las dos semanas mi artículo "Granadinismo en el Caribe" apareció en el Suplemento Cultural "La Mirada" de *El Correo de Andalucía*, de fecha 24 de mayo de 1994, con una tirada y unas expectativas reales

de lectura cien veces mayores que los adefesios de revistuchas donde los papanatas 'granaínos' tan solícitamente me habían ofrecido sacarlo. Y de nuevo, hasta aquí hemos llegado.

**Enfermeras y personal sanitario, en general,  
del Hospital de Santa Teresa en Petrópolis  
(RJ, Brasil); Joanna: diciembre 1988-  
enero 1989**

Me decidí. De una vez y por todas. Me decidí a que me extirparan mi *nevus* piloso hipercrómico, o concentración de melanina, o epitelioma, o simplemente y para entendernos, peca o lunar con relieve en el ápice de mi nariz; un pequeño antojo con el que mi persona había sido alumbrada a la vida. Con el tiempo, lo que era una sombra terrosa en forma de redondelito había aumentado su prominencia, sin sobrepasar nunca el para otros efectos descartable grosor de un milímetro y medio sobre lo que pudiéramos considerar nivel de superficie normal de la piel de mis nares. Mi fase de preparación anímica había alcanzado el máximo de revoluciones; había alcanzado ese punto a partir del cual, de no detenerse y hacer frente a lo que en cada caso constituye el reto, hubiera significado el desistimiento, el arrugamiento del espíritu y el abandono de la empresa propuesta. Sí, el viaje anterior, tan cercano en el tiempo, a Río de Janeiro, el de agosto de ese mismo año 1988, había puesto a punto los resortes de mi decisión. Me había vuelto a encontrar con Sonia, la cirujana, la que ya en 1984, fecha de nuestra primer coincidencia, me había animado a arreglarme el "look" en razón, insistía ella, de que mi cara y mi gesto natural comportaban cierta gracia globalizada, repartida, administrada operativamente entre todos los rasgos fisiognómicos, y no estaba bien – seguía insistiendo ella – que el accidente de mi nariz monopolizara, por así decirlo, y a guisa de foco de atracción, la percepción del agrado de mis restantes características, acarreando por consiguiente una minusvaloración del conjunto de mi persona ¡Pues qué bien! Está claro que ninguna de estas razones, por sí sola, ostentaba suficiente entidad como para servir de motor de arranque definitivo; pero no es menos cierto, que cualquiera de ellas resultaba esencial al bloque, imprescindible para su realización.

A veces, cuando el pensamiento se permite un descanso de faenar en cuestiones más penitenciales con las que le hayamos trabado, se pone a recrearse en temas de opinión, o de valoración diletante, sin más propósito que ése, el que he dicho, el de darse una tregua, apartarse por un rato de disquisiciones más trabajosas. Y entonces nos preguntamos: ¿A qué lugar de nuestra residencia en la tierra otorgaríamos el grado mayor de complacencia, mirando desde nuestra experiencia de haber estado allí, bien como fijos durante un tiempo, bien como pasajeros de ocasión, o como turistas? ¿Qué o cuál descubrimiento humano nos parece más significativo? ¿Cuál o qué falacia consideraríamos como más abultada en la historia del mundo, etc., etc.? En el discurrir de mi vida, es decir, entre todas las cosas que he hecho y que me han sucedido, a veces encuentro motivo de ejercicio "light" el pensar en cuáles han sido las grandes decisiones que han sobresalido por encima del nivel habitual de mi existencia. Y nunca rescato más de tres, acaso dos: una, respecto del trabajo, cuando quemé todas las naves, o me lancé sin paracaídas de un avión en pleno vuelo: a eso comparo mi regreso de Canada en 1971 cuando allí disponía de un empleo... bueno, digamos que razonablemente asumible, vitalicio, etc. Pero no se trataba tanto del grado de incertidumbre que me acaecería al tener que arrancar de cero otra vez en España, como de la absoluta claridad con la que percibí que mi "aventura" americana había terminado; que había terminado para siempre, tan para siempre que para lección de los arúspices de vía estrecha, a las alturas de hoy, de este momento en que escribo, pasados casi 34 años de mi despedida de aquella etapa, ni he vuelto a poner pie ni creo que lo haga en tierras anglosajonas de la América del Norte.

Tal vez la segunda gran decisión de mi vida la haya protagonizado en mi trato con la mujer, en general; y en particular con algún caso concretísimo, en el sentido de cortar definitivamente y sin más trámite, del todo y sin posibilidades de sutura, en razón más o menos del mismo principio, a saber: que no se trata tanto del interrogante, siempre proceloso, que una nueva compañía pueda

significar, cuanto que aquella con la que se rompe es inasumible. El peligro de la llegada a un nuevo puerto pierde toda su virtualidad en razón del deseo irrevocable de salir de aquél en donde nos están hundiendo el galeón de la vida. ¿Fue la de extirparme mi nevus una gran decisión por mi parte? Creo que sí; porque, dadas las características de mi personalidad, las circunstancias desteñían unas implicaciones de cierta consideración. Mi terror a las cuestiones clínicas era notorio. Una simple extracción de sangre mediante el preceptivo pinchazo en la vena me traba todo mi sistema neurovegetativo/cosmo-biótico, y se traduce en una lipotimia o pérdida de la conciencia, situación de la que uno tarda en recuperarse. Y no hay motivo de extrañeza. Unos nos mareamos cuando nos sacan sangre, y otros se ponen a morir debido a la polinización de la primavera; unos se preocupan de los efectos perniciosos de conducir ebrio un automóvil a 150 kms. por hora, y otros dicen no poder conciliar el sueño por pensar en lo que será del planeta Tierra dentro de un par de billones de años. Y que cada cual se despache el repertorio de ejemplos que guste. A mí la cosas de la práctica médica me inhiben, yugulan los cursos de mis funciones orgánicas, estrangulan la normalidad de mis ritmos vitales; en suma, me acarrearán una verdadera patología de prevención y amilanamiento intimidatorio. Y con todo, decidí hacer un *check up* a mi voluntad; convocar a sus enemigos; retarlos a duelo... y empeñarme en derrotarlos. Me comuniqué con Sonia por teléfono y trazamos el plan, que no podía ser más lineal: me recogería en el aeropuerto de Río y me llevaría con ella. En la madrugada del 21 de diciembre de 1988, en vuelo de Iberia, despegué de Barajas, a donde, por cierto, me transportaron mis dos sobrinos varones, deseándome un buen "escabechamiento" de mi nariz. La vuelta estaba fijada, en principio y con reserva de vuelo, para la noche del 1 de enero, ya de 1989.

Llegar a Río y ponerme bajo la tutela de Sonia fue lo mejor que pudo ocurrirme. Como paciente que era, al menos estaba exonerado de la desazón de decidir en lo tocante a mi intervención quirúrgica, ya que había alguien que lo hacía por mí y precisamente

quien mejor podía hacerlo. Río en pleno verano suyo se aparecía bullidor, con demasiado ambiente para mi gusto. Todas mis anteriores visitas – y la que como irrevocablemente final efectuaría un año y medio más tarde – las había llevado a cabo o bien en otoño o en invierno (primavera y verano nuestros, respectivamente). Pero del verano carioca no había tenido hasta entonces ni la menor experiencia, y la que tendría con motivo de este viaje terapéutico mío iba a ser tangencial, somerísima. Si estoy aplicando correctamente el reajuste de reloj debí de llegar a eso de las seis y media de la mañana a El Galeão, hora todavía asumible dentro de la vaharada estival del trópico. Sonia, como digo, estaba allí, y me puse en sus manos. Habíamos acordado una pauta de gestión claramente operativa y directa, consistente en que yo canalizaría a través de ella y en ella todos los gastos de la operación, los principales y los accesorios, tanto de servicios médicos como de alojamiento en el Hospital de que se tratara, quedando únicamente a mi cargo aquello cuya inmediatez personal desaconsejara cualquier sinuosidad de procedimiento.

Petrópolis dista unos 70 kilómetros de Río, acaso algunos menos desde la Ilha do Governador donde se asienta el aeropuerto, y desde el cual, y sin entrar para nada en ningún alledaño más de la gran urbe, se circula por la Rodovía Presidente Dufra hasta su intersección con la Washington Luis, que conduce a Petrópolis, al pie de la Sierra de los Órganos con elevaciones máximas de 840 metros. La ciudad en sí se sitúa a una altitud media de unos 600 metros, algo parecido a la meseta castellana. Ocioso traer a la memoria el juego que dichas características geográficas habían dado a las circunstancias políticas pretéritas, en lo relativo a la capitalidad y a la residencia de los respectivos emperadores y dignatarios. Precisar tan sólo que dicha parte de las "afueras" de Río se consideraban como la zona noble en la que vacacionaban todos aquellos que podían, o que desde siempre habían preferido el temple climático moderado de la montaña al más extremoso y húmedo de la línea de mar. Petrópolis era a Río como lo mejor y más propicio de la Sierra de Guadarrama entendemos que es a Madrid. Sonia, en realidad, vivía en una finquita en una localidad

pedánea, Araras, que además me serviría como lugar de convalecencia y seguimiento de la operación. Bien. Las fechas estaban calculadas y desde ese mismo día 21 de diciembre nos pusimos a funcionar. Se había programado la intervención para el día 23, de modo que en aquellos dos días intermedios se llevasen a cabo las actuaciones preparatorias preceptivas. La primera de todas, un sitio donde alojarme ese par de jornadas antes de ingresar en quirófano; y el lugar elegido por Sonia fue..., curioso, el Hotel Casablanca, un establecimiento de dos estrellas, simpático, espacioso y, por supuesto, más que suficiente para nuestro propósito. Menester inicial: sacarme unas fotos, de frente, de ambos perfiles, y con la cabeza ligeramente levantada, de forma que el *nevus* resaltara dentro del resto de la conformación de mi fisonomía. Conservo las cuatro fotos en blanco y negro tomadas en los estudios Foto Lanfim, de la rúa do Imperador de Petrópolis. Ante la realidad 'normal' de mi nariz ahora, alarma apreciar la agresión al paisaje de mi faz que protagonizaba el dichoso epiteloma. Bueno. Una cosa hecha ya, la primera. A continuación me traslado a la clínica del Dr. Armando Ruiz Filho para que se me efectúe un electrocardiograma. Efectuado. Del informe que obra en mi poder destaco tan sólo el término "normal". Bueno también. Segunda cosa hecha. Ahora falta el último pequeño trámite médico antes de considerarme apto para adentrarme en el quirófano: unos análisis de sangre tan completos o tan específicos como la particularidad de mi operación lo pauten. Y ahí sí que tuve que ser tajante y definitivo. Sonia ya conocía, por mi conducto, de mi indisposición manifiesta a dicha actuación. No había problema. El técnico sanitario se avino amablemente a acercarse por el Hotel Casablanca y hacerme la extracción, sin que yo me levantara de la cama, en ayunas como es preceptivo y por la mañana temprano del día 22. El laboratorio del Dr. Homero Soares Ramos fue el encargado de diligenciar este trámite clínico, el último previo al O.K. para mi intervención. Recuerdo con total precisión el régimen de miramientos que se tomó conmigo el ATS encargado de hacerme la extracción. Había dejado yo la puerta de mi habitación abierta, quiero decir sin la llave o pestillo echado, de

forma que cuando el hombre llegó no tuvo más que acomodarse como mejor pudo a uno de los lados de la cama y llevar a cabo su ministerio. Desempeñó muy bien su cometido de hacerse cargo de que personas como yo éramos fatalmente vulnerables a ciertas prácticas. Amabilísimo aquel ATS, maduro, cachazudo, muy paciente y comprensivo. La mañana del 23 estaban todos los análisis verificados y valorados y quedamos en que ingresaría en quirófano a primera hora de la tarde. Lugar: el Hospital de Santa Teresa. Sonia me había advertido de antemano – y yo ya me había pertrechado de entereza de ánimo para afrontarlo – del hecho de que en circunstancias habituales, una intervención como la que se disponía a practicar me hubiera requerido un tipo de anestesia local. Pero que conociendo la patológica aprehensión que concurría en mí respecto de esas cuestiones, optó por sedarme en régimen general, advirtiéndome también que aprovecharía para sajar me los párpados y extraerme la grasa que allí se acumula. Para un lego en la materia, y yo lo era, no se le alcanzaba la cantidad de... lo que fuera que pudiese alojarse entre unos espacios tan particularmente menguados como las láminas de los párpados. Pero tal era una de las actuaciones de la cirugía plástica, y no era cuestión de poner en tela de juicio el criterio de *la*, en este caso, especialista. Porque dicho sea de paso, Sonia Varella se preciaba de conocer personalmente al divo de estos menesteres, Ivo Pitanguy, y de haber trabajado y aprendido con él a pie de mesa de operación. Y ya que hablamos de mesa de operación, debo decir que mi equipo médico estaba compuesto por Sonia; una cirujana auxiliar, de nombre Valeria; y un médico anestesista, los tres para mí. Y me constaba que los tres estaban impuestos en el arte de la amabilidad porque sabedores del alto grado de zozobra que yo experimentaba en trances no ya parecidos sino mucho menores, creo que extremaron sus ademanes apaciguadores, conciliadores de cualquier asomo de indisposición; de cualquier atisbo de inconformidad. El momento verídico, "the time of the truth" había llegado...

Se dice de cualquier operación pequeña: "Es una pequeña operación sin importancia". Pero se olvida que modificar el orden si

no impuesto al menos propuesto por la primera de las leyes, i.e, la natural, no es menguada transgresión; y que para reponerlo en su sitio propio la misma naturaleza se cobra lo suyo. A Valeria, la ayudante de Sonia, la había visto vestida de calle ese mismo día; en el quirófano tuvo que removerse la mascarilla de tela para confirmarme que se trataba de ella y no de otra persona. Me dedicó una sonrisa continuada de confianza solidaria. Mientras que el anestesista me introducía en una de las venas de mi mano derecha una aguja finísima o catéter conectado al gota-a-gota de la anestesia, y mientras Sonia me dedicaba no ya una sonrisa sino toda una cuota de regocijo, un ademán como de... "¿Lo ves, tontito, lo fácil que va a ser esto?"..., yo no puedo precisar si se me pasó por la conciencia calcular el tiempo que permanecería consciente para percatarme de todo lo que constituía la vida a mi alrededor...

Dos horas más tarde desperté a la vida en una habitación del hospital. La remoción de mi lunar, nevus, epiteloma, concentración de melanina, etc., etc., y una limpieza de grasa de los párpados había supuesto una hora y media justa de cirugía. Si la muerte es así de plácida y de independiente respecto de la conciencia del afectado, que me apunten – me dije. Nada tan turbador ni tan demoleedoramente inútil como tratar de interiorizar la carencia de conciencia. Es un viaje del que, si nos vamos del todo, no nos podemos traer recuerdo alguno. Y si recordásemos algo es señal de que nunca nos hemos ido del todo. Y lo que yo precisamente recordaba ahora, en el momento de mi despertar de la anestesia, en aquella habitación del Hospital de Santa Teresa de Petrópolis, estado de Río de Janeiro, de Brasil, aquel 23 de diciembre de 1988..., lo que yo precisamente recordaba..., es que no me acordaba de nada. En cualquier caso, el negocio parecía estar contenido en esta consideración: si se regresa a la vida, no hay recuerdo; y si no se regresa, nos llevamos el recuerdo con nosotros; nos lo llevamos todo. La anestesia general es una de las mayores cabronadas. Se queda uno sin fuerzas, como un fardo, sin que le respondan ninguno de los músculos motrices, generadores de fuerza, de tracto, de motilidad. La noche que siguió a mi operación fue

terrible, y no por las molestias perfectamente asumibles de sentir los párpados apergaminados y atirantados, o de percibir una pesantez de atontamiento en la nariz y en la cara, en general, no; sino por la imposibilidad de mear más de unas cuantas gotas en el mejor caso, sintiendo las ganas consiguientes y los pinchazos agudos en la parte del organismo encargado de dicha función. Seguía con un gota-a-gota inyectado, ahora de suero, digamos, normal; y además me habían vendado los ojos como medida mínima previsoramente, con unas bolsas de hielo por encima; y al no tener conciencia de las localizaciones, volúmenes y distancias, la cosa era trágica: gritaba y de inmediato venía alguna enfermera o enfermero; me colocaba la jofaina de forma de florero o vaso para cigüña, pero como no tenía fuerzas..., como no mandaba fuerzas a ninguna parte de mi armazón, me era imposible mear tumbado por más pinchazos insistentes que sintiera; se iba el/la sanitario/a, y otra vez a gritos con lo mismo; hasta que percatados por mis explicaciones del quid del asunto, les insté a que se decidieran a dejarme incorporar, quiero decir, ponerme de pie, y así, por mor de la pura gravedad, me di maña a mear un poquito cada vez. Y todo por la servidumbre impuesta por la cabronada de la anestesia, que consiste en que le van metiendo a uno en la sangre una cantidad variada y abundante de componentes: para sedar, para compensar, para dormir, para recuperar, para recomponer, para despertar... Y todo eso que tan por las buenas le han inoculado a uno, el cuerpo lo tiene que echar por las malas, valiéndose de los medios que sean. Y yo, ciego, con un tubo gota-a-gota inyectado, con unas ganas rabiosas de mear, sintiendo pinchazos terribles al palparme la zona de la vejiga, y sin poder hacerlo a placer, me permito calificar esa noche como una de las más ingratas que mi memoria alcance a recordar. Mi gran referencia de alivio me la proporcionaba el hecho de haberme resuelto a hacer lo que había puesto en jaque a mi voluntad y a mi auto-estima; también, mi completa seguridad, la certeza más incontestable de que en aquel Hospital, entonces y respecto de mi persona, se estaban esgrimiendo las más escrupulosas consideraciones que pudieran redundar en favor de un paciente. Yo me consideraba un *vip*, porque así me lo denotaba

el ambiente, el trato, el dintorno de las cosas. Sonia había aleccionado a todo el personal, siguiendo naturalmente mis instrucciones de que no escatimaran prestaciones, ni servicios extraordinarios, si es que tal eventualidad tenía cabida en el organigrama general de aquella institución, ya que desde el mismísimo principio, la excelencia en el trato, los miramientos más cordiales, y un *savoir faire* exquisito me pareció..., mejor, tuve la absoluta certidumbre de que se dispensaba a todos y a cada uno de los pacientes implicados. Si conmigo extremaron el esmero; si respecto de mi persona aquilataron y potenciaron los márgenes de gracia y de buena disposición, ello sólo redundaba en los excedentes personales de mis necesidades, sin que significaran en ningún caso una merma de las prestaciones a los demás. En suma: una anestesia general para una operación de hora y media le deja a uno (52 años) resentido los tres días siguientes. Y eso fue lo que a mí me ocurrió. Luego, y en otro orden de cosas, el aspecto monstruoso que adquiere la cara con los párpados cosidos, inflamados, hechos un puro edema, amoratados, tergiversados respecto de su función dispositiva y ambiental. Se mira uno en el espejo cien veces y otras tantas se pregunta uno, primero, por qué se ha hecho lo que se ha hecho; y segundo, si *eso* podrá quedar alguna vez al menos como estaba en su forma original de operatividad. Otro problema, y no pequeño, aunque por ventura salvable, es el de la comunicación: alguien que no pertenezca al gremio de las Humanidades, de la Filología específicamente como yo pertenezco, necesitaría de más argumentos para explicitar los entresijos del problema: el portugués/brasileiro no se entiende, precisamente porque se trata de una lengua contigua al castellano, y las diferencias, tan cercanas, al diluirse y desdibujarse se suelen hacer, por ello mismo, empinadas, difíciles de superar. Si algo como "toda la vida" se dice "koko élama" en finlandés, es seguro que no se nos escapa una vez aprehendido. Pero si "toda la vida" se nos vierte en portugués "toa a vía" o "toao vía" probablemente no sabremos de qué nos están hablando. Igualmente, y en otro contexto, me había devenido ininteligible el nombre "Goubeu Cau" como Roberto Carlos, después

de estar canturreando e interpretando parte de su repertorio. Uno acaba por decir que sí a lo que le preguntan, anticipando la bondad comprensiva e interpretadora de nuestro interlocutor. Recuerdo a la morenita que en mi primera y única noche de Hospital, la de ceguera completa, me llamaba Señor Tomaz (ellos hacen *zetas* de las *eses*) mientras me metía en la boca cucharaditas de mamão, algo así como papaya o melón: levantando mucho la cabeza y acoplando con ahínco la visión a la ranura por debajo del vendaje y entre la pesantez de los párpados, quiero distinguirla con un uniforme verdécito claro que dejaba asomar un ribete de camisa blanca; gorrito creo que también verde. El Hospital de Santa Teresa es de planta tradicional, amplio, de corredores y ámbitos espaciosos. Ya dije que excepto el médico anestesista, el practicante (tal vez médico) que me efectuó la extracción de sangre para el análisis, y acaso el enfermero que me ayudara en mis sucesivos levantones para mear, las demás personas que intervinieron en mi operación y cuidados posteriores fueron mujeres: Sonia; Valeria; la morenita que me llamaba "Señor Tomaz", etc.

El día 24 Sonia me traslada a su casa, un chalet con terreno y piscina en la vecina localidad de Araras. Me han quitado la venda y puedo ver. Estoy de pie y puedo mear. El efecto de la anestesia es cuestión de irlo expulsando, y parece que ya lo he hecho. Ahora me queda una secuela desagradable, y es un resfriado por efecto del contacto con mi cara y con mi frente de las bolsas de hielo que he tenido aplicadas para rebajar la inflamación. Fluyen a mi conciencia el tropel de dichos tan repletos de sabiduría popular: "Lo que no se va en llanto se va en suspiros", "Se puede perdonar el beso por el coscorrón", "Lo que es bueno para el hígado puede ser malo para el bazo" o al revés, que viene a ser lo mismo. Sonia me administra un par de tabletas espaciadas a lo largo del día y controlamos el resfriado. La sensación de pegajosidad y tirantez de los ojos es la nota destacable de las primeras cuatro o cinco jornadas después de la operación, hasta que le quitan a uno los puntos. La nariz, sin embargo, por el encofrado de escayola o "teja" que la protege, no se hace tan protagonista. Parece

que para la extirpación del *nevus* hubo que levantar, mejor dicho despegar los laterales y coserlos de la forma en que sólo la cirugía sabe. Va a ser como un sobre de sorpresas cuando aparezca la nariz en su estado final.

Estoy conociendo algo de Brasil fuera estrictamente de Río: su verdadero pulso campo/ciudad; su vida semi-colonial, la clase media alta y su sistema de trabajo en la metrópolis y regreso de fin de semana a las fincas, casas de campo o haciendas. La finquita de Sonia en la que me encuentro es un poco destartalada, sometida al vapuleo tanto de los elementos como de las personas; aquéllos, encarnados en los aparatosos chubascos que al caer tan de súbito y chocar contra tanta y tan profusa vegetación multiplican el estruendo, otorgando a la lluvia proporciones de azote de exterminio sin control. Y respecto de las personas, porque aquí hay mucha gente joven: los hijos y las hijas de los de Sonia (o sea, sus nietos) y sus amigos, y ello genera una ligera maraña de trastos, artilugios de uso y ocio modernos que convierten la casa en un bazar privado. Además de otro hijo, en aquel momento ausente, Sonia tiene dos hijas cumplidamente representativas, ambas casadas jóvenes: la primera, Beatriz, de 33 años, con una niña de 12, Tatiana, y un chaval de 9, Danielito. Cristina, divorciada, de 32, con una hija preciosa de 13 años, Joanna, con la configuración de diseño de la cantera caliente de los panoramas del trópico: formas absolutamente despertadas y presentadas, esbeltez fina de ejecución conformadora. Ambas mamás jóvenes, Beatriz y Cristina, son bonitas, atractivas sin posible apelación: Beatriz, más a la europea, a lo ario, tirando a rubia; Cristina, con un rostro de gracia ajustada dentro de un patrón de mitigada morenía. Estos días de Navidad-Año Viejo/Nuevo la casa de Sonia era un despliegue de mesas a medio poner; de viandas y frutas a medio consumir por todas partes; y de una abundante cacharrería por fregar en la cocina. A las horas de las comidas, mejor dicho a cualquier hora, cada cual se sentaba donde y como mejor le conviniera y la emprendía con lo que más le apeteciese: panes de todo tipo, dulces, tostados, de frutas; mantecados de chocolate, de crema; quesos partidos y medio

envueltos en las fundas; torrijas de varias clases; fríjoles empastados; porciones no consumidas de pavo con su correspondiente relleno; arroz con pollo; tarteras de margarina; cestillos de frutas más o menos organizados. Cada facción, en número de dos, de tres, hasta de cuatro (o en solitario, como yo) se ha sentado a comer cuando y como le ha venido en gana. Afuera, en el jardín-porche, Tatiana, Danielito y Joanna [recordemos: hijos los dos primeros de Beatriz; y la segunda, de Cristina] no dejan de solazarse en la piscinita, en tanto que Raúl, moreno agraciado de gesto amable y de compostura generosa, marido de Beatriz, va, viene, organiza el pulso convivencial de la familia por ser el único varón en que los atributos de "estado" y de "gobierno" concurren. Y son todos gente plácida, cuya morfología es un refrendo de los condicionamientos formidables de un país en que los trabajos de auto-organización sobrepasarían con mucho a toda otra incumbencia. Del potencial inmenso de los 170,000,000.- [ahora ya 180,000,000.-] de habitantes que lo pueblan más de la mitad carecen de verdadera capacidad de decisión en asuntos que cuenten.

Hoy día 27 de diciembre, martes, he tenido la nariz sujeta sólo por dos últimos puntos o anclajes y por dos tiritas de esparadrapo. El tiempo está jugando como prenda hecha a la medida: un día de menos resultaría quirúrgicamente insuficiente e inaceptable; mientras que un día de más multiplicaría geométricamente el tedio que producen las cosas cuando están fuera de lugar. El miércoles día 28, de los Santos Inocentes, Joanna, la hija de Cristina, se ha ido con su abuela a Río, y me he percatado de que la casa se ha quedado sin un componente significadísimo de feminidad: sólo con 13 años, la confabulación del ámbito ha diseñado en esta criatura un producto acabado de eurtmia y gracia seductora. Ese mismo día, ya por la tarde, Sonia me quita los dos puntos de la nariz que me restaban. Mi nariz ha quedado externamente como debe quedar una nariz. El *nevus* parece que había alcanzado algo del cartílago, lo que entendemos por ternilla en términos vulgares, ya que los pelillos que de él brotaban le prestaban un arraigo y alcance mayores. Ha sido una liberación estética de la que me siento satisfecho. Efectivamente, lo primero que antes se me veía

era el pegotito marrón, retrasándose la expresión de mis ojos en segundo o en ningún plano. Salvado el escollo, ahora me mirarán... la mirada! El reto ha sido cosa personal, mucho más por lo que ha tenido de decisión traumática que por la conciencia objetiva de ascender en la escala de aceptación de acuerdo con los parámetros estéticos. Si el reto con el que se ha enfrentado mi decisión hubiera versado sobre tal o cual otra realidad, acaso también lo hubiera asumido. Pero se ha tratado de mi *nevus* y de eso cumple hablar. Este episodio de mi determinación de venir a operarme, de momento me ha servido de discernidor de todos los otros motivos brasileños que bien los podría considerar, aun a pesar mío, liquidados: Alzira, Sandra, etc. Aunque quisiera hacerlas saber que he estado aquí, no creo que me dé lugar a nada que no sea marcharme limpiamente cuando Sonia me traslade al aeropuerto, sin acaso ningún otro trámite intermedio. Si algún accidente de nuestras vidas puede colocarnos en la pista de un sesgo de rumbo, bien puede ser éste. Ahora sí puedo poner los ojos en una mujer, con la aspiración de que ella ponga los suyos en los míos, y no en mi *nevus*. Mary Cruz Goenaga me sigue halagando como historia pura, pendiente de relleno. Cristina y Joanna, siempre bajo el techado protector de Sonia, me atraen como referencias eyectoras, de cariz supranacional; como señalizaciones ciertas de este pedazo de mundo que es Brasil.

La costura de los párpados me la debió de quitar Sonia uno de aquellos días, por supuesto. Tuve que echar mano de una lupa para distinguir el levísimo grosor del hilo, un filamento microscópicamente fino con el que me había vuelto a pegar las tapas de dichas valvas protectoras después de limpiármelas de grasa; o al menos tal fue la explicación técnica. Llevo un par de días en que me he dado una carrerita de 'jogging' y he hecho unos estirados que me han venido bien. Además, he aflojado en la cumplimentación de los postres ricos, de los bizcochos y puddings de varias clases. Son cuatro fechas más las que tienen que transcurrir. Mi regreso está confirmado para la noche del día 1 de enero de 1989, domingo, con llegada a Madrid el lunes a mediodía, una magnífica hora para hacer entrada con un nuevo

*look* en mi mundo. En estos casos de post-operatorio hay que ganar al tiempo mediante el empujón integrativo, mediante la zambullida en sus supuestos y el deslizamiento por ellos, de forma que la resistencia parezca lo menos penitencial.

Durante unos días se ha unido a nosotros don José Monsuri, un español jubilado en Brasil desde hacía años, y marido de Yolanda, tía de Sonia, aunque sin demasiada diferencia de edad con ella, por eso de los saltos generacionales y de la llegada de hermanitos en ciertas familias, para los que sus hermanos mayores sirven como referentes de padres. Monsuri, pues así le llamaban todos, es un vasco sagaz, buen conversador, que conjuga lo bueno de la cultura y de la idiosincrasia del país en que le haya tocado vivir; sobre todo, honesto; de una sinceridad que no le compromete ni le afrenta. Parece que perteneció a la promoción de estudiantes universitarios de inmediatamente después de nuestra guerra civil, a los que se regalaba en estricta materialidad el título en la Licenciatura que fuere – en este caso, Derecho – por, también en su caso, llevar puesta la camisa azul de falangista. Pero el hombre me lo contaba todo sin resentimiento y, sobre todo, sin alardes, sin jactancia. Ostentaba el título de Licenciado en Derecho y al mismo tiempo reconocía que su formación distaba mucho de ser la recomendable. Los últimos días de mi estancia en Araras los pasaba yo leyendo, escribiendo, haciendo algo de ejercicio físico y más que nada, hablando con Monsuri. Me contaba cosas extraordinarias que, de no haber sido ciertas, hubieran chocado con la más tenaz de las incredulidades. Por aquellas fechas, y aunque augurando una explosión del sistema, el juego del dinero en Brasil parecía ser de lo más divertido y tentador, con unas rentabilidades del 30 % sobre plazo fijo mensual. El panorama de especulación pasiva que este gigante ofertaba, tenía todo el atractivo del mundo, cualquiera que fuese el formato de programación del interesado. Con arreglo a dicho esquema uno podía pasarse en Brasil tres meses de cada año, en alguna casa alquilada, con los réditos resultantes de tal manejo transaccional. El pánico se dejaba traslucir por el hecho de que en cualquier momento, y por vía de congelación letal, podían

estrangularse todos los capitales al 30 % mensual, en cuyo caso el mazazo para los especuladores podría considerarse como definitivo, y el golpe financiero para el país, no digamos. Me dice Monsuri que a la mezcla de portugués y español, con preponderancia del segundo, se lo llama *portuñol*; y digo yo que a lo equivalente contrapuesto lo podríamos llamar *espatugués*. Hoy día 31 ya sé con seguridad que Cristina no viene a pasar el fin de año con su familia, a casa de su madre; y que tampoco va a estar Joanna, la criatura más atractiva de este micro-sistema matriarcal en que he estado convaleciendo. Joanna, con 13 años, mujer por los imponderables del trópico; de carácter erguidamente dulce, por la prosapia o educación correspondiente. Joanna combinaba en el dominio de su persona el haz de resortes para hacer de ella un premio a conseguir. Honradamente, el hecho de que no estuvieran ni la madre Cristina ni la hija Joanna me supuso una reserva de emocionalidad, ya que de otra forma acaso hubiera hecho escorar mi equilibrio psíquico y orgánico tan inmediatamente antes de mi regreso a España. De dicha manera dejó intacto el comodín de mi alma para venideras motivaciones.

La velada del 31 de diciembre transcurrió sin más, con el pequeño resalte de la señalización del paso del reloj de las doce de la noche hacia adelante, por medio del consabido acercamiento de mejillas y labios y el estrechamiento más o menos cómplice de los anversos de los torsos corporales. Al día siguiente, después de comer, Sonia me llevó a Río, precisamente a Copacabana donde la tía Yolanda dispone de un piso de su propiedad, por el centro del arco de playa, no muy lejos del Hotel Toledo Copacabana, mi lugar de alojamiento último, y por lo tanto cerca de todos los espacios que habían constituido mis contextos espirituales desde casi once años antes, desde que en marzo de 1978 tuve la feliz ocurrencia de posarme en Brasil a bordo del avión supersónico Concorde. Ahora, en pleno verano, en pleno día de Año Nuevo, me sentía raro; como incapaz de asumir aquella algarabía; absolutamente inhábil para hacerme cargo de aquella desaforada exuberancia de personal, de colorido. ¡Qué claro lo había tenido yo siempre! Río era ideal en los meses de su invierno,

primaverales en todo caso conforme a nuestros parámetros: la bondad de su ambiente reducido a mínimos, me ofrecía sin embargo inmensamente más de lo que mis capacidades me permitieran asumir. Los meses del verano español habían sido mis épocas preferidas de solazarme en Río, porque cuando la inmensidad se destila, lo que queda son las muestras, grandes ya de por sí, organizadas y decantadas, manejables en una palabra. Pero ahora, en aquel primer día de 1989 en Copacabana, me percibía confuso, aturdido, desbordado por un ambiente que no era el mío. Me asomaba al cosmos con una nueva fisonomía..., pensé en la fulguración de un segundo en el intento por conectar con Alzira, cuyo alojamiento, quiero decir las señas a donde yo le había enviado mi correspondencia, no distaba mucho de allí. Pero ni tenía tiempo ni – es curioso – disponía del estado de ánimo para hacer nada que no estuviese circunscrito al motivo de aquella mi sexta visita a Brasil: arreglarme la cara. Mi alma había sancionado - y ahora ya, al final de todo, con total ponderación – que el juego de medios y fines se había ajustado a proporción y a razón. No, no; ya no quedaba espacio para ningún trasunto lírico. Sólo el traslado al aeropuerto cuando fuese la hora. La tía Yolanda, amabilísima, me permitió tumbarme la siesta. Todo en su piso se encontraba esmeradísimo limpio. En un ratito en que Sonia y yo nos quedamos solos, y a mi requerimiento, Sonia me dijo lo que le debía. Papel sobre papel, pues para eso me había llevado un fajo más que suficiente, se lo satisface en divisa USA, única interesante en aquel momento. Los emolumentos los había dispuesto como habíamos quedado: globalmente. Yo me había entendido con ella y ella se encargaba de compensar a todas las personas, a todos los servicios que habían intervenido en la aventura de mi viaje terapéutico a Brasil. Le rogué a Sonia que trasladara en mi nombre un billete de 100.- \$ USA para cada una de sus hijas, Beatriz y Cristina; para que cuando lo tradujeran en el regalo que mejor les conviniese, para ellas o para su prole..., que pensarán en mí!

## **Yocasta Jeanette.- Ingrid.- Marisa.- Morenita de Guadalupe: Santo Domingo (República Dominicana), diciembre 1989-enero 1990**

Probablemente uno de mis viajes más atípicos. Mi espíritu no había terminado de digerir un paquete de vivencias problemáticas que iban quedando atrás; y al mismo tiempo tampoco disponía de recursos para enfrentarse en la mejor de las disposiciones al horizonte de novedades con las que ya comenzaba yo a entrar en contacto. El año de 1989 que estaba a punto de concluir me había dejado un buen acopio de asuntos. En lo que pudiéramos llamar puramente somático, la reparación de mi nariz y mi "new look" se habían consolidado. La labor de cirugía de Sonia parecía impecable: por ninguna parte había rastros de desgarros, costuras o cicatrices. La razón de la saja de mis párpados, y la limpieza de la grasilla acumulada o por acumular en sus pliegues, era lo menos palmario, porque yo me los veía igual. Sonia me había asegurado que la reparación que llevó a cabo en ellos estaba destinada a que a partir de entonces mis párpados, precisamente por estar limpios de grasa, se mantuvieran más estirados y menos vencidos o hinchados de lo que hubiera sido su tendencia normal. Bueno. En lo relativo a mi garganta, entraba en mi tercer año de vacunación, con la consiguiente servidumbre de transportar mi frasquito de cultivo a dondequiera que mi circunstancia me llevara de viaje en fechas tasadas. Lo que ya no puedo precisar es si en aquella semana, del 25 de diciembre de 1989 al 1 de enero de 1990 en que se desarrolló por entero mi visita a la RD, la dosis de inoculación había alcanzado el centímetro cúbico y en tal caso tan sólo una inyección semanal era lo preceptivo. Eso en cuanto a lo orgánico, a lo somático. En los aspectos restantes, digamos, en el del trabajo, seguía siendo Director del Departamento de Filología inglesa de la Universidad de Granada, pero la cosa estaba clamorosamente llegando a su fin. Casi desde el principio de aquel año natural de 1989 se habían sucedido tiradas y tiradas de escritos y contra-escritos por parte de los babosos, envidiosos y padres de familia frustrados del Departamento, que por

puto rencor de que me vieran viajar, llegar a Río de Janeiro a bordo de un Concorde, etc. etc. de un lado; y de que constataran que mi producción investigadora tanto en el campo de la Filología como en el del Derecho no decaía, de otro..., por puta envidia, digo, habían orquestado una formidable batahola de descrédito contra mi persona, auspiciada por la calzonería y falta de cojones del entonces vicerrector de Ordenación Académica, que ante una "huelga" antirreglamentaria, degradante y envilecedera que los revoltosos le plantearon se bajaría de lleno los pantalones y se plegaría a las exigencias de aquella partida de belitres. Como todo esto ha quedado reflejado en mi *Un castellano en Granada: Memorias tergiversadas y recuentos olvidadizos* no es cuestión de insistir ahora más en ello. Sólo consignarlo con este toque admonitorio de recuerdo. Como tantas otras cosas, es fácil decir a pitón pasado... ¿y a santo de qué me metería yo en tales berengenas?, cuando la realidad es que, de no haberme metido, a pitón pasado asimismo, la pregunta hubiera sido... ¿y por qué no me metería yo?, igualmente propia. Una gran satisfacción sí que tuve en el campo académico: la de ver publicado en el número de septiembre de 1989 de la *Revista de Dereho Privado* mi trabajo "La formulación indagatoria 'cui prodest'..." sobre el que, de una forma u otra, había estado laborando más de dos años hasta darle el formato definitivo. Aquel número incluía como artículos de fondo, uno de José Luis de los Mozos (ex-miembro del Tribunal Constitucional, además de catedrático de Derecho civil) y el mío. Un honor. Un señalado reconocimiento. Aquélla significaba mi aportación diez en revistas españolas. A inmediata continuación, y hasta mediados de 1990, acometería la preparación de un "Proyecto docente y de investigación" de Derecho civil, para concursar y optar a plaza de Profesor numerario de dicha disciplina en Universidad. Con aquello di por concluida mi producción publicista e investigadora en el campo jurídico.

Aquel viaje mío a la RD, el tercero de los acometidos allí [en los siguientes e inmediatos años serían muchos más], más que justificado por razón alguna *ad quam*, lo impulsaba un pretexto *a quo*, cualquiera que ello fuera. Cecilia, Virginia, Cordelia..., habían estado

conmigo, en mi casa de Alcalá de Henares, y sin embargo, o bien no había hecho yo previsiones de encontrarme con ellas, o bien... El caso es que en mis notas no se recoge noticia alguna de sus personas, lo cual no deja lugar a dudas: no me encontré con ellas en aquella ocasión, por el tenor que fuere de las circunstancias. Quiero recordar que me aproveché de una buena tarifa de Iberia para siete noches, que Miguel Ballesteros – a la sazón trabajando para la Agencia que El Corte Inglés había abierto en la calle Mayor de Alcalá de Henares – me preparara: 25 de diciembre 1989-1 de enero 1990, como precisé. El vuelo sufrió algo de retraso. Un señor muy amable de la tripulación del DC-10 nos habló de medidas extremadas de seguridad, porque hicimos el aterrizaje de noche. Por entonces el aeropuerto Las Américas estaba a punto de inaugurar la nueva terminal, pero por eso mismo aquel vuelo mío tuvo que servirse de la antigua, bastante inadecuada y exigua para el tráfico de turismo en alza de aquella mitad de la isla. Tampoco puedo precisar si desde la escalerilla del avión fuimos andando sin más trámite hasta la entrada del edificio o si hicimos uso del autobús. El dato es irrelevante para lo que sí que importa, y ello es que en el momento de trasponer lo que pudiéramos llamar el exterior, el aire libre y adentrarnos en el hábitat del terminal, había instalado un pequeño escritorio, poyato, stand o lo que se quiera, atendido por dos chicas jóvenes que repartían unos folletos turísticos de primera instancia, por así decirlo... a modo de saludo y de bienvenida. Aquello estaba mal iluminado, y la fila de pasajeros que me seguían no propiciaban la tentación de detenerse y emprender conversación alguna con nadie. Una de dichas chicas, sobre todo, me impactó fortísima, mortificadamente. Y digo que nada derivaba a nada que no fuera recoger el folleto que le tendían a uno y continuar la fila en dirección a las ventanillas de intervención y constatación de pasaportes, etc. Pero el chasis de aquella joven se me quedó tercamente, tenazmente instalado en todo el entramado de mi conciencia; me acompañó, creciendo en encono, durante todo el rato que durara mi salida del aeropuerto y mi desplazamiento al Hotel, agravado todo aún más por los inevitables reproches, por la

autoflagelación que lleva consigo toda imputación culposa, de negligencia tal vez no querida pero en cualquier caso negligencia, torpe y tarda reacción ante las cosas. ¿Por qué no me detuve un minuto, acaso menos, y le pedí su identificación de urgencia, su teléfono para un contacto ulterior? Ahí radica una de nuestras más inextinguibles fuentes de desazón frustrante, en nuestra inútil capacidad de preguntarnos por algo que, según parece, quisimos hacer y no hicimos. Sólo por el hecho de haber dejado pasar tan estúpidamente la ocasión de asegurarme la comunicación posterior con aquella chica..., para que las ganas de verla, saber de ella, estar con ella me acometieran despiadadamente a partir de entonces. Me dirigí al Hotel Continental, el alojamiento de mi segunda y anterior visita, y el que habría de serlo establemente ya en todos mis viajes, con tan sólo una excepción que veremos en su momento.

Los coches son un puro desecho de chapas despedazadas que se mantienen unidas de puro milagro. El conserje del Hotel Continental había puesto un cartel en la puerta donde decía *serrada* por *cerrada*. Le invité a ver, no sé si con éxito, la diferencia entre *cerrar* algo y *serrarlo*. "Empuje" y "hale" (<halar) son los términos usados para accionar las puertas. Si en vez de "hale" se dijera "tire", la cosa podría dar lugar a malentendidos, ya que una buena parte de la América hispana entiende por *tirar* lo que en España entendemos por *joder, follar, fornicar*. Así que con "hale", problema resuelto. Observé el artilugio-carricoche que usan los de Recepción para subir maletas y perchas, calculado para tener cabida en el ascensor. Se trata básicamente de una plataforma sobre cuatro ruedas con otras tantas barras laterales, de armazón propiamente dicho, y una central por arriba, dividiendo en dos mitades el cuadrado y sirviendo de suspensión de las perchas. Algo enormemente práctico, pero que no he visto en España con regularidad. Estamos a martes 26. En el Hotel al contestar al teléfono en Recepción, por eso de las fiestas navideñas, iniciaban con un "Felicidades... Hotel Continental... dígame". El peso está a 6'28 por 1.<sup>00</sup> \$ USA, cambio oficial en todo el país, aunque en el mercado libre se consiguen hasta ocho. Los coches al servicio público,

o taxis ocasionales, "conchos", cobran 0'75 pesos por el recorrido. Son como los "dolmiz" de Estambul, fenómeno inteligible en comunidades donde los medios no es que escaseen, sino que no han alcanzado un más alto grado de operatividad y hay que sacarles jugo a las instrumentaciones técnicas hasta que ya no puedan más: tal, los coches. Sin embargo, la gasolina está al equivalente de 20 pts. litro. Lo que más ha subido es la comida y el alojamiento. Al precio resultante de la consumición que sea hay que añadir un 21 % mínimo de tasas, impuestos, propinas legales, etc. Es decir, que ciertos trabajos se pagan baratos, pero ganar el peso para ciertos estamentos se les hace caro y duro. Estoy hablando con la perspectiva que me proporcionó el hiato de los cinco años y medio transcurridos desde el verano de 1984. El taxista Roberto, el de las barbas, de la compañía Apolo, empleó una palabra preciosa, compuesta de varios otros núcleos sémicos para referirse a lo melindrosos y mirados que eran los taxistas del Hotel Continental para meterse en las calles con hoyos y baches. No estoy seguro del término pero era algo como "molestoso", "seguroso", "perjudicioso"... algo así. También recuerdo que me dijo que el peso dominicano se había "doblegado" (devaluado). Para escuchar melodías de hace años y clásicas de Raphael, Julio Iglesias, Dany Daniel, Camilo Sesto, Roberto Carlos, etc., etc., hay que venir a la RD. La frecuencia 92.5 de FM en la radio musical de Santo Domingo se autoanuncia como "romántica siempre" y es, en efecto, una emisora bajo el título "magi-concierto"; es el frente de resistencia original y cálida que este país opone a la invasión demoledora de los USA en lo lingüístico, en lo afectivo, en lo Folk-lórico. De una cosa sí estoy bien seguro, y es de haber contactado a los Bencosme. En qué orden, no puedo precisar. Muy probablemente me sirviera entonces de una enfermera de la clínica toco-ginecológica que don José Alcides de los Ángeles Bencosme tenía en la confluencia de las Avds. 27 de febrero y 30 de marzo; enfermera que, para sorpresa mía, me puso la inyección por el sistema – técnicamente irreprochable pero no recomendable – del pinchazo e inoculación del líquido de un golpe, todo en un jeringazo, en una actuación relámpago y subitánea que me

dejó pasmado; tan pasmado que por entretenerme a mirar a mi alrededor y monopolizar mi conciencia con algo que me hubiese llamado la atención, ni siquiera me apercibí de que me lo había hecho, al tiempo que yo le decía que "ya" tenía el brazo preparado!

Don José Alcides me invitó a cenar con él y su familia la Noche Vieja, a lo que acepté complacido. Le comuniqué mi intención de acercarme de nuevo a visitar a su sobrino Sergio, el compañero de Queen's University durante mis seis años en Kingston, Canadá. Sergio, catedrático de Anatomía Patológica, se había jubilado a la edad canadiense permitida de los 57 años y desde entonces había regresado a la RD. Residía en Santiago de los Caballeros, y seguía enseñando, pero sobre todo investigando, para la Universidad Católica Madre y Maestra de la segunda ciudad del país. Sergio, hijo de un hermano de don José Alcides, era algo mayor que éste, por estas particularidades que se dan en algunas parejas con vanos de más de 20 años entre la edad del primer hijo y el último. Así que don José Alcides, tío de Sergio, era más joven que su sobrino. Escribo en este momento sin papeles de asistencia, y no puedo valerme de las notas ya redactadas sobre mi entrar en conocimiento de don José en la primera visita a Santo Domingo en 1983, en la que, por añadidura, también hice mi primer viaje a Santiago con el fin de saludar a Sergio. Lo que sí comenzó a cobrar carta de naturaleza en mi programa social de Santo Domingo fue contar con don José Alcides. El hombre, desde el mismo momento en que supo de mi relación con su sobrino, en todas y en cada una de mis excursiones a Santo Domingo no dejó de agasajarme con su ayuda y con su amistad. Ahora se trataba de mi tercer viaje, y por tercera vez me había servido yo de los buenos oficios de don José Alcides, y él me estaba dispensando una amabilidad fuera de lo corriente. Supongo que antes de ir a Santiago se lo diría por si deseaba enviar algo a su sobrino; al menos era una excusa de cortesía muy asumible. Había echado yo el ojo a un taxista que solía aparcar frente al Hotel Continental, junto a la fachada del edificio de Bellas Artes. Le contacté. Me dijo que se llamaba Luis Castillo, y acordamos el viaje más o menos con arreglo a las mismas

pautas del que hice en 1983 con aquel otro taxista del Hotel Plaza Dominicana (anteriormente Meliá y luego varios nombres más). Le señalé el estado lamentable, lamentabilísimo de una de las cubiertas de su cochecito, una marca japonesa al uso. El hombre lo comprendió y antes de salir de Santo Domingo nos pasamos por un "gomero", es decir, un establecimiento dedicado al montaje de neumáticos recauchutados, y desmontaje de los viejos usados que pudieran ser objeto de recauchutado posterior, cosa que dadas las circunstancias podía considerarse como un lujo. El "gomero" en cuestión era un chaval de 15 años, según nos dijo, activo y experto, con un chasis algo achaparrado pero robusto, acostumbrado a manejar las ruedas y los bultos, que caracterizaban a dicha mercancía de trabajo. Por media hora de trabajo seguido en el coche de Luis Castillo, sin permitirse un respiro, cobró ocho pesos, o sea, alrededor de un dólar. Reanudada la marcha, y por algún que otro comentario venido por la dinámica espontánea del curso de la conversación, me dice el taxista que pertenece a la confesión de Testigos de Jehová. El caso es que algo, sutil e impreciso, tenue, sí, pero no por ello nunca menos real, me había activado los resortes olfativos de que algún tipo especial de "religión" se alojaba en la personalidad de aquel hombre. Desde el instante en que me descubrió su filiación espiritual supe que no nos faltaría conversación. Pocas realidades de la vida pueden hacer gala de una tenacidad mayor que la que se aloja en un Testigo de Jehová. Y Luis, aun con tacto cuidadoso y con una... como intuición de las distancias que debía guardar para conmigo, no era excepción. Por mi mente cruzó la ocasión aquella, muchos años antes, en Portugal, cuando me dirigía a Lisboa a ver a la Sousa, aquella papaya carnosa de locura caliente que me tuvo en jaque todo el tiempo que fue menester. Viajaba yo, como digo, en mi primer Mercedes, pues ello debía de ser por el año de 1968, y nada más trasponer Vila-Franca de Xira, un chico joven, con buena pinta, me hace auto stop y me pide que le lleve hasta pasado Liboa, en la misma dirección que yo seguía hacia Monte Estoril. No olvidaré nunca las especiosas razones con las que aquel iluminado – que llevaba una Biblia en la mano y se me

presentó como Testigo – me vino a decir solemnemente que *todo* estaba en la Biblia: lo que estaba explícitamente, por eso mismo; y lo que no estaba, porque se intuía. Perfecto. Me aseguraba que todas las teorías sobre el cosmos, la gravitación universal, y lo que más tarde se entenderían como "agujeros negros" provenientes del "Big Bang" con arreglo a las hipótesis de Stephen Hawking, también podían deducirse de los términos del Libro. Luis Castillo fue algo más comedido, aunque no por eso denotara su temple y su conciencia una mengua de quilates y de determinación. Me aseguraba que Satanás existía [ahí, estábamos de acuerdo, porque yo mismo no podía explicarme la actuación de ciertas personas en ciertas ocasiones, excepto por inspiración directa del Maligno]; eso, que Satanás existía, y que significaba "resistidor", el que se había resistido al poder de Jehová. Yo me permití aventurarme a sugerirle a Luis que considerase la teoría de José Ortega y Gasset, para quien el pecado de Satán fue un error de perspectiva, como explica satisfactoriamente en *Meditaciones del Quijote*. Luis era un gran conocedor de la Biblia – no había duda de ello –, sobre todo de su parte más indigesta y menos relevante para alguien normal – como lo es el Antiguo Testamento. Intentó con cierta obstinación aunque sin llegar a lo descortés, que le acompañara en Santo Domingo a alguna sesión de sus correligionarios. A lo más que llegué fue a asegurarle que retomaría la lectura de la Biblia, faena en la que he estado trabado algo así como 40 años, y de la que he salido más bien con la cabeza abotargada y con los pies fríos; en parte porque de pequeños ya nos metían desde la misma escuela primaria, y luego a lo largo de todo el Bachillerato, conocimientos de Historia Sagrada en aquel resumen venerable del abate *Fleury*; y con eso ha ocurrido lo que con tantas cosas: que cuando forzadas más o menos con calzador en una época en la que uno no tiene capacidad de asimilación de tales galimatías, de mayor, cuando se supone que sí que se tiene dicha capacidad, se encuentra uno ya con el gusto estragado por aquellos atracones en el marco inadecuado. Al bueno de Luis le prometí – y lo he cumplido – que terminaría de leer la Biblia, y que dedicaría todo el tiempo del mundo, de acuerdo con mis

posibilidades y con mi entereza de espíritu, a reflexionar sobre las cuestiones que estábamos comentando durante el viaje. El hombre se quedó razonablemente satisfecho cuando le dije – la verdad – que conocía yo la revista emblema de su fe, *Watch Tower / Atalaya*, y que en España los Testigos de Jehová estaban experimentando un grado de acogida y de aceptación crecientes, y que contaban con mis respetos y con todos mis buenos deseos.

Creo que fue en aquel viaje mío a la RD, el tercero, además de la larga cuenta de los que aún seguirían, cuando tomé por costumbre leer prensa. Había dejado el ruego en la Recepción del Hotel Continental, de que cuando llegase el vendedor de periódicos en su ronda habitual mañanera, que subiese a mi habitación. Comencé sistemáticamente a rescatar pasajes que me llamaban la atención, por ejemplo: "Celebró el pasado 23 de diciembre sus 15 primaveras la Sta..., hija mimada de los esposos"... *Listín Diario*, viernes 29 diciembre, p.7-C. En otro lugar también del mismo periódico ví escrito el término *riesgoso*, por "temerario", "arriesgado", "azaroso". Y asimismo me resulta gracioso la constatación de que estas gentes transforman las *erres* (r) en *eles* (l) detrás de vocal o diptongo: *pal* por "par"; *pue/ta* por "puerta". También aprendí que la propina o soborno que se da a los policías para que no se metan en delatar infracciones de tráfico, aquí se llama "macuteo".

No tengo reseñado nada en absoluto de la visita a Sergio, y por lo tanto necesito creer que se desarrollaría en tono de cordialidad y de camaradería. Sergio se acercaba entonces ya a los 70 años y sin embargo se conservaba en plena forma intelectual y somática. Supongo que su sirvienta Cecilia nos prepararía algún zumo: tengo registradas tres frutas en su bi-valencia identificativa Papaya/Lechosa; Pomelo/Toronja; Naranja/China. De regreso a Santo Domingo ya no tuve más pensamiento que contactar con la chica del aeropuerto. Mi vida en una buena parte de sus afecciones socio-sentimentales se ha caracterizado por las pujas que he montado conmigo mismo respecto de actuaciones que por escaparse en el momento propicio, más tarde, cuando las he querido recuperar han devenido penitenciales,

costosísimas; mi alma ha encontrado en dicho menester uno de los retos más significativos de todo su protagonismo. Nada tan angustiosamente exigente como volver a reunir el cuerpo de ejército batido en desbandada, ¿no es cierto? Pues bien, nada tan agónico como encontrar en un desván inmenso la aguja que acabamos de tener en las manos y que hemos dejado a nuestras espaldas, con pérdida, acaso irremisible, del lugar y del punto de localización. Algo parecido con aquella chica. ¿Por dónde empezar? -, me preguntaba. Creo que llamé al aeropuerto, una, todas las veces, hasta que logré que cogiera el teléfono alguien que la conocía. Porque las explicaciones que hay que dar cuando no se sabe el nombre de la persona en cuestión a quien se quiere encontrar, son por demás precarias y desintegradoras. Me quedaba el recurso de ir materialmente a Las Américas, pero ello no me garantizaba nada, porque se trataría – como así fue – de detectar a "la cosa" en un momento en que estuviera desempeñando el mismo cometido de nuestra primera coincidencia, y que descolgara el teléfono, cosas todas improbabilísimas, pero que había que ensayar; o bien, en su defecto, que alguien..., que alguien. No tengo recogido en mis notas el proceso indagatorio que seguí; desde luego, tuvo que ser exhaustivo, a base de tanteos, de palos de ciego; de cierre de hipótesis inútiles y de apertura de otras plausibles. No sé cómo, pero lo conseguí. Conseguí después de innumerables pesquisas y de ir cerrando el cerco a los supuestos que ofrecían más verosimilitud..., conseguí que aquella chica se pusiera al otro extremo del teléfono. La emoción fue inmensa. La dije todo..., me temo que atropelladamente y muy mal; pero la dije todo: que por exigencias de la circunstancia en que entré en la terminal del aeropuerto no me había decidido a pararme y conversar con ella, aunque ello hubiera sido en régimen de urgencia; que no había hecho más que pensarla..., que estaba en el Continental..., que iba a estar tántos y cuántos días..., que... ¿dónde estaba ella, quiero decir, que dónde vivía?, y más, muchas más cosas; que yo me llamaba..., que ¿cómo se llamaba ella? Ah, Yocasta Jeannette..., pero que Jeanette era suficiente... Sí, pues bueno, Jeanette. Me dijo que vendría a buscarme para conocerme, antes de

que yo me marchara. Que me lo avisaría por adelantado; que no me preocupara, que se dejaría caer por el Continental un momento, lo que fuera, pero que vendría a verme... ¿Se imagina el lector? Mi alma presa glotonamente de previsiones quiméricas, y no por escurridizas y aleatorias menos atosigantes. Así que otra vez a esperar. La espera esperanzada y la esperanza impaciente.

A las mujeres caribeñas les sienta bien el color rojo en el vestido, declamándose denunciativamente contra la carne parda. Es un goce para la liturgia estética. Viendo el discurrir de gente en el Hall del Hotel Continental se va conformando la retina a la especialidad cromática y étnica de los transeúntes: como digo, el amarillo y el rojo son los colores preferidos por las mujeres. También las agrada mucho el vestido de volantes, en dos terrazas o niveles.

Probablemente se tratara del día siguiente a aquel en que estuve en Santiago de los Caballeros visitando a Sergio, cuando su tío don José Alcides me invitó a pasar la velada, en un chalet de su propiedad, frente a las playas de Boca Chica, con otro amigo suyo. Me pareció bien. Yo no tenía nada especial que hacer. Don José Alcides me recogió en el Hotel y nos dirigimos hacia el sitio, camino del aeropuerto, y rebasándolo en unos cuantos kilómetros. Se trataba de una casa de campo, aunque algo desaliñada, cómoda y bien provista de elementos para hacerla habitable tanto en verano como en invierno. Encendimos la chimenea, comimos algo, y nos enzarzamos los tres en una de esas conversaciones distendidas que, a mí al menos, me ilustró con nuevos pormenores la idiosincrasia de aquel pueblo. Don José Alcides, huelga decirlo, dentro de la escala social podía acomodarse en la franja del tercio superior, y dentro de ese tercio las oscilaciones de oportunidad personal bien podían retenerle en la parte baja de esa banda, o subirle hasta la escala de los abiertamente privilegiados. Vivía en un buen barrio en Santo Domingo; ejercía una profesión cuyos servicios eran necesarios, y jamás carecería de pacientes; era dueño de aquel chalet en zona turística, etc. Conducía un "Mazda", creo, cuya puerta delantera derecha había sufrido un pequeño golpe, que, a pesar de mostrar el bollo, no le impedía cerrarse. Le pregunté

que si tenía en sus planes cambiar de coche. Me dijo que de ninguna manera; que intentaría encontrar una puerta nueva en el mercado de ocasión o hacer arreglar la que llevaba, pero que nada de coche nuevo. Me pareció muy razonable su respuesta, muy esclarecedora del sentido de la proporción y de los valores que acompañaban a su forma de ver la vida. Hablamos de otras cosas: del problema de Haití, y de los cerca de dos millones de haitianos que residían entonces ya en la RD, por vía de infiltración permisiva. El distintivo de última precisión del haitiano, respecto del substrato taíno del dominicano, parece ser una agudización de la negritud del Africa: narices más aplastadas y extendidas sobre el rostro; ojos enrojecidos y surcados por un árbol de venillas; pelo como de estropajo enharinado. También me decía don José Alcides que los haitianos se destacan fisiognómicamente por la prominencia del hueso sacro, lo que les acarrea como un levantamiento del culo. La historia de los problemas de las dos mitades de la isla, a expensas de las comunidades haitiana y dominicana, es bien conocida y arranca desde antiguo. Históricamente en el primer tercio del siglo XIX la isla fue enteramente propiedad haitiana. De ahí que cierto ideal geopolítico a ultranza, en razón de un precepto de su Constitución, por el que todo el territorio es uno e indivisible, y que todos pueden estar en cualquier parte, es uno de los maximalismos impracticables con el que, sin embargo, se alimenta al subconsciente colectivo de la sección más negra y menos desarrollada de la isla. Maximalismo que, recordemos, se encargó de desmontar el déspota y autócrata Trujillo, perfecto contemporáneo de Hitler, en 1937, liquidando por la vía rápida a unos cuantos miles de haitianos que se encontraban en territorio dominicano, sin apenas aviso previo para que se marcharan. Se cuenta que el haitiano es incapaz de pronunciar "perejil", y que dicha particularidad se usó decisivamente para identificar al elemento "liquidable". La inhabilidad de pronunciar dicho término les acarrea convertirse en reos de muerte inmediata. Algún historiador apunta la cifra de hasta 75,000.- las víctimas de aquella redada "trujillesca". Por supuesto que el tema está tratado exhaustivamente, y yo mismo, en diferentes momentos, me he

preocupado de hacerme con un acopio bibliográfico suficiente, tanto en el campo de la historiografía pura, como en el de la novela. Los datos que ahora consigno se avienen más al tono de mi relato, y siempre como trasunto de uno de los puntos de conversación con el que nos entretuvimos en la tertulia del chalet de don José Alcides. Al regreso hacia Santo Domingo la policía de vigilancia de carretera hizo varias señales a don José Alcides para que se detuviera: nada de particular, un simple control; lo más seguro..., para pedirle el aguinaldo; pero don José no hizo ni caso; continuó conduciendo, comentándome, de paso, las costumbres bananeras de su país... ¡Pues qué edificante todo! –..., pensaba yo.

El gesto manual que tiene la gente para parar a los taxis urbanos o coches para-públicos con recorridos más o menos fijos, es pulsar el dedo índice curvado, en forma como de gancho, hacia abajo, como si se estuviera escarbando o picoteando. Una costumbre chocante y desagradable, sobre todo en algunas féminas, es la de escupir. El salivazo forma globos redonditos y blancos en el suelo. He reparado en que hay mosquitos silenciosos, que pican y se marchan, dejando unos avones persistentes. Hay en el Hotel un grupo de italianos, de los cuales dos de ellos son gordinflones y una delicia de francachela y humanidad: hablan a voces pero con cordialidad bienhumorada: llegan y van, vienen y salen juntos como si estuvieran celebrando constantemente ejercicios de lúdico pantagruelismo.

Aparece en mis notas una mención a la visita que hice a la casa de la familia de Cordelia. ¿Dónde se encontraba ésta? No creo que ya estuviera trabajando en España. A raíz de la invitación a mi casa el mismo 1984, año en que nos conocimos en Santo Domingo, Cordelia y yo comenzamos a mover los hilos de la gestión: ella, por el lado de su disponibilidad total; y yo, tocando allá y aquí con conocidos y amistades. Sí, pero no creo que en aquellas fechas de finales de 1989 Cordelia estuviera ya trabajando de doméstica en casa de Fernando Álvarez, el industrial que había quedado viudo de una prima muy lejana, lejanísima, mía, y que, matrimoniado otra vez, y con familia nueva, había mostrado interés por los servicios de alguien de

confianza para el cuidado de los niños habidos con su entonces actual mujer. Tuve que acercarme a la casa de las hermanas de Cordelia por pura cortesía, y acaso para llevarles alguna atención por mi parte. Dejo recogido en mis notas que el marido de la vecina de la hermana mayor de Cordelia – y siempre según el testimonio de la casera de éstas – era "jodonísimo"; o sea, especial y super-puntilloso respecto de su mujer, ya que ella era mucho más joven que él.

¿Cómo conocí a Marisa Aquino, una indiecita oscura que habría de darme algo de juego continuado en mis sucesivos viajes? Quiero recordar que llegé al Hotel Continental, acompañada de un señor bastante mayor que ella, que resultó ser su tío; y de un chavalín que, como hijo de aquel señor, pues era un primito suyo. Charlamos y nos dimos maña todos a bombearnos la dosis suficiente de confianza y simpatía mutuas. El señor dijo ser profesor de Segunda Enseñanza, y entre nosotros dos inmediatamente se activaron los resortes de entendimiento y de retórica conversacional que formaban como la red de protección de Marisa. De este viaje me quedó una realidad sobresaliente y destacada: y es que no llegué a yacer con ninguna mujer; acaso uno de los pasajes más excepcionales de mi entera existencia. Pero fue así: ya que no óptimo, mi temática viajera había encontrado al menos un cierto desarrollo para que mis finalismos se sintieran razonablemente llevados a término, y sin que interviniera, como digo, ninguna instancia de fornicación. Puesto que tal dato obra con rotunda nitidez tanto en mis apuntes como, lo que es más decisivo, en el panel inequívoco de mi memoria, ello me ahorra de especular sobre cuál fuera la última cota que mi intimidad se marcara con las chicas de aquel viaje. Con ninguna materialicé mi tropía de gratificación sexuada en aquel concreto allí y entonces. Y sin embargo, no es de las veces en que menos me voy a entretener en dibujar los recovecos más o menos obvios, más o menos afilegranados en que mi conciencia se sorprendió discurrendo en razón de las... cuatro, sí, cuatro hembras de aquel viaje mío de finales de 1989, y con las que, o respecto de las que, el futuro inmediato me depararía – al menos con dos de ellas – protagonismo y argumentos de gran calibre.

Así que, no; con Marisa, aquella indiecita oscura y garbosa, realmente bonita, no pasó nada tampoco en aquel nuestro primer encuentro en el Hall del Hotel Continental.

La chica del aeropuerto, Jeanette, puso fin a mi zozobra y me anunció su visita. El viernes 29, a eso de las 10:15 am. se presentó. Yocasta Jeanette era una muchacha erguida y, aunque esbelta, llenita; color acafetado claro, casi aria. Me volvió a gustar al... segundo golpe de vista. Voz un poco, dulcemente, enronquecida. Me dijo que tenía 17 años, y que el 29 de enero cumpliría los 18. Una bendición de criatura. Me creí en disposición de hacer por ella cualquiera de esas cosas que en el lenguaje de los signos acarrearía una admiración interrogativa o una interrogación admirativa: lo mismo que en el ajedrez. Hice uno de mis mayores esfuerzos expresivos. Me dejó su dirección, teléfonos; me esbozó su filiación resumida: trabajaba temporalmente en el aeropuerto. La sorprendió mi interés, el despliegue de medios y de connivencias que esgrimí para contactar de nuevo con ella. Creo que la caló hondo mi teoría sobre la angustia que nos puede sobrevenir por lo que en un momento dado entendemos como irrecuperable, después de haber estado a nuestro alcance. Se sintió sorprendida y halagada por haber sido la causa de aquel tan amarguísimo desasosiego que había mantenido en jaque a mi alma durante aquellos casi primeros cuatro días; y sobre todo, hasta el momento en que conecté telefónicamente con ella. La rogué que aceptara un regalo mío en metálico; que lo transformara ya, en ese mismo instante, en algo que quisiera comprarse... para su cumpleaños, tan cercano por otra parte; que yo no le daba dinero, no, sino la cosa objeto del regalo, una vez salvada la pasarela inevitable de los pesos que ahora, práctica y materialmente, le colocaba yo en su bolsillo. Yocasta Jeanette lo aceptó, además, porque no implicaba contraprestación alguna de intimidad inmediata, ni siquiera, ya que no nos íbamos a ver de nuevo en los tres días que me quedaban de estancia; y todo se refería al futuro, tan aséptico y tan dispensador de ocurrencias imprevisibles. Así, mi donación no compraba nada de ella, no la sobornaba, sino que dejaba todo a su consideración, y que nada

la comprometía. Lo grande es que todo aquello era la pura verdad, pero no por ello menos azaroso y aleatorio de hacerlo asumible a una mujer, a aquella mujer o casi mujer en tan concretas circunstancias. Sí, me complació comprobar que había salido airoso de mi escaramuza dialéctica, y que Yocasta Jeanette, en el fondo, y en la superficie... y entre medias aguas, se sentía satisfecha, contenta de haberme conocido. Cuando se despidió de mí con un beso instantáneo, por su propia iniciativa, de espontánea lucidez, de contenida emoción..., percibí el heraldo del prodigio. Hoy, viernes 29 de diciembre de 1989 es el primer día en que me encuentro descansado, con la seguridad de haber neutralizado el jet-lag. Sin embargo, no he intervenido la señalización de la hora española en las manecillas de mi reloj.

Llegó la noche del 31, última de 1989, y como se había programado, me recogió don José Alcides y me llevó a su casa. Ingrid Bencosme, su hija – y aunque con una diferencia de casi 40 años, prima hermana de Sergio, pues ya dijimos que éste era hijo de un hermano de don José Alcides –... Ingrid Bencosme, digo, fue la gran revelación: finita y morena, de pelo largo acolchándose en la curva muelle de la melena hacia dentro; jersey de color malva como de angorina, acaso más bien de cachemira, abrazado por ancho cinturón oscuro; pantalón negro y zapatos de tacón alto también de color negro. Una estampa trazada con buril cuidadosísimo. El corazón mío quedó en estado de máxima alerta. Don José se había divorciado una vez y se había vuelto a casar con su misma mujer de siempre, doña Anita, que estaba allí; una amable señora, bonachona y comprensiva, como haciéndose cargo de estas cosas de la vida. Otro hijo algo mayor que Ingrid, Miguel, completaba nuestra reunión de cinco. Como me había ocurrido dos años antes justamente en La Habana, el plato fuerte lo constituía el cochinitillo asado. Me pareció que era costumbre caribeña, sólo que en esta ocasión pude servirme de todos los distingos y salvedades por adelantado, y a la vista del manjar, para que mi ración correspondiente se aderezara con cualesquiera requisitos que la hicieran comestible con el máximo grado de degustación. Don José Alcides me había distinguido con el patrocinio esmerado de su

amistad y yo no tenía nada mejor que hacer que asumirlo y estar a la recíproca. Fue muy distendido el ambiente de aquella cena. Eso de verme, tan por las buenas, acogido en el seno selecto de una familia pudiente y prócer de Santo Domingo hacía subir mi auto-estima y el nivel de optimismo que embalsaba mi alma. Hablamos de muchas cosas. Claro que la prosapia de mis andanzas y de mi personalidad hacía residir su más inequívoca garantía en el hecho de haber conocido a Sergio desde hacía tantísimo tiempo, veinticuatro años para ser exactos; desde que en 1965 había llegado yo a Queen's University, en Kingston, Ontario (Canadá) y comenzado a relacionarme con el elemento hispánico de allí. Sí, esa era mi mejor carta de presentación para cualquier aspecto que tuviera que ver con la familia Bencosme. Tengo la fundada impresión de que aquella buena gente se felicitaron cumplidamente de tener como comensal y contertulio a alguien como yo, que disponía de tántas y tan personales fuentes de incumbencia compartida con un miembro tan significado y tan prominente del clan Bencosme como lo era Sergio. Ya digo: hablamos de todo. La gente se hacía lenguas del tirón hacia arriba que habían pegado los precios; y yo apuntaba que la vida en los países subdesarrollados tiene un coste o precio, y un valor, porque hay lujos que no los pueden asumir otros muchos sitios. Nos permitimos las inocentes licencias del relato de algunas expresiones chistosas, una vez que las compuertas de la cordialidad se iban más y más abriendo. Comentamos el gracioso sentido que en la RD tiene el término "cuero", referido a una mujer: puta: "Quiero que sea niña, aunque sea un cuero", se dice que exclama el progenitor que está decidido a tener descendencia femenina. Como era de esperar, la abundancia de viandas y de exquisiteces de la cena superó con mucho nuestras disponibilidades de apetito, y también aquello fue objeto de comentario distendido. Nos contaba doña Anita, que para estos casos se había acuñado el dicho de que todo lo sobrante en perfecto estado de uno de estos refectorios pródigos "se dejaba pa Pola", cual si se tratara de alguna receptora necesitada... cuando lo que el muñón expresivo denotaba era..."pa *po la* mañana" del día siguiente.

Costumbre, ya digo, frecuentada con toda normalidad en los restaurantes donde los clientes hubieran pagado un buen dinero por la comida que no querían – y con razón – desperdiciar. Respecto de temas de sociología, llegamos a la conclusión de que *revolución* equivalía a "evolución *revuelta*".

El día 1 de enero de 1990, fecha de mi partida, aunque al final de la tarde, pues se trataba de un vuelo nocturno, con llegada a Madrid-Barajas ya entrada la mañana del día 2..., el día uno, digo, también por la mañana, después de desayunar en la cafetería-restaurante del Hotel, me hallaba yo en el Hall general, el que daba a la Avda. Máximo Gómez por su entrada principal, y cuya cristalera lateral servía de pared divisoria con el jardincito-terracea exterior donde se emplazaba la piscina. Estaba escuchando por el amplificador de la radio ambiental algunas de las mejores canciones de Isabel Pantoja, en la tranquilidad que proporcionaba la ausencia de aglomeraciones de clientes. Las melodías sonaban con cumplida y densa autenticidad. Pensé que un buen ensayo disertativo podría llevar por título "El Caribe, de español". De pronto acertó a sentarse en un sofá contiguo al mío una morenita, indiecita más bien oscura, pero en un tramo de colorido decididamente lejos del negro. Resulta que yo la había estado mirando durante los dos días anteriores, acompañada en el comedor y en las dependencias del Hotel por un hombre más bien bajo pero de complexión firme, sólida, atlética; rubio. Por lo tanto me pareció cosa vedada, y me pareció bien que así fuera. No obstante, en el momento al que me estoy refiriendo, de coincidir en el Hall, me acerqué a ella pretextando interesarme por su país de procedencia, ya que la había oído hablar francés, y yo, por comodidad perezosa, y por cercanía de testimonialidad había inferido gratuitamente que tal vez fuese de Haití; y así se lo pregunté, en ese idioma medio muerto a base de locuciones de subsistencia, pelada. Ella me dio a entender que sólo hablaba francés, efectivamente, y que procedía de Guadalupe. ¡Oh, Guadalupe – dije yo –, "l'île come une papillon" [la isla en forma de mariposa], a lo que ella asintió aseverativa y sonriente, halagada de que alguien hubiera identificado geográficamente tan rápida y con

tanto tino la característica más llamativa de aquella "Antilla". En mi pobrísimo francés, aunque ya con confianza, de resultas de su aceptación de aquella mi primera entrada, le indiqué las inevitables cosas: que me perdonara por abordarla de aquella forma; que yo sabía, porque lo había visto, que venía con un compañero; y que en definitiva me había fijado en ella porque la encontraba guapa... sí, guapa, bonita, "très jolie"; atractivamente guapa. La conversación fue cubriendo cotas de iniciación y calidez. Me dijo, o así me pareció colegir, que regresaba a casa esa misma mañana, y que ahora estaba esperando a su pareja; pero que en cuanto llegaran a Guadalupe... dejaba de ser su compañero; o sea, que se habían consorciado para estas vacaciones en Santo Domingo... y nada más. Creo que empecé a interesarla, sin duda alguna. En eso llegó el hombre rubio. Ella se levantó, se despidió de mí femenina y afectuosamente, y procedió a diligenciar algunos detalles en el mostrador de Recepción. Fue en el momento de verla partir en un coche..., en ese momento, y no antes, cuando mi alma desplegó su estructura configurativa de agonías y mortificaciones. ¿Para qué enumerar? Como siempre y como nunca. Me recriminé no haberla dado mi nombre y dirección, o algo así, amén de haberle pedido el suyo, los suyos, quiero decir. Y luego ya dejé desatada la recua de futuribles y de disparates. ¿Disparates? O no tan disparates, me dije. Había sido todo tan rápido, tan inesperado. Se había pasado del comienzo de la trama... al desenlace, sin pasar por el nudo... Aquella criatura rememoraba con mortificante fidelidad el reproche que dedica Segismundo a Rosaura en *La vida es sueño* por haber juntado el oriente y el ocaso, de tan subitáneamente que se sucedieron su llegada y su partida. También sentía yo calderonianamente que aquella preciosa antillana, para estupor y frustración del alma mía, había amalgamado el momento de superar su anonimato hacia mí, con su desaparición total. Hay cosas que además de leerse en las obras de literatura, ocurren; sí, le ocurren a uno. De momento, rogué al empleado de Recepción del Hotel que me facilitara el nombre de ellos... que acababan de salir para el aeropuerto, vuelo final a Guadalupe. Sólo estaba registrado el nombre de él, y una

dirección algo vaga, como de batalla. Pero lo apunté con cuidado. Luego pensé que le escribiría a él, al hombre rubio, y le suplicaría que le pasara mi carta... a ella, a su amiga; y contando con un formidable mecanismo de futuribles optimistas, tal vez la muchacha se llegaría a percatar de que yo era... el que era, y acaso, quizás, al fin podríamos entrar en conexión. Hasta me entretuve en redactar un primer borrador de dicha carta en texto bilingüe, que podría resultar así en su lado inglés:

Dear Sir:

First of all, please try to excuse the fact of my addressing you without a previous introduction. The point is that I am in the need to request a great favour of you. Remember January 1st at the Continental Hotel in Santo Domingo? Well, I happened to be also there and did exchange only a few words with your girl-friend while she was waiting for you on the hall, prior to your departure. It did not occur to me at that time either to ask her for her name and address, or to give her mine. And I would like to contact her. Everything passed so swiftly, both in my mind and in reality. I would greatly appreciate it if you could either let me know her name and address (please avail yourself of the envelope provided herein); or, as a second choice, hand her this letter and let her decide for herself whatever she may wish. The only truth is that I would like to know if she is willing to contact me, and, possibly, to meet me again, for which event I would be ready to effect the appropriate arrangements. I hope you understand and it pleases me to trust your generosity and openness of mind. Thank you in advance.

Con esto se hacía aparente una vez más la preciosa gradación de recursos anímicos que podemos desplegar, y cómo el margen añadido de dificultad condiciona, posibilita y hasta impulsa la puesta en marcha de nuestra voluntad, en busca de logros y superaciones. Fue ver partir a la morena, a la que acababa de saludar en el Hall del Hotel Continental, y comenzar a reverdecer todas las nostalgias y las desazones que no habían zarandeado mi alma desde hacía tiempo, con las excepciones..., y por lo que se refiere a aquel viaje, de Ingrid y de

Yocasta Jeanette. Fue ver partir a la guadalupeña y hacérseme en los entresijos de mi armazón un nudo de ansiedad y de deseo pisoteado; y a partir de ahí, la pugna por abatir escollos y superar campos de obstáculos. Ya digo: como siempre y como nunca. Pensé en otra posibilidad: volar a Guadalupe, contactar con Bruno Joulin (que así parecía llamarse el acompañante de mi ya amada) y llegar de esa forma, a través de él, a ella. Yo podría llevar a cabo una visita, todo lo más tarde, en Semana Santa, y aprovechar para matizar las nuevas ecuaciones líricas, tanto surgidas como por plantear, y con derecho a resolución, en Santo Domingo: Ingrid Bencosme; y Yocasta Jeanette Castellanos en todo caso; tal vez Marisa Aquino, además de mis amistades antiguas, siempre en la reserva: Cordelia, Cecilia, Virginia. Podría combinar una escala en Saint Barthelemy, arrancando desde Guadalupe, ligerísimamente al sureste, y dentro del sistema eslabonado de islas así llamadas de "barlovento"; saltar, como digo, a Saint Barthelemy [residencia de Cecilia en su nuevo status de mujer matrimoniada, y lugar que me había urgido fervorosamente a visitar, mientras ella estuviese allí], y luego a Santo Domingo, por ejemplo. Se imponía mirar el mapa y consultar el ABC de horarios universales aéreos. Las combinaciones serían: desde Santo Domingo a Guadalupe, Saint Barthelemy, y regreso a Santo Domingo; desde Puerto Rico a Guadalupe, Saint Barthelemy, y regreso a Santo Domingo; o finalmente, Guadalupe (probablemente vía previa Caracas), Saint Barthelemy, Santo Domingo. Una vez más primaba la auto-complaciente evidencia de la teleología inescrutable de los viajes. El mío de ahora estaba generando sus propios cometidos y finalismos sobre la marcha, después de haber reaccionado al estímulo de la simple novación; de la voluntad de liberarme del marasmo de lo ya conocido, del "más de lo mismo" de las secuelas de ranciedad y pochez del curso académico en Granada.

Antes de regresar allí, desde mi casa de Alcalá de Henares cursé la carta que he transcrito más arriba a Mr. Joulin, a Pointe-à-Pitre, capital de la isla Guadalupe. Una mañana en Madrid me pasé por una sucursal de Air France, en la que recogí un manojillo de

folletos sobre las Antillas más representativas, entre ellas Guadalupe. Los días antes de trasladarme al sur para comenzar el segundo trimestre del curso universitario en el recién estrenado 1990, me entretuve repasando una gramática francesa, el Perrier, que habíamos usado como libro de texto en el Bechillerato, y algo también el método Assimil, por si acaso. Un mes y medio más tarde, aproximadamente, recibí devuelta, por desconocimiento del destinatario, mi carta rastreadora de aquella indiecita oscura. Las cuatro chicas más de aquel viaje habían sido: la blanca morena y aria Ingrid; la casi negrita Marisa Aquino; la color café clarita Yocasta Jeanette; y la nativa de Guadalupe que por isleña de color oscuro y auténtico, luciente pedigree de cruce consolidado y asumido, equidistaba en tonalidad por igual de las todas otras tres. Cuatro mujeres, cuatro. Con Marisa y con Jeanette celebraría encuentros de intimidad en viajes posteriores; Ingrid seguiría siendo un referente de mi amistad con su familia, realidad por la que nunca me felicitaría yo suficientemente. La última, "last but not least", la guadalupeña, la innominada pero pensada y repasada por el corazón mío.

**Midori // Nancy Elena; Paquita: Río de Janeiro  
(Brasil) // Santo Domingo (República Dominicana),  
julio 1990**

Un año y medio hacía desde mi anterior visita a Brasil, la número seis, la de mi operación de cirugía estética en Petrópolis, a manos de Sonia Varella – que efectivamente se había producido en los últimos días de 1988 y primero de 1989, en que había tomado el vuelo de regreso a España, estrenando nariz nueva y nuevo "look". Aquel viaje terapéutico había sido excepcional desde cualquier ángulo de percepción. En la tesitura tan extraordinaria en que se desarrolló, fue el único en el que no tuve juntamiento placentero con hembra alguna, constituyendo, por lo tanto, un ejemplo fácilmente destacable en todo el panorama de mis andanzas. Asimismo, y a partir de algún momento cualificado, por lo que tuviera de reflexión y sopesamiento de posibilidades turísticas, es cierto que había jugado con la idea de combinar Brasil y la República Dominicana en una sola ausencia de casa. Mi última visita a este país la había realizado tan sólo medio año antes, y es posible que la temperatura emocional que alcanzaran algunos de mis proyectos entonces esbozados justificaran la dedicación de otra gira a corta separación temporal de la previa. En esto, como en todo, intervenía con capacidad casi decisiva el organigrama posible de vuelos. Por suerte, los puntos implicados en aquel triángulo de geografía intercontinental contaban con buenos medios de conexión. De momento, Brasil; de allí, de Río quiero decir, a Caracas directo y sin escalas; luego ya Santo Domingo estaba... prácticamente a las afueras, saltando un pequeño tramo del mar Caribe...

Pues bien, a por la triangulación, debí de decirme. El epígrafe que justifica mis notas de viaje reza: "Río o la continuidad truncada". Pocos encabezamientos contienen tanta substancia meditativa. Porque Río, desde mi primer viaje en 1978 en adelante, por lo menos hasta el que hiciese el número quinto, el del verano de 1988, había supuesto en cada uno de ellos un vademécum sostenido y magnificado de los

recuerdos de todos los anteriores. Se producía la magia evocadora de los motivos nada más desembarcar en el aeropuerto y comenzar a percibir sonido y olores, sobre todo; luego, el cromatismo de los volúmenes de los chasis de las personas, y la configuración poliédrica de todos estos factores en el ámbito, y de la manera con que mi alma los interpretaba. Por eso, no tanto en la materialidad de mis escritos – que también – cuanto en mis esquemas cosmovisivos, el rótulo que había encabezado la versión relatada de aquellas cinco primeras recaladas en Río era: "Río o la continuidad". Porque, en efecto, se trataba del mismo aire incorporado, la misma orquestación sociológica, los mismos lugares y personas que los regentaban o atendían. Ya vimos que el viaje número seis, el de mi intervención quirúrgica, supuso una nueva dimensión, incalculable en sus supuestos y no reductible a cualesquiera otros parámetros. Pero éste de ahora, el séptimo, advertía ya – de qué forma, no estoy seguro de poder precisarlo – unos signos de acabamiento. Imperceptiblemente, mitad por voluntad querida, mitad por adivinación del juego que pudieran dar las circunstancias, lo había compartido con un tramo continuado, como de compensación; advertida o inadvertidamente, me pareció haberme salvaguardado las posibles cotas de desencanto de Brasil, haciendo que mi viaje se prolongara a continuación hasta la RD, como si dudase yo de que los supuestos vacacionales de Río pudieran hacerse cargo de todas mis expectativas vacacionales, en el altísimo grado de las veces pretéritas. Sí, curándome en salud este doblete de destinos camuflaba en sus motivaciones no declaradas el recelo de que la otrora meca del esparcimiento, sola y suficiente, autónoma e incomparable, Río, no estuviese a la altura de las expectativas; y de ahí, el suplemento a continuación de mi otro paradero: la RD.

El caso es que esta visita a Río de 1990 hace mi número siete, y aunque de cada una de las dos o tres anteriores me venía diciendo que podría ser la última, ésta, la séptima, sí que lo ha sido. Hoy, ahora, un día de noviembre de 2004 en que me entretengo en desarrollar las notas que me llevé a casa conmigo, puedo certificar que estos más de catorce años de hiato temporal, lo único que han hecho ha sido

apuntalar mi certeza moral de que nunca regresaré a Brasil, a Río. Por lo tanto, el título de esta crónica "Río o la continuidad truncada" es tristemente certera. Esta vez, sospechando que iba a ser la postrera, me hospedé en el Copacabana Palace Hotel propiamente dicho. Desde luego que resultó una dimensión más proporcionada, mas manejable. En cualquier caso, y ajeno a cualquier otra consideración, los Apartamentos están cerrados por modificación. Mi amigo Branco, el de Recepción, me informan que ha sido "laid off", mandado al paro. Parece que una compañía norteamericana ha adquirido la propiedad de todo o de parte del complejo. Pasar desde la piscina al vestíbulo inmediatamente anterior al pasillo en que se hallan los ascensores, y ver el cordón de "hasta aquí se puede llegar sólo", me ha impresionado vivamente; me ha anegado la conciencia de recuerdos. Hasta creo que identifiqué a uno de los vigilantes o policías del Hotel, que, paseándose por el lugar de la "pileta" y provisto de uno de esos "walky-talky" me informó amablemente de los planes de reforma y modernización. Aquel incidente cerraba toda una época para mí; un periodo mítico en que desde la recomendación del multimillonario Edson Queiroz, compañero de avión Concorde desde Dakar a Río, en mi primera arribada a la urbe carioca en 1978, desde entonces, digo, los Apartamentos del Copacabana Palace habían desplegado todo el fulgor de su emblema en las cimas de mis apetencias y de mis previsiones. Ni siquiera me dio por pensar en cuál hubiera sido su precio actual, cuando dos años antes había rebasado las 35,000.- pesetas diarias; si bien, y en descargo de tan formidable cantidad, cada apartamento podía alojar hasta tres personas, haciendo uso de los dos lechos del dormitorio como tal, y del magnífico chesterfield o sofá-cama del salón-living. Tres años seguidos, 1978-79-80 había yo ocupado en exclusiva uno de aquellos fortines del confort y de la situación estratégica. En 1984, compartirlo con mi compañero de viaje, Huerti, había reducido el costo a unas cotas asumibles. Luego, mi siguiente y quinto viaje había experimentado aquella galopante remontada de precio. Tanto fue así que, por el consejo siempre sabio de Juan Nieto, me acomodé en el mucho más económico, y no mucho

menos operativo Toledo Copacabana, también allí, en plena Avenida Atlántica, inmejorablemente emplazado. Pero ahora era distinto. Como servicio de hotel convencional, el Copacabana Palace tenía habitaciones de todos los tipos: desde las suites, verdaderos apartamentos, hasta las individuales básicas como la mía, siempre de proporciones holgadas, con una sola cama amplia de 1'30.- metros, y un espacioso cuarto de baño. Y – váyase lo uno por lo otro – me hice asegurar que se podía subir compañía, cosa que años atrás no estaba del todo claro tratándose del Hotel. Así que, a disfrutar del Copacabana Palace, de sus servicios, de sus desayunos incluidos en el precio, de sus vistas, de la piscina, de sus salas para convenciones, de su vestíbulo, de su localización única.

Con todo, fue triste constatar aquel truncamiento de continuidad. El "Bolero" se ha convertido en un tipo de mini-galería comercial y cafetería, al parecer sin "show" de niñas de alquiler. Ahora se llama "1910. Les Champs Elysées", pero me dicen, para más fatalidad, que en esos días se halla cerrado por fallecimiento de su nuevo dueño; me lo dijo un hombre que se encontraba a la entrada del local cuando yo me acerqué con intención de trasponerlo. Se me olvidó preguntar si sabía de la existencia de mi amigo el camarero Ramos, el que se parecía a Antonio Machin. Sandra, "mi Sandra", mi novia de 1984 no está ya en su piso. Me dice el portero que, cree que está en Italia; que se ha ido a pasar una temporada con un amigo [Como yo la dejara una nota, unas fechas después de mi regreso recibo una tarjeta de ella. En efecto, la habían invitado a pasar un mes en Italia, y la había encantado. Preciosa y discretísima mujer que seguía despertando entusiasmos e invitaciones de tan señalado fuste como las referidas, por parte de "enamorados" turistas. No, mi alma no se había equivocado, ni tampoco parecían andar equivocados los que, como aquel italiano, habían festejado la feminidad persuasiva y los dones naturales de Sandra]. Me llamé imbécil y desgraciado por no disponer del teléfono de su madre, a quien, de no haber mediado ningún obstáculo u objeción, hubiera visitado con gusto. La trayectoria de Sandra se había discontinuado definitivamente de mi

vida. Alzira Custodio da Silva no está tampoco. Ha desaparecido sin dejar señas, ni rastro, ni nada. Recuerdo que cuando llamé a la puerta del apartamento que se ajustaba a la dirección que de ella tenía, medio abrió una mujeruca, con el pelo blanco, hirsuto, estropajoso; y con ademanes de perentoria negatividad, me dio a entender que perdía el tiempo preguntando. Nadie parecía conocerse en tales vecindades abigarradas, lo cual, y cuandoquiera que se haya tratado de un supuesto equiparable, ha trasladado a mi alma cargazonas de amargura y de pesimismo. Miríadas de criaturas cuya radicación pende de un..., de alguno de entre los innumerables cambios en la faz de los acontecimientos de su experiencia: vida, familia, trabajo... pueden variar de... aquí vendría bien el término "guarida"..., pueden cambiar de aposento varias, muchas veces a lo largo de sus vidas, sin que ninguno de dichos sitios constituya un asidero de permanencia de más de unos cuantos meses, acaso semanas, tal vez... Y eso que me consta que Alzira tenía un nivel de vida que podría considerarse digno y estable. La foto que conservo de ella la muestra sentada en un butacón de más de un cuerpo, con un mobiliario en su entorno, sencillo pero limpio y suficiente. ¿Qué ocurrió con aquella mujer? Igualmente, ida en el túnel de la desaparición. La continuidad de Río quedaba también truncada por la volatilización de Alzira, mi novia de 1988. A Tania Alfonseca, la vendedora de la joyería Roditi, la que tan buenas migas hiciera con las compras señaladas de mi amigo el cirujano de Bolonia, Antonio Dichirico, en 1988..., a Tania la encontré "mayor". Dos años justos la habían avejentado. Me dijo que la venta iba mal "porque no había turistas" ¿Que no había turistas? Pues no, aunque a mí me pareciera lo contrario. En realidad, lo que quería decirme es que los cientos y cientos de establecimientos de venta de joyas y piedras de esas bonitas y artísticas parecían a todas luces demasiados. Para que mi visita no escorase del todo del lado de lo personal e intempestivo, les cambié unos cuantos dólares, prácticamente a la misma proporción que en las casas oficiales. Juan Nieto no estaba ya en Río. Lo habían trasladado a Rosario (Argentina). Menos mal que le sustituía en el puesto su hijo Rodolfo, que aunque no se acordaba de mí [nos vimos

en la sede antigua del Consulado, de la rúa Duvivier, cuando él era un chaval], me atendió estupendamente. La conclusión general es que nos vamos haciendo viejos y algunos nos van dejando por el camino: muertos, o desaparecidos, o desplazados. Los que duramos más y mejor tenemos que hacer de fedatarios de estos sucesos. "Mejor contar que ser contados", podría ser el lema. De todos modos, la continuidad saltaba por los aires en diferentes partes de la secuencia. No había más remedio que adherirse a lo que quedaba, a aquello con lo que sí podíamos relacionarnos.

Están reparando el empedrado del paseo de la Avda. Atlántica de Copacabana, y es un espectáculo ver a una cuadrilla numerosa de obreros con uniforme de color butano tirando a amarillo, colocando los trozos de piedra, remolones y parsimoniosos, como con cierto desmañamiento, supongo que aparente, en cuclillas. Este es el segundo año en que estoy participando en el rito carioca de hacer *jogging* por las mañanas, a lo largo de la línea de playa. Luego, el desayuno sienta mejor. Después, la piscina; el resto del día para socializar. En el correteo matinal es cosa corriente encontrarse con ese linaje de señores mayores, de más de sesenta años, lustrosos, compactos, limpios..., que son el mejor ejemplo de una buena conservación, y que van dándose su carrerita.

¿Me volví a sentar en alguna de aquellas terrazas como lo hiciera en mis primeros cinco viajes? ¿Y si así fuese, en cuál? No tengo apuntado nada sobre el particular. Tal vez, al estar cerrado el Bolero desistiera de dicho entretenimiento, o por lo menos con la regularidad de antaño. El tráfigo de elemento de alterne femenino de los viejos tiempos parece haber decrecido. Todo tiene una Edad de Oro y un declive. Probablemente, la gente "mayor", que yo conociera en aquella primera época, haya muerto. Tal, la señora que se paseaba por entre los veladores con una serpiente enroscada a su torso. Aquí todo se hace en plan rústico. Hoy me fijaba en que las cuadrillas de limpieza de la playa llevaban un simple cepillo con el que amontonaban los desperdicios, que a continuación recogían con las manos y echaban en un como canasto metálico, en forma de sección

de esfera o bacia, sólo que más abierto, algo parecido a lo que sería la rejilla en forma de bóveda protectora de un brasero grande de los antiguos. Las piedras que forman el pavimento del paseo, y que siguen el diseño de ondas, de un rizo continuo de color blanco y negro alternados, van dejando bastantes calvas, cada vez más y mayores. En Copacabana se forman nubazos plomizos y densos. Por la mañana suele estar grisáceo en invierno, o sea, julio-agosto, fechas de mis visitas en pleno verano español; luego aclara, rato que se puede aprovechar para darse una zambullida en la piscina; a continuación puede volver a nublarse, y ya más tarde, a eso de las 18:00 pm. en que es casi de noche, ponerse sombríamente oscuro, como propiciando el batir del mar. Desde el restaurante Maxim's, en el que estoy cenando, se hacen visibles los trozos de crestas blancuzcas de las olitas deshilachándose, rotas y pulverizadas en babillas dispersas, en desglosadas burbujas. Efectivamente, a las 18:00 pm. locales (23:00 pm. en España) se ha... como cerrado la tapa del estuche del empíreo, pasando de gris, a azul oscurísimo, a cárdeno negro. Por la *promenade* de la playa siguen transitando, correteando o simplemente andando, los protagonistas anónimos de la vida carioca. El día 22 de julio me encuentro con que la camarera de mi habitación me ha puesto un florero con rosas rojas, y me ha renovado todos los elementos de higiene (sanitarios y de aseo y uso personal: servilletinas / paper napkins; jabones; cerillas, etc.) Se encontró con una propina que la encandilaron los ojillos un poco bizqueantes. Lo de las flores lo consideré como un toque de ternura intuitiva y amable. Percibo que han proliferado los programas televisivos sobre religión a cargo de los caudillos de las distintas confesiones, muy a la manera (no me atrevo a llamarlo estilo) de los USA. Los predicadores parecen tener el rollo muy bien aprendido, de memoria.

Mi único compromiso social en este viaje – y excepto los adquiridos conmigo mismo – era el sustentado por la familia Varella, sobre todo con la madre, Sonia, ejecutora de mi operación, y respecto de la cual, en su capacidad de cirujana especialista, mi visita a Río adquiriría justificación de paciente que se apresta a la primera y más

importante de las revisiones, la post-operatoria, pasado año y medio de la intervención. En segundo lugar Cristina, la hija segunda de Sonia, y a la que había invitado a pasar conmigo en España una temporada durante el verano de 1989. La verdad es que Cristina paró poco en mi piso de Alcalá de Henares, ya que, animosa y decidida, dispuesta a aprovechar su cruce del Atlántico, y su papel de turista en España, con mi beneplácito (i.e. con mi financiación gustosa, y a propuesta mía siempre por delante) se embarcó desde Madrid en una serie de excursiones a distintas partes del país. Cristina, la madre de Joanna, era una buena chica, deseosa de soltarse de la monotonía de su papel de madre joven y separada, inhábil de hacer en Brasil, de despacharse mejor dicho en Brasil, las dosis de independencia y flexibilidad que ahora, bajo mi patrocinio, España le brindaba. Cristina era una gran chica. De nuevo, el palio inquietante de la hija, de Joanna, se cernía sobre cualquier composición de lugar con la que mi espíritu pudiera entretenerse. La madre, con una hija en edad de merecer, no. Tántalo, no. Autoflagelación, no. Ejercicios de masoca, no. En mi historia emocional este ejemplo de doblete había aparecido como elemento enrarecedor y disuasorio de lo que, en otras condiciones, hubiera podido cristalizar como relación de pareja con la mujer en cuestión de que en cada caso se tratara. Repasaba mi conciencia el ejemplo de Victoria, la guía rumana de Bucarest, de 1972, interesantísima mujer que entonces, cuando nos conocimos, tenía una hija de 13 años que necesariamente hubiera acompañado a la madre, en las cualesquiera mutaciones sociales de geografía y status en las que esta última pudiera embarcarse. ¿Y yo en el medio? ¿Yo, amante más o menos a regañadientes de la madre, y espectador inerme de la floración perturbadora de la hija? No. Y con la búlgara Renata y la preciosidad de su hija Rálitza, lo mismo. Cuando en 1991 tuve ocasión de encontrarme con las dos al tiempo – y no hablemos de su otra hija, algo más joven aún, Boriána – todo programa virtual sobre el que la madre y yo concertásemos cualquier esquema de consorcio, devenía inviable por la realidad de la hija. Y lo mismo en Granada, con la entonces todavía bella María Teresa. A nuestras alturas de

cuarenta y algunos y de casi sesenta años respectiva y aproximadamente, la presencia de su niña de doce o trece hubiera constituido un cuña cismática de desazón y desarreglo; razones por las que ni siquiera me tomé en serio, quiero decir, con vocación duradera, el planteamiento del caso; mucho menos, su siempre incierta realización, claro. No sé si se me ha quedado en los recorridos de la memoria, así, de pronto y sin pretensiones exhaustivas, algún otro supuesto. Con los mencionados ya se forma soporte suficiente y justificativo. ¿Y ahora Cristina? No. Una y mil veces, no. Joanna, como traté de esbozar en anterior viñeta, tenía trece años cuando la conocí, y ya mostraba uno de los chasis más persuasivamente, más amorosamente hechiceros que un pensamiento estético se hubiera entretenido en anticipar. ¿Y ahora? Pues ahora tendría quince años, una preciosidad de garota que todo el tiempo que hubiera estado cercana a su madre y a mí me habría llenado la sangre de alfileres, de cristal desmenuzado y puntiagudo, perforándome hasta lo más recóndito del tuétano. No. El "no" sempiterno del que hablaba Carlyle. Y no, digo, porque en uno de esos lances le va a una la vida. No solamente no estoy dispuesto a disculparme por el hecho de que mi realidad psico-somática albergue, franca y operante, la tropía de haber juntamiento con hembra joven, no. Es más, mucho más. Es que no capto cómo podría ser de otra manera. Si yo, en la consecución, por no decir en la sola y simple declaración, de mis intenciones y de mis disponibilidades esgrimiera la más mínima trampa, argucia o añagaza de juego sucio, entiendo que "el personal" encontrara base recriminatoria contra mí. Pero no habiendo nada de eso, cualquier objeción o comentario de reproche sobre mi forma de sentir y percibir no puede deberse a factor alguno sino a la envidia, así como suena, la puta y amarillenta envidia, deporte tan practicado por el españolito. Y eso era lo que había ocurrido con Cristina.

Pero ahora estaba yo en Río y cumplía ir a verla y a cualquiera de la familia que quisiera dejarse ver durante los pocos, poquísimos días de mi permanencia. El piso de Cristina era una monada: aunque pequeño, suficiente para ella, su hija, y las esporádicas visitas que,

según me contaba, su todavía marido natural solía hacerla. No se me ocurrió mejor cosa que invitarles a todos, a todos los que en ese momento se encontrasen en Río, a cenar uno de aquellos días en la churrasquería Palace (antigua Leme) en la calle Rodolfo Dantas, que flanqueaba por el lado este la mole del Hotel Copacabana Palace. El lugar me traía reminiscencias de mi primer viaje, el de 1978, en que durante el curso de una cena pedí la venia a la orquesta que entonces nos amenizaba, a que me acompañasen con algún bolero de mi preferencia, que en aquella ocasión se trató de "La barca"... "dicen que la distancia es el olvido"... etc. Supongo que dejaría mi invitación para el día antes de mi partida. Hay un pequeño baile de fechas sin más transcendencia que el hecho de mencionarlo yo aquí y ahora; porque en nada afecta a la facticidad de las realidades producidas. Sonia me extendió dos recibos en papel timbrado, con su nombre y dirección: uno, como justificante de sus honorarios en concepto de mi visita médica a Brasil; y otro, conteniendo una recomendación de someterme a revisión durante otros tres años consecutivos más, cosa que hubiera implicado otros tantos viajes míos. Ambos recibos, justo es decirlo, debieron su emisión tanto a una petición mía, ante la previsión maximalista de tener que justificar lo que fuera o fuese ante las instancias españolas que también fueran o fuesen, como al deseo de todos nosotros de volvernos a encontrar y celebrar... eso mismo, el encontrarnos mediante la excusa, tan maniobrera en este caso, de una revisión de mi nariz. Ninguno de los dos recibos, vaya por adelantado, ejerció virtualidad alguna en España, en los cualesquiera aspectos posibles de compensación económica o de justificación laboral, puesto que mis desplazamientos, obvio es también decirlo, se habían efectuado siempre en temporadas *no* lectivas. Digo lo del despiste de fechas porque en ambos documentos Sonia estampó la del mes de septiembre de 1990, cosa absolutamente errada. La otra actuación para la que no dispongo de día preciso, como digo, es la de mi invitación a todos los Varella a cenar a la churrasquería Palace (antigua Leme, en la que me permitieron cantar el bolero "La barca" en mi primer viaje). Para

entonces Beatriz se había separado definitivamente de Raúl y se había emparejado con Jorge, un argentino simpático y activo, que regentaba una agencia de viajes. Así que nos juntamos los cinco: la madre, Sonia; las hijas, Beatriz y Cristina; el otro marido de Beatriz, Jorge; y yo. La especialidad de estos restaurantes son los espetos gigantes, verdaderos pinchos del tamaño de una espada o sable, o hierro de atizar las chimeneas, en los que se ensartan diferentes pedazos de carne, con arreglo a todas las modalidades posibles: desde la menos hecha a la más pasada; de tal o cual parte. Al cliente se le muestra el pincho arrebuñado de trozos de carne, y a su elección el maître va cortando lo requerido en cada caso con un cuchillo de gaucho. Se puede uno servir de poca en poca cantidad, de manera que, como el surtido no deja de pasar por la mesa, es posible probar tantos tipos de carne como se quiera. Otra modalidad que me agradó, y esto en lo referente a las bebidas espirituosas, es que las botellas, digamos de cognac o de whisky (güisqui) llevan marcada en resalte en el lomo del vidrio una escala en centímetros o en particiones menores, de forma que el usuario consume lo que le place y la empresa sólo tiene que constatar los niveles y cobrar en consecuencia. Así se evita el trasiego del camarero de servir cada vez que se desee una copa.

La palabra "cansativo" (agotador) es extremadamente descriptiva, sémicamente plástica; algo que no creo que exista en castellano. Por otra parte, me ha extrañado no escuchar *lambadas* con la intensidad o profusión que me hubiera parecido conforme a su éxito en otras partes. Otra palabra que me llama la atención es la de "aposentado", jubilado, retirado. El portugués parece encerrar en sus términos un sentido más descriptivo y más completo que el equiparable castellano. Es como si se hubiera aprovechado de la semia original de ambos y a partir de ahí hubiera confeccionado un término que incorpora tanto la primera significación como un componente añadido de descripción completa. Ejemplo: el que acabo de citar, "aposentado", que quiere señalar el hecho de haber dejado el trabajo oficial, y *además* haberse uno aposentado, sentado sobre las posaderas. En la habitación del hotel, encima del mueble principal,

dejan un triangulito de cartón con información en inglés y en portugués sobre algunos de los servicios: (Inglés) "Pergola [restaurante] very informal with a view to the sea" (Portugués) "Muita descontração..."; o sea, muy suelto, muy 'descontraído', muy libre de ataduras y formalidades. En español castellano las mejores expresiones acaso fuesen: "Muy poco protocolario", "muy espontáneo". "Cansativo" ya vimos, "que produce cansancio; que agota". "Esclarecido": "que tiene el juicio lúcido, claro". Me estoy refiriendo, por supuesto, a las palabras o modismos que de alguna manera se hubieran afectado a mí, en mis conversaciones con los Varella o con algunos de los empleados del hotel. Una cosa comienza a adquirir notoriedad, y es que el español, como lengua técnicamente no nativa, es el idioma más usado juntamente con el inglés. Sorprende gratamente comprobar que a la pregunta: "¿Habla Vd. inglés?... ¿español?" la respuesta suela ser "español", dando por entendido que uno no se maneja en portugués brasileiro con entera competencia. Tengo solamente una mención más que hacer en lo concerniente a fechas, y es que en ausencia momentánea del único documento que me podría puntualizar con rigor estos extremos, como sería la matriz o resguardo del billete aéreo, debo atenerme a las muy escasas especificaciones de mis notas de relato a pie de ocurrencia. "En Río me suele pasar siempre igual; y es que al comenzar a prepararme para la marcha, parecen como coordinarse los pequeños sistemas inconexos del tiempo anterior. Así este año, en que el día 23 lo dediqué a estar solo y a recoger velas, disfrutando de la estancia en el Hotel, aun a costa de pagar medio día más de derechos de alojamiento". He transcrito textualmente lo que dejé redactado en calidad de notas. Deduzco que debió de tratarse de otro día cualquiera cuando me decidí a visitar el establecimiento "Nipon Bath House" que se anunciaba en el folleto turístico *Río este mes*. Se hallaba en el sector de Ipanema, y quiero recordar que me dí un paseo hasta allí. Para los más legos diré que la playa de Ipanema es la que se halla a continuación de la de Copacabana, y prolongada en línea recta tan sólo por la de Leblón, con lo que convencionalmente se termina la secuencia playera de la

Bahía de Guanabara. La sede de esta "sauna" japonesa era curiosa: ocupaba un pisito en el que había instalado un baño con grifos de agua a presión: pequeñito todo, separada esta sala de baño de otra habitación, por una cortina de bambú delgadito. La secretaria (que así se hacía llamar) era una chica rubia y atractiva, pero que me dio miedo por su laconismo y sobre todo por mi estado de ánimo. Aquello era una japonesada en pequeño, algo recóndito, muy por debajo de los centros de Bangkok sin lugar a dudas. Me encontraba tenso: lo de pedirme el dinero de entrada es un detalle que separa el estilo de las thailandesas de cualquier otro. Se me notó que no quería separarme ni un segundo de mi bolsa de documentos y útiles de andar por la calle. Y cuando me dijeron que pasara a la habitación del relax/masaje propiamente dicha, tanto se me debió de notar, que la chica secretaria me trajo el surtido de bolso, pantalón, slip y camisa, todo junto. El masaje y el servicio me lo suministró una japonesa, nacida en Brasil de padres nipones. Era simpática. Me ayudó a sobreponerme del sentimiento de inseguridad e indefensión que me habían propiciado los aposentos. Hacía cierto tiempo que no había estado con mujer, y pasado el tramo de caricias y masaje de espalda – posición en la que la geisha me había pedido que me colocara mientras ella se había desnudado sin que yo lo hubiera visto– me di la vuelta, ávido de hacerme una idea de cómo era en traje de Eva. Comenzó a frotarme el glande suavemente, y a las primeras manipulaciones puse perdida la labor de limpieza de barriguita que me había efectuado Midori (pues tal era su nombre, me dijo). Los cien \$ USA que pagué no me parecieron excesivos en función de mi reencuentro con la aventura de lo sexuado, y por el hecho de haberlo compartido con una japonesa, tipo de mujeres que – me di cuenta – pueden ser muy dulces y cordiales. Midori era de mofletitos arrebuajados y muy morena. Usaba una esponja que empapaba y escurría en un tazón grande, y me vertía ungüentos de un envase con pitorro, a través del cual, mediante la acción de oprimir, salía un chorrito. No puedo asegurar, como antes advertí, si este desahogo lo celebré el día 23 de julio, fecha en la que a tenor de la literalidad de la nota que dejé transcrita más arriba y en la

que según todos los indicios cogí el vuelo de noche para Caracas..., o si se trató de otro día. Desde luego, hecho quedó y es lo que importa. Jorge y Beatriz me llevaron amablemente al aeropuerto. Se trataba de un vuelo de unas cinco horas y media, por encima de toda la parte más extensa de Suramérica, la que nos recuerda la sección más mollar de la forma de jamón que puede parecernos la América del Sur. Era julio de 1990. Más de 14 años después, ahora, noviembre 2004 en que recojo y organizo estas impresiones, sigo sin haber regresado a Río. Esta séptima vez, que incorpora la viñeta presente, parece ser la definitivamente última.

El viaje Río-Santo Domingo se descompuso en un primer tramo de cinco horas y media a Caracas, ya dijimos; una espera en tránsito de otras casi cinco horas allí en el aeropuerto Simón Bolívar; un vuelito con la línea Aeropostal, filial de VIASA, a Curaçao de 35 minutos de duración; y un tercer tramo ya, de una hora, a Santo Domingo. El avión usado para los vuelos desde Caracas, un DC 9 tipo grande, para ciento veintitantos pasajeros, que iba de bote en bote. Un par de cosas reseñables de la espera en Caracas. Como se trataba de un rato más bien largo, las autoridades policiales – y por eso de que todavía las relaciones sobre temas de emigración entre Venezuela y España no estaban homologadas a nivel recíproco – y en la persona de una empleada uniformada del aeropuerto para materias de seguridad y vigilancia, se acercaron a mí, y después de cerciorarse de que provenía, efectivamente, de Río y me dirigía a Santo Domingo, y que por lo tanto estaba en situación técnica de pasajero en tránsito o espera obligada, me reclaman, muy amablemente, eso sí, el pasaporte. ¿El pasaporte? ¿Por qué y para qué? Bueno, lo de *por qué*, porque así se lo habrían sugerido a la agente sus ordenanzas, su normativa. ¿Para qué? Era sencillo. Estos indios venezolanos experimentaron a partir de los años veinte del siglo pasado un considerable *boom* económico y laboral proveniente de la explotación de los campos petrolíferos. Venezuela se convirtió y siempre en parámetros comparativos y asumibles, en un país de inmigración. Sabido es que miles de canarios se trasladaron a las tierras descubiertas y conquistadas por Alonso de

Ojeda. Y por esas cosas que pasan, la legislación venezolana, un poco así a bulto y al buen tuntún, seguía manteniendo un control rutinario de todo pasajero en tránsito, susceptible de querer quedarse ilegalmente en el país. Creo que tuve suerte. Creo que la mujer lo entendió medio en broma medio en serio. ¿Podía sospechar ella que yo, ciudadano español, a la altura de 1990 tuviera la necesidad o la disposición de ánimo de pretender escurrirme ilegalmente para residir entre aquella camada de indios? ¡Venga, hombre! Yo era español, pudiente, rico en esencias de todo tipo, que venía de vacaciones en Río de Janeiro y me proponía seguir vacacionando en Santo Domingo... yo, en tales circunstancias... ¿iba a pretender quedarme 'de extranjis' entre aquella comunidad? ¡venga, hombre! Pero las normas eran las normas, aquella funcionaria cumplía órdenes. Con todo, le dijo que... y se lo dí a leer... que los portadores de un pasaporte español [y supongo que los de cualquier otro país, dicho sea de paso; pero se trata de magnificar la retórica administrativa]... en ningún momento debían separarse de tal documento, ni permitir, excepto por la fuerza inevitable, que se les separase de dicho documento; así que, la solución se nos presentaba fácil: que si las autoridades aeroportuarias albergaban la más mínima duda o temor sobre mi proceder durante aquel tiempo de espera técnica..., que me llevasen donde fuera; que me recluyeran si así lo consideraban pertinente; pero que yo, excepto por la fuerza, no me separaba de mi pasaporte; y que iría donde él fuera. Tan de sentido común eran aquellas razones, que la mujer se avino... a no hacer nada; simplemente a recomendarme que no me dispersara mucho de aquel lugar; que no me alejara. Pues claro, ¿y adónde podría alejarme, si mi concernimiento era el de coger mi próximo vuelo y salir de Venezuela? ¡Partida de indios éstos! En aquel largo rato de escala técnica conocí a un abogado dominicano, Santiago Sosa. Charlando sobre temas jurídicos, me comentaba que el Código Civil de la RD es el Código francés, el Code Francais napoleónico que teóricamente debería haber sido "traducido y adaptado", pero que tan sólo se tradujo.

Curaçao es pintoresco. Una extensión de casitas coloniales. Desde el avión se ve que el puerto está bien dentro de un estuario o brazo de mar que penetra, y al que salva un gran puente, que data de 1975 o así, fijo, con un vano de unos 80 metros y gálibo suficiente para barcos de mediano tonelaje. Pensaba en el poema de Carlos Pellicer "Pásame el puerto de Curaçao / isla de juguetería". También recordé a María Neef, mujer del eximio AE. Hasta ahora que, según me decían, comienzan a potenciar las prestaciones turísticas, Curaçao no parece haber tenido más desarrollo económico que el propiciado por las instalaciones de potabilización de agua del mar, y por las refinerías de crudo que, efectivamente, destacan como una barricada de cilindros y chimeneas erguidas entre la línea de costa y el resto de tierra que constituye la lengüeta isleña de Curaçao, con Wilhelmstadt por capital. Al enterarme, una vez que despegamos de Caracas, de que íbamos a hacer esta escala me contrarié vivamente. Ya se sabe: un aterrizaje y un despegue más, y el consumo consiguiente de tiempo. Pero conseguí transformar la necesidad en virtud, y tengo que reconocer que la escala me resultó informativa e interesante. Observé que entre los nativos de la isla se incluyen unas etnias francamente poco agraciadas: negrazos de labios gordezuelos y pelo escarolado y estropajoso; ojos como con una bombillita roja dentro; algo parecido a una mezcla de indonesios, maoríes, polinésicos y filipinos... feos !!

Ya en la RD, parece que el Presidente Balaguer ha decretado que todo visitante turista tiene que efectuar a la entrada en el país un cambio mínimo de 100.- \$ USA. Este decreto creo que es el así llamado 200-90. El dólar USA lo pagan a 8'5 pesos RD, oficialmente; y a 10'50 en el mercado paralelo. El gobierno de don Joaquín Balaguer se está sensibilizando cada vez más respecto del problema inevitable del mercado "libre" de la divisa: se difunden anuncios en toda suerte de sitios públicos, sobre la prohibición de transaccionar en cuestiones de dinero, etc., pero al mismo tiempo se pone de manifiesto la extrema conveniencia de hacer la vista gorda e instrumentar una política permisiva, sobre todo con los extranjeros. He recortado un editorial del periódico *Listín Diario* de Santo Domingo, muy inteligente, sobre

l a *cantidad* y *calidad* del turismo que la isla recibe; firmado por Carlos Perellano, se titula "Dólares turísticos".

Este es mi cuarto viaje a la RD. Y lo primero que agrada es comprobar que la emisora de radio con la que inicialmente sintoniza uno en la habitación del Hotel, es de música, con la mayor abundancia de canciones españolas que se pueda imaginar. Desde mi room 704 del Continental se ve el mar, a unos 600 metros aproximadamente. En casi ninguna sección de la ciudad hay playas. El cuarto dispone de un cierre de seguridad en forma como de horquilla: se dobla sobre el plano de la puerta, y al abrir con dicho seguro puesto, su cabeza redondeada queda encajada en la parte estrecha de la dicha horquilla; mientras que en posición de puerta cerrada, la bola está holgada en el ensanche inicial del hierro. Hoy día 25 de julio, miércoles, fiesta de Santiago, ha caído uno de esos típicos chubascos violentos, copiosos, de corta duración; parece que el tiempo tormentoso lo propicia una borrasca o vendaval llamado Arturo. Menos mal que el calor húmedo, aunque desagradable para el cuerpo en general, le va bien a mi garganta. Como digo, desde mi habitación 704 se divisa el mar; y entre medias, espesura verde oscuro con casas dentro: árboles tipo tropical, tupidos, todos distintos dentro de su recíproca contigüidad: entre el glauco profundo, algunos despuntes en corola de plantas o arbustos rojos, rosa pálido o amarillo. Se pueden dar los 55.- \$ USA diarios por el panorama. Lo más molesto del sistema de precios y servicios en la RD es la cadena en cascada de impuestos que acechan a las facturas del Hotel, por ejemplo. Al precio base o matriz hay que sumar un 21 % en concepto de... propinas legales, de suministro de energía, de consumo de esto y de aquello, como si uno pagara la habitación de un hotel sin derecho a agua, a luz, ni a ascensor. A las 19:30 pm. comienza a anochecer, sin que ello obste para que en esos recesos cárdenos que dejan los nubazos después de descargar se vea un preludio inminente de crepúsculo en picado a cualquiera que sea la hora del día. Ahora a las 19:40 pm. la oscuridad, caída como en un sabanón de golpe, se ha hecho con todo el ámbito y sólo permite los focos de algunas bombillas y faros de automóvil.

Ese 25 de julio estoy con Cordelia: la encontré guapa y bien conservada, pero nuestro consorcio de pieles y de alientos tuvo mucho de fraternal. Me dice que gana 700.- pesos al mes; o sea, unas 12,000.- (doce mil) pesetas al cambio real, que, según también me informa, es el salario mínimo, por cuarenta y pico de horas a la semana. Entra a las 08:30 am. y sale a las 18:00, con unos intervalos para un refrigerio y para la comida, que se efectúan en el lugar del trabajo. Una de las experiencias más demoledoras, nihilizadoras y desesperantes es la de la desaparición, la volatilización de las personas, de los números de teléfono, de los signos identificativos de dichas personas de un tiempo para otro. Nadie sabe nada de nadie, aun habiendo sido vecinos. El rompimiento de un solo remache en la cadena transmisora, en normal estatismo y debido tan sólo al transcurso del tiempo, acarrea la licuefacción total del cuerpo facticio, material de la persona. Nadie sabe nada de aquél que ha ocupado el habitáculo que este último ahora está ocupando. Me ocurrió en Brasil con Alzira Custodio da Silva, y con Sandra Fonseca; y aquí en Santo Domingo, con Cecilia del Carmen Matías; con Brunilda Vásquez; con Ramonita Rodríguez (estas dos acabadas de citar, en relación con el viaje a Haití que efectué); con Alma, la hermana de "Chino". Es la ley inexorable de la carencia y del desapego: las criaturas se van descomponiendo, destruyendo hasta volatilizarse, en ese proceso sin parar de perseguir algo menos precario que aquello de lo que escapan. Total, ¿qué raíces puede generar un aposento sórdido, sub-arriendo enésimo de una vivienda que roza la infrahabitabilidad? Pues ninguna. Por parte de quienes no tienen nada que perder sólo provoca la disposición de pretender el imposible de desglosarse de su propia sombra, corriendo con el sol de frente.

Sigo considerando que uno de los atributos más graciosos y chocantes de esta gente en cuanto a la fonética es la transformación en *l* de la *r* (Puelto Rico) en ciertos casos: en las mujeres es un motivo ameno de pintoresquismo. En las interrogaciones que comienzan por "¿Cómo?": "¿Cómo está Vd.?", no se invierte, sin embargo, la posición del pronombre "¿Cómo [que] tú estas?", como sucede en los

giros afirmativos: "Yo no sé dónde que tú vas". En el Hotel, mientras que esperábamos el ascensor en el pasillo del piso 7°, un empleado de mantenimiento nos regaló unas frases preciosas, conteniendo terminología altamente discriminante: hablaba de alguien "propincuo" (por *propicio*) a hacer tal o cual cosa; también empleaba el vocablo "cacharrazo" por *golpe*. La expresión "de una vez" significa aquí "en seguida; ya mismo; inmediatamente". La gente dice "antier" por *anteayer*. Comienzo a leer la prensa dominicana sistemáticamente. Creo que lo declaré ya en una viñeta anterior: Había dejado dicho en Recepción que cuando llegase el repartidor de periódicos para el suministro diario al Hotel, que subiera a mi habitación para venderme los tres o cuatro diarios que solía servir: *El Siglo*; *Listín Diario*; *El Nacional*; *Hoy*, etc. Acaso alguno de los que he mencionado fuera publicación de tarde, pero los dos primeros eran inequívocamente mañaneros. Sin ir más lejos, la pg. 3 de *El Siglo* de jueves 26 de julio está totalmente ocupada por una carta abierta "Al Honorable Señor Presidente" de los responsables de una financiera de urbanización, en demanda de unas medidas de protección de sus intereses sobre edificaciones turísticas. Es éste un sistema muy directo que se emplea en el país: la persona o entidad que lo tenga por conveniente apela a esta forma de buscar justicia abierta, mediante la inclusión de su petición en forma de carta en uno de los diarios nacionales, al Presidente del Ejecutivo. Conmueve la estrategia directa, palmaria de estas apelaciones a la persona del Presidente, en busca de solución a unas demandas que, según parece, corresponde sancionar al poder ejecutivo, el cual, en estos vice-países personalistas gobierna la vida nacional a golpe de decreto. Raro es el día en que no se publica una carta o escrito dirigido a la máxima magistratura de la nación en petición de las reivindicaciones o aspiraciones que fueren. En ese mismo número, pg. 12 B, me encuentro con la siguiente frase: "El tema con el que pretendo ahora *atafagarte* nada tiene de novedoso" [León David, *Herejías epistolares*, "Divagaciones en torno al intelecto"] Tiro de diccionario y constato los sentidos de "aturdir", "sofocar", "importunar", "molestar" para el término subrayado.

Mirando desde la ventana de mi cuarto hacia el mar he visto uno de los pocos barcos, a aproximadamente dos kilómetros de la línea de costa; cabeceaba ante el oleaje causado por el huracán Arturo que, no obstante, al acercarse a Santo Domingo estaba ya debilitado según el parte meteorológico. Tengo recogido en mis notas: "El 25 de julio estuve con Tomasa, a quien en cualquier referencia futura y eventual nombraría diminutivamente Tomasina. Trigueñita (como me puntualizó el señor vigilante de noche), iba embutida en un vestido de una pieza, color verde violento y oscuro, muy bonito, con estampados geométricos – palitos, rayas, figuras asimétricas – de color negro. Le dije que andaba metida en una jungla verde con motivos de vudú (por el 'black magic' negro de los dibujos sobre el verde). Andaba con una amiga, Mary, que al fin se quedó con un conocido suyo a quien vimos en el comedor. Creo que así estuvo bien: mi programado "doblete" acaso hubiera fracasado por falta de fuerzas; porque el caso es que me encontraba perfecto de motivaciones". ¿Quién era esta Tomasina? Una de las más acusadas desazones que produce el tiempo, los años en que nos consumimos en nuestro restregarnos contra y dentro de él, es eso: la de difuminar los contornos; la de desleír las líneas distintas y desleír los trazos que delimitan y fijan las fisonomías. Tal es la memoria, una, la primera de las así llamadas potencias del alma. Nos hacemos la ilusión de que la flota de nuestro patrimonio intelectual está fija, surta, bien anclada; y cuando nos queremos hacer a la mar en la recitación de una pequeña travesía, nos encontramos con que las amarras de nuestra nave capitana se han soltado; que nuestra retentiva se nos ha quebrado en un punto, ha malogrado su secuencia, creando un vano, blanco o vacío entre las mitades o partes de que trate nuestra aventura. Tal con las personas, con los nombres, con las realidades concretas. No me acuerdo de Tomasina; si acaso, en un despliegue puramente voluntarista, debo y puedo asegurar que, con arreglo a mi descripción, me resultó agradable.

Los limones aquí son redonditos y chiquitajos, pero apretados como piedras y rebosantes de jugo: la cáscara es amarguísima. Los suelen servir en secciones de esfera y son de color verde botella

oscuro. Algunos de los árboles que se divisan desde mi habitación, y desde cualquier lugar en la calle, se llaman "flamboyan(t)es", "tropicanas": los primeros podrían ser los de la cúpula con flores rojas, ¡quién sabe! Estamos a viernes 27 de julio. Continúo concienzuda y sistemáticamente repasando la prensa dominicana. Del diario *Hoy* de esta fecha destaco: "lo que nos dijo una gorda pelagandules y monda vainitas", en "Temas", pg. 4B. Y también: "Un periódico comunista publicó que al Palacio Nacional llegó una cuenta por RD \$ 350,000.- por consumo en restaurantes... hecha por funcionarios de la casa de gobierno... El Presidente Balaguer se negó categóricamente a que el gobierno cubra la deuda... Que los funcionarios que se dieron sus harturas, que paguen ellos", pg. 2 (el subrayado es mío). Reitero enérgicamente mi impresión sobre lo fascinante y alertador de realidades que es el intertexto sémico que se acomoda en los espacios diferenciales de los 'idiolectos' de las Españas. Supongo que se habrá estudiado el volumen total de entidad expresiva que se aloja en los receptáculos de toda la comunidad hispánica, si considerada en bloque. Hoy día 27 me ha contactado "Chino" (José), hermano de Alma, pero no suelta palabra sobre ésta. Por cierto que ayer Tomasina me hablaba de la costumbre que se conserva aquí de que los niños besen la mano de sus papás. Y hoy también, siempre día 27, me he acostado con Mary, la amiga de Tomasina. Me llamó a eso de las 19:30 pm. haciéndose la disponible. Supongo que Tomasina le diría el estupendo regalo de \$ RD 500.- (unas 6,000.- pesetas) que le hice a ella, y Mary se apuntó a la tómbola que siempre toca. Estuvimos sólo una media hora, justo el tiempo para penetrarla y sedarme dentro de ella. Tuvo el buen gesto de ducharse antes de entrar al lecho, aunque venía arreglada, algo llamativamente, por cierto, con una camisa abierta por la espalda y un pantalón ajustado, ambos de color encarnado, supongo que 'flamboyante', palabra que así, a bote pronto, y con un rigor etimológico de andar por casa en zapatillas, suena que procede de "flamma" (llama) y de "boyante" (con marcado esplendor). Era un poco más morena que Tomasina, y su pelo, crespo y compacto, dispuesto en tres penachos, uno central y dos laterales, dejaba escapar

un somero olor como de crepé, no desagradable; raro, tan sólo. En general, una blusa ajustada negra, contrastando por abundamiento añadido con el fondo marrón oscuro de la piel a la que se articula, y una falda amarilla holgada, tipo campana con vuelo, más zapatos negros, es un modelo natural y precioso para estas nativas cuando son airosas y guapas. Suelen llevar una ropa interior decididamente colorista: braguitas sucintas o tangas, mínimos trapitos de colores resaltantes. Tomasina portaba un triangulito azul, creo que con ribetes rojos, y en la parte de detrás se leía: "Pollution free". Un tema de sutil inquietud diferencial en los estamentos sociales es el que proporciona la siguiente ecuación: dominicano, partido por todo tipo de color y/o de etnia, igual a hispano parlante; ciudadano USA, partido por etnia blanca y/o negra, igual a angloparlante. Estas ecuaciones adquieren su más agudo y controvertido desajuste respecto de la retina de un europeo como yo, cuando un negrazo, feo (acomodable étnicamente en los estratos menos acreditados, digamos para entendernos) se destapa hablando exclusivamente el inglés, que naturalmente corresponde a su condición de ciudadano USA. Aquí la razón del idioma se pretende imponer sobresaliendo y primando sobre el factor a todas luces más palmario del tinte del cuero. En casos tales, el negro feo pone todo el énfasis en su ciudadanía (Puerto Rico; USA) y en su lengua madre, el inglés. Desde cualquier sofá del lobby del Hotel Continental se puede comprobar dicho fenómeno con asiduidad sostenida. De lo que se deduce, que la categoría impuesta por el color de la piel cuenta lo primero; lo que pueda seguir no es más que un intento de afectar esa realidad principal. Definitivamente, el tipo de negrito *well-to-do* puertorriqueño, con sus retazos de prepotencia delegada, vicariada en precario – pero siempre en términos comparativos, arrogante ante sus vecinos, los 'pobres' dominicanos –, me carga. Ahora mismo en la Recepción hay uno que lleva puestas rodilleras de adorno que le cubren buena parte de las espinillas y del muslo; y que además no se quita los auriculares conectados a una cassette de música que porta entre el brazo y el riñón; y ante una melodía de Rocío Jurado que se escucha, se permite la malsana y

grotesca libertad de remedarla en tono medio minusvalorativo por medio de palabras de la canción que semi-pronuncia malamente. Le oí decir "terti" [thirty], o sea, en americano yanqui simiesco. Y el fulano, que es feo de cojones, lo grande es que, por lo que se infiere de sus ademanes desenvueltos e irreverentes, se debe de sentir guapo. ¡Para darle una mano de hostias al pedazo de adefesio de tío! La gente va con paraguas de lluvia normales para protegerse del sol: la mayoría son de color negro; otros, los menos, de colorines.

El día 28 de julio me ha deparado ocurrencias diversas. En la redada de lectura matinal de la prensa, destaco lo siguiente: "Emisiones inorgánicas" de dinero; es decir, emisiones sin respaldo en divisas o materias preciosas de garantía. "Nuestro consejo es que deje su *garabato* como está y no pierda el tiempo", *Listín Diario*, sábado 28 julio 1990, pg. 2 (el subrayado es mío) [sobre la conveniencia o no de poner una nueva firma al renovar documento. Pregunta de un lector a la sección "Línea Directa" del diario, que lleva Santiago Estrella Veloz]. "Los trabajos fueron adjudicados a los ingenieros Enriquillo Tejedo... y", *ib*, p. 5 [sobre inauguración de un camino vecinal en Juncalito; y resaltando lo gracioso que me resulta este diminutivo de nombre de persona]. Por la noche conozco a Nancy Elena, prima de Julie, mujer de José "Chino", hermano de Alma. Nancy es trigüeña oscurita, con el pelo a lo afro. Tiene cara de niña y cuando mueve los ojos es como si revolviere dos farolillos blancos que tiene por globos. He hecho proyectos de estar con ella y hoy, día 29 me hallo impaciente y sobre ascuas porque no sé si se va a decidir a venir al Hotel. Sigo leyendo prensa: "El coste de un levante" es el título de una crónica en *El Nacional* de 29 de julio, p. S 4. "Levante" quiere decir conquista, ligue, rito en granjearse la aceptación por parte de una mujer. El árbol de marras se dice *flamboyan*. Otro característico es el mango, que se da en el patio donde se encuentra la piscina, la cual, por cierto, es muy parecida en tamaño y diseño a la de nuestros amigos alcaláinos "los Guanis". Y hay todavía otro árbol conocido como *lí*a o rompevientos (árbol o arbusto, que no estoy seguro de ello). Voy a transcribir literalmente un párrafo de mis notas de viaje: "Aquí lo que

más le exaspera a uno es la carencia de rigor que la gente se gasta respecto de eso que entendemos por tiempo. En cosa de 48 horas se han perpetrado a costa de mi observancia de tal noción dos o tres plantones, por no haberme avisado en su momento. Una sociedad que no observa tales condicionamientos difícilmente saldrá de la penuria y del sub-desarrollo". Hasta aquí la textualidad de la nota. Por desgracia no puedo saber a qué tipo de citas me refiero. Hoy, día 17 de noviembre de 2004 en que me he puesto a redactar esta viñeta, en mi habitación del Hotel Casablanca de Granada, echo de menos las carpetas donde conservo las cartas de... prácticamente todas las chicas que aparecen mencionadas en mis escritos. Claro es que con algunas mi correspondencia fue más frondosa y duradera que con otras. Salvaguardando algún posible – aunque improbable – extremo de confidencialidad no declarable, el contenido de dichas comunicaciones se incorpora naturalmente al argumento y a la coherencia de mis relatos. No descarto que en mis próximas entregas, y en lo referente a la RD, a la que dedicaría un total de 14 viajes hasta 1994..., no descarto, digo, servirme de alguna de estas cartas con el fin de arrojar luz, un poco a redropelo, sobre secuencias pasadas, pues tal parece ser ahora mi necesidad. No puedo asegurar si fue en éste o en el siguiente viaje cuando estuve con Nancy Elena, la prima de la mujer de "Chino". Y con quien sí que tuve que yacer necesariamente fue con Marisa Aquino – cuya personalidad quedó rescatada en mi anterior reportaje – a tenor de la nota que consigné en mi papeles "de campo": "Ayer día 30, cuando la llevaba a su casa a las 12 de la noche, en un taxi del Hotel Continental, en una intersección de avenidas nos abordó un chaval vendiendo ramilletes creo que de cuatro rosas, al precio de 10.- pesos. Por supuesto, le compré uno a Marisa. Me pareció curiosa le hora de operar los vendedores, pero tiene su sentido, después de una sesión de intimidad y/o sexo, el relax emocional y de cortesía de las flores". En sendas cartas tuyas anteriores, de 9 de abril y de 6 de junio respectivamente, entra al trapo del juego más o menos intimista. Me escribe en la primera: "Tomás en tu carta me dice que no fui generosa con tigo, pero yo te expliqué el

motivo por el cual tu dice que no fui generosa con tigo". Y en la segunda: "Yo se que no fui generosa con tigo pero espero que sepa comprenderme y perdonarme porque no fue mi culpa el que te sintieras mal" [En ambos fragmentos reproduzco las particularidades de puntuación]. Así pues, entre Marisa y yo se había producido cierto transvase de comunicación epistolar, previo a este viaje mío de julio, y por consiguiente todo me hace presumir que tuvimos lógicamente que celebrar algún encuentro entonces. La recuerdo distintamente, con un vestido bastante atractivo de una pieza, como con volantitos, de color hueso. Recuerdo vívidamente alguna de sus manías conversacionales y... diríamos, de pose. En el trance de la penetración propiamente dicha... parecía como encontrar elegante hacerse la estrecha, la melindrosa..., y me daba empujoncitos como de rechazo. Me decía que podíamos "casarnos" y que aunque yo tuviera que vivir en España las cuatro quintas partes del tiempo por mi trabajo, que a ella no le importaba, ya de "casada" conmigo, seguir habitando en Santo Domingo. Lo de menos era que lo dijera; lo que acaso a mí más me intrigaba, más espoleaba mi curiosidad era descubrir si en cualesquiera de las manifestaciones que pudieren haber concurrido en mis conversaciones con ella, había dado yo pie, sensatamente hablando, para que Marisa trazara tan peregrino y aleatorio futurible. Desde este momento quedo comprometido a repasar la correspondencia que con ella hubiera cursado ulteriormente, para asegurarme también de que lo aquí expuesto está pertrechado de fundamento. Con todo, y con el magnífico filtro depurador que supone la perspectiva, tengo que admitir que Marisa no desempeñó un cometido sobresaliente en mi constelación de relaciones, sobre todo si comparado al desarrollo intensísimo de mis vivencias a partir de 1991 con otras chicas dominicanas.

Las notas tomadas para este viaje de verano de 1990 a la RD son cualquier cosa menos escasas. Llenan ocho folios por ambos lados; tanto que, por desgracia, algunas de las noticias en ellos incorporadas no han resistido la suelta de amarras de la memoria y se han centrifugado al vano informe del olvido. Tengo apuntados los

nombres de Dany (Daniela); de Olga, y de Ingrid, las dos primeras con sus respectivos teléfonos de contacto. No las recuerdo. A ninguna. Quiero pero no puedo. Imposible asegurar si fueron proyectos que cristalizaron en encuentros facticios de intimidad real, o fueron tan sólo cometas lanzadas al empíreo del posibilismo y de la ilusión. Hoy día 31 me he comido uno de los dos mangos que me regaló Cordelia: son de color exterior verde, del tamaño de un huevo de avestruz. Se les pela y se descubre su pulpa tirando a un tono amarillento. Tienen un hueso central que a medida que surge, desnudado de recubrimiento, se va tornando áspero. Pero lo más señalado de esta fruta es la facilidad con que los hilachos, las hebras, se quedan entre los dientes, de forma que uno acaba con la boca llena de colgaduras, extremadamente persistentes en permanecer enganchadas de una manera hasta ahora para mí desconocida.

En este viaje acometí mi puesta a punto con el tema de Trujillo y sus relaciones con Haití, mediante la compra de algunos ejemplares con los que guarnicionar mi bibliografía. Pero, ¿quién me recomendó los títulos que obran en mis apuntes inmediatos? Quiero recordar que fue doña Brunilda Vásquez. Distingo claramente una ocasión en que la invité a comer junto con su hija al Hotel Continental. Distingo también que me había pasado por su casa algún día antes de dicha invitación, y que les había preguntado por el paradero de Cecilia y de su amiga Lina, mis dos primeros "fichajes" en mi también primer viaje a la RD en 1983. Cecilia se había casado con un caribeño y había estado viviendo con su marido en la isla St. Barthélemy; pero, a tenor de los intentos fallidos que yo había hecho por contactarla, parecía que ya no residía allí... Y si no residía allí ya, ¿dónde lo hacía ahora? La típica pregunta sin respuesta. Estas personas nacionales de paisillos o vice-países como la RD van cambiando de alojamiento con la facilidad que les presta la carencia de algo suficientemente estable y valioso como lo sería una casa, un piso, un habitáculo medianamente digno y duradero. Cecilia se había volatilizado, y también Lina. Doña Brunilda las conocía y recuerdo que desde su casa la buena señora hizo pesquisas por teléfono respecto de su actual paradero; pero sin

resultado. Tuvo necesariamente que ser a raíz de aquel contacto por lo que yo las invitara a ella y a su hija a comer en el Hotel Continental. Doña Brunilda me recomendó la novela *El Massacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, que compré, o bien en la librería América, o en la Ostos, ambas de la calle Obispo Nouel; y *Documentos del conflicto Dominico-Haitiano*, de José Israel Cuello H. Santo Domingo: Editora Taller CxA, 1985, volumen de 600 pgs., al precio de 60 pesos, unas 800 pesetas.

Hoy día 2 de agosto, y ayer día uno han caído dos intensísimos chubascos, inmensas sábanas de agua bamboleadas y batidas por ráfagas de viento. El mar dejó de verse: desapareció la divisoria del horizonte, y lo grisáceo del ámbito borró todo tipo de demarcación visual entre el final de la zona de árboles y el espacio ulterior. El trópico esponjoso, acaparador de líquido, despliega en cualquier momento sus portentosas y pujantes particularidades. Después de la lluvia la tierra exuda un vaho templado, sauna bienhechora para la garganta mía y mortificación para el resto del cuerpo. La gente aquí, cuando te preguntan por el estado civil, lo que más les impresiona es que uno no tenga hijos: en estos lugares la filosofía de la reproducción ya sabemos que tiene aceptación amplia; y que un hombre de 54 años como yo (entonces, en 1990) no haya hecho uso y ejercicio de la capacidad multiplicadora no les entra en la mollera.

Como conclusión de esta viñeta he dejado mi relación, ni alentadora ni frustrante, con Francisca Verdia, a partir de ahora Paquita. Por razones que ahora no logro puntualizar, yo me había pasado por la Embajada de Haití en Santo Domingo, que, como ya dije en otro lugar, se hallaba en la calle Aristides Fiallo Cabral, no lejos del Hotel. Probablemente se tratara de mi deseo de proporcionarme más información sobre la posibilidad de hacer otro viaje, esta vez a Puerto Príncipe, y sin descartar, quién sabe, una segunda visita a Cabo Haitiano, a la Citadelle. Fuere lo que fuere, el caso es que a mi salida percibí la presencia de un chica, vestida de gris, con un traje tipo chaqueta y falda, bastante más protocolario que el que se esperaría de alguien de calle [En su momento me enteraría de

que Paquita trabajaba en la capacidad de "ayudante social" o algo parecido ante las autoridades en cuestiones de e/in-migración]. Como yo salía del recinto de la Embajada, sólo pude verla de perfil, y no de frente; y lo que ví me pareció..., bueno, más que razonablemente atractivo. Ella, a mi mirada pasajera y resbalante me dedicó otra de... como diciendo..., pues eso, yo soy aquella a la que estás mirando. En estas ocasiones la prepotencia, no buscada ni ejercida, pero no por ello menos real de un blanco turista como yo, se deja notar. Probablemente uno o dos días más tarde me volví a dejar caer por la Embajada con el propósito de encontrarme en firme con la chica. Pero no estaba. Pregunté a un escribiente o "canciller" que actuaba como paso previo a cualesquiera otras más altas instancias..., le pregunté que... si reconocía a la chica que... bueno, cuando fuere, uno o dos días antes había visto yo al acercarme allí en busca de información. El negrazo aquel se portó bien. Me dijo cómo se llamaba y me dio una dirección; me dijo también que el trabajo de Paquita allí era muy discontinuo, y que acaso pasaran varios días sin que volviese. Yo le regalé un billete de 1.- dólar USA que él guardó en el cajón de su mesa. El nombre Sabana Grande de Boyá, que yo había tomado como una calle de Santo Domingo, resulta que era el de una ciudad, a unos 100.-kilómetros ligeramente al noreste de la capital. Contacté a mi amigo Daniel, el taxista del Hotel Continental, el dueño del Chevrolet con aire acondicionado que hacía funcionar sólo con aumento de tarifa de pasaje... y que llevaba desde hacía no sé cuántos años una estría de rotura en la luna del parabrisas, pero que no la cambiaba hasta que no se rompiera del todo, porque la reparación – decía – le costaba la ganancia íntegra de un mes de trabajo. Y aun así, y con todo, Daniel era el más fiable de todos los taxistas, y su coche siempre estaba limpio. Nada más llegar al pueblo, dimos con Paquita. Al vernos, bandadas de chiquillos medio desnudos revolotearon alrededor de nosotros. Paquita se acordaba de mí. Nos dijo que sólo dos de aquellas criaturas eran suyas: un chaval, parido por ella; y otro, adoptado. Se había divorciado de un empleado del Gobierno en Santo Domingo y ella simultaneaba sus trabajos de ama de casa con los de enlace y

ayudante para los viajeros entre Haití y la RD, como dije antes. Aquella visita a Sabana Grande Boyá no dejó de albergar algún detalle lúdico, sobre todo porque Paquita pretendía que Daniel metiera el coche por trochas poco practicables y menos recomendables, como para mantener un vehículo impoluto. Daniel refunfuñaba. Paquita le increpaba en su tono de congénere correligionaria, para que no hubiese duda del alcance ni de la intención de los términos empleados. Y no es que el camino desde Santo Domingo fuese mucho mejor. Aquella parte del país quedaba algo alejada de la carretera hacia Santiago, y también de la transversal del sur que enlazaba la capital con La Romana, al este, y con las playas de Baní al oeste. Aquella visita mía al pueblo de Paquita es posible que tuviera su reciprocidad por parte de ella, en alguna otra a Santo Domingo, antes de la definitiva, la que tengo anotada en mis apuntes y respecto de la cual, a falta de cualquier otra especificación cerraré la redacción de esta viñeta sobre mi cuarto viaje a la RD.

Como digo, hubiera o no encuentro anterior entre nosotros, el caso es que el día 4 Paquita se vino a Santo Domingo para pasar la noche conmigo, de momento. Así lo tengo consignado, y sobre ello, además de no haber duda, cuento con un recuerdo limpiamente trazado en razón de muchos detalles que visualizo con rigor de presencia. Paquita se había preguntado cuál serían mis intenciones relativas a ella, y yo le había dado a entender explícitamente que los hombres – si ella entendía por intenciones lo mismo que yo – por intenciones, intenciones... las únicas intenciones que a mí me impulsaban respecto de ella y de todas las mujeres de mi vida eran – habían sido y serían –... eso mismo, conocer las intenciones de la chica que me pregunta por mis intenciones. En cierto momento Paquita quiso dar empaque a su aceptación de mi cortejo, y me dijo que la "situación" era la que ya sabemos: que tenía un hijo gestado y parido por ella, de padre dominicano; y otro, adoptado. Y ahora que estrecho y ajusto el corsé de la memoria, no podría estar cien por cien seguro de si cuando estuve en Sabana Grande de Boyá ví a uno o a los dos de sus chavales. El detalle no cambia la realidad. Muy bien, le dije

yo. Enterado de cuál era "la situación". No creo que prosiguiera yo con el tema de las intenciones, ni que albergara grandes esperanzas de que Paquita me entendiera. Pero se trataba, por lo menos, de tener la conciencia compensada y de saber a qué atenerse. Paquita se sorprendió, como se habían sorprendido y se seguirían sorprendiendo otras muchas mujeres de mi vida, de que alguien, yo en este caso, desplegara tal caudal de concernimiento ante ella. ¿Cómo hacerla entender que cada cual es final y punto de partida de algo, de aquello de lo que en cada supuesto se trate? ¿Cómo decirle a Paquita que ella, ella por sí sola no era más que un pequeño respunte del inmenso hilván de mi curiosidad? Lo cual no descartaba que ese respunte pudiera cobrar entidad tal para que toda la costura se replegase, se concentrara en él, y no hiciera falta seguir dando puntadas en el paño de la curiosidad. Pasamos juntos la noche del cuatro al cinco de agosto y recuerdo con precisión pormenorizada algunos detalles. Recuerdo que, puesto que todas las habitaciones eran dobles, y la mía no era excepción, Paquita ocupó una de las dos camas grandes, de 1'35. cms. Llevaba un juego de ropa interior de braguita y combinación de color rojo. Nada reseñable en los demás aspectos. Muy probablemente, desde que se incardinara en la conciencia de Paquita la posibilidad de que yo..., si es que me sintiera solo – que no me encontraba así ni mucho menos – y/o tuviese entre mis planes el de coadyuvar a la multiplicación de la especie – que tampoco era mi caso –, etc., etc. ... desde que algo así le cruzara a Paquita por su cabeza, la entidad que otorgaría a una velada de fornicación quedaría aún más menguada. Sólo la penetré dos veces, dos. No era mujer de cama. Únicamente la preocupaba lo que yo pudiera pensar respecto de un programa institucional con ella. Y sobre todo hubo un detalle que acabó por exasperarme, y ello fue que se empeñó en comunicar repetidas veces con su familia en Sabana Grande. Por aquel entonces – ya 1990 pero no se olvide, en la RD – el Hotel Continental no había instalado servicio telefónico directo desde las habitaciones, con localidades fuera de Santo Domingo. Así que las llamadas "conferencias" había que pedir las a través de Recepción. Y entre que los de Recepción no

eran, obvio decirlo, campeones de diligencia ni de deontología, y que Sabana Grande contaba con un servicio telefónico precario, fue el caso que Paquita consiguió ponerme de mal humor, sin que la cosa pasara a mayores. Posiblemente aquel domingo cinco de agosto fuera mi último día de estancia en la RD. Posiblemente. Aunque no creo haber reflejado mi fecha de salida de España – extravió o traspapeleo de billetes – contando con mi tramo previo en Brasil mi ausencia de casa ya se iba aproximando a las tres semanas. El pasaje con Paquita aparece al final absoluto de mis apuntes. Estoy por asegurar que aquel domingo fue mi último día de estancia en la RD. Y por lo mismo le dediqué a Paquita un soberano regalo, de turismo suntuoso, y de toque personal. Y ello consistió en una excursión en avioneta-taxi, de más de dos horas. Nos plantamos en el aeropuerto Herrera y esperamos a que de entre las variadas compañías que desde allí operan, se quedara una avioneta libre. Nos dijeron que éramos afortunados porque el piloto que correspondía a dicho avioncito era muy experto. Bien. Yo había atesorado la intención desde hacía bastante tiempo atrás de ver la cima del pico Duarte, de casi 3,200.- metros de altitud, en la zona conocida como Cibao, y perteneciente a la cordillera Central. Con ese programa nos embarcamos. Yo me acomodé junto al piloto y Paquita ocupó el espacio destinado a dos pasajeros, detrás de nosotros. Le dijimos que nos diera una vuelta panorámica por donde quisiera; por donde a él le pareciese más pintoresco, ya que Paquita no tenía opinión formada, y yo, tan sólo recordaba algún detalle de la travesía hasta Puerto Plata / Cabo Haitiano y regreso, de hacía ya seis años. Así que, excepto mi interés por el pico Duarte, lo que el piloto [vamos a llamarle Rubén desde este momento] tuviera por más oportuno. Y el tal Rubén, sin perjuicio de su supuesta pericia en el manejo de los juguetitos voladores como aquel que llevaba entre manos, resultó ser un bribón audaz; mejor dicho, arriesgado; más aún, temerario, irresponsable, que en algún punto de mi proceso de valoración de sus aptitudes mereció el calificativo de descerebrado. El vuelo, mientras se ve la tierra, es agradable, ilustrador. Estas avionetas marchan a una velocidad de entre 200 y 225 kms. a la hora, lo cual permite

prácticamente todo lo imputable a la vista y a la captación. Allí tal cosa, tal pueblito; más allá, esto y lo otro. Volamos sobre la línea costera del sur, probablemente hasta divisar Barahona, no sé; luego subimos en dirección al pico Duarte, tema central de la excursión. Pero ocurre que conforme nos acercamos al área se acaba la visibilidad y nos vemos rodeados por todas partes y en profundidad por nubes, nubes vapor en forma de densos acopios de cendales, babilla deshilachada y agolpada en torundas; bueno, nubes... y ya está todo dicho. Le pregunto a Rubén que si cuenta la avioneta con algún artilugio que detecte la proximidad o no de masa, de tierra, de algo más sólido que el aire. Me dice que no. Seguimos volando, y volando siempre entre nubes, y mi intranquilidad comienza a convertirse en pánico. Le grito a Rubén que si sabe si el Pico Duarte está cerca, o lejos, o detrás, o delante, o debajo de nosotros. Me dice el cacho cabrón que no sabe. ¿Entonces? Me dice que la avioneta puede alcanzar una altitud máxima de 4,000.- cuatro mil metros. Sí, muy bien, le digo, pero no sabemos donde estamos. Seguimos entre nubes, y a una altitud normal de unos 1,500.- metros... Le grito que baje, que baje inmediatamente, si bien en una valoración de cálculo maximalista cuanta más altitud adquiriésemos menos probabilidades de colisión hubiéramos tenido, por considerar que los pináculos son necesariamente menos voluminosos que las bases. Pero en todo caso... le ruego que quiero ver la tierra, ya que no puedo ver el cielo por encima del palio nuboso, ni podíamos calcular el grosor de aquello; y así, lo único que nos cabía era bajar..., descender y volver a divisar el suelo. A todo esto, Paquita detrás de nosotros sin decir nada. El ruido en cabina de estos monomotores es endiablado, y así todas las comunicaciones han de hacerse a gritos. El desaprensivo de Rubén parecía no comprender que alguien como nosotros pudiéramos encontrarnos paralizados de miedo, de terror, de no saber a qué atenerse, y de esperar que en cualquier instante nos estrelláramos contra el cucurucho de tierra del pico Duarte que, no se olvide, se erguía hasta los casi 3,200.- metros. ¡Hijo de la gran puta el tal Rubén! Por fin, un fin que parecía no terminarse nunca, aunque tuvo que ser

cosa de unos cuantos minutos, descendimos y volvimos a ver la tierra. Parece que habíamos dejado el pico sensiblemente al noroeste. Nuestro rumbo ahora sería ya, bajo el sol y con toda la visibilidad del mundo, el del regreso, dedicando el tiempo requerido en observar el parque nacional de "Los Haitises", espacios llenos como de parterres negros elevados, como macetones surtos entre barrancos de color marrón oscuro. Lo vimos sin ningún problema, y en ese momento, cuando estaba Rubén decidido a dirigirse al aeropuerto Herrera de Santo Domingo, Paquita le dice que por qué no la dejamos en su pueblo, bueno, cerca de su pueblo; que ella sabe de un aerodromo de campo de caña de azúcar, junto a un batey; y que desde allí no tiene problema en llegar a su casa. Muy bien. Paquita nos indica lo mejor que puede la localización, pero Rubén pasa dos veces sin encontrar la tirita de asfalto, y en cada uno de estos picados mi propensión al mareo se activa al máximo. Al fin lo divisamos. Rubén hace la maniobra y tomamos tierra en una pista de unos 300 metros de longitud, propia de avioneta, junto a un batey abandonado, o al menos sin inquilinos, excepto un haitiano que dice, el hombre, no sé qué de autorización para aterrizar. ¡Para autorizaciones estábamos nosotros! Se hallaba emplazado este pequeño aerodromo entre campos de caña, y el color terroso ceniciento del suelo de la pista se mimetizaba con la vegetación circundante, de forma que no era visible fácilmente desde el aire. Paquita había vomitado y había puesto perdido el suelo de la parte de atrás de la avioneta. Rubén dijo que no importaba, que ya lo limpiarían. Bueno, al menos en ese aspecto el chico no significó complicaciones. Paquita paró a un motorista que acertó a pasar a cierta distancia de donde nosotros nos encontrábamos; le explicó el caso y en cuestión de segundos se encaramó a la motocicleta ["motor" lo llaman ellos] y desapareció a lo lejos, por el camino entre las cañas, en dirección a Sabana Grande. Nosotros dos, Rubén y yo, despegamos y a eso de media hora volvimos a tomar tierra en Herrera. Esa misma tarde me llamó Paquita desde su pueblo. No puedo precisar si en su casa tenía teléfono. Pero el caso es que en un momento de la conversación debió de acercar el auricular a un chavea que, supongo

que aleccionado por su madre, Paquita, me dijo "papá, papá". No creo haberme recuperado del susto, y eso que han transcurrido más de catorce años.



## ÍNDICE

	Pg.
<b>Machiko Fukae (Amsterdam-Anchorage-Tokyo): Diciembre 1985.....</b>	1
<b>Sin nombre conocido por mí : Camarera del Hotel San Polo: Taipei (Taiwán) , diciembre 1985 .....</b>	24
<b>Miss. Swift : Hotel Holiday Inn : Hong-Kong, 27-29 diciembre 1985.....</b>	39
<b>Nang; Ampai; recepcionistas sin nombre, Hotel Manhattan: Bangkok; Korat (Thailandia), diciembre 1985-enero 1986.....</b>	47
<b>Recepcionista sin nombre conocido por mí: Hotel Hans Plaza, New Delhi (India), enero 1986 .....</b>	62
<b>Lynda (Bangkok, Thailandia); Kiêu (Saigón, Viet-Nam) ; Chanta-Lu (Phnom-Pehn, Kampuchea); azafata viet-namita (Angkor Wat, Kampuchea); Nang (Korat, Thailandia) ; azafatas Lanka Air (Colombo, Sri Lanka) ; turista alemana (Islas Maldivas); Salam (Amman, Jordania) ; Fahtma (Petra, Jordania): diciembre 1986-enero 1987.....</b>	81
<b>Alzira; Sandra: Río de Janeiro (Brasil), agosto 1988.....</b>	177
<b>Vicenta; Mary Sol (Managua, Nicaragua) Isabel; Zinaida; Rosita (Habana, Cuba): diciembre 1987-enero 1988 .....</b>	208

<b>Enfermeras y personal sanitario, en general, del Hospital de Santa Teresa en Petrópolis (R.J., Brasil); Joanna: diciembre 1988-enero 1989 .....</b>	<b>313</b>
<b>Yocasta Jeannette; Ingrid; Marisa; morenita de Guadalupe: Santo Domingo (República Dominicana), diciembre 1989-enero 1990 .....</b>	<b>329</b>
<b>Midori / Nancy Elena; Paquita: Río de Janeiro (Brasil) / Santo Domingo (República Dominicana), julio 1990 .....</b>	<b>351</b>

